CONTINÚA EL FENÓMENO VANIR. UN BESTSELLER ÚNICO EN ESPAÑA

LENA VALENTI

EL LIBRO DE LOS BARDOS

SAGA VANIR, IX

Mientras exista el amor, nadie tendrá la última palabra

Primera edición: Diciembre 2014

Diseño de la colección: Valen Bailon
Corrección morfosintáctica y estilística: Miriam Galán Tamarit
De la imagen de la cubierta: Shutterstock y Fotolia (© Serguei Kovalev)
Del diseño de la cubierta: © Lorena Cabo Montero, 2014
Del texto: Lena Valenti, 2014
www.sagavanir.com
De esta edición: Editorial Vanir, 2014

Editorial Vanir
www.editorialvanir.com
valenbailon@editorialvanir.com
Barcelona

ISBN: 978-84-941990-8-0
Depósito legal: B 22216-2014

Composición ePub: Lantia Publishing

Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de esta edición y futuras mediante alquiler o préstamo público.

LENA VALENTI

EL LIBRO DE LOS BARDOS

SAGA VANIR IX

Gracias

Gracias a todos los que me apoyáis y que desde el primer día habéis estado ahí dando la cara y reafirmándoos con esta Saga que tanto os gusta y os hace sentir.

Gracias por seguir emocionándoos como el primer día con cada entrega.

Gracias a todos los que sabéis que no se puede tapar el sol con un solo dedo.

«Si supiera que el mundo se acaba mañana, yo, hoy todavía, plantaría un árbol».

MARTIN LUTHER KING

INTRODUCCIÓN

Dice la profecía de la vidente:

«Habrá una batalla final entre las fuerzas celestes y las del Inframundo. Será una lucha encarnizada que dará origen y final a los tiempos conocidos. Ésta será la última guerra en la que los dioses llegarán a su ocaso y donde demonios y humanos perecerán en el día llamado “El final de los tiempos”, el *Ragnarök*».

En la visión de la *völva*, Odín, conocido como «el Padre de todos», moría a manos del lobo Fenrir, liderado por Loki. Se desataba el caos y la humanidad desaparecía. De los dioses escandinavos, sólo Njörd regresaba a Vanenheim de nuevo. El resto moría en la guerra contra las fuerzas del Mal.

Después de tan oscuro presagio, la völva hablaba del resurgir de un nuevo amanecer. Un futuro más brillante en un nuevo mundo.

El Ragnarök se origina cuando Loki, hijo de los gigantes Farbauti y Laufey, que una vez había sido proclamado hermano de sangre por Odín, más tarde declarado enemigo acérrimo del mismo y nombrado «El Traidor» por todos los dioses, se niega a arrodillarse ante la raza inferior humana. Odín quiere que los humanos evolucionen y lleguen a convertirse en maestros de sus propios maestros, pero Loki se niega a dar una oportunidad a la humanidad, pues, según él, no merecen tal misericordia.

Cuando el dios Aesir escuchó de boca de la vidente el poema profético sobre su destino, decidió tomar cartas en el asunto para que aquello no sucediera. No podía permitir que la profecía se cumpliera, él no podía desaparecer, la humanidad no podía ser aniquilada, así que secuestró a Loki, «el Origen de todo mal», del Jotunheim, y lo encarceló en el Asgard en una cárcel invisible de rocas de cristal. Odín ya sabía que nadie podía fiarse de Loki pues era un timador, un dios transformista que adoptaba mil caras distintas cuando mejor le convenía. Él mismo había sufrido de la peor manera las artimañas de tamaño engañador y su querido hijo Balder había perdido la vida debido a sus maquinaciones.

Sin embargo, Loki, a través de uno de sus famosos engaños, se escapó de la cárcel y descendió al Midgard, la Tierra, para reírse de la humanidad y truncar el proyecto de Odín.

Fue entonces cuando las dos familias del panteón escandinavo que habían vivido enemistados en otros tiempos, los Aesir, liderados por Odín, y los Vanir, liderados por Freyja, unieron sus fuerzas de nuevo y crearon a los berserkers y a los vanirios para proteger a la humanidad de las fechorías de Loki, el hijo de los Jotuns.

Odín fue el primero que escogió a sus guerreros einherjars, vikingos inmortales, y los tocó con su lanza otorgándoles el *od*, la furia animal, convirtiéndolos así en guerreros berserkers con semejanzas genéticas e instintivas a la de los lobos, su animal favorito. Los hizo descender a la Tierra con el objetivo de mantener a Loki a raya, y durante un tiempo fue posible; pero las mujeres humanas eran muy atrayentes para ellos, así que mantuvieron relaciones sexuales e hibridaron la raza pura berserker.

El dios gigante Loki consiguió llevar a su terreno a algunos de los híbridos, ya que al ser de naturaleza semihumana eran mucho más débiles y susceptibles a las promesas y a los deseos que él les ofrecía a cambio de unirse a sus filas. Transformó a todos los que se fueron con él en lobeznos, seres abominables y sedientos de sangre que podían parecer humanos, pero que, al mutar, se convertían en auténticos monstruos asesinos, los llamados hombres lobo. Loki conseguía de esa manera mofarse de Odín y de su creación.

El Midgard entonces se descontroló. Cada vez eran menos los berserkers hibridados capaces de ignorar y negar a Loki. La Tierra entraba en una época convulsa de oscuridad y guerra donde no había cabida para la luz ni la esperanza.

Fue en aquel momento cuando los Vanir, al ver el escaso éxito que había tenido Odín para mantener a Loki a raya, apoyaron al dios Aesir y crearon una raza propia de guerreros que además les pudiera representar en la Tierra. Sin embargo, los Vanir no tenían conocimiento sobre manipulación de armas ni tampoco sobre guerra. Ellos eran los dioses de la belleza, el amor, el arte, la fecundidad, la sensualidad y la magia: no sabían nada de destrucción. Así que hicieron una criba con los guerreros humanos más poderosos de la tierra y los mutaron, otorgándoles dones sobrenaturales.

Los dioses Vanir Njörd, Frey y Freyja escogieron a miembros de algunos clanes humanos que entonces poblaban la tierra, y a cada uno les otorgó dones fascinantes. Pero también, temerosos de que alguna vez pudieran sobrepasarles en poderes, les dieron alguna que otra debilidad.

Así nacieron los vanirios, seres que una vez fueron humanos y a quienes los dioses añadieron una fuerza sobrenatural, convirtiéndolos en hombres y mujeres inmortales. Eran telépatas, telequinésicos, podían hablar con los animales, podían volar y tenían colmillos como sus creadores Vanir; pero no podían caminar bajo el sol y, además, soportarían el tormento de la cruz del hambre eterna hasta que encontraran a sus parejas de vida, hombres y mujeres especiales capaces de entregarles todo aquello que sus corazones anhelaran. Pero Loki, conocedor de la insaciable sed vaniria, también les tentó ofreciéndoles una vida en la que el hambre podría solventarse sin remordimientos de conciencia. A cambio, ellos sólo tendrían que entregarle su alma y unirse a su ejército de jotuns. Los más débiles, aquellos que se plegaron a su oferta, aceptaron el trato y se convirtieron en vampiros, seres egoístas que absorben la vida y la sangre humana. Asesinos.

Ahora, ante el refuerzo y la ofensiva de Loki y su séquito, los vanirios y los berserkers que no se han vendido a él se verán obligados a aparcar todas sus diferencias y a permanecer unidos para luchar contra todos aquellos que se han confabulado para conseguir que el Ragnarök llegue a la Tierra y se pueda destruir así a la humanidad.

No obstante, en la lucha encarnizada contra el Mal, ni siquiera la ayuda de estas dos razas de seres inmortales es suficiente para la causa. Los vanirios y los berserkers son fuertes, pero necesitan aliados ahora que se acerca el ocaso de la Tierra.

Muchos humanos de almas oscuras que están a la orden de Loki han unido sus fuerzas, sabedores de que el *Ragnarök* se aproxima; según ellos, la Tierra se rige por ciclos, y el ciclo final debe llegar cuanto antes para que su dios, Loki, haga llegar un nuevo día. Durante siglos, han creado sectas y organizaciones que estudian, secuestran y maltratan a seres como los vanirios y los berserkers, y no conformes con eso, intentan provocar esa apertura dimensional, esa puerta a través de la cual Loki podría entrar a nuestro mundo y sumirlo para siempre en la oscuridad. Organizaciones como Newscientists, la Secta Lokasenna, brujos y hechiceros, lobeznos, vampiros y escoria humana han decidido provocar ese parto planetario antes de tiempo a través de la manipulación de mentes privilegiadas de geólogos y físicos cuánticos. Y es algo que Odín y Freyja han decidido evitar a toda costa.

Hasta ahora, los dioses no podían interceder directamente en el plan evolutivo de la humanidad y esperaban una señal, un acontecimiento, la llegada de un nuevo guerrero que desencadenara la jugada maestra y empezara a mover las fichas.

Ese momento ha llegado.

La diosa Vanir y el dios Aesir enviarán a la Tierra a todos los ejércitos del *Asgard* y del *Vanenheïm*, en un intento desesperado de igualar las fuerzas y echar una mano a vanirios y berserkers.

Freyja dará carta blanca a sus valkyrias para que por fin desciendan a la Tierra e implanten su ley. Estas mujeres guerreras son despiadadas, caprichosas y letales, y han permanecido en el *Víngolf* junto a Freyja desde el momento en que fueron concebidas y dotadas de sus dones. La diosa les va a dar la oportunidad de liberar su frustración y abrazar de una vez por todas su ansiada libertad, aunque para ello tengan que arriesgarse y dejar atrás la protección que los muros del *Valhall* les había dado.

Odín, a su vez, enviará a sus *einherjars*, aquellos guerreros inmortales que no ha transformado en berserkers. Estos guerreros habían sido una vez humanos, y entregaron su vida honorablemente en defensa de los suyos y de los dioses. Ahora son hombres poderosos, con grandes dones, y están dispuestos a todo con tal de luchar en nombre de Odín.

El destino de la humanidad está en manos de estos seres, y ni siquiera el tapiz de las *nornas* en el que se lee el destino es claro en cuanto al final que de la raza humana se refiere. No obstante, los dioses saben que si el ser humano pierde esta batalla desaparecerán con ellos, y eso no lo van a permitir. Hay demasiado en juego.

Pero ni siquiera estos guerreros que van a luchar por la humanidad están a salvo de la energía de la Tierra. Una energía que se mueve a través del amor, el odio, la rabia, la compasión y el sexo. El ser humano es visceral, igual que la realidad en la que vive. Valkyrias y einherjars bajarán de los cielos para defendernos, pero ¿cómo se defenderán ellos de un planeta tan cargado de emociones? ¿Protegerán sus corazones?

El tapiz del destino no está acabado, y cada movimiento que se haga en la Tierra lo transforma y leda nuevos colores y nuevas formas. Cada acción tendrá una reacción. No hay mayores estrategas que los dioses, pero incluso ellos no están seguros de ganar la partida contra Loki porque… ¿Qué importan los planes cuando estás en una realidad tan imprevisible y voluble como la nuestra?

Unos nos defienden, los otros nos atacan.

Unos esperan nuestra aniquilación; y los otros se sienten obligados a defendernos y luchan por nuestra salvación, sin ser conscientes de que mientras nos salvan, alguno de nosotros también puede salvarlos a ellos.

Los humanos somos la raza débil, estamos justo en medio, viviendo nuestras propias vidas, ignorantes de aquello que nos rodea. Pero incluso la raza menor puede dar lecciones a las razas superiores, como por ejemplo que en la guerra y en la venganza el más débil es siempre el más feroz.

La batalla final entre el Bien y el Mal lleva labrándose desde hace tiempo pero, esta vez, las pasiones, los anhelos, la amistad, el corazón, el amor y la valentía, serán factores decisivos en su desenlace.

El *Ragnarök* se acerca.

Y tú, ¿de parte de quién estás?

Da comienzo el Principio del fin.

Elige tu bando.

No existe la luz sin la oscuridad.

No se concibe el bien sin el mal.

No hay perdón sin ofensa.

No hay redención sin rendición.

En un mundo de opuestos en el que vivimos, unos seres inmortales vienen a protegernos no sólo de Loki, sino también de nosotros mismos.

La línea entre lo que es bueno y lo que no es muy subjetiva, demasiado fina para nosotros, pero invisible para seres que desde hace milenios están luchando por una raza humana que demuestra muy pocos escrúpulos en todas sus acciones y decisiones. ¿Merecemos ser salvados?

Todo es posible.

Todo está permitido.

Y todo es más real de lo que creemos.

Ésta es la Saga Vanir.

Bienvenidos al mundo de Lena Valenti.

I

ASGARD

Odín, rabioso y arrepentido, contemplaba como espectador privilegiado desde su trono en el que todo veía lo que iba a provocar el Timador en aquel mundo medio.

Su mundo medio.

De nada sirvió haber retenido a Loki en una cárcel de cristal eterna.

De nada sirvió ofrecer un ojo y parte de su alma para ver el futuro de la vida y de los dioses.

Tanto perdido, tanto entregado, tanto llorado… Y nada podía hacer por el devenir del Midgard y de sus hijos.

Loki, su archienemigo, su némesis, se erigía en el punto electromagnético más fuerte y despierto del orbe, dispuesto a utilizar su vara y abrir un portal hacia todos los mundos oscuros que él lideraba.

Con Laeviatann clavada en el centro de aquel lugar de la Tierra, el único portal más fuerte y poderoso de aquel momento, Loki abrió los brazos y miró al cielo oscuro y tormentoso.

El Midgard temblaba una y otra vez. Las sacudidas eran terribles. Para él, Balder había muerto de nuevo; y creyendo eso no habría modo de que los dioses ni los humanos abrieran otra puerta con tal de librarse de la que se les venía encima. Era imposible.

Odín podía leer en la mirada ennegrecida del hijo de los jotuns que aquel era el destino de la humanidad. Que no habría regreso del dios dorado, porque, lo había matado él mismo con la madera de su bastón, hecha de ramas de muérdago.

Muérdago con el que ya lo había matado una vez.

Loki soltó una carcajada histérica.

Empezó a llover y a tronar, y un increíble remolino, un tornado, se creó sobre su cabeza.

—¡Llamo a mis mundos para que vuelvan a la vida! —gritó con sus ojos oscuros fijos en el remolino—. ¡Convoco a Muspelheim y sus gigantes de fuego; clamo por el Jotunheim y sus gigantes de hielo y piedra!. Reclamo a Svartálfheim con sus elfos de la oscuridad. Y pido a Helhest y a mi hija Hela que inunden este mundo con sus muertos. Quiero que todos mis hijos despierten y regresen a mí. Estos han sido, son y serán para siempre nuestra realidad y nuestro mundo —sonrió al ver lo que sus palabras provocaban en aquel mundo medio de razas inferiores y soberbias. Para Loki no había nada peor que valer una mierda y creerse de oro. Y así eran los humanos—. ¡Llegó la hora de mostrarnos!

Lo iba a destruir todo. Absolutamente todo.

El reino en el que Odín confiaba y la especie en la que los dioses querían seguir creyendo para mejorar serían aniquilados bajo la batuta del *Trickster*.

Y mientras su enemigo sesgaba almas humanas y abría heridas lacerantes en el suelo de aquel hermoso planeta, ¿qué podía hacer él desde su trono de oro y piedras preciosas? Nada. Nada en absoluto. Excepto contemplar la masacre y esperar a que la última esperanza a la que los vanir y aesir se amarraban diera el paso adelante que debía tomar.

Un sonido a sus espaldas y el olor a vida silvestre característico solo de una persona le ayudaron a desviar la mirada de aquella escena de horror y destrucción.

Freyja la Resplandeciente, su cómplice en toda aquella obra destinada a la humanidad, lo observaba a través de sus larguísimas pestañas doradas, acompañada de sus dos tigres de Bengala blancos, que yacían a sus pies, como al final yacía en su cama todo ser viviente de cualquier reino.

Freyja la Odiada. Freyja la Eterna deseada. Freyja la Golfa.

Odín la miró, cien por cien seguro de que pensaba exactamente lo mismo que él.

—Estamos encerrados en nuestro propio reino —dijo ácidamente. Después retornó la mirada hacia el abismo que mostraba su trono. La Tierra se empequeñecía bajo su mandato—. Permanecemos condicionados a las decisiones de otros, a que alguien dé con la solución para abrir la puerta del Asgard. Confío en tu última carta —reconoció Odín—. Me aferraré a ella y a los últimos movimientos de libre albedrío que tienen mis guerreros. Al fin y al cabo, estamos atados de pies y manos hasta que encuentren el modo de abrirnos la puerta.

Freyja permanecía serena, sin perder la actitud de líder vanir en ningún momento, pero a sabiendas de que sus fichas de ajedrez y las de Odín tendrían solo una oportunidad. Solo una. Y ambos dioses deseaban que ejecutaran las decisiones correctas.

—Cuando estuvieron a punto de abrir la puerta de Bifröst hacia nuestro mundo, pedimos a Heimdal que cerrara los reinos para siempre. Era un riesgo que debíamos correr; —la diosa se encogió de hombros—. Y debía cerrarse desde dentro para que nadie pudiera acceder a él desde afuera. —Se acuclilló para acariciar a sus gatitos, mostrando sus increíbles piernas pálidas a través de las aberturas de su vestido plateado. En los tobillos lucía sendas cadenas de oro en forma de serpiente, que parecían moverse con vida propia—. Nuestra situación actual es una consecuencia de nuestras decisiones, Tuerto. No te sulfures.

Odín dejó ir una vaharada llena de fatiga.

—Odio esperar.

—Lo sé —aseguró Freyja con una media sonrisa—. Por eso vendiste tu ojo, ¿verdad, Odín? No quisiste esperar a ver lo que sucedía con nuestro destino y decidiste avanzarte a los acontecimientos. Pero, a veces, hay destinos incorruptibles, ¿no crees? —Pensaba que si sus fichas no se movían adecuadamente, el destino oscuro, el ocaso de los dioses, arremetería contra ellos como había profetizado la *völva* eones atrás. Ningún dios quería desaparecer.

Odín se apoyó en Gungnir para levantar los dos metros de altura que tenía. Sus hombros musculosos y dorados sobresalían a través de su chaleco metálico. Una capa negra ondeaba a sus espaldas. Sus piernas, largas y fibradas, estaban cubiertas con unos pantalones del mismo color que la capa, ajustados y de un material parecido al cuero. Las botas plateadas de titanio y unos ornamentos de oro en forma de lobo reverberaban contra el suelo, de un mármol tan pulido que producía un efecto acristalado.

Freyja solo podía admirarlo, tan perfectamente imperfecto como era. Se incorporó solo para que Odín no se sintiera más poderoso de lo que ya se sentía con ella.

—No hay nada incorruptible, Freyja. Incluso el alma más pura se puede corromper. —Se acercó a la diosa tanto que sus pechos estaban a punto de tocarse—. Incluso el río más salvaje se puede desviar… Mira los hombres medios. Los humanos nacen puros. El ser humano no se creó para la guerra. Se creó para la evolución y el aprendizaje. Pero su alma inocente y demasiado joven aprendió muy rápido que era harto difícil ser un ángel entre demonios. Y se dejaron llevar. Hasta tal punto que Loki y sus secuaces les controlaron y les convirtieron en avariciosos, materialistas, violentos y cobardes. —Levantó una mano enguantada con el mismo material que sus botas y acarició un mechón rubio ondulado que reposaba en el hombro descubierto de la diosa—. Les mostró el comportamiento que debían adoptar para llegar a su propia autodestrucción. Y eso han conseguido. Loki, sin la ayuda y la ambición de los humanos, no habría logrado nada.

—¿Crees que te ha ganado la batalla? —murmuró permitiendo que él le acariciara el pelo. Podía hacer que él disfrutara de su contacto, pero no conseguiría nada más, por mucho que sus ojos se deshicieran por ella. Freyja no se sometería—. Parece que hayas perdido toda la confianza en tu

proyecto. ¿Ya no crees en la bondad?

—Creo en la bondad, porque la veo en una persona a la que jamás, nadie, ni el más duro de los agravios, ha podido manipular. Y tengo la dicha de que esa persona mi cama.

—Ah, sí. No me lo digas —murmuró Freyja poniendo los ojos en blanco—. Frigg, ese dechado de virtudes… Tu esposa.

Odín sonrió y su único ojo azul se llenó de arruguitas.

—Exacto —murmuró complacido.

Freyja se relamió los labios, y su orgullo no le dejó que mostrara lo mucho que la ofendía que el aesir aprovechara cualquier ocasión para nombrar a Frigg delante de ella.

—Es fácil ser buena cuando no te han expuesto a maldades de ningún tipo. ¿No crees? Es fácil ser buena cuando no te permiten salir de tu propio castillo de cristal; cuando no dejas que nada ni nadie se te acerque… Sí, Tuerto —sonrió al ver que Odín enmudecía—. Es fácil mantener la pureza de mente y de espíritu cuando no debes enfrentarte a los monstruos.

—Frigg es demasiado valiosa como para enfrentarse a los monstruos.

—Sí… Frigg es fantástica, ¿verdad? —espetó con ironía—. Me la imagino en su cama, entre algodones y sedas… ¿Cómo te recibe, Odín? —Arqueó una ceja rubia—. Me la imagino abriendo las piernas y quedándose como una estatua ante ti, esperando a que acabes y te vacíes en su interior. Tan pura, tan inocente ella… no la quieres de otra manera, ¿me equivoco? La quieres sumisa y dulce —se pasó la lengua por los labios—. Una simplona mojigata.

Odín dio un paso, tenso y furioso por permitir que Freyja hablara así de su esposa. La tomó del mechón que aún sujetaba y tiró de él con fuerza.

—En el Asgard ya hay una diosa puta que se vende por collares y favores. Y esa eres tú. Frigg está por encima de eso. Está por encima de ti. Así que no te permito que la menciones.

Freyja no se mostró ofendida por aquellas duras palabras. En vez de eso volvió a sonreír, sin bajar la mirada, con el cuello en una posición poco ortodoxa.

—Odín… Aquí no hay nadie más excepto tú y yo. Mira el Midgard. Se destruye —explicó con una exactitud hiriente. Su voz no se quebraba, aunque sus ojos plateados brillaban dolidos por culpa de ese hombre—. La Tierra va a sucumbir. Su final ha empezado; y solo los guerreros que aún no han dado un paso al frente para ejecutar su jugada tienen la última palabra para cambiar el giro de nuestro destino. Loki se cree ganador, cree que Balder ha muerto, pero tú y yo sabemos que no es verdad. Yo, increíblemente, he sido tu confidente, y soy capaz de comprender y perdonar tus decisiones. ¿Crees que Frigg, la monja de Frigg, te perdonará lo que hiciste? ¿Suplantar a un Balder que no era para que muriese en el Asgard y hacerle creer que era el auténtico? ¿Crees que Frigg, de saberlo, iba a seguir a tu lado? ¿Sabiendo que Noah, el berserker, es su hijo en realidad? Para ella Balder está muerto. Se le rompió el alma cuando Balder murió. Era su hijo adorado. Su favorito. —Freyja negó con la cabeza—. No, Tuerto. Eso no te lo va a perdonar. Y, tal vez, cuando le cuentes la verdad… Cuando le digas lo que hiciste, te darás cuenta de que todos nacemos buenos —lo empujó y lo apartó de ella—, hasta que nos joden.

—Nunca he hecho daño a Frigg. Lo que hice no lo hice para herirla. Amo a Frigg —recalcó sin titubear.

—Mientes.

—No miento. ¡Es mi esposa, maldita seas! —exclamó, queriendo verter toda su ira y su rabia contra Freyja.

—Mientes, maldito… —murmuró apretando los dientes, dejando que sus ojos se oscurecieran y su energía creara ondas a su alrededor. Tenía ganas de hacerle tragar sus palabras, pero aún no había

llegado el momento—. Eres un maldito mentiroso.

—No sabes lo que dices —se rio de ella.

—Sí lo sé —dijo apasionada—. Dices que no jodes a Frigg… Y yo digo que por supuesto que la jodes: porque si ella supiera que te la follas cada noche pensando en mí, te aseguro que su amor se tornaría en aversión y rabia. Te arrancaría el único ojo que te queda y haría que te lo tragaras.

—Eso harías tú, diosa loca y visceral —contestó—. Frigg jamás se comportaría así.

Odín alzó la barbilla, intentando mantener la serenidad. Pero Freyja era un activador para él. Estaba cerca y toda su sangre divina se alteraba, como si quisiera explotar y arrasarlo todo a su paso, como una supernova. Maldita vanir.

—¿No te das cuenta de que no sirve de nada mentirme? —aseveró ella con la implacable mirada fija en lo que Loki despertaba en la Tierra—. De nada —recalcó dándose la vuelta para mirarlo de nuevo con seguridad—. Nuestro experimento, nuestros vanirios, berserkers, einherjars, valkyrias… están ahí abajo luchando en nuestro nombre. Y van a perder. Lo sabes. Yo lo sé —se sinceró.

Odín siempre recordaría la imagen de la vanir con aquel vestido y su pelo rubio y suelto, mirándolo de frente mientras, tras ella, Loki convocaba a todos los jotuns en la Tierra. Aquella mujer, aquella diosa, no tenía igual ni parangón. Y él, para su propia humillación, la deseaba tanto que el cuerpo le temblaba con la necesidad de tocarla.

Pero jamás le daría el poder a Freyja.

Jamás lo reconocería.

Solo había una batalla más conocida que el Ragnarök en todo el panteón divino. Y era la batalla que la Resplandeciente y él mantenían desde tiempos inmemoriales, aún siendo aliados y pese a compartir el proyecto de los humanos.

Odín pensaba que no habría muerte más dulce para Freyja que matarla a polvos, para que siempre recordara que él había sido el único que la había puesto en su lugar.

—Y si fueras un hombre de verdad, antes de que destruyan el Midgard, y con la posibilidad inminente de que Loki consiga reventar el puente Bifröst, antes de que nuestros guerreros puedan adivinar lo que deben hacer y comportarse como esperamos de ellos, esta noche, cuando acudas a Frigg y te quites con su cuerpo el calentón y la pasión que yo despierto en ti, serás valiente y le dirás la verdad.

—¿Y la verdad es? —Odín, el Padre de Todos, vanidoso y demasiado orgulloso por ello, se cruzó de brazos—. Ilumíname, rubia.

Freyja caminó hacia él con sus dos Bengalas a cada lado de sus piernas, calmándose mientras avanzaba, ocultando su beligerancia y su dignidad lacerada por la negación del aesir.

Se detuvo y parpadeó algo atónita por haber expuesto su rabia y su sentimientos con tanta explosividad. Pero, ¿qué más daba? Todas las cartas ya estaban echadas. O sus piezas de ajedrez adivinaban por qué casillas debían avanzar o, de lo contrario, todo habría acabado.

—Te pararías ante ella, como yo lo hago ante ti, Tuerto. —Inclinó la cabeza a un lado, mofándose de él—, y le dirías que, por mucho que te ofenda admitirlo, por mucha vergüenza que sientas por ello, cada maldita noche, desde hace eones, te imaginas que la que yace en tu cama soy yo y no ella. Que soy yo quien te pone el ojo loco. —Con el índice le acarició el parche que nadie osaba tocar—. Que es a mí a quien deseas de todas las maneras. Maneras que con Frigg jamás has experimentado. Dile que, mientras ella está en tu lecho haciendo la estrella y tú bombeas en su interior, no es su rostro de ojos castaños y pelo rojizo el que ves… Son mis ojos plateados y mi pelo rubio el único que tienes en mente. Tal vez, si eres capaz de decirle eso, el Ragnarök y la batalla final, en caso de que tengamos la oportunidad de disputarla, tengan una razón de ser. Tal vez, con las verdades dichas, y las cartas

vueltas sobre la mesa, la guerra junto a ti pueda valer la pena. Porque yo, siendo mala, zorra y altiva como tú siempre me has dicho, a diferencia de Frigg —se apartó de él al tiempo que le asestaba las últimas palabras como puñales—, sí saldré de mi madriguera y de mis algodones, y sí lucharé a tu lado, Odín. Sí sangraré a tu lado, y puede que… también muera a tu lado. Ella no.

Odín ni siquiera se dio la vuelta mientras ella chasqueaba los dedos y desaparecía del balcón suspendido en el que se hallaba el trono desde el que se contemplaban los Nueve mundos.

Freyja iría al Valhall, y Odín vería de nuevo cómo llegaba a su palacio Víngolf, y se encerraba de nuevo en su salón que, oculto con un hechizo, él no podía vislumbrar. Pero ver no era lo mismo que escuchar. Y Odín la oía.

Sabía que Freyja lloraba; lloraba lágrimas de sangre… Todos decían que lloraba por Od, el esposo que tanto amó y que la abandonó de la noche a la mañana.

Pero Odín quería creer que lloraba por él.

Aunque nunca pudiera creérselo de verdad.

Midgard
Escocia. Edimburgo

—Si lo que quieres es meterte ahí adentro, mi respuesta es no. Un no enorme, tan grande como tu cabeza —le dijo Steven malhumorado.

Daimhin quería ignorarlo con todas sus fuerzas. A ella poco le importaba lo que se suponía que debía o no debía hacer.

—Tengo la cabeza pequeña, así que… —lo desafió ella a punto de saltar.

El berserker con cresta pelirroja la detuvo por el brazo cuando vio que ella se internaba por una de las grietas que atravesaban Edimburgo. ¡Quería saltar como su hermano, la muy suicida! Llevaban casi medio día buscándolo.

—¡Que me sueltes! —Le retiró el brazo con fuerza—. ¡¿Quieres dejar de perseguirme?! ¿¡Por qué no te largas!?

—¡Porque no aceptas que tu hermano se tiró ahí por voluntad propia! —Señaló la inmensa obertura de tierra. La luz anaranjada de la lava que había bajo aquel canal emergía hasta el exterior e iluminaba los ojos amarillos de Steven con fuerza—. Él se lanzó a por la china. Fue su decisión.

Los gases tóxicos provocaban irritación en los ojos de ambos, y Steven no podía diferenciar si eran lágrimas o no lo que había en los increíbles ojos de Daimhin. Los más bonitos que había visto jamás.

La rubia samurái le odiaba. O eso parecía. Pero no tenía ni idea de si era o no era un sentimiento común que tenía la joven hacia todos los hombres.

—Mi hermano no se suicidó. Y Aiko es japonesa. No china.

—No he dicho que se suicidara. Solo he señalado que era un suicidio dejarse caer por una de esas grietas.

—Carrick es el más valiente de todos los hombres que conozco. Tal vez tú jamás arriesgarías la vida por la persona que amas, no vaya a ser que se te despeine la cresta… Pero Carrick sí. Es de ideas fijas.

Steven sonrió con desdén.

—Como su hermana.

Daimhin lo miró de reojo y asomó la cara de nuevo a la grieta.

—Las grietas tienen caminos.

—Son precipicios —aclaró él—. Acantilados que dan unas vistas maravillosas: a un increíble mar de lava. ¿Quieres un baño calentito?

—Quiero que te calles. —Se colocó un mechón rubio detrás de la oreja—. Hay agujeros, como grutas —las señaló con el dedo—. Los etones y los purs son seres intraterrenos, ¿no? ¿Y si tienen sus madrigueras por aquí?

—Salen de huevos, dudo mucho que se hayan hecho casas tan rápido.

—¿Los has visto actuar? Son como gusanos: levantan la tierra, buscan agujeros por todas partes… Tal vez… —Daimhin se negaba a creer que Carrick había muerto. Su hermano no era un suicida. Su vida había sido tan oscura como la de ella, pero sentía algo por Aiko. De eso estaba segura. Si Carrick conseguía agarrarse a un ínfimo rayo de luz, por muy pequeño que fuera, se cogería. Porque no quería ceder a su oscuridad, pese a estar muy cerca de ella. Por eso consideraba que él vivía. Y que estaba con Aiko—. Tal vez estén en las cuevas.

Steven estaba cansado de escucharla. Debían volver a Wester Ross. Todos los guerreros que habían sobrevivido estaban allí. Él era el líder berserker de Escocia y su clan lo necesitaba. No podía estar cuidando de Daimhin y cediendo a sus deseos. Tenía obligaciones.

—Vámonos, Daimhin —pidió ofreciéndole la mano con la palma hacia arriba—. Ven conmigo.

Ella miró hacia otro lado y se mordió el labio inferior.

—No pienso moverme de aquí.

—Vámonos —repitió—. No hagas que te lleve a la fuerza.

—¡No! Y ni siquiera me toques, te aviso.

Steven apretó los dientes con determinación; fingió que se daba la vuelta y que la dejaba atrás, ahí sola, entre los gases, el fuego y la oscuridad; pero, entonces, con un movimiento veloz cogió a Daimhin rodeándola con el cuerpo.

Esta, alarmada al sentirse atrapada por él, sacó su *katana*, la cogió por el mango y con un movimiento de delante hacia atrás la clavó en el estómago de Steven, retorciendo la hoja para que la soltara.

Estaban muy cerca del precipicio. El cuerpo de Steven caía hacia delante, los dos iban de cabeza a internarse en la grieta.

Steven podría haberla soltado y ella podría haber desclavado la *katana* y permitir que se fuera. Pero ni una ni otro cambiaron sus posiciones.

Daimhin se aseguró de llevárselo con ella, retorciendo más la hoja.

Y Steven, sin pensárselo dos veces, levantó la cabeza y, rabioso como estaba, la mordió en el cuello.

Los dos cayeron al precipicio, entre la tierra abierta y el mar de lava esperándolos.

II

MIDGARD
Escocia

La Tierra se removía de dolor. Las placas se levantaban, los gases tóxicos emergían de sus entrañas y el calor y la lava brotaban de sus grietas como si fueran sangre pútrida y contaminada.

Edimburgo siempre tuvo una ciudad subterránea plagada de fantasmas. La llamaban Mary King´s Close. Steven conocía su historia y sabía que bajo tierra se hallaba el Royal´s Mile, uno de los callejones de la antigua metrópolis en la que, cuatrocientos años atrás, pereció gran parte de la población tras sufrir una epidemia de peste y verse abocados al olvido durante más de siglo y medio. Sabía que en la actualidad se hacían *tours* para visitarla, y vendían que allí continuaba habiendo fantasmas: las almas de todos los que allí perdieron sus vidas.

En cambio, si se hicieran visitas guiadas a lo que estaba viendo en aquel momento, ensartado por la espada samurái de Daimhin, cayendo a ciegas, con los ojos irritados por los gases y el vapor, dirigiéndose a un precipicio incierto, ningún humano se atrevería a pagar por ello, ya que su especie valoraba la vida y la seguridad; y cuando se trataba de una aventura real como aquella decidían echarse para atrás.

Pero él no. Ni tampoco Daimhin, la razón por la que él estaba allí. No sería capaz de dejar a esa chica sola jamás. Mientras ella retorcía la punta de la espada en su estómago, él rugía de rabia y de dolor amarrando su cuello con sus colmillos, marcándola; no hacía nada por soltarse, ya que sabía que no había otro lugar en el que pudiera estar en ese momento que no fuera aquel, ahí con ella.

Steven se olvidó de todo: de su clan, de su hogar en Wester Ross, de los guerreros muertos en la fortaleza de Eilean Arainn mientras él estaba al cargo de todos… Se olvidó de su dolor, de su pena y su arrepentimiento; dejó a un lado la guerra en la que estaban involucrados y se centró únicamente en proteger a esa rubia de olor a melón, cuya piel saboreaba mientras la mordía. Ella, nadie más que ella, era ahora lo más importante.

Daimhin había tomado la decisión de encontrar a su hermano suicida. Y Steven no creía ni por asomo que ese guerrero rubio, fibrado y de mirada atormentada tuviera en su sangre ni un gramo de ilusión por vivir. Parecía buscar la muerte con ahínco.

Y la vaniria demostraba con su actitud ser tan irracional como su hermano. Quiso convencerla para regresar juntos al lago Maree, a su casa, pero después de pasar medio día buscando a Carrick, Steven comprendió que la joven cabezona no cesaría en su objetivo. O regresaba con su hermano o no regresaba.

Y ahí estaban los dos, cayendo en picado por una grieta provocada por la irrupción de los huevos de purs y etones que habían provocado en el terremoto que abrió en canal y destruyó Edimburgo y parte de Escocia. Una increíble pena la destrucción de la hermosa ciudad, sepultada ahora entre escombros y muerte.

Steven sabía que debían detener su descenso de algún modo o acabarían en el profundo río de lava que se vislumbraba al final de la grieta. El berserker abrió los ojos amarillos tanto como pudo, en busca de un surco o una piedra en la que sujetarse y empezar a escalar. Desclavó los colmillos de la clara piel de la joven y, sosteniéndola por la cintura, rodeándosela con un brazo, alargó el otro y dio con la piedra que necesitaba y que le serviría de amarre.

La palma de la mano y la yema de los dedos le ardieron al quemarse con la roca negruzca que le

servía de asidero, pero se impulsó con fuerza en una impecable demostración de habilidad y poderío físico para salir del apuro. Se internaron en uno de los agujeros de la escarpada pared, y Steven cayó de espaldas, aún con la joven guerrera pegada a él, y su *katana* profundamente insertada en su estómago.

Daimhin apretaba los ojos doloridos, pues el ardiente vapor de las entrañas de la Tierra acosaba sus retinas y aburaban la delicada tez de los párpados.

Intentó tomarse un tiempo, unos segundos, para que su vista se regenerara; en cuanto sintió que podía parpadear de nuevo, se dio la vuelta sobre Steven y continuó empuñando su espada con fuerza, sin extraerla de su cuerpo.

Daimhin no podía creer lo que ese berserker había hecho.

—¡Maldito! —le espetó mostrándole los colmillos como una fiera fría—. ¡¿Estás loco?! ¡¿Por qué has hecho eso?! ¡Me has mordido!

Steven dibujó una línea frustrante con los labios. La larga coleta de Daimhin caía hacia abajo y le golpeaba la barbilla, dejando a cada bandazo un inconfundible olor noqueante. Sí, Daimhin era su *kone*, la más difícil de todas las hembras para su suerte.

Cogió aire para contestar.

—¿Por qué crees? Tengo tu espada perforándome un pulmón, colmillos —se encaró con ella—. ¿Te vas a enfadar ahora por un mordisquito? ¡No ha sido para tanto!

¿Un mordisquito? Daimhin no daba crédito. ¡¿Un mordisquito?!

No era un mordisco cualquiera. Era un mordisco de berserker, uno que había ido directamente a su torrente sanguíneo. El típico mordisco que grababa una marca a fuego en la persona que lo sufría. Una mordedura de posesión, tan conocida entre los machos y las hembras de su especie.

Sus extraños ojos naranjas con motas amarillas se achicaron, rebosantes de aborrecimiento hacia él, hacia su cresta castaña y rojiza, hacia su corpulencia, su ropa oscura y su increíble mirada de oro, mientras movía el cuello al sentir la incomodidad de las incisiones del berserker en su garganta. La había mordido muy fuerte.

Pero ese guerrero estaba loco si creía que su mordisco iba a afectarla. A ella nada podía estimularla. Era una muñeca rota, deseosa de destrucción y de venganza.

Con ese pensamiento, dirigió su mirada a la empuñadura que sujetaba con tanta ira y la sacó de golpe. Steven exhaló dolorido y cubrió su herida con la mano para paliar el dolor.

—Qué suave eres… Llena de delicadeza —ironizó medio incorporándose, mientras la sangre salía a borbotones de su estómago.

Ella parpadeó acuclillándose frente a él, como si Steven hablara en un idioma que no comprendía.

—Escúchame bien: no sé qué pensamiento tienes tú hacia mí… Tú puedes hacer lo que mejor te convenga. Pero yo voy a por mi hermano. —Limpió la hoja de la espada pasando dos dedos por el metal y sacudiéndolos después para secárselos más tarde en el pantalón negro y estrecho que llevaba, como si su sangre le asquease. Se incorporó, inspeccionando los alrededores de la cueva en la que se hallaban. Un largo túnel se adentraba a través de las capas subterráneas del planeta, como si un grupo de mineros lo hubiera trabajado con sus propias máquinas de horadar. Se dio la vuelta, sin preocuparse por el estado del berserker, y caminó con sus tacones rojos estampados de calaveras a través de la insondable oscuridad, para alejarse de la anodina luz y de Steven.

—¿Pero dónde te crees que vas? —Él dio un salto, sin prestar atención a la herida y corrió a ubicarse a su espalda. Seguía impresionado al ver la determinación de Daimhin para luchar y enfrentarse a sus demonios con tacones.

—Ya te lo he dicho —contestó ella. No quería responder tantas preguntas ni quería que nadie se

preocupara por ella. Era una superviviente. Se valía por sí misma. ¿Qué le pasaba a ese hombre?

—Es el fin del mundo. Esta grieta recorrerá toda la corteza terrestre y el Midgard se irá a la mierda. ¿Y tú y yo estamos jugando a ser espeleólogos para ir en busca de un vanirio loco y desmedido que…?

Daimhin se dio la vuelta, sin pensárselo dos veces, y colocó la punta de su *katana* en el cuello del berserker. Lo miró de frente con el rostro marcado por el hollín, la suciedad y la determinación.

—Cuidado, Steven —advirtió—. Mi hermano es lo más importante para mí. —Él levantó la barbilla, pero tampoco se amilanó ante su amenaza—. No hables de él así o te rajo de arriba abajo. ¿No te has parado a pensar que puede que el Midgard tenga lo que se merece? Los humanos son una raza despreciable, ¿no lo sabías? Está bien que se hundan entre su mierda —vertió con rabia—. Sin embargo, mi hermano se hizo para el bien y la protección, es lo más bueno que conozco; y, cuando la vida fue injusta con nosotros, él fue el que estuvo ahí para protegernos y cuidarnos. ¡Él dio la cara y parte de su alma! Así que perdóname si no me importa lo que le pase a este reino de demonios. Perdóname si no me importa en absoluto lo que hagas tú con tu vida o las decisiones que puedas tomar. Porque es cierto —sus ojos anaranjados se aclararon con sinceridad—: no me importas. Carrick lo entregó todo para protegerme y cuidarme —guardó la *katana* de nuevo en la funda de su espalda—. No voy a dejar que vaya solo hacia la oscuridad. Yo también sé protegerle. Y eso es lo que voy a hacer, lo quieras o no. No trates de impedírmelo.

A Steven no le gustaba escuchar que no le importaba en absoluto. Él la había descubierto, era su pareja, el reflejo en el que él se vería.

«Mi *reflekt*».

Pero esa chica tenía el alma marcada por heridas y cicatrices que no se atrevía a imaginar. Era uno de los niños perdidos. Así los llamaban a los supervivientes de Capel-le-Ferne: a todos esos guerreros, tuvieran la edad que tuviesen, a los que les arrebataron la dignidad y la inocencia en pos de la experimentación y la banalidad. Él no quería pensar en nada de lo que pudieron llegar a sufrir bajo las manos de los miembros de Newscientists… Aunque podía hacerse una ligera idea. La maldad del ser humano y la maldad de los jotuns podía acabar con la luz del alma más pura. Imaginarse a esa preciosidad sufriendo le removía el estómago y le encogía el corazón.

Pero Steven no era estúpido. Sabía que Daimhin era una vaniria muy complicada y difícil. Pero él no se caracterizaba tampoco por ser sencillo ni simple. Su personalidad estaba marcada por otros sucesos de su vida que no supo encajar y a los que nunca hizo frente. De hecho, días atrás, había vuelto a fracasar en su misión de protector, cuando tantísimos guerreros, mujeres y niños murieron por la traición de Buchannan, Anderson y Cameron mientras él estaba a cargo de Eilean Arainn.

Muchos de sus amigos ya no estaban, se habían ido para siempre. Y tenía que hacer frente a las muertes de los berserkers que habían perecido bajo su mando. Su clan se había partido por completo y, ahora, los guerreros que todavía seguían luchando en Escocia eran una mezcla de niños perdidos, valkyrias y einherjars, clanes vanirios *kofun*s y berserkers de Milwakee, todos con diferentes personalidades y más aún diferencias que intentaban reconciliarse en el tiempo. Se suponía que debían unirse para luchar y hacer frente al fin del mundo. La pregunta era: ¿Lo conseguirían?

¿Qué sería de Johnson? ¿Qué sería de Ardan? ¿Y de las valkyrias? Ellos eran su única familia, y tal vez no volvería a verlos nunca más. La grieta que había partido Glasgow y Edimburgo no tardaría en alcanzar la falla original del país, ya que los temblores no cesaban. Y si eso sucedía Escocia se hundiría para siempre.

Sí, no había duda. Era el fin del mundo. De su mundo. Del de todos.

Y cuando llegaba el final, uno miraba hacia atrás y quería amarrarse a los mejores recuerdos y a las más grandes experiencias de su vida. Y Steven no tenía nada. En cambio, Daimhin podría darle la

verdadera razón por la que él aún seguía viviendo y tanta gente que había querido ya no. Con Daimhin, tal vez, todo merecería la pena.

Era de él, y necesitaba protegerla. Si ella quería ir en busca del vanirio triste y afeitado eso haría. La acompañaría.

Tal vez, si lo reconociese como su *mann*, le daría un sentido a su torpe existencia.

Y tenía poco tiempo para ganarse su confianza.

Y decía confianza porque, en realidad, no quería precipitarse y exigir lo que de verdad anhelaba, que era el amor recíproco de esa chica con cuerpo de mujer y mente de anciana.

Con el poco tiempo que les quedaba en esa tierra, tarde o temprano, la joven lo sabría, se daría cuenta de que ambos estaban destinados a estar juntos. Él y su mordisco se encargarían de recordárselo.

—Te acompañaré porque creo que es imposible que esos tacones te duren mucho. Vas a la guerra, no a una pasarela —contestó Steven decidido, siguiéndole el paso.

—A mí me encantan —aseguró ella—. Además, yo tampoco te digo que no traigas tus herramientas de limpieza para pelear, ¿verdad?

Steven frunció el ceño, curioso por su cavilación.

—¿Por qué crees que voy a limpiar, sádica?

«¿Sádica?». Daimhin se encogió de hombros, y mientras se internaban en la más absoluta penumbra de aquella gruta, añadió:

—¿Acaso no llevas una escoba medio naranja en la cabeza?

Steven se acarició la media cresta que asomaba sobre su cráneo y sonrió divertido por la comparación.

Los purs y los etones eran trabajadores de las superficies rocosas y arenosas; se introducían como gusanos y pudrían la tierra como moho hasta agujerearla, como una caries a una muela. Prueba de ello era la cantidad de túneles que habían creado en la corteza terrestre bajo Edimburgo en tan poco tiempo. Daimhin y Steven habían perdido la cuenta de los kilómetros de túnel que ya habían recorrido. ¿Cuántos? ¿Treinta? ¿Cuarenta? Ellos tenían visión nocturna y podían ir más rápido que un humano, pero no a la velocidad que deseaba la joven vaniria. La piedra estaba caliente, como si parte del volcán que reposaba bajo esa zona del país escocés hubiera revivido con los temblores acaecidos.

Los conductos abiertos permanecían lisos al tacto, con una pequeña capa gelatinosa originaria de los cuerpos de los purs. Y cada túnel daba a grutas más oscuras que las anteriores.

Daimhin intentaba concentrarse en captar la señal mental de su hermano, pero solo encontraba un muro y mucha más oscuridad de la que había en esos pasajes subterráneos. Su mente insondable dejaba en pañales al mismísimo Mal. Era una aplastante realidad que su hermano se acercaba al lado oscuro irremediablemente, y que solo ella y el recuerdo de lo que una vez fue lo ataban al lado vanirio más que al nosferatu. Se estremeció y sus ojos se humedecieron al pensar en su *bratháir* vencido.

No quería. Carrick era un luchador. Y si estaba en su mano, haría todo lo posible por salvarle de su propia autodestrucción.

Steven frunció el ceño al percatarse del nerviosismo de Daimhin. Llevaban muchísimas horas buscando a su hermano, y la joven no desistía.

—Si tu hermano es tan fuerte como dices, seguirá con vida, sádica. —Steven quería hablar con ella, pero Daimhin no le dirigía la palabra. La chica tenía la espalda recta y los suaves hombros echados hacia atrás. El mango de la *katana* se bamboleaba de un lado al otro de su nuca, igual que se mecían

sus caderas. Estaba delgada, pero era alta, esbelta y tan bonita que se le secaba la boca al contemplarla. Y ese pelo… Ese pelo liso y largo, tan rubio que casi parecía blanco, ¿de dónde había salido? ¿Cómo le había crecido tanto desde la última vez que la vio?—. Lo encontraremos.

Ella continuó con los ojos naranjas y dorados fijos en el final de esa nueva gruta que tanteaban. No quería pensar en el hecho de tener a un berserker que le doblaba en tamaño pegado a su espalda y a solas con ella bajo tierra, allí donde nadie jamás pudiera encontrarla. Lo llevaba muy bien, pero cuando lo pensaba, como en ese momento, las manos se le humedecían y el corazón se le descontrolaba en el pecho, frenético en sus taquicardias. Un sabor amargo y conocido se aposentó en su lengua, y tuvo que cerrar los ojos con fuerza y hacer acopio de su mejor autocontrol para no empezar a correr y buscar una salida con urgencia.

Malditos recuerdos. Malditas experiencias. Maldito Newscientists.

—En poco tiempo, los purs han logrado crear un reino intraterreno en el Midgard —dijo para apartar de su mente las pesadillas.

—Las entrañas de este país son como un queso cheddar —explicó Steven leyendo el lenguaje no verbal de Daimhin. Estaba tensa y asustada, y no quería pensar en que era él quien le daba miedo. ¿Le daba pánico estar a su lado? Su instinto berserker y su olfato decían que sí. Y eso le dolía horrores. El olor del miedo de Daimhin tenía el matiz del caramelo quemado, y Steven no lo podía soportar, por eso continuó hablando, para alejarla de ese lado de su mente y de sus emociones, que la convertían en alguien asustadizo y vulnerable—. Isamu consiguió tratar los mares con la terapia antiesporas. Pero los huevos de los purs y los etones ya evolucionados, los que crecieron demasiado rápido, son los que se han hecho hueco a través de las grietas y han eclosionado, sin importarles donde lo hacían. Por eso el mundo tiembla, y las placas se abren… No hay solución para eso. —Se encogió de hombros.

Continuaron caminando en silencio. A Steven le relajaba el movimiento de la larga coleta de Daimhin, que iba de un lado al otro, hipnotizándolo y sincronizándose con el latido de su corazón. Si compartieran el *chi*, él podría ayudarla a relajarse y a sincronizarse con su corazón. Él sería su bálsamo, y le ayudaría a calmar las palpitaciones tan aceleradas que amenazaban con salírsele del pecho. Podía escuchar el bombeo perfectamente, y la sangre correr a través de sus venas como si no hubiera un mañana.

El berserker le colocó la mano en el hombro, pero Daimhin dio un salto hacia delante para separarse de él, como si el contacto le quemara.

Steven achicó los ojos color oro y un gruñido espontáneo pero no demasiado duro sonó en su amplio pecho.

—¿Por qué me tocas? —preguntó ella, alargando la mano por encima de su cabeza para amarrar el mango de su *katana*—. No gruñas, maldita sea.

Steven se miró su propia mano y después la miró a ella a los ojos. Los enormes luceros anaranjados de Daimhin brillaban acorralados a través de la oscuridad, como los de una felina dispuesta a arañar para salvarse.

Steven deseó con todas sus fuerzas encontrarse cara a cara con las personas que le habían hecho eso y arrancarles la cabeza uno a uno. ¡¿Quién y por qué había herido a una ninfa como aquella?! ¿Cómo podía tenerle miedo?

—Lo siento —se disculpó él con voz grave.

—No lo sientas —dijo ella tragando saliva—. Simplemente no vuelvas a hacerlo. No me gusta que me toquen.

Él dio un paso al frente, herido por su prohibición. A Daimhin no le gustaba que la tocaran, y él se moría de ganas de hacerlo. ¿Cómo iba a decirle que era su *kone*? ¿Que su instinto la había elegido? Estaba jodido.

Su barbilla se tensó y después señaló algo al final del túnel.

—Solo quería alertarte sobre lo que hay ahí. —Su índice señalaba una bamba blanca y sucia, de número pequeño—. Hay un calzado de niño dejado en mitad del túnel.

Daimhin miró hacia donde él sugería y encontró el objeto al que hacía referencia. ¿Qué demonios hacía eso ahí, a kilómetros del suelo terrestre? ¿Una zapatilla de niño?

Y, entonces, Daimhin inhaló profundamente y olió la sangre. Steven también percibió el sutil perfume de la vida de un niño en sus últimos suspiros.

—Se muere —dijo Daimhin corriendo hacia delante.

—¡Espera! —Steven no le perdió el paso—. ¡Puede ser una trampa!

Pero Daimhin no quería pensar en trampas. Tanto él como su hermano no podían dejar de ayudar a los más indefensos. Pasaron demasiado en Capel- le-Ferne como para ignorar el dolor ajeno. Apenas se le oía el corazón.

Siguieron el camino subterráneo hasta llegar a una cavidad más ancha. En medio de aquel lugar, sobre el suelo ennegrecido y volcánico de la gruta, una niña de pelo negro, corto y liso reposaba luchando por el último depósito que le quedaba de oxígeno. Los gases le impedían respirar bien. Tenía los ojos escocidos e hinchados y la tez tan pálida como la nieve.

Daimhin se arrodilló a su lado y la tomó en brazos. ¿Qué hacía esa niña ahí?

Steven, en silencio, miraba la escena sin demasiadas esperanzas. En Eilean Arainn murieron muchos niños a manos de la crueldad de otros. Esa pequeña, tarde o temprano, se uniría a los espíritus de los caídos. Lo curioso era que la parca, en niños inocentes, llegaba a ser infinitamente más dolorosa que la muerte en hombres que elegían luchar. Porque esos hombres y guerreros decidían su destino, y sabían que podían correr el riesgo de no volver y morir con honor. Pero un niño… Nada justificaba la muerte de un niño. Nada paliaba ese dolor.

—Todavía respira —dijo Daimhin acercando el oído a la boca semiabierta de la pequeña—. Todavía… —la miró fijamente—… Puedo salvarla. Si no hago algo morirá.

Steven negó con la cabeza.

—¿Y qué harás, Daimhin? ¿Recorrer los cientos de kilómetros intraterrenos que hemos andado para intentar mantenerla con vida? Mírala. No puedes hacer nada por ella… —Observó las incisiones que tenía en el brazo y los moretones que le habían dejado. No eran mordiscos de vampiros. Los agujeros eran más gruesos que los de unos colmillos de nosferatu o de lobezno. A esa niña no le quedaba ni una gota de energía vital en su cuerpo. Se la habían succionado.

—No pienso dejarla aquí —se negó Daimhin, estudiando las heridas.

Steven se acuclilló a su lado y la obligó a mirarlo.

—Escúchame bien, vaniria. La niña está muerta. Completamente vegetal. Respira por que aún tiene el reflejo de hacerlo. Sus padres habrán muerto allí arriba —señaló el techo—, como todos los humanos a los que no hemos podido salvar. No vamos a hacernos cargo de esto. Así que déjala.

Ella lo escuchaba horrorizada, con los ojos cada vez más claros y llenos de furia.

—¿Pero qué eres tú, insensible? Esta niña…

—¡Esta niña se muere! —le recordó furioso—. ¡Igual que medio Midgard! ¡Y no vas a poder salvarlos a todos! Si quieres hacer algo de provecho, antes de que la palme de verdad, intenta leer en su sangre algo de lo que ha pasado. Eres una vaniria, ¿no? ¿Por qué no lees qué diablos hace aquí y quién la ha traído hasta este lugar? Tal vez, ella no pueda vivir… Pero, ¿y si hay más como ella por

estos túneles?

—¿Más niños? —se preguntó mirándola atentamente. La sola idea de imaginarse a grupos de críos inocentes encerrados y a merced de ogros y demonios abusadores hacía que le subiera la bilis por la garganta.

—¿No tienes que beber mucho, no? —Steven pensaba en las consecuencias que comportaba para los vanirios beber sangre humana, y tuvo miedo por ella—. No te transformarás… ¿No?

Daimhin negó con seriedad.

—Bastará con una gota —contestó cogiendo aire. Todavía con reservas, estudió por última vez el rostro de la pequeña moribunda, otro espíritu que pagaba por los errores de los adultos de su mundo. Si algunos humanos no hubieran cedido a Loki, nada de lo que estaba pasando hubiera sucedido jamás. Steven tenía razón. La pequeña estaba tan débil que no la podría ni transformar. Además, no le apetecía vincularse con nadie. Y los intercambios de sangre vaniria eran vinculantes de por vida—. Nunca he bebido sangre humana —reconoció con asombro. ¿Sería esa su primera vez?

—Si crees que va a suponer un peligro, es mejor que no lo hagas… Joder.

Pero Daimhin ya había clavado la punta de un blanquísimo y diminuto colmillo en el pulgar de la cría. Apretó para que emergiera una gota rubí y consistente, pero a duras penas daba para más. Fuera lo que fuese quién o qué le había atacado así la había dejado completamente seca. Lamió la perla rojiza y soltó a la pequeña inmediatamente. A continuación, cerró los ojos para leer y experimentar algo de lo que había visto la muchacha.

Sintió el pánico, el pavor, la impresión de ver seres que solo había creído posibles en la series de televisión o en la más fantástica de las ficciones. Los padres de la cría habían muerto al caer por una de las grietas, y a ella se la había llevado uno de los etones de piel negra, aspecto reptiloide y ojos amarillos, saltando al interior de la grieta, y siguiendo a muchos como ellos, que cargaban con niños de su misma edad.

Daimhin sacudió la cabeza y se apretó las sienes. El rastro de la sangre en su paladar desaparecía. Era muy poca cantidad para saber leerla. Cahal McCloud, el *druidh* del clan *keltoi* de Dudley, era el mejor rastreador, junto con su hermano Menw. Todos los adultos podían rastrear pensamientos e imágenes en sangre aún viva. Pero ella, que la mayor parte de su vida había estado inhabilitada y maltratada a manos de la organización de Newscientists, no tenía plenamente desarrollada esa habilidad. Hacía muy poco que tomó la decisión de luchar. Daanna le había enseñado a utilizar la *katana*, y Miz O´Shane, la pareja del *druidh*, le había servido de gran apoyo para sentirse un poco más fuerte. Cahal, por su parte, le devolvió su melena y una pequeña porción de su autoestima. Era como una muñeca rota que intentaba encajar los pocos pedazos de cordura que aún le quedaban.

Sin embargo, todavía le quedaba mucho por aprender. Apenas acababa de salir del cascarón destructivo en el que ella y muchos más habían sido arrojados, obligados a aceptar un trato que no hubiera deseado jamás ni a su peor enemigo. Excepto ahora. Ahora clamaba por venganza. La de ella. La de su hermano. La de esa cría que expiraba su último aliento.

Daimhin dejó caer los párpados con pesar, y alargó su mano para cerrar los ojos abiertos de la chiquilla ya fallecida.

—Lo siento mucho. *Beannachd leat*. Adiós.

—Sí, adiós —repitió Steven con tristeza—. ¿Hay más? —preguntó preocupado. Le hubiera gustado acercarse a Daimhin y abrazarla, pero aquello era tan imposible como que Loki se convirtiera a la religión aesir.

Daimhin asintió con la cabeza y se incorporó con lentitud.

—Han llevado a muchos niños a estas grutas. A ella la mordió un purs… No sabía que esos

engendros comieran humanos —murmuró atónita.

—No comen humanos —señaló Steven—. Se han llevado solo a los niños. Solo a los pequeños. —Sus ojos se volvieron dos líneas amarillas fosforescentes en la oscuridad. Iba a matarlos a todos. Necesitaba dejar ir la rabia que sentía al saber que los villanos siempre se aprovechaban de la debilidad y de la bondad de los más pequeños—. Veamos si encontramos a tu hermano, sádica. Sigamos.

Daimhin se paró en seco; no le siguió.

—Pero si hay niños por el camino y los podemos salvar… Les salvaremos. No pienso hacer la vista gorda.

Steven se encogió de hombros y la miró echando la cabeza hacia atrás. Sonrió con indulgencia.

—Haz lo que quieras.

Ella osciló las largas pestañas oscuras e inclinó la cabeza a un lado. ¿Qué quería Steven de ella? ¿Por qué insistía en acompañarla?

—¿Por qué estás aquí? ¿Por qué? Yo no te he pedido que lo hagas. Puedes irte cuando quieras —convino sin comprender a ese chico—. Si quieres, puedes hacerlo ahora. Yo seguiré con mi camino y…

—Cállate ya —Steven se puso a silbar por lo bajo, ignorándola por completo. Continuó con sus largas zancadas, dejándola atrás.

—No me conoces. No creo que te caiga muy bien. De hecho, creo que tú no me caes bien. No me gusta tu pelo… ¿Por qué no crece cuando mutas? A los demás berserkers el pelo se les alarga. A ti no. ¿También estás tullido?

Steven se echó a reír y negó con la cabeza.

—Es un agobio afeitarse la cabeza tanto. Yo fui más radical. Hice un pequeño tratamiento capilar para que no me creciera… Pero, con los años, el efecto desaparecerá.

—¿Un tratamiento capilar? ¿Cuál?

—No quieras saberlo.

Ella hizo un mohín de desagrado.

—Tampoco me gusta el brillante que llevas en la oreja. Y no me gusta hablar contigo.

—Pues para no querer hablar —dijo él con una sonrisa—, no te callas, guapa.

Daimhin apretó los dientes con rabia; y cuando iba a replicarle, Steven la miró por encima del hombro y le espetó:

—Te acompaño porque es, nada más y nada menos, lo que tengo que hacer. Ayudarte. Y te guste o no, no puedes echarme de aquí. Intenta soportarme.

Daimhin siguió con los ojos a Steven y contempló su cuerpo largo y ancho, sus andares seguros y su actitud algo despreocupada. En el cinturón del pantalón oscuro, en la parte trasera, tenía un vara metálica, cuya funda de cuero escondía la cabeza de su *oks*. Hasta ahora no le había visto utilizarla. Esas hachas eran armas letales en manos de los guerreros berserkers. En Eilean Arainn, incluso en la colina de Arthur´s Seat y posteriormente en Edimburgo, había luchado junto a berserkers y contemplado con admiración el modo que tenían de sesgar las cabezas de sus enemigos. Incomprensiblemente, se le puso la piel de gallina al imaginárselo.

El mordisco del cuello, esa impronta de los colmillos de Steven en su piel, hormigueó molestamente. Eso la obligó a cubrirse el mordisco y a frotarlo con la palma de su mano. ¿Por qué le escocía? Le empezaba a arder como el infierno.

Y, de repente, algo que había controlado en sus años de cautiverio se despertó como el perezoso amanecer de un oso después de hibernar durante meses, con lentitud pero con una ansiedad aplastante.

Tenía sed. Sed vaniria.

III

La oscuridad era sentirse como él se había sentido durante tantísimo tiempo. Un espacio carente de sonrisas y luz. Una habitación personal en la que solo residían los pensamientos faltos de claridad. Un pozo negro donde solo tenían cabida el dolor y la vergüenza; dos sensaciones lacerantes que se retroalimentaban la una de la otra hasta llegar a destruir los únicos retazos de lo que alguna vez, en su corta vida, fue.

Carrick vivía solo porque las ansias de venganza le mantuvieron en pie cuando lo hicieron pedazos y borraron de un plumazo al niño que peleó hasta el final por sobrevivir. Soñaba con el día de la vindicta final, no porque quisiera olvidar y continuar. No. Sino porque cada maldito amanecer desde que salió de Chapel Battery se convertía en una eternidad de tormento y desesperación por no poder dejar ir toda la fría furia que hervía en su alma. Y tener algo tan caliente en su interior, al final, acababa quemando y transformándolo todo en cenizas.

Cahal McCloud le ofreció borrar sus recuerdos y devolverle su melena rubia, característica del celta vanirio proveniente del largo linaje de bardos del que él y su hermana descendían. Pero Carrick rechazó su propuesta, porque, ¿de qué servía cambiar el envoltorio si el interior estaba podrido? A él no le servía de nada que lo acicalaran cuando estaba tan manchado como podía estarlo un cerdo en el barro.

«Cerdo. Zorra. Eres la vergüenza de tu clan». Recordaba aquellas duras palabras que tanto le habían repetido los humanos de Newscientists. Ni siquiera le repugnaban. Se habían convertido en combustible para su fuego interior.

Pero aquella vida que tanto daño le había causado y no podía entender se estaba riendo en ese momento de él. Malditas nornas del demonio… Parecía ser que incluso el más desgraciado y perdido de todos los vanirios podría llegar a tener una oportunidad para recordar que una vez tuvo bondad en su mente y en su corazón. Y esa oportunidad se presentó en la forma de una japonesa llamada Aiko.

Hacía solo un día y medio que la había visto desde que llegaron a aquella tierra convulsa y a punto de morir llamada Escocia.

Desde entonces, desde que Carrick clavó su mirada en sus ojos rasgados y oscuros, en su melena lisa y negra y en su exótico rostro, la necesidad de matar se había colocado milagrosamente en un segundo plano.

Decían que los *cáraids* vanirios se reconocían por el olor. La pareja elegida desprendía un perfume que noqueaba los sentidos de su consorte. Sus padres se amaban antes de ser transformados por los dioses. Las parejas que él conocía ya estaban hechas cuando nació. Y, ahora, a las puertas del Ragnarök, nadie podría explicarle si lo que él estaba percibiendo con esa japonesa del clan vanirio *kofun* era o no era la vinculación de los *cáraids*. Lo único que podía hacer era seguir el rastro de ese olor a chocolate caliente, que le recordaba a las noches en las que su madre, cuando era muy pequeño, le preparaba un tazón para que pudiera descansar, relajarse, y dormir, aunque los vanirios no lo necesitaran.

¿Aiko tendría la capacidad de relajarle?

La había visto luchar; y también había reconocido la luz en sus ojos cuando obtenía el dolor de sus oponentes, cuando sesgaba las vidas de los jotuns, como una experta y maravillosa sanguinaria. Parecía seria y disciplinada, nada accesible para nadie, exactamente como él era ahora. No obstante, Aiko lo había mirado durante unos eternos segundos mientras el purs se la llevaba, como si quisiera decirle algo o despedirse de él. Y ese leve pero intenso contacto fue el que encendió la chispa en su

tenebrosa alma, y el que le hizo creer que si había una *cáraid* para él, después de lo vivido, era que no estaba todo perdido.

Entonces, Carrick no tuvo ninguna duda sobre lo que tenía que hacer. Decidió ir a buscarla. Encontrarla era su mayor afán.

El túnel constaba de techos y paredes altas. Desconocía cuál era la auténtica fisiología de los purs para crear esas penetraciones en la piedra pero, fuera como fuese, esos monstruos tenían la necesidad de construir madrigueras. ¿Para qué? ¿Por qué?

Carrick se detuvo hacia el final del nuevo túnel, que acababa en una nueva bifurcación. ¿A cuántos metros bajo tierra estaban?

Cerró los ojos y esperó a que el olor de Aiko le golpeara de nuevo.

Sí. Estaba cerca. Seguía viva. E iría a por ella.

Carrick se impulsó sobre los talones y, al percibir su inminente cercanía, arrancó a volar a través del túnel oscuro y sombrío. Al final de ese nuevo pasaje, una claridad anaranjada alumbraba la boca al otro extremo del pasillo.

Él entrecerró los ojos y los colmillos le explotaron asomándose a través de sus labios. Su mirada marrón y clara se enrojeció por completo.

Ahí no solo latía el corazón de Aiko. Había otros corazones, más pequeños y más humanos que los de la japonesa.

Niños. ¿Qué hacían los niños ahí adentro? Era imposible que sobrevivieran a la falta de oxígeno, provocada por los gases intraterrenos y por las altas temperaturas de las cavernas.

Aumentó la velocidad y salió como una bala por el agujero, hasta levitar en una gruta tan grande como un coliseo.

Abajo, ríos de lava que otorgaban claridad a aquella boca del mal, rodeaban una plataforma de piedra. En el centro de esa roca, dos purs más grandes de lo normal, de piel viscosa y grisácea y con ojos grandes de color carbón, estaban flanqueados por etones de piel negra y ojos amarillentos. Las dos razas de jotuns eran muy poco agraciadas.

Al parecer, los dos purs de grandes dimensiones actuaban como las abejas reina de una colmena. Todos les protegían, y a ellos eran llevados los niños que cargaban sobre sus hombros aquellos adefesios de Loki.

A Carrick no le sorprendía nada. Ni la maldad, ni la violencia, ni el odio, ni la lascivia de los seres de Loki. Pero continuaba lastimándole el hecho de que se jugara con la inocencia de los más indefensos.

Purs y etones dejaban a los pies de la pareja de líderes los cuerpos casi sin vida de los críos que habían secuestrado del Midgard. Caían desmadejados, como muñecos de trapo. Veía sus rostros y recordaba a los niños perdidos de su clan, que apenas tenían una oportunidad para luchar, tan débiles y tan maltratados…

Los dos purs, que doblaban en tamaño y en anchura al resto, cogían a los niños, y abrían sus asquerosas bocas para clavarles dos colmillos putrefactos en su tierna piel. No dejaban de succionar hasta que les arrancaban la energía vital.

Y cuando acababan… Dioses… Cuando acababan, vomitaban algo por la boca. Algo rojizo, redondo y gelatinoso.

—Son huevos —susurró Carrick estupefacto.

Esos malnacidos podían incubar huevos después de arrebatarles la vida a los pequeños. Y tenían una increíble montaña de ellos que otros se encargaban de guardar en orificios hechos a medida en la piedra, como si fueran las cunas de los futuros purs o etones que salieran de allí.

Mientras observaba aquella escena y buscaba desesperadamente a Aiko entre aquel enjambre de niños, huevos, purs y etones, notó la intrusión mental de un eton.

Los etones tenían la capacidad de leer la mente de sus adversarios y manipularla a su antojo. El lápiz anulador de frecuencia se le había quedado sin batería desde hacía horas, pero Carrick estaba más que dispuesto para enfrentarse a los juegos telepáticos del jotun. Usaría la mente del jotun para averiguar dónde estaba Aiko.

Algunos etones alzaron las cabezas, dispuestos a enfrentarse a Carrick que, todo vestido de negro, con su espada samurái en mano y su cabeza rubia y afeitada, señalaba a cada uno de ellos con una sonrisa maquiavélica, dispuesto a enfrentarse a la muerte.

—Venid a por mí —les animó.

Carrick se dirigió al enjambre como una bola, con la inconsciencia de quien desea la batalla porque no tiene nada que perder.

Graznó como un salvaje al paso que iba cortando cabezas, piernas y brazos, mientras investigaba en las mentes de los etones dónde había ido a parar la vaniria.

Esquivó el ataque de un eton y aplastó la cabeza de un purs con las suelas de sus botas militares negras.

Movía la hoja de su espada samurái con diligencia y sobriedad. Cortes limpios y mortíferos, precisos como los de un cirujano.

La piel del purs estaba recubierta por una gelatina que se parecía al ácido y quemaba como el demonio. Muchos de ellos intentaron cogerle y, ante todo, proteger a sus dos reinas ponedoras de huevos, que buscaban el modo de salir de allí antes de que ellas o sus nidadas sufrieran algún percance.

Pero Carrick no se lo iba a permitir.

Demasiados niños habían muerto en sus manos como para que escaparan sin recibir el castigo que merecían.

Un purs le escupió y la saliva impactó en su pantalón. Al instante, la tela afectada desapareció, quemada por completo. Al igual que la piel más superficial de su pierna.

Mientras luchaba, buscaba al eton con el que tenía ese contacto mental… Lo quería a él. Él le diría dónde estaba Aiko, aunque le hiciera creer que ya no estaba ahí.

Los ponedores de huevos horadaban el suelo y creaban un boquete tan grande como para conseguir desaparecer como gusanos. ¡No se le podían escapar!

Sobrevoló la cabeza de un grupo de etones y, entonces, clavó la punta de la espada en uno de los dos purs que querían desaparecer. Le atravesó la cabeza. El purs gritó como un animal herido y se revolvió, queriendo escapar de la punta metálica de Carrick, que se retorcía en su cabeza y que le empezaba a atravesar el cuerpo.

—¡Te mato como un cebo, gusano! —le gritó mirando por encima de su hombro para protegerse del golpe de un eton. Sus garras, curvadas y afiladas, negras como su piel, le arañaron la espalda. Carrick se quejó, pero antes de encargarse de su nuevo atacante percibió el pensamiento del eton al que tenía anclado a su mente. Estaba huyendo. Huyendo por una de las grutas superiores.

Sacó la espada y dio la vuelta sobre sí mismo para utilizar ese mismo movimiento como un molino degollador con el que pudo rebanar el cuello a varios purs.

Después, ignorando a todos los demás, alzó el vuelo para seguir al eton que sabía dónde estaba Aiko. Cuando llegó al orificio por el que el jotun había desaparecido, se detuvo en el umbral, impresionado por lo que veían sus ojos.

El eton tenía a Aiko, completamente inmóvil, adormecida y falta de vida… Estaba colocado a su

espalda, tirándole del pelo, sin perder la mirada de Carrick. Sus ojos amarillos y reptiloides sonreían victoriosos.

Uno de los purs succionadores la había mordido, hasta el punto de dejarla casi sin sangre.

«¿Es esto lo que buscas, vanirio?», le preguntó el eton mentalmente. Sus dientes amarillentos y su hocico, parecido al de una serpiente, le convertían en el primer anfibio bípedo que Carrick había visto en su vida.

—Devuélvemela —le contestó Carrick acercándose a ellos, sin bajar la punta de la espada ni un ápice.

«Es demasiado tarde para ella. Es demasiado tarde para vosotros».

El vanirio negó con la cabeza, sin perder la calma.

—No es tarde si hay vida. ¿Para qué demonios cogéis a los niños? Sois deplorables.

«Sustento. Sustento para nuestra especie. Entre nosotros nacen pocas hembras que puedan procrear. Pero hemos descubierto que la energía vital de vuestras crías nos ayuda a incubar. Habéis acabado con todos nuestros huevos de los mares —inquirió con furia—. Es lo justo que también acabemos antes con los vuestros, ¿no crees?».

—Son humanos. No crías, ni huevos —remarcó Carrick, dando otro paso hacia ellos, mientras rezaba por que soltara a la japonesa, que tenía los ojos cerrados—. ¿Por qué habéis mordido a la vaniria?

«Es un ser sobrenatural. Tiene muchísimo poder, y su energía es tan pura y vital como la de las crías que se han comido Sal´zenac y Pur´nic. Ella es virgen. Como ellos. Hay mucha energía en los vírgenes… ¿No lo sabías?».

Carrick escuchaba atentamente la voz oxidada de ese eton dentro de su cabeza. Los demás etones y purs ascendían las paredes de piedra, escalando y arrastrándose para llegar a él. No tendría mucho tiempo antes de actuar. ¿La energía de una virgen les alimentaba? Entonces, con él, no tendrían nada que hacer.

—¿Sal´zenac y Pur´nic? —repitió Carrick—. ¿Así se llaman las criaturas ponedoras de huevos? ¿Tenéis nombres?

El eton alzó la comisura de lo que parecía ser su labio superior y le dedicó una sonrisa torcida.

«Todos tenemos un nombre. Tú has acabado con la vida de Sal´zenac —le dijo mostrando su lengua bífida entre los colmillos—. Y luchas por proteger a unos humanos que odias. Estás lleno de asco».

—No lucho por ellos. Jamás he luchado por ellos.

«Puede que no luches por ellos, pero sí guerreas por ella. —Miró a Aiko y echó el brazo hacia atrás para clavarle los dedos en la espalda e intentar atravesarle el pecho—. Es lo justo que te devuelva la afrenta».

Carrick corrió veloz y lo detuvo. Liberó a Aiko del amarre del eton y le cortó la cabeza al jotun.

Cuando se dio la vuelta, Aiko yacía en el suelo, estirada de modo disforme, con la cabeza echada hacia atrás.

Carrick la cogió en brazos, meciéndola y retirándole el pelo negro de la cara.

—¿Aiko? ¿Me oyes? —El corazón le latía errático.

No podía pasarle aquello. No podía perder a esa vaniria cuando apenas se acababan de encontrar. ¿Qué mierda de vida le había tocado vivir a él? Carrick la zarandeó.

—¡Eh! ¡Escúchame! ¡No te puedes ir! ¡No te puedes ir! —Se mordió la muñeca y abrió una herida profunda a través de sus venas. No quería darle su sangre manchada. Si la salvaba le pediría perdón, pero necesitaba ofrecerle su linfa para que despertara. Después, la mordió y bebió de la poquísima sangre que aún latía por sus venas. Necesitaba tres. Tres intercambios de sangre. Los purs se

acercaban hacia la cavidad en la que él estaba. Tenía que sacarla de allí con vida. Pero Aiko no respiraba. Sus ojos negros seguían vueltos hacia arriba.

Carrick notaba los muslos mojados, señal de la sangre que perdía Aiko por la espalda. Desesperado, le dio la vuelta, hasta que comprendió lo que había pasado.

Desvió la vista hacia el eton que yacía sin cabeza en el suelo. En la mano tenía el corazón de la japonesa, que aún latía reflejamente.

—No… No puede ser… —Fijó sus ojos marrones y llorosos en el rostro de la vaniria. Parpadeó para contener las lágrimas e inspiró profundamente por la nariz. Los vanirios morían si les arrancabas la cabeza o el corazón. Y Aiko había sido víctima de lo segundo. Dejó caer el cuello hacia atrás y gritó hasta que le ardieron los pulmones.

Carrick la dejó en el suelo, y se levantó con el rostro completamente ensombrecido, sin brillo en su opacada mirada. Amarró el mango de su espada y esperó. Esperó a que vinieran los purs.

—Ahora vengo —le dijo Carrick al cuerpo sin vida de Aiko mientras que, con paso arrastrado, se dirigía a la entrada de la cueva, en la que esperaría uno a uno a aquel enjambre de etones y purs que iban a encontrar su muerte, antes de que él clamara por la suya propia.

Matar. Acabar con todos era lo que iba a hacer, antes de acabar con todo. Antes de dar fin a su pena y a su tormento.

Antes de entregarse, por fin, al Sol.

Cuando dos hermanos estaban tan conectados como lo estaban ellos dos, uno sentía siempre el dolor y la desesperación del otro.

Durante años, Carrick se ocupó de cubrir sus emociones y de acorazarse para que Daimhin jamás supiera cómo se sentía, para que nunca leyera en él nada de lo que le hacían. Por eso no podían hablar telepáticamente entre ellos, porque Carrick no lo permitía.

Pero en ese momento, corriendo a gran velocidad entre los túneles subterráneos, Daimhin se detuvo en seco y se llevó la mano al corazón. ¿Y ese vacío? ¿Y esa falta de vida o de emoción? Era como una bofetada.

Steven ralentizó el paso y se acercó a ella al percatarse de la congoja de la joven.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—No sé… —Los ojos naranjas de Daimhin se aclararon de golpe y agarró con fuerza la camiseta hasta arrugarla a la altura del pecho—. No estoy segura. Es… Carrick. Algo ha pasado.

—¿Algo ha pasado? ¿El qué? —Tan alto como era tenía que encogerse para hablarle casi a la misma altura.

—No lo sé… —susurró con la mirada perdida. «¿Carrick? ¿*Brathair*, estás bien? Háblame, por favor». Pero las preguntas siempre venían acompañadas de incómodos silencios.

Steven levantó la cabeza y se colocó delante de Daimhin.

Ella también se percató del movimiento que provenía del final del túnel. El olor a putrefacción golpeó sus fosas nasales.

—Ya vienen. Vienen hacia aquí —anunció Steven en posición de defensa sin dejar de mirar al frente.

Daimhin desenfundó su espada y la agarró con las dos manos.

—¿Vas a hacer que me preocupe por ti? —preguntó Steven mirándola de reojo—. Más vale que no dejes que te hagan daño.

Daimhin lo miró fijamente y no le contestó. ¿Que no se dejara hacer daño? ¡Como si la hiriesen

porque ella quería! ¡Ese berserker estaba loco!

—Y yo espero que, sea lo que sea lo que aparezca por ahí, los barras. Que esa cresta te sirva de algo.

Steven sonrió disimuladamente.

—Caray —murmuró complacido—, si hasta sabes hacer bromas.

Daimhin no contestó pero, en cuanto él apartó la mirada, se descubrió sonriendo ligeramente, agradecida por esas palabras. ¿Sabía hacer bromas? Imposible.

El mal, la amenaza y sus enemigos aparecieron por dos frentes. El final del túnel era uno de ellos. Lo que no esperaban era que, bajo la tierra a sus pies, emergieran las manos ácidas de los purs para retenerlos y quemarles la piel mientras los etones corrían y embestían contra ellos.

Steven sacó su *oks* de su espalda y la utilizó como el increíble guerrero que era. Tal vez no era el líder más maduro, pero sí era el más habilidoso y tenaz. Movía su hacha de una manera totalmente brutal.

Se transformó como el berserker que era. Sus músculos se agrandaron y se hincharon, marcando venas, y cubriendo su piel de un vello suave y gustoso al tacto.

Sus ojos ambarinos se volvieron totalmente amarillos, y sus colmillos superiores e inferiores se alargaron, los de arriba más que los de abajo.

Eton que se acercaba, eton que mataba.

Purs que aparecía entre las paredes o barrenando las paredes, purs al que le arrancaba la cabeza.

Una cosa estaba clara: esos seres podían ser seres creados por Loki, pero los vanirios y los berserkers estaban mucho más preparados para la lucha que ellos.

Daimhin no pudo evitar no apreciar aquella salvaje transformación en él. Había visto a berserkers transformándose, pero a ninguno tan… hermoso. Si hermoso era una palabra apta para un hombre.

—¡Sádica, defiéndete! —le gritó Steven mirándola iracundo.

—¡Déjame alguno! —protestó.

—¡A tus pies!

Ella dio un respingo, alzó su espada y cortó la mano del purs, más grande de lo normal, que pretendía morderla en la pierna y que intentaba arrastrarla a través del agujero que había hecho en la tierra. Tiraba con tanta fuerza con la otra mano que le quedaba, y que ardía en su gemelo, que consiguió arrastrarla hasta el suelo.

La espada se le resbaló de los dedos. Daimhin levantó el pie y le dio un golpe en toda la cara. Después, se levantó de un salto, sostuvo su espada y, con un movimiento de izquierda a derecha, seccionó la cabeza del purs con el cuerpo.

Los etones a su alrededor empezaron a gritar como locos, como si lo que hubiera hecho fuera un sacrilegio; y, entonces, uno de ellos intentó entablar comunicación mental con ella.

«Es la hermana de Carrick», empezaron a repetir todos para confundirla. «Ven conmigo, te llevaré hasta él» «Ven, vaniria. Él está bien y a salvo».

Daimhin sacudió la cabeza y miró la luz parpadeante de la muñequera en la que tenía el anulador de frecuencias mentales. Maldición, ya no le quedaba energía, por eso los etones hablaban con ella.

—¡Steven, los etones se meten en nuestras cabezas! —gritó Daimhin manteniendo la hoja en alto.

—¡No les prestes atención! —replicó Steven arrancando la cabeza de un eton—. ¡Piensa solo en acabar con ellos! ¡Córtaselas!

Pero los cuatro etones que la rodeaban le aseguraban que su hermano estaba vivo y bien. ¿Lo habían visto? ¿Lo conocían?

—¡Los etones tienen mentes grupales, conciencias colectivas! —Steven gritaba rodeado de purs babeantes que querían ir a por él—. ¡Arráncales las cabezas, maldita sea! ¡Defiéndete, Daimhin! ¡Te

están haciendo daño!

«Ven. Te llevaremos con él», continuaban instigándola.

Daimhin cerró los ojos con fuerza y decidió utilizar el contacto mental del eton en su propio beneficio. Si tenían mentes grupales y en bloque todos sabrían y habrían visto lo mismo. Daimhin no se echaría atrás. Mientras pensaba en ello y buscaba la información que necesitaba, no percibía que un purs le estaba quemando la pierna con sus manos y que un eton le había abierto la carne de las costillas con sus garras. Podía aislarse del dolor; había aprendido esa capacidad en Capel-le-Ferne y la tenía muy asumida. No iba a prestar atención a sus heridas, sí, en cambio, a los circuitos mentales del jotun reptiloide. Lo que quería era encontrar a Carrick en la mente de esos etones.

A través de sus recuerdos, vio el final de un túnel como todos lo que ya había atravesado, pero este daba a una gruta enorme que parecía un maldito coliseo de piedra.

—Niños… —susurró Daimhin contrariada—. Muchos niños muertos. Oh… Por Morgana…

—¡Daimhin! ¡Reacciona! —Steven luchaba por quitarse de encima a sus atacantes. ¡Tenía que ayudarla o la matarían!

La vaniria no hacía nada contra las múltiples heridas que le propiciaban los etones y los purs, decidida a obtener la información que descubría .

Hasta que lo vio. Hasta que la obtuvo.

Lo vio todo.

A los ponedores de huevos, a Aiko muerta y a Carrick… A Carrick aniquilando a todos y cada uno de los jotuns que había en esa colmena. Masacrándolos. Después, todo se oscureció y ya no vio nada más.

Daimhin abrió los ojos agotados y naranjas como faros, saliendo de la mente del eton. Pugnó por salir de su entumecimiento, y por fin empezó a luchar contra aquellos que poco a poco le quitaban la energía, la cortaban y la herían con garras, colmillos y esa baba asquerosa que expectoraban sus cuerpos.

En cuanto acabó con todos sus oponentes, Steven se dirigió como un rayo a socorrerla.

Tan herida como estaba Daimhin, no iba a poder sola con ellos. Horrorizado y enfadado con la joven samurái por ser tan inconsciente, la echó a un lado, apartándola del foco de violencia. Él sería su martillo castigador.

Daimhin cayó y chocó contra la pared. Las piernas apenas la sostenían. ¿Tanta sangre había perdido? Se miró el cuerpo e inmediatamente cerró los ojos con estupefacción. El maldito eton la había colocado donde él había querido, y aunque ahora sabía donde estaba su hermano y hacia donde debía dirigirse para dar con él, el contacto la había dejado a merced de sus enemigos, que la convirtieron en un cromo en un instante.

La carne abierta, el cuerpo sangrante… Heridas profundas que debían ser atendidas si quería continuar.

Se llevó las manos a las incisiones del estómago y se hizo un ovillo.

El veneno de los purs y de las ponzoñosas uñas de los etones fluía a través de su torrente sanguíneo y le hacía entrar en colapso. No podía perder el conocimiento. Su cuerpo debía luchar para resistir y empezar a sanar. Los vanirios eran inmortales, pero sus heridas, sobre todo cuando estaban tan débiles como ella, no se cerraban con facilidad. Necesitaría algo más para mejorar y para que los cortes se cerraran con mayor velocidad.

Steven acabó con los últimos purs que lo acechaban; y cuando se dio la vuelta, respirando agitadamente, sudoroso, y lleno aún de la rabia berserker, clavó sus ojos en ella para estudiarla con atención.

Daimhin lo miró a su vez y levantó la barbilla con dignidad.

—No me mires así. Ya sé donde está mi… —se quejó cuando tosió sangre por la boca.

—Dioses… ¡Cállate!

Steven no perdió ni un segundo: se arrodilló a su lado mientras su transformación, poco a poco menguaba y recuperaba el estado normal, no tan animal, pero igualmente violento.

—¡No te has defendido! —Parte del cuerpo de la joven vaniria que miraba era una zona magullada y lacerante. No habían dejado nada sin golpear—. Qué tipo de guerrera eres tú, ¡¿eh?! ¡¿Estás loca?! ¡¿Eres una suicida?!

—Lo he hecho para encontrar a mi hermano. Han matado a Aiko… Pero yo ya sé dónde está. Sé cómo llegar hasta él —dijo con calma, tragando saliva e intentando controlar las punzadas de dolor. Cómo dolía.

—Aparta las manos. Déjame ver…

Steven no quería escucharla, solo ayudarla a cicatrizar sus heridas. Le dolía el cuerpo al ver el dolor de ella, su piel tan blanca, tan maltratada. Él no había podido defenderla, pero tampoco esperaba encontrarse con una Daimhin inmóvil mientras los demás la apaleaban y la herían de aquel modo.

—No hay nada que ver, punk. Estoy hecha polvo —reconoció ella aguantando las ganas de gritar.

Steven cerró los labios con fuerza, ofuscado, pero también decidido a hacer lo que fuera necesario para ayudar a esa chica.

—Ardan me contó en Wester Ross que los vanirios que estuvisteis encerrados durante tanto tiempo en Chapel Battery aguantasteis vuestra sed como pudisteis, a base de autocontrol y…

—Y desesperación. Mucha desesperación —contestó ella de frente, mordiéndose el labio inferior para no dejar ir un alarido de dolor.

—El sanador de la Black Country creó las pastillas *Aodhan* para los vanirios a los que les pudiera la sed de sangre y no tuvieran aún a su *cáraid*. —Steven le cubrió un corte en el muslo del que no cesaba de borbotear sangre. Daimhin siseó, pero él no retiró el tapón que hacían sus dedos—. Os tuvo que dar a todos… —Oteó a Daimhin esperando encontrar una riñonera negra y plana, como la que todos llevaban a la cintura. Pero ella no llevaba nada consigo—. ¿Dónde lo tienes?

Daimhin apoyó la cabeza rubia en la roca de la pared y negó con la cabeza.

—No lo sé. La he perdido… Creo que al forcejear contigo en el precipicio se desabrochó —contestó abatida.

Steven gruñó y dejó caer la cabeza. Para un berserker como él ver a su pareja con tan mal aspecto le suponía un duro golpe.

—No puedes seguir así… Necesitas gasolina para cerrar todas estas heridas.

—Si fuera una vaniria fuerte no tardaría nada en curarme —lamentó—. Pero…

—¡Memeces, Daimhin! Eres muy fuerte, pero has actuado sin disciplina y con una falta de responsabilidad absoluta.

Ella frunció el ceño, e invirtió las pocas energías que le quedaban en mirarlo malhumorada.

—No me riñas. No tienes derecho.

—¡Te aguantas! —Steven la cogió en brazos sin ningún permiso y la sentó sobre sus piernas.

El corazón de Daimhin, que ya trabajaba a un ritmo superior al habitual para abastecer a todos sus órganos de la sangre y el oxígeno que les faltaba, se aceleró por los nervios y el estrés.

—¿Qué haces? —susurró Daimhin petrificada.

Él percibió su miedo; ese olor en ella le rompía el corazón, pero no iba a detenerse.

—¿Quieres ir en busca de tu hermano y no desfallecer por el camino? —La tomó de la barbilla con pulso firme y seguro—. Mírame, Daimhin. Estamos solos tú y yo. Tienes que beber.

Ella negaba, decidida a huir de allí y a aquel tipo de contacto. «No te me acerques. No me toques. ¿Cómo te atreves?». En un último hálito de energía, se defendió de aquello como una gata luchando por su supervivencia.

¡Zas!

Mordió la mano de Steven con fuerza y después la soltó.

Él la miró estupefacto. El mordisco había sido doloroso.

Steven retiró la mano un tanto confuso. Sus ojos eran una fina línea amarillenta que cambiaba del oro al rojo, como si no supieran qué color elegir.

Por su parte, Daimhin se bajó de sus piernas, y ahora estaba acuclillada ante él, con los colmillos rojos de sangre y los labios manchados, observándolo como una fiera dispuesta a arrancarle la cabeza.

La joven tragó saliva, convulsa por la situación, solo para descubrir por primera vez, de manera fulminante, el increíble sabor fresco y picante de la sangre. En Newscientists jamás bebió; los debilitaron y los menguaron para que nunca pudieran rebelarse. Una vez fuera de su cárcel, Menw le ofreció las pastillas que, ciertamente, surtían efecto. La ansiedad desaparecía, aunque quedaba un recuerdo adyacente y adormecido de lo que era el hambre vaniria.

Pero nunca, jamás, esperó experimentar la sensación de beber vida. Vida tan pura, fuerte y brillante como la sangre de un guerrero berserker.

Antes, aquello era pecado. Vanirios y berserkers se odiaban en tiempos pasados y no podían convivir juntos, mucho menos intercambiar su sangre. Pero Thor cambió las reglas; y ellos mismos, los niños perdidos, lucharon codo con codo con niños y jóvenes de distintas razas en Chapel Battery, y lo hicieron para sobrevivir.

Si podían luchar para sobrevivir, también podían vivir juntos para luchar, ¿no?

—¿Muerdes, sádica? —Steven la miró de reojo y después le mostró la mano sangrante con los dos orificios algo desgarrados del mordisco. Sabía que la estaba provocando y que ella no iba a poder resistir el olor y la energía que le daría beber de él—. Mira, aquí tienes lo que necesitas. Sangre para ti.

La sangre goteaba en el suelo, y Daimhin mostraba sus colmillos sin pudor.

Un elixir de vida, uno rejuvenecedor y constituyente… La gasolina que necesitaba en ese momento corría libre y salvaje por el cuerpo del guerrero que tenía frente a ella.

—¿Tienes idea de lo que estás haciendo? —preguntó ella con un hilo de voz, siseando como una serpiente, intentando apartarse de ello. Su corazón bombeaba anhelante de más sangre, más oxígeno, más vida. Sus músculos palpitaban, clamando por aquel líquido que los reconfortaría. Su piel pedía más. Siempre más.

—Te estoy ofreciendo mi sangre, sádica —le explicó él—. Soy un berserker, tú una vaniria. Por supuesto que sé lo que estoy haciendo.

—No voy a saber parar —le aseguró ella temerosa de sí misma.

Steven parpadeó, perdido por aquella sinceridad, para segundos después sonreírle con dulzura. Era tan bonita y parecía tan salvaje… Y tan asustada…

—Tranquila, colmillos. No voy a dejar que me mates. Me las apañaré. Pero, maldita sea, hazlo antes de que lleguen más jotuns y ya no te pueda defender.

Daimhin no lo pudo soportar. La sangre de Steven la hipnotizaba y le exigía probarla, beberla como agua. No era fuerte para resistirse a aquello. Era débil.

Cogió el brazo que le ofrecía el berserker y, controlándolo en todo momento con sus ojos claros y naranjas, clavó de nuevo los colmillos en las perforaciones ya hechas. Cuando empezó a beber, no tuvo fuerza de voluntad para seguir aguantándole la mirada.

Cerró los ojos para dejarse llevar por el placer, por su sabor, y por todos los recuerdos que alguien como Steven era capaz de albergar.

IV

Paso Shipka

En el Midgard había un lugar llamado Infierno. Un territorio para el olvido y la locura; un reducto exclusivo hecho a imagen y semejanza de las ideas de Loki, su particular tierra de muerte, odio, frío y fuego.

Y habían sido los humanos quienes ayudaron a crear aquel campo de concentración de seres sobrenaturales, movidos única y exclusivamente por sus ansias de saber, de ambición, de conquistar… Y, ante todo, movidos por su miedo a morir y a desaparecer.

Años atrás, fruto de la curiosidad de Mikhail Ernepo, se fundó Newscientists, una organización formada por importantes científicos, químicos, biólogos y astrofísicos que estudiaban la existencia de seres como ellos, como los vanirios y los berserkers. Y en vez de preguntarse qué hacían ahí, en lugar de cuestionarse si no habían llegado a la Tierra para protegerles en vez de para atacarles, si tenían un motivo para encontrarse en ese universo que no era el de ellos, esos humanos, tan mentalmente preparados, tan llenos de inteligencia pero vacíos de sentido común, aparcaron sus preguntas y se centraron en lo que podían obtener y absorber de unos cuerpos como los suyos.

Y se dedicaron a cazarles como animales, con la inestimable ayuda de algunos traidores que no eran capaces de soportar la sed vaniria y que prefirieron situarse al lado de Loki para dejar de sufrir. Y entre todos experimentaron con ellos para obtener ese elixir preciado de la eterna juventud y de la inmortalidad. Pero ni vanirios ni berserkers tenían la clave de esa fórmula, solo quienes les habían creado tenían todas las respuestas.

Y como los humanos desconocían de dónde venía esa sustancia mágica que los hacía longevos, y a sabiendas de que ni siquiera un ser inmortal podía soportar tantas torturas y tantas pruebas, decidieron clonarlos y hacer seres a su imagen y semejanza, pero huecos de alma y corazón.

Sin embargo, los clones solo les servían de eso, de clones. No podían estudiarlos ni tampoco obtener lo que querían de sus cuerpos, porque eran iguales a sus cuerpos originales, aunque peores: no razonaban ni sentían ningún tipo de emoción que no fuera la de comer y destruir. Fue entonces cuando los miembros de Newscientists intentaron estudiar el origen real de los vanirios y los berserkers, y pensaron que sería buena idea abrir portales dimensionales y visitar el mundo de esos dioses que les crearon.

Él lo sabía. Sabía perfectamente que cada paso, cada decisión errada de esos humanos que optaron por apoyar al dios Timador, llevaría al Midgard a ese punto en el que sin duda se encontraban. La completa destrucción.

Una vez, hacía mucho tiempo, siempre creyó que había algo de luz en los humanos. De hecho, no toda su vida fue un vanirio. A él, como a todos los de su clan, lo transformaron los dioses vanir en el círculo de piedra de Stonehenge; y les otorgaron dones, aunque también alguna que otra debilidad. La eternidad hizo que olvidara su parte humana, y a veces dudaba de si alguna vez lo fue en realidad.

Pero sí recordaba… Thor MacAllister se agarraba al recuerdo del amor que sintió por su mujer. Y fue un amor que no podía ser catalogado de humano, pero tampoco de inhumano: fue un amor divino. Mágico era la palabra. Y la poca razón que todavía le quedaba y que tanto habían insistido en arrebatarle se agarraba a ese recuerdo borroso como a un clavo ardiendo, sin importarle si se quemaba por ello.

El nombre de su mujer era Jade. Y no era humana, pero tampoco vaniria. Era berserker. Entonces,

su relación era completamente imposible, porque ambos venían de razas totalmente enemistadas. Pero su corazón vanirio eligió el corazón de esa hembra berserker, toda una loba, toda una princesa: la hija del líder del clan de Wolverhampton.

Él, Thor, también había sido un líder. El líder del clan vanirio de Dudley, de la Black Country, o eso creía… Porque de líder ya no le quedaba nada. La cuestión era que cuando la vio, no pudo resistirse: ni siquiera hizo el intento de luchar contra ello, contra el magnetismo de aquella mujer. Cayó fulminado por ella, por sus ojos, tan verdes como la piedra que llevaba su nombre, y por su sonrisa, dulce y ladina. Aquellos atrevidos ojos color jade y su sonrisa altiva y desafiante lo cambiaron todo, y pusieron en duda el mundo de prejuicios que él y los suyos habían construido a su alrededor. Si un vanirio podía llegar a desear a una berserker hasta el punto de casi volverse loco, quería decir que los dos clanes no estaban tan lejos los unos de los otros como creían. ¿Y si los dioses estaban equivocados?

Tal vez, aquello fue realmente el detonante de todas las desdichas siguientes. Tal vez, él y Jade con su decisión de romper las normas lo iniciaron todo. Dieron pie a la llegada del final de los tiempos.

Ahora, encadenado en aquel salón oscuro, débil y casi nulo de fuerzas, esperaba el amanecer. Necesitaba el amanecer como agua de mayo. Su don, después de que le quitaran a Jade de las manos, se había descontrolado por completo, afectado por todas las drogas y torturas a las que le sometieron y acentuado mucho más por no poder volver a beber de ella, que había sido su bálsamo al regalo otorgado. Ella le había dado un poder sublime, convirtiéndole en el mejor telépata de todos los de su clan. Podía entrar en contacto con quien quisiera, cuando él quisiera. Además, era el vanirio más rápido de todos: podía cruzar los cielos continentales en menos de un día. Pero el don que ahora le caracterizaba era el de leer mentes, estuvieran en el radio que estuvieran… Sin embargo, sin poder beber de su *cáraid*, las voces, los pensamientos y las mentes se habían descontrolado y le hacían perder la cordura. En ocasiones, cuando todavía se sobreponía a sus torturas, a sus dolores y a su más que posible perdición mental, intentaba leer en todos los miembros de Newscientists y en todos sus enemigos lo que estaba sucediendo en el exterior, en ese mundo que él ya no podía defender. Había intentado entrar en contacto con la superficie: pero tal y como había leído en las mentes de los miembros de seguridad, una barrera de protección mental impedía que se produjeran fugas. Él, al igual que los cientos de guerreros que increíblemente debilitados esperaban la siguiente sesión de rayos de sol, de heridas, de extracciones de sangre y de intentos de hibridaciones con mujeres de otras especies, pendía colgado de las cadenas, como los cerdos en un matadero.

Thor abrió los ojos lilas y amoratados, y los clavó en el techo de aquella prisión de seres desterrados al purgatorio, como si tuvieran pecados que limpiar… Cuando, tal vez, el único error que habían cometido había sido creer en los humanos por los que tantísimo habían luchado.

Ya hacía dos días que por ahí no pasaba ni una alma. Ni guardias ni médicos les hacían nada… Nada de increparlos con golpes ni jeringas que más bien parecían puñales; ni un insulto, ni un escupitajo. Y lo agradecía; agradecía ese aislamiento, porque ya no tenía fuerzas para soportar nada más.

Tras él, un guerrero que no conocía tosió y gimió de dolor. ¿Quién sería? ¿Sería alguno de los amigos que había hecho en los Balcanes, donde berserkers y vanirios habían vivido en respeto y armonía? Muchos de los que conocía habían muerto intentando defenderlo a él y a los suyos. Siempre había sido un líder destinado a ser considerado como tal, ya fuera en Casivelania, en la Black Country o en los Cárpatos, donde vivió algunos años con Jade.

Ahora, tenía la cabeza embotada; las migrañas eran insoportables. La droga que le inyectaban solo retrasaba lo inevitable: cuando pasara el efecto, las voces y los pensamientos de todos los que allí

estaban, fueran humanos o inmortales, entrarían en él como si fuera un canal abierto. Jade había tenido el poder de silenciar las voces y de darle el control, para que escuchara solo a quien él quería. Sin embargo, hacía casi dos décadas que le separaron de ella… Dos décadas de un dolor tan profundo, de una agonía sin medida tan cruel por su pérdida que ya no podía sobrellevarlo más. No se sentía capaz.

Y, aun así, mientras respirara, siempre creería en sus posibilidades. Aunque fuera incapaz de romper esas cadenas metálicas que lo sujetaban, aunque le dolieran las puntas desnudas de los dedos de los pies por mantener el equilibrio, aunque sus heridas tardaran meses en cerrarse… Tenía una razón para seguir vivo. Y se asía a ella.

Y ese motivo era el siguiente:

Un científico llamado Francesc lo liberó de los laboratorios de Oxford a los que les habían enviado primeramente, tanto a Jade como a él. Allí perdió el contacto con ella por completo. Se desesperó pensando que tal vez habría muerto… Pero su corazón le decía que no. Que la berserker continuaba con vida, porque él estaba atado a ella, y se hicieron la promesa de morir juntos. Thor solo pensaba en ella… En su recuerdo… Jade no podía haber muerto porque él seguía vivo. Sus almas estaban conectadas. Era así de simple.

Francesc le dijo al oído, cuando lo llevó en los contenedores hasta los Balcanes, que esperaba que un día él pudiera liberarse; y que cuando lo hiciera se encaminase hacia una dirección que ya apenas recordaba… Francesc, además, había colocado un señuelo para los vanirios de su clan, para que dieran con él e investigaran toda la verdad sobre lo que sucedía. Ese científico no aprobaba el modus operandi de Newscientists, parecía que la voz de la conciencia le había dado un pellizco. No dudaba de que, tarde o temprano, Mikhail y los suyos lo matarían. Seguro que estaba muerto.

—Francesc… —susurró para comprobar si aún recordaba cómo hablar—. Jade…

Otro guerrero más carraspeó y vomitó. Las arcadas de aquel compañero, que parecía sacar el hígado, le removieron el estómago. Aquel lugar olía a defecación y a ácido… El hedor era insoportable. Y ahí estaban ellos: intoxicándose día a día con su propia mierda.

Los humanos iban a dejar aquel lugar abandonado, con ellos dentro, perdidos en su miseria y en su destrucción. Pero, ¿hasta cuándo? ¿Cuándo acabaría todo?

Las cosas en el Midgard se habían vuelto locas, y en el planeta se empezaba a hablar de algo llamado «cambio climático», una serie de perturbaciones y desastres naturales que afectaban a toda la humanidad. Pero Thor sabía que no se trataba de eso. Había algo que detonaba la desaparición de una civilización; y si la Tierra se revelaba era por una razón: no soportaba a los parásitos que vivían en ella.

Tal vez, el destino de él y el de todos esos vanirios y berserkers, que una vez fueron indomables guerreros y ahora eran víctimas de la ambición de una especie inferior, era, sin lugar a dudas, hundirse sin luchar y perderse en el más absoluto olvido. Pero, ¿cómo decir adiós sin saber si su *cáraid* seguía viva? Y había una niña pequeña… ¿Cómo se llamaba? ¿Qué sería de ella? ¿Por qué la había olvidado?

Sacudió la cabeza, disgustado consigo mismo… Tantas caras borrosas, tantos recuerdos perdidos. La terapia de electrochoque recibida durante tanto tiempo y sistemáticamente le había dejado huella… Su pasado estaba borroso, muchas personas habían desaparecido de los recuerdos de su mente atorada… Como si jamás hubieran existido. Se acordaba de algunos detalles de su vida. De otros… De otros ya no.

—Jade… Jade… —repetía dejándose ir por su locura, bajando la cabeza.

Calló inmediatamente cuando creyó escuchar el sonido de una puerta metálica al abrirse en una de las plantas superiores del edificio. Levantó la cabeza de nuevo y parpadeó confundido.

Habían vuelto.

Al parecer, estaban tocando algo, programando algo… ¿Vendrían a por ellos? Se agarró a las cadenas con fuerza.

Justo en ese preciso instante, por primera vez en tantísimo tiempo, su mente se quedó en silencio. Ni un quejido, ni un pensamiento, ni un gruñido lastimero de rendición…

La nada.

Las pupilas negras de Thor se dilataron hasta casi abarcar el lila claro y especial de sus ojos. Y fue entonces cuando, mientras intentaba escuchar el pensamiento de ese científico que manipulaba el sistema informático del edificio, otra voz llena de paz y empatía le habló e invadió cada una de sus sinapsis.

«Atráelo. Atráelo, Thor. Ha quitado la barrera. Atráelo».

Thor no entendía de dónde procedía aquella voz. No lo conocía, y a pesar de ello, sabía que venía de alguien amigo.

«¿Por qué puedes hablar conmigo? ¿Quién eres?».

«Soy un amigo. Atráelo, Thor. Él no se imagina que todavía tienes energía para manipularle. Eres un vanirio. Oblígale a llegar hasta ti y liberaos», ordenó.

Thor tenía la garganta tan seca como un estropajo, pero se impelió a tragar saliva y concentrarse en lo que estaba pasándole en ese momento. Alguien había entrado en contacto con él y le animaba a que con sus dones atrajera a ese miembro de Newscientists que tan descuidadamente había entrado allí de nuevo, después de días de aislamiento, para apagar las máquinas y cualquier tipo de energía que hubiera en ese edificio.

«Hazlo. Tú puedes hacerlo. Haz un último esfuerzo», le animó. «Si lo haces, si te liberas, tendremos el tiempo suficiente para ayudarte y sacaros de ahí».

«Pero, ¿cómo? —preguntó aturdido—. Las compuertas de este edificio se abren todas desde afuera… No tengo tanta energía como para mantener contacto con él el tiempo suficiente y convencerle para hacerlo todo», lamentó abatido. Estaba tan débil…

«Solo encárgate de atraerlo para que te libere. Una vez esté hecho, tú decides qué hacer con él; pero tenéis que salir de ahí. Es solo una persona. Cuando llegue el amanecer, los techos de ese reducto se abrirán y, entonces, todos moriréis quemados por los rayos solares. Debes aprovechar el momento ahora o no tendrás otra ocasión. Después de que acabes con él, libera a todos los guerreros que hay en ese lugar, y diríjíos a los muros exteriores. Antes de que amanezca, recibiréis ayuda».

Thor escuchó con atención cada palabra de ese emisor, y se dejó bañar por su paz y su amabilidad. Hacía tanto que no escuchaba a nadie hablarle así…

El vanirio asintió, y con energías renovadas por ese hálito ajeno de ánimo, se concentró de nuevo en la persona que rondaba por las plantas superiores.

Era un hombre de cuarenta años. Se llamaba Adolf. Estaba en la planta número dos, la principal. Las demás eran plantas inferiores ubicadas bajo tierra.

Adolf se encargaba de la seguridad del edificio; y le habían enviado para desconectarlo todo y dejar únicamente listas para su apertura las compuertas que cerraban la cueva en la que ellos estaban y que se convertiría en un crematorio para los suyos.

Adolf era meticuloso y lo hacía todo como un robot, sin pensar si lo que ejecutaba era correcto o no. Tenía prisa por salir de ahí y abandonar aquel lugar maldito. Quería ponerse a salvo del caótico mundo que se desmoronaba ahí afuera y solo se preocupaba por su pellejo.

La voz que había contactado con Thor tenía razón.

El tal Adolf había desconectado ese escudo protector de ondas mentales; y ahora, por fin, Thor,

ayudado de la paz de esa persona que rozaba aún su mente, podía tocar su cabeza sin ninguna restricción. Y era mejor tocar la mente de un asesino sin compasión que haber convivido con todas las voces torturadas que ocupaban su mismo espacio, sus mismos miedos, su misma desesperación. Aquello lo había vuelto loco.

Thor entró en contacto con él como un huracán, sin inflexiones ni fisuras. No le daría ni una oportunidad de escapar.

Puso toda su voluntad y las pocas energías que milagrosamente aún residían en su interior y se centró en seducirle con su voz.

Con las esperanzas centradas en su último intento, sonrió a través de su larga y enmarañada melena negra y, tras años de opacidad y tormento, sus ojos lilas se aclararon como dos focos y se clavaron al frente, justo en la puerta que, a pesar de estar absolutamente a oscuras, él podía divisar y tarde o temprano esperaba que se abriera para conocer a Adolf.

«Adolf, ven. Tengo algo que decirte».

V

Túneles intraterrenos
En alguna parte de Escocia

Increíble.

Por mucho que lo intentara no encontraba palabras para describirlo.

El líquido rojizo recorría su garganta e iba a parar a su estómago, estimulando y devolviéndole a la vida. A una vida que nunca jamás pudo imaginar y que la atraía tanto como le asustaba. Había una gran diferencia entre ambos: ella respiraba cada día, a pesar de sentirse muerta por dentro, porque era un acto reflejo. Él, en cambio, tenía tanta vitalidad y tantos sueños…

Sangre. Bebía sangre por primera vez. Y no sangre humana, ni vaniria. Sino la energía vital de ese berserker que, por propia voluntad, le ofrecía lo que tenía.

Steven. La esencia de ese hombre alumbró cada esquina oscura de su mente, bañándola como un analgésico para el dolor, como un antibiótico para los malos pensamientos que, al igual que un virus, la atacaban a diario.

Daimhin le clavó la uñas en su fuerte antebrazo, aún cubierto por la liviana capa de vello que desaparecía a cada succión. El berserker dejaba paso al hombre; y este era tan poderoso y olía tan bien… Pensaba ella.

Steven gimió y se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la roca, sin retirar el brazo del que se alimentaba la joven Daimhin. Estaría loco si cortaba esa conexión.

Los colmillos limpios y pequeños de la vaniria le hacían el amor a su piel, y para su vergüenza tenía una erección mientras ella succionaba. Cerró los ojos y se juró que él no detendría aquella dulce agonía. Que tomara tanto como quisiera, porque llegar a experimentar lo que estaba experimentando era de afortunados.

Su *kone* bebía de él porque lo necesitaba, y parecía que su sangre le gustaba. Saberlo lo complacía, porque eso era un regalo para ella, para su pareja, que sabía cuánto lo necesitaría a lo largo de los días. Sonrió ante la idea de verse agujereado a diario por ella y sus labios, y por esos colmillos de infarto que la hacían parecer tan sexy y tan salvaje.

Daimhin dejó escapar un suave gemido y siguió bebiendo, hasta que los recuerdos de él entraron en ella.

Empezaron desde su niñez. Steven era el hijo del líder berserker de Escocia, y residían en Edimburgo. No era hijo único. Tenía una hermana llamada Scarlett, una líder nata, igual que su padre, Marlo.

Cuando Marlo murió, Scarlett, que era la mayor, se adjudicó el liderazgo del clan. Todos la respetaban y Steven la adoraba. Bajo el mandato de su hermana, los berserkers tuvieron una buenísima dirección. Pero sucedió algo que nadie esperaba: Scarlett se enamoró de un vanirio llamado John, que era el mejor amigo de Ardan.

Daimhin no sabía que hubiera otro caso como el de Thor y Jade. Además, Scarlett y John tuvieron un hijo llamado Johnson. A Johnson, que ella ya conocía, lo nombraron protegido de Ardan de las Highlands, y el *laird* adoraba al renacuajo. Pero Cameron, el berserker traidor, tendió una emboscada en el castillo de Arran mientras Ardan y Steven unían fuerzas para hacer vigilancias en Edimburgo.

Scarlett y John murieron a manos de Cameron.

Daimhin sentía cómo le dolía la tragedia a Steven. Él se consideraba responsable de lo sucedido, de

no haber sido suficientemente fuerte como para proteger a su familia y a su sobrino. Se llevaron a Johnson para investigarlo en Newscientists y estuvieron años sin verlo…

Hasta que las valkyrias regresaron al ESPIONAGE con Johnson en brazos.

En ese instante, Steven, que había pasado tiempo alejado del clan después de la muerte de su hermana y de su cuñado John, había recuperado su lugar como líder de los berserkers. La alegría de volver a ver a Johnson se contraponía al dolor de recordar en sus facciones aniñadas a su hermana del alma, porque seguía sintiéndose mal por no haber podido hacer nada por ella. Porque se sentía solo y sin familia.

Solo tenía a Ardan y a Johnson.

Daimhin meditó si seguir bebiendo o no, porque lo que estaba haciendo era una intrusión emocional en toda regla. Era fascinante el modo en que se conectaban sus sentimientos y sus recuerdos, y cómo ella podía vivirlo todo en primera persona.

El problema radicaba en que, si había un modo de detenerse, ella lo desconocía. Beber era demasiado bueno.

Y, entonces, vio en su recuerdo la primera vez que ambos coincidieron a través de la pantalla del ordenador de los foros. Ella estaba en el RAGNARÖK y esperaba contactar con las valkyrias, porque ansiaba verlas. Nunca había visto a una.

Sonrió ante el recuerdo y se sintió maravillada de descubrir el impacto que causó en él.

Steven se pasaba la mano por la cresta con visible frustración. Ser el guardián de Johnson era un honor, pero encargarse además de estar pendiente de los ordenadores era demasiado. El joven berserker se sentía explotado.

Él era un guerrero, joven, pero un guerrero al fin y al cabo. Las dos valkyrias le habían pedido que se conectara en tiempo real con la cámara del Mac porque vería las instalaciones del RAGNARÖK en la Black Country. Ese local subterráneo era una especie de club social para los clanes, según le había comentado Gúnnr. Allí habían llevado a los miembros rescatados del Chinook donde habían viajado Róta y Johnson, y allí intentaban recuperarlos mental y físicamente.

A través de la cámara del ordenador podía vislumbrar su paredes de roca natural, unos *jacuzzis* al fondo, y una multitud de habitaciones que había en la planta superior, cuyas paredes eran cristales opacos que daban al salón central.

El RAGNARÖK era un lugar único, abierto y de grandes espacios, y con un ambiente muy especial. Al fondo, había una barra en la que cuatro mujeres hablaban entretenidas mientras miraban algo en un ordenador portátil. Se miraban las unas a las otras y sonreían. ¿Serían las humanas sobre las que le había hablado Gúnnr? Al parecer, el clan de la Black Country estaba haciendo algo diferente aceptando a humanos con aptitudes especiales entre sus filas y no les iba mal.

Steven sonrió y pensó en el grupo de frikis intelectuales que se reunían en JOHNNIE FOXES y hablaban sobre sus teorías del Asgard. Si les dijera la verdad, ¿cómo actuarían? ¿Estarían dispuestos a ayudarles o se rajarían cual cobardes alimañas?

Johnson estaba sentado a su lado y toqueteaba las teclas del ordenador mientras prestaba atención a la pantalla.

—Ya lo sé, chaval —dijo Steven—. Esto es un rollo. Como no venga nadie a hablar con nosotros nos van a salir canas. —Puso el iTunes en el ordenador; al menos podría escuchar música mientras permanecía a la espera. La canción de *When we stand together* de Nickelback reventó los altavoces inalámbricos.

Johnson golpeaba la pata de la silla con el pie, siguiendo el ritmo de la música.

—Venga, chaval —le animó el joven berserker mirándole divertido—. Dale fuerte, esto es música

de verdad y no eso gótico que escucha el *laird*.

Johnson sonrió y negó con la cabeza al compás que marcaba el batería de la canción. Steven sacudía los hombros y movía la cabeza hacia delante y hacia atrás, y el pequeño híbrido lo imitaba.

—*We must stand together* —canturreó el de la cresta—. *There' s no giving in…*

—¿Hola? —dijo una voz dulce y algo ronca al otro lado de la pantalla.

Steven se detuvo inmediatamente y fijó sus ojos dorados en la ventana de la cámara. Un rostro de chica, de increíbles y hermosos ojos tristes, labios gruesos y unas pestañas insultantemente rizadas, se asomó al otro lado del monitor. Era muy rubia, aunque tenía el pelo al uno y, aun así, era embriagadoramente femenina. Llevaba una camiseta negra de tirantes y se veía vulnerable y a la vez poseedora de una fuerza estremecedora, una fuerza que no residía en lo físico, pues era más bien menuda y delgada, sino en el aspecto espiritual.

Como la fuerza del Fénix que renace de sus cenizas. Esa chica estaba en ello, se notaba en las ojeras que tenía, que pronunciaban más el color de su mirada. Steven sintió un puñetazo en el estómago cuando la joven clavó sus ojos tan azules y claros en la cámara.

—¿Hola? —repitió ella intentando averiguar quién estaba conectado—. Oigo la música que tenéis puesta… ¿Estáis ahí?

El berserker inclinó la cabeza a un lado y sonrió al ver que ella fruncía el ceño contrariada. Alargó la mano y le acarició la mejilla y los labios con los dedos. Deseó que no estuviera a miles de kilómetros de distancia y se imaginó que el cristal del ordenador era, en realidad, la fría y suave piel de la joven.

—Caray… Qué cosa más bonita… —murmuró el berserker.

Daimhin abrió los ojos el tiempo suficiente como para mirarlo de reojo y estudiarlo a la vez que saboreaba su sangre y sus pensamientos. «¿Cree que soy bonita?».

—¿Qué? —No le escuchó bien—. No tienes la cámara encendida —dijo ella—. Sé que estáis conectados desde Escocia. Aileen y Daanna nos han dicho que sois valkyrias y yo… —Se mordió el labio y sonrió vergonzosa—… Yo nunca he visto una. Tienes la voz muy grave.

Johnson le dio un codazo a Steven, y este reaccionó. ¿Se creía que era una valkyria?

—Sé que el Engel está con vosotros y que intentáis recuperar los tótems —afirmó ella mirando a la cámara de frente—. Aquí también estamos todos ocupados —cuadró los hombros sin seguridad—. Estamos ocupados intentando recuperarnos para serviros de ayuda —reconoció con humildad.

Steven encendió la cámara con mano temblorosa. ¿Esa chica intentaba recuperarse? ¿De qué? Sintió frío en el alma al pensar que algo tan bonito había podido sufrir a manos de los hombres de Newscientists. El corazón se le había disparado y parecía querer salírsele del pecho.

Daimhin lamentó que él sintiera compasión por ella, y no le gustó ese aguijonazo de miedo que atravesó el pecho de Steven en ese instante. El berserker tenía pavor a descubrir lo que ella tuvo que vivir allí adentro, en ese agujero carente de sensibilidad y compasión. Y mejor que no lo supiera nunca o, seguramente, esas sensaciones que ella despertaba en él se tornarían en un profundo asco.

En el momento en que él apareció en la ventana, ella palideció y se echó hacia atrás como si algo la hubiera golpeado. Se levantó dispuesta a dejar abandonado al hombre que había al otro lado.

Sí. Recordaba el primer impacto de hablar con un hombre desconocido. Y de que ese hombre fuera él.

—No, no… Espera —rogó Steven, pegando la cara en la pantalla. Que no se fuera, por favor—. No te vayas.

—¿Y las valkyrias? —preguntó nerviosa.

—Están abajo con Róta. Están…

—Yo quiero hablar con ellas.

La chica se dio media vuelta, dispuesta a irse definitivamente.

—No, espera, por favor… Hay un niño que necesita veros… Se… Se llama Johnson. —Cogió al crío en brazos y lo sentó sobre sus rodillas—. Y ha estado secuestrado como…

Ella giró su cabeza redondeada y lo miró por encima del hombro. Solo podía ver el cráneo rapado del mencionado y los suplicantes ojos dorados del *punk*. «Qué color de ojos más extraño», pensó.

—¿Como yo? Ha estado secuestrado como yo, ¿eso querías decir? — aclaró la chica intentando aparentar una fortaleza que todavía no albergaba. Se sentó poco a poco, reuniendo valor para encarar a ese desconocido.

Steven tragó saliva.

—No me mires así —le pidió ella al ver compasión en aquella mirada de color amarillo—. ¿Quién eres tú?

Steven pudo ver en sus ojos el miedo reflejado y la desconfianza al hablar con él.

—Steven —dijo sin todavía saber reaccionar—. Yo soy Steven. Me encargo de Johnson y formo parte del clan del *laird* Ardan.

—Ah… ¿Johnson es esa cabeza que se está asomando ahí abajo? —preguntó más interesada en el pequeño que no en él.

Steven miró a Johnson, que jugaba con el ratón del ordenador, ajeno a lo que ambos hablaban y se sintió celoso del niño. Lo cogió en brazos y lo obligó a saludar a la cámara.

—Este hombretón es Johnson el Terrible. Hace poco que ha regresado a nosotros, ¿verdad, campeón?

Johnson asintió y miró a la chica con serenidad y firmeza. Ella lo miró a su vez y Steven sintió que ambos podían comunicarse solo con ese intercambio. Posiblemente ambos habían sufrido lo mismo.

—Hola. —Lo saludó ella—. Caleb McKenna nos dijo que había un niño con vosotros, un niño especial. Un híbrido. Eres tú, ¿verdad?

Johnson se encogió de hombros y asintió avergonzado.

—¿Cómo sabía Caleb que era un híbrido? —preguntó Steven frunciendo el ceño. «Si lo sabía él, ¿por qué no lo habían sabido Gabriel y los demás?», pensó.

Ella se incomodó y dudó entre si contárselo o no. Ese chico era un desconocido, pero si estaba allí sería porque estaban en el mismo bando, ¿no?

—Porque Johnson se lo dijo mentalmente. Eso nos dijo. Que el niño le había pedido que lo dejara con las valkyrias, que con ellas iba a estar bien. Nos explicó que Johnson era especial, como Aileen. Y que gracias a que él estaba vinculado a una híbrida y bebía de su sangre, el pequeño había podido comunicarse mentalmente con él; porque tenían la misma frecuencia y él así lo había sentido. Que no sabía cómo, pero lo había hecho.

Steven arqueó las cejas rojas y miró a Johnson con cara de pilluelo. No entendía nada.

—¿Eso has hecho, tío? —le preguntó asombrado.

Daimhin estudiaba el modo de hablar de Steven y la manera de tratar a Johnson, valorando si el pelirrojo era o no era buena persona.

—¿Puedes hablar con el líder de los vanirios mentalmente? Vaya, eres un fenómeno. —Las palabras de Steven estaban llenas de admiración.

—Dentro de un rato llegarán los demás niños —dijo ella—. Ahora están en la casa escuela con Aileen y Ruth, no tardarán. —Se mordió el labio—. Yo debo ir con Daanna McKenna.

—¿Daanna la Elegida? Tenéis nombres de títulos de libros —bromeó esperando ver una sonrisa en ese rostro de ángel magullado. Pero a la chica desconfiada no le divirtió la observación—. Aileen la

Híbrida, Ruth la Cazadora, Daanna la Elegida…

Ella no se dignó ni a valorar el comentario.

—Me voy —se apresuró a despedirse. Estaba claro que no se sentía cómoda hablando con él.

—Espera, ¿qué vas a hacer? ¿Qué es tan importante como para que te vayas con Daanna?

—Aprender a defenderme. —Un brillo de valor recorrió sus ojos—; ella me ayuda. Me ha regalado una espada samurái y me enseña a utilizarla. Tengo que irme.

—No te vayas —dijo asombrado por su reclamo y por la desesperación de no poder ver su cara de nuevo. Ay, no. ¡Que no quería que se fuera!

Ella arqueó las cejas rubias, como si no entendiera su orden.

—Johnson no quiere que te vayas. —Steven decidió que era mejor mentir que decirle abiertamente que, si se iba, él no podría dormir nunca más hasta verla de nuevo.

—Ahora vendrán los demás niños —le aseguró ella mirando al híbrido—. Oye, tenéis que alimentar a Johnson con las dosis de hierro vitamínicas que prepara el Sanador. Si tiene sangre vaniria, las necesitará. A nosotros nos está yendo muy bien. Cinco sobres de un gramo al día. Le ayudarán a recuperarse más rápidamente. Hasta luego, Johnson el Terrible… —Miró a Steven de reojo. Se dio media vuelta y levantó una temblorosa mano para despedirse.

—¡Eh! Espera, ¿cómo te llamas? —preguntó Steven desesperado, levantándose y cogiendo el monitor entre las manos, esperando así retener la imagen que lo había noqueado—. Dime, ¿cómo te llamas?

Ella se detuvo. ¿Debía decirle cómo se llamaba? ¿Eso era una conversación entre un chico y una chica? ¿Así era? La vaniria meditó la respuesta durante unos segundos.

Steven aguantó la respiración y esperó a que ella lo iluminara.

—Soy Daimhin, hija de Beatha y Gwyn.

Steven exhaló el aire en el instante en que sentía miles de alfileres atravesándole el corazón. Le dolía el pecho y sentía una bola de nervios en el plexo solar.

—Daimhin —repitió él, sonriéndole con el puente de la nariz y las mejillas un poco coloradas. Era un nombre gaélico de chico. Desconocía por qué le habían puesto nombre de niño a una beldad como aquella. Significaba bardo, la persona encargada de recitar leyendas, historias o poemas a través del canto. Steven sonrió con los ojos soñolientos—: Daimhin la Rompecorazones Barda —. Se llevó la mano al pecho y se dejó caer de golpe en la silla, como si un rayo lo hubiera fulminado.

Ella parpadeó lentamente, como si no entendiera la insinuación. Se dio media vuelta y desapareció del campo visual de la cámara mientras se colgaba una espada samurái a la espalda.

—*Hand in hand forever, that' s when we all win* —susurró Steven cantando el último verso de la canción, con los ojos desenfocados—. Si unimos nuestras manos para siempre, ganaremos…

Daimhin sintió una mano que le rodeaba la nuca y le acariciaba con una cadencia que la relajaba y la despertaba por igual.

Sí. Ella también recordaba ese encuentro. Desde que lo vio había pensado en él a menudo, en sus sueños fantasiosos e infantiles… Porque no dejaba de ser una barda y de recordar las historias de amor aunque, a sus dieciocho duros años y tan joven, le hubieran mostrado la parte más fea y cruda de las personas, la que decía abiertamente que los príncipes azules no existían y que el amor y la bondad escaseaban.

No obstante, aunque las recordase, aunque ella estuviera hecha de música, aunque repasara mentalmente cada canción, cada leyenda y cada lección, ya no creía en sus notas melodiosas ni en sus bellos versos porque sabía que, lamentablemente, ya no estaban escritas para su disfrute. Ya no.

Años atrás, cuando era pequeña y soñadora y todavía creía en las historias de amor y en los sabios

conocimientos que transmitía su padre Gwyn, tanto su hermano como ella, que estaban destinados a transmitirlas también y a hacerlas realidad con su voz, confiaban plenamente en la veracidad de la información que transmitían.

Y había creído a ciegas en los cuentos románticos y en las baladas que cantaban. Entonces sí creía.

Porque Daimhin, al igual que su padre, tenía un don. Su voz musical afectaba a las personas y construía realidades emocionales. Su hermano, en cambio, las escribía para que ella las cantara. Juntos formaban un excelente equipo. Era una *filidh*, hija de celtas vanirios con dones mágicos, poseedora de la *geasa*, la más pura magia habida y por haber.

Pero sus padres y los sabios más ancestrales decían que uno podía creer en la magia solo si creía también en el amor.

Y ahí confluía el problema. Uno muy grave. Carrick y ella habían creído.

Hasta que los destruyeron y les convirtieron en lo que eran en ese momento.

Ahora, dudaban de que la *geasa* siguiera en ellos. Mucho menos que dispusieran de espacio para el amor y la esperanza en sus corazones.

Vivían para la venganza, y se llenaban de ansias de devolver cada daño infligido.

Un *filidh*, un bardo con esos pensamientos ya no era digno poseedor de la *geasa*.

Ambos eran conscientes de su nueva naturaleza y la asumían. No había magia en ellos porque la magia residía en la pureza de la mente, el cuerpo y el corazón. Y no había verdad más flagrante y dañina que reconocer que eran impuros.

La mano en su cuello la masajeaba y la calmaba, intentando alejarla de esos pensamientos destructivos. Era gratificante sentir esa caricia comprensiva.

Daimhin continuaba bebiendo, sin resuello, esta vez, totalmente alejada de los recuerdos de Steven, ahora solo centrada en su miseria y en sus experiencias. Pero esa sangre… Esa sangre la limpiaba y le hacía creer en cosas que sabía que no existían.

Entonces, aquellos dedos poderosos, se tensaron en su cuello y empezaron a forcejear con ella. Pero Daimhin no reaccionaba.

Ni sentía los tirones que le daba del pelo.

¿Qué era el dolor si se comparaba con la dicha de beber?

Nada. Nada en absoluto.

—Suelta, Daimhin… ¡Suelta! —Steven intentó empujarla para obligarle a desclavarle los colmillos. Estaba bebiendo demasiado y sentía que perdía la conciencia. La joven vaniria lo absorbía como una esponja—. ¡Daimhin!

Ella levantó la cabeza y enfocó sus ojos naranjas medio animales en él, como si saliera de un ensueño que no comprendía. Los ojos amarillos de Steven rogaban por una respuesta.

—Deja de beber… Me estoy mareando. ¿Me estás escuchando? Eh, sádica… —Le tironeó más suavemente de la larga melena platino.

«¿Él se estaba mareando? ¿Por qué?».

Su sangre… Claro. La sangre de Steven era lo que bajaba por su garganta. Tuvo que recordarse que era de él de quien bebía; que ese elixir mágico y sabroso provenía del berserker que con tan buena voluntad le había ofrecido su vena. La vaniria saboreó el último sorbo y poco a poco extrajo sus colmillos. Después, de modo innato, mirándolo a medio camino entre el asombro y la disculpa, le dio un lametón para que los orificios se cerraran, ya que la saliva de los vanirios era cicatrizante.

Steven relajó los dedos que se agarraban al pelo de la nuca. Pero no los retiró de su melena: se

quedó masajeando lentamente sus cervicales. Después, sonrió débilmente y apoyó la cabeza en la roca, más tranquilo al ver que la joven había rectificado.

—Ahora tienes mucho mejor aspecto —murmuró él tragando saliva, con los labios resecos.

Ella se aclaró la garganta, todavía sin acabar de comprender su ímpetu.

—No puedo decir lo mismo de ti. Lo siento.

—No te disculpes —negó con la cabeza—. Me ha gustado que me vaciaras como a un surtidor de gasolina. —Ella frunció el ceño sin comprender y Steven se echó a reír al ver que no pillaba la broma—. Me ha encantado verte disfrutar. Tus ojos se vuelven más claros y tu rostro se suaviza.

Daimhin se mantuvo en silencio, incorporándose poco a poco. Veía perfectamente, no tenía ni un solo rasguño en su piel y se encontraba de maravilla, tanto física como mentalmente. Pero Steven parecía no tener fuerzas ni para levantarse. Había sido su culpa, por no saber detenerse.

«Dioses, casi lo mato», pensó humillada.

—Casi te mato —dijo descarnadamente.

—No digas tonterías. Tú no podrías matarme jamás de un mordisco…

—Pero te dije que no sabría parar —intentó disculparse sin saber qué hacer ni adónde mirar.

«Qué curioso es… La primera vez que la vi tenía los ojos marrones claros con motas azules. Pero el marrón no era naranja como ahora. Tiene un tono distinto. Es preciosa», pensó Steven.

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó Daimhin dando un paso atrás con incomodidad. Se tocó la sien algo aturdida.

—¿Yo? —Steven no comprendía nada—. ¿Además de estar a un paso de quedar inconsciente? Nada. No estoy haciendo nada. Ahora, ¿me ayudas a levantarme?

«Sí, ayúdame porque no soy capaz de hacerlo solo. Pequeña sanguijuela…».

—¡No soy una sanguijuela, maldito punk!

Él levantó la cabeza con asombro, todo lo rápido que le permitía su anemia. Sus pupilas se dilataban intermitentemente.

—¿Lees mis pensamientos?

—¡No! Yo… No, no, no lo hago a propósito. —Daimhin estaba llena de energía y necesitaba relajarse. La sangre bebida era muy poderosa. Sentía que era capaz de todo, incluso el cuerpo le temblaba como si no fuera capaz de asimilar aquel divino alimento regenerador.

—Claro —comprendió él, meditando para sí mismo—. Es eso… A mi hermana le sucedía con John. John era vanirio y podía hablar con ella mentalmente. Lo podía sentir todo. Con el tiempo, mi hermana aprendió a controlarlo porque para ella era un poco intimidante tenerlo en su cabeza permanentemente. Sin embargo, sus muros no duraron mucho. Sabían que necesitaban estar en contacto el uno con el otro. John le ofreció su sangre a Scarlett; y en cuanto empezaron a intercambiar mordiscos… El vínculo mental se consolidó. Scarlett también podía hablar con él cuando quisiera. Lo justo sería que me dejaras beber de ti… ¿No crees? Creo que tu sangre surtiría el mismo efecto sanador en mí. Y estoy bajo mínimos, sádica —aseguró arqueando las cejas—. ¿Me dejas que te de un mordisquito?

Daimhin parecía estar totalmente desubicada. ¿Steven quería beber de ella? ¿Para qué? ¿Para estar en su mente? No, ni hablar. Se alejó de su cabeza con un pensamiento lleno de intención. Tal vez no era tan difícil mantenerse al margen, ¿no?

—¿Tú me estás tomando el pelo? —contestó ella mirándolo de arriba abajo, absolutamente incrédula ante su proposición—. ¿Te has vuelto loco? ¿Has cambiado tu dieta? Los berserkers no bebéis sangre.

—La tuya podría beberla. —El rostro de Steven se tornó serio y decidido, mirándola con todo el

deseo que hervía en su cuerpo.

Daimhin cogió aire, sin perderle la mirada. El corazón se le saltó un latido, pero no tardó ni un segundo en cambiar la expresión y hacer como si escuchara llover.

—En fin, supongo que eso es un no. Qué desconsiderada —bromeó él levantándose a trompicones. No quería incomodarla más. Se puso la mano en los riñones y estiró su espalda hasta que crujieron todas sus vértebras—. Entonces, déjame decirte cual es el plan.

—Ya sé cual es el plan. Ir corriendo a por Carrick. Ya sé donde está. —Genial, después de aquel extraño silencio por fin podía hablar de sus siguientes movimientos.

—¿Lo sabes?

Claro que lo sabía, y no solo por lo que había extraído de la mente de los etones. Ahora era más fuerte, mucho más que antes. Y era más poderosa que su hermano. El vínculo con Carrick no iba a desaparecer, pero ella era más dura y tenía más poder. No tardaría mucho en derribar la barrera mental de su *bratháir* y hablar con él. Pero para ello tenía que contactar de pleno solo un instante. Y Carrick no se dejaba.

Con esas palabras, Daimhin y sus tacones se dirigieron a su destino. Pero Steven la detuvo por el brazo y se cernió sobre ella.

—Ir a por tu hermano está bien. Pero hay reglas por cumplir, Daimhin. Y las vas a escuchar.

Ella estuvo a punto de replicarle pero el gruñido de Steven la acalló.

—Primero: somos dos compañeros que debemos luchar juntos. No me puedes dejar vendido otra vez de este modo. Si luchamos juntos, necesito que te defiendas y que no me tengas constantemente preocupado —sus ojos amarillos se tornaron fosforescentes— pensando en que tarde o temprano veré tu cabeza rodando por el suelo porque te has quedado contando los dientes de los etones como antes…

—Yo no me he quedado calculando los dientes de…

—¡Sí lo has hecho, maldita seas! —La sacudió por el brazo—. De ahora en adelante quiero que luches. Nunca más vuelvas a hacerme lo que has hecho. Jamás. No puedo tener ojos para ti.

—Estás exagerando… —Tragó saliva, ofendida por su reprimenda.

—Y la segunda regla que vamos a respetar es que, en cuanto encontremos a tu hermano, tengo que salir de aquí para llenar mi estómago y sacarme de encima esta anemia galopante que me has provocado. Ya que no quieres ofrecerme un poco de sangre para que mejore, tengo que comer. —Arqueó las cejas rojas y sonrió con docilidad.

Daimhin osciló las pestañas y lo miró de reojo.

—De acuerdo. Pero primero ayúdame a sacar a Carrick del agujero en el que está. Y luego iremos a por tu comida.

Steven asintió y la soltó. Estaba tan débil que le dolía todo el cuerpo y los ojos se le cerraban solos. Pero no podía aparentar debilidad ante aquel torbellino de fuerza y agilidad en el que se había convertido Daimhin desde que había bebido de él.

Iba a estar a la altura de su *kone*.

VI

¿Qué le quedaba ahora? ¿Qué había hecho para merecer aquello? ¿Nacer en el seno de una familia *filidh*? ¿Llamarse Carrick? ¿Ser diferente?

El vanirio no comprendía nada excepto el dolor. De eso sabía, y mucho. Sabía de violencia, de agresiones, de rabia, de coacciones, de abusos… Él había respirado esas emociones como si no existieran otras durante tanto tiempo que le pareció una eternidad.

Carrick peinó con sus dedos la lacia melena negra de Aiko, que se hallaba muerta entre sus brazos, con aquellos increíbles ojos rasgados cerrados y llenos de oscuras y largas pestañas. La pálida piel de sus mejillas se había manchado de motas rojas, de su propia sangre. Sus labios, perfectamente delineados, habían adquirido una tonalidad rosa palo, tirando a cerúlea.

Era su *cáraid*. La chica japonesa de no más de dieciocho años que había dejado de respirar y cuya alma, seguramente, habría regresado al caldero de Anwn, era su pareja de vida. Y la vida, otra vez, se había reído de él, al hacerla aparecer sorprendentemente casi dos días atrás, para que acariciara algo en su interior, como un recuerdo de lo que una vez fue y sintió, llamándole a la vida, al despertar. Para decirle más tarde: «¿La ves? Pues ya no la tendrás».

Carrick sintió la necesidad de abrazarla, de pegarla a él, como si así pudiera insuflarle parte de su vida, por muy oscura que esta fuera. Pero mejor oscura que no muerta.

Cerró los ojos para inspirar su aroma, esa esencia a natural que se evaporaba, del mismo modo en que languidecían sus últimas ganas de vivir y de continuar.

Acariciaba su oportunidad de salvar su alma pero se le escapaba de entre los dedos, como una utopía, o como el oasis que falsamente veía un sediento en el desierto, víctima de sus propias alucinaciones.

—*Dal dy wynt! Arbed dy dafod!* Vuelve a respirar. Mantente con vida —susurró acariciando la herida del pecho de la joven, tintándose los dedos de líquido rubí, mágico y ancestral. Muerto—. *Dal dy wynt, Aiko…* —En la roca seca del suelo escribió con dos de sus dedos la misma oración a sangre, dedicada a su pareja caída, como un mantra.

Carrick la miró con ternura. Sus ojos marrones, desprovistos de esperanza, lamentaron su destino, mientras la cargaba en brazos y volaba a través de los túneles oscuros.

¡Cómo hubiera deseado cargarla así en vida! Él sabía poco de amor y de seducción, pero con su *cáraid* lo habría intentado, porque ella no se merecía otra cosa.

Siempre había tenido una orientación y un sentido del tiempo envidiable. En Capel-le-Ferne sabía cuándo era de día o de noche, contaba los días que se sucedían uno tras otro, y se ubicaba dentro de las horas y las semanas como si tuviera un reloj de arena adherido a su cabeza.

Ahora era igual.

Llevaba día y medio bajo los túneles y sabía que cuando encontrara la salida a aquel laberinto de piedra no le quedaría nada para que el astro rey se erigiera e iluminara con sus rayos la Tierra convulsa que, irremediablemente, se dirigía al fin de sus días.

Como él.

Mientras volaba y fijaba sus ojos en los estrechos pasillos horadados, recitaba en voz alta una oración para Aiko.

Aquí yace parte de mi alma,
la única que podía amarrarme a la luz,

cuyo puerto seguro me pertenecía.
Aquí yace mi única salvación.
Y si ella no regresa con vida,
viajaré con destino a la luz del Sol,
de camino a mi despedida,
de vuelta a casa y a mi rendición.

Daimhin detuvo su vuelo y clavó los ojos en el techo de piedra. No habían aparecido más etones ni más purs; y eso era bueno, porque así solo tenía que centrar su atención en la única señal mental de su hermano.

Pero a Carrick le pasaba algo. Era como si ya no estuviera. El desánimo lo envolvía, porque también envolvía a su corazón; y ellos siempre tuvieron una relación parecida a la de los hermanos gemelos. Vivir lo que juntos vivieron en Chapel Battery los vinculó de maneras inexplicables; y también los hizo más fuertes y poderosos, pero solo cuando estuvieran juntos. Juntos lo superaban todo.

Y ahora no lo estaban.

—¿Qué pasa, sádica? —preguntó Steven agotado tras ella. Se sentía tan débil como un viejo octogenario. Apoyó las manos en sus rodillas y cogió aire con disimulo. Los pulmones le ardían. Daimhin había bebido demasiada sangre.

Ella levantó la mano y le dijo:

—Chis… No hables ahora.

«Menuda dictadora. Me manda callar después de salvarla… Además, no he hablado. Pero está metida en mi cabeza».

La joven lo miró por encima del hombro, escuchando sus pensamientos, y se sintió mal por él. Aunque su atención ahora estaba centrada en lo que sucedía con Carrick y no podía atender al berserker.

—Algo ha pasado —le dijo.

—¿Puedes contactar con tu hermano?

—Lo intento. Pero mi hermano no me deja… Las fuerzas que le quedan las utiliza para mantenerme al margen. Siempre lo hace —lamentó con despecho—. Siente tanto dolor… Ella ha muerto. La valiente Aiko ha muerto. Y Carrick sentía que era su *cáraid*… Y eso es terrible.

Daimhin sentía miedo y pavor ante lo que podía llegar a sucederle. ¿Qué decisión rondaba por la mente de Carrick? ¿El Sol? No podía ser… ¡Tenía que dar con él!

—Hay sangre vanir cerca —murmuró Steven moviendo las aletas de su nariz.

—Sí. Lo sé. —Daimhin se dio la vuelta con una determinación inquebrantable. En un visto y no visto, apareció tras la espalda de Steven, lo cogió por debajo de los hombros, pegó su torso a la ancha espalda del guerrero y alzó el vuelo con él para ir más rápido.

—¿Qué haces? —preguntó Steven sorprendido.

—Cargar contigo. Vas muy lento y no tengo tiempo.

Steven no replicó. Había momentos en los que uno debía tragarse su orgullo, y aquel era uno de ellos. Agradeció el descanso. Realmente, su cuerpo sin sangre no era nada, por muy inmortal que fuese.

Daimhin voló todo lo veloz que le permitía su nueva y renovada energía. Salió como una bala del túnel en el que se encontraban, igual que todos los anteriores, pero este finalizaba en una enorme gruta, en la que cientos de niños y jotuns cubrían el suelo como una grotesca manta sin vida.

Ella se quedó sin respiración, suspendida en el aire, al ver tantas vidas jóvenes e inocentes

arrebatadas. Los habían utilizado como alimentos para poner más huevos, pero Carrick se había encargado de acabar hasta con el último eton o purs de aquel infesto infierno de lava y llamas. Sí, su hermano les había dado su merecido.

Steven gruñó al observar tantas vidas sesgadas. Le dolía ser observador de tanta muerte y no haber podido hacer nada para evitarlo.

—Los han matado a todos —murmuró abatido.

Daimhin tragó saliva apenada. Pero, aunque odiara admitirlo, aquellos cadáveres eran lo de menos. A ella solo le importaba salvar la vida de su hermano.

Voló con Steven hasta el agujero en la pared, una nueva cueva, en la que Aiko había muerto. Daimhin la reconocía por haberlo visto en el recuerdo de la mente grupal de los etones.

Cuando entraron en la cueva, la vaniria dejó a su compañero en el suelo y, con sus vivos ojos, buscó a su alrededor a su hermano.

Pero Carrick no se ocultaba ahí, por supuesto que no. Se movía buscando su liberación eterna. Se le llenaron los ojos de lágrimas por él… Incluso su hermano bardo había dejado un mensaje escrito en el suelo con la misma sangre de Aiko, que aún permanecía húmeda.

Daimhin caminó arrastrando los tacones hasta aquel mensaje.

Hubo una época en la que adoraba cantar las canciones que escribía su hermano; adoraba ponerle música a todo lo que él creaba, rimase o no. En Capel-le-Ferne, Carrick, que era un poeta, escribía poco, y Daimhin, a falta de sus bellas palabras, cantaba las canciones que su madre y su padre les habían enseñado. Sabía que su voz provocaba sensaciones buenas en quienes la escuchaban y con ella se dormían los niños perdidos. Menos Carrick. Él nunca dormía. Su mente no obtenía descanso porque se sentía responsable de todos y quería erigirse como el guardián y el protector de los cabezas rapadas. Y lo fue.

Ahora, ella era la única en pie que podía encontrarle y protegerle.

Y no era capaz de dar con él. Su hermano la rehuía.

Se desplomó de rodillas y se acongojó al pensar en una vida sola. Le hacía daño darse cuenta de que su Peter Pan, su bondadoso y atormentado Carrick, había tirado la toalla.

Pasó los dedos por la hermosa letra escrita de su hermano, tocando la sangre de su compañera muerta, mientras escuchaba los pasos pesados de Steven tras ella.

—*Dal dy wynt, Aiko* —leyó ella en voz alta—. Mi hermano ha escrito esto… Pidiendo que Aiko… —Cogió aire entre estremecimientos—… Pidiéndole que regresara a la vida. Oh, *mo Carrick*…

Él la miró con solemnidad. Daimhin parecía tan lejos de echarse a llorar, tan entera, que Steven se sentía un poco ridículo por querer abrazarla y calmarla.

Pero quería, porque incluso los cactus, a pesar de sus espinas protectoras, necesitaban de luz y cariño para crecer.

Y Daimhin necesitaba de sus cuidados. Él quería ser el hombro en el que esa joven se apoyara.

—Tu hermano estará donde esté ella, colmillos. Búscala a través de la sangre —le ordenó Steven animándola para que no se rindiera—. ¿No hacéis eso los vanirios?

Ella se dio la vuelta y lo miró a su vez.

—Es sangre muerta…

—¿Y no puedes? —La retó él—. ¿La sangre muerta no os dice nada?

Daimhin entrecerró los ojos, extrañada, y negó con la cabeza mientras frotaba la sustancia líquida entre sus dedos con patente curiosidad. Tal vez Steven tenía razón… Tal vez ella podría hacer un esfuerzo y Aiko…

Un fogonazo de luz en su mente la dejó cegada. ¡Zas!

Una imagen atravesó su cabeza, seguida de un camino de piedra a seguir para dar con su hermano… ¿Cómo podía ver a su hermano? Carrick estaba de rodillas, mirando al cielo, en la salida de una de las cuevas que regresaban a la superficie de la corteza terrestre… Al exterior. ¿Había salido?

Empezaba a amanecer. Carrick estaba de rodillas, con los ojos cerrados, esperando que el sol le iluminara y se lo llevara.

Daimhin abrió los ojos de golpe, temblando violentamente, asustada y desesperada por encontrarle.

—No, no, no… ¡Carrick! —gritó con todas sus fuerzas.

Sin pensárselo dos veces, cogió a Steven y lo cargó con ella.

—¿Le has visto?

—¡Sí!

—¡Vamos, Daimhin! ¡Date prisa! —la animó él.

¡Sabía dónde estaba! ¡Ahora solo tenía que llegar a tiempo!

Carrick se entregaba al sol. Cerró los ojos con gesto atormentado, sin paz ni gloria, sabiendo que su *cáraid* yacía muerta a sus espaldas, estirada en el suelo… Desaparecida.

En cinco minutos, un nuevo amanecer en aquella tierra cuyos días estaban contados vertería su luz con impotencia. A los humanos no les servía de nada la claridad del Sol, porque no veían la realidad ni aunque la enfocaran con cien mil soles. Los seres como él, hijos de padres inmortales cuyo destino había sido proteger a los humanos, habían sido educados para lo mismo: como guardianes y protectores.

Pero él no respetaba a los seres del Midgard. La gran mayoría eran oscuros, involucionados, traicioneros y desinteresados. Una minoría estaba llena de sensibilidad, inteligencia y buenas intenciones. Pero, como en todas las guerras, las minorías siempre perdían aplastadas por el poder de las mayorías. Las mayorías manipulables, ignorantes y codiciosas.

Y así iba a suceder con vanirios, berserkers, einherjars y valkyrias… Por mucha resistencia que ofrecieran, iban a sucumbir ante las garras del más puro mal, mientras los dioses contemplaban su fatídico destino sin hacer nada.

Y él no vería ese final. Pero tampoco se volvería un jotun de Loki. Por esa razón, como sabía que Loki tentaba y que la oscuridad nacía en él de forma inminente, lo mejor era despedirse como un héroe caído antes que como un villano reconvertido porque, aunque ya no creía en la bondad universal, tampoco tenía el valor suficiente como para enfrentarla y hacerla desaparecer.

—Se acabó… —murmuró con un último recuerdo hacia sus padres y hacia su hermana, por la que siempre había luchado y a la que siempre protegió. Ella era la verdadera demostración del bien en la Tierra. Daimhin era luz. Su luz. Pero no viviría para decepcionarla, porque sentía tanta rabia por la muerte de Aiko que estaba a punto de ocultarse en la cueva de nuevo, huir de los rayos del sol y matar hasta convertirse en nosferatu. Por esa razón luchaba por mantenerse sereno y aceptar su sino. Un destino sin manipulaciones. Una inmolación por decisión propia. Moriría sin haber sido doblegado por el Timador.

El calor del amanecer frotaba su piel morena e iluminaba su pelo rubio y rapado como si fuera una bombilla. En nada, el primer rayo le alcanzaría y lo quemaría hasta hacerlo desaparecer. Su alma se iría y sus cenizas fosforescentes alcanzarían el cielo.

Todo habría acabado.

Le apagarían la luz para siempre…

Una mano templada le agarró de la camiseta y lo apartó de la claridad del amanecer, lanzándolo al suelo y cubriéndolo con su cuerpo por completo.

—¿Qué crees que estás haciendo, guerrero?

Carrick parpadeó confuso al ver el hermoso rostro vivo y resplandeciente de Aiko frente a él, a un palmo de su cara. A la vaniria le brillaban los ojos negros como el ónix, tan grandes que destacaban en su rostro y ligeramente rasgados, otorgándole una cara exótica y asiática, aunque bajo los párpados tuviera leves ojeras.

Le mostraba los colmillos a través de sus esponjosos labios rosados, ya no pálidos ni secos. Labios vivos.

—¿Pero qué? ¿Tú…? —No tenía palabras para describir cómo se sentía en ese instante.

Aiko lo miraba con asombro, como si para ella él también fuera un increíble descubrimiento. El rubio alto y lleno de tormento, con aspecto de niño perdido eterno, estaba con ella… A solas con ella. Y Aiko podría pasarse lo que le quedase de vida oliéndolo sin descanso. Era fascinante.

—¿Ibas a entregarte al sol? ¿Estás loco? *Bakka*! ¡Tonto!

A Carrick, un mechón de pelo negro de Aiko le acariciaba en la mejilla, y su esencia a flores lo embriagaba.

—No entiendo nada —musitó absorbiendo toda su belleza embobado.

—Ni yo. ¿Ibas a suicidarte?

—¿Estás viva? —susurró perdido y emocionado.

Aiko parpadeó confusa, pues tampoco lo comprendía. Pasó de estar luchando en Edimburgo a ser raptada por un monstruo jotun y perder el conocimiento hasta ese momento.

—Sí, lo estoy. ¿Cómo te llamas?

—Carrick.

—Carrick —repitió para notar su nombre en la lengua con agrado—. ¿Me has salvado, Carrick?

Él negó con la cabeza, arrepentido y afligido por su fracaso.

—¿No me has dado tu sangre? ¿No has sido tú quien ha hecho que me recupere? –Ella no entendía la respuesta.

—Te… Te arrancaron el corazón —contestó Carrick aceptando, ligeramente incómodo, el leve peso de Aiko en él—. Un eton te lo arrancó delante de mí… Habías muerto. Un vanirio muere si destrozan su corazón.

Aiko se incorporó con lentitud y quedó sentada sobre el estómago del vanirio. Se llevó la mano al agujero de la camiseta negra que tenía sobre el pecho, a la altura del corazón. Se le veía parte del sostén del mismo color y la curva pálida de un seno.

—¿Me arrancaron el…? Pero sigue aquí —frunció el ceño—. No recuerdo nada.

Carrick miraba fijamente el agujero de la tela, pensando en que instantes atrás solo había carne malograda a través de la cual podría ver el otro lado de la cueva.

—Habías muerto —repitió él con voz ahogada.

—Pues… Parece que sigo viva.

—Sí, eso parece.

Ella sintió vergüenza al verse tan expuesta y perdida. Además, lo hacía frente al vanirio que le había llamado la atención como la luz a las polillas desde que lo vio por primera vez.

¿Quién era Carrick? ¿Era suyo? ¿Había descubierto por fin a su *cáraid*? Jamás pensó que pudiera tener a alguien para ella. Solo con su estricta disciplina soportó la eternidad sin irse al bando de Loki,

igual que aguantaron Kenshin Miyamoto o Isamu. Ellos esperaron hasta encontrar a sus parejas de vida. Su hermano Ren, en cambio, después de perder a su pareja y casi enloquecer, había decidido vivir para ayudar a los suyos e inmolarse, como pretendía hacer Carrick, y eso la llenó de furia e impotencia. La rendición, por muy honorable que fuese, no entraba dentro de su vocabulario.

No soportó ver a su hermano morir. No permitiría que Carrick siguiera el mismo camino.

—Déjame que lo entienda… ¿Me viste morir y tú ibas a hacer lo mismo?

—Sí.

—Un guerrero nunca se rinde —le reprendió rabiosa—. ¿Ibas a entregar tu vida? —Se apoyó con las manos sobre su pecho y se levantó de un salto, apartándose de él—. Eso no está bien.

—Estabas muerta —contestó aún aturdido—. Sin corazón. ¿Cómo es posible que sigas viva? Los vanirios morimos si nos arrancan el corazón o nos cortan la cabeza. No lo comprendo.

Aiko se recogió el pelo liso en un moño mal hecho, sin perderle de vista ni un instante.

—Me inmovilizaron, me drogaron y me arrastraron hacia la grieta… No recuerdo mucho más y no sé de lo que me hablas.

—Te iban a comer —explicó—. Han matado a todos los niños que se han llevado con ellos. —Carrick se levantó con lentitud, respirando agitadamente, agotado por el esfuerzo y su debilidad.

—¿Niños? ¿Para qué?

—Utilizan la energía de los críos humanos para incubar huevos. Es energía pura y, al parecer, les sirve.

—¿Y por qué me querrían a mí? No soy una niña. Tengo muchos siglos a mis espaldas —señaló buscándole sentido, tan práctica como era ella.

Carrick la miró de arriba abajo, sin vergüenza ninguna.

—Porque eres vaniria y eres pura. Tu energía es muy potente para ellos.

Aiko inclinó la cabeza a un lado; se sonrojó pero la vergüenza no le hizo negar tal verdad. Sí. Era virgen.

—Tienen etones ponedores, como putas gallinas —aseguró Carrick, observando cómo uno de los rayos alumbraba la cueva y avanzaba casi hasta donde ellos estaban—. Por mucho que lo pienso, no entiendo cómo has vuelto a la vida si…

Aiko volvió a apartarlo de los rayos, con la fuerza y la velocidad suficiente como para aplastarlo contra la pared contraria y que se produjera un pequeño desprendimiento de arena sobre ellos.

—¡Despierta, celta! —lo instó—. Te vas a quemar.

Carrick la estudió con estupefacción, a escasos centímetros de su cara. Estaba tan seria y era tan guapa y delicada que le picaban los dedos por las ganas de tocarla. Sin embargo, se reprimió y se clavó las uñas en las palmas. ¿Cómo iba a acariciarla? Él era un ser despreciable.

—Debes olvidar tus instintos suicidas —le ordenó Aiko sin titubear—. Y debes ponerte fuerte. —Oteó todo lo que les envolvía—. No sé donde estamos, pero hay que regresar a Wester Ross y ayudar a nuestros clanes. Estarán preocupados por nosotros. Y tú no puedes continuar así. Has perdido mucha sangre. —Sus ojos negros se dilataron y sin pensárselo dos veces levantó su antebrazo a la altura de su boca y lo mordió hasta que las gotas de sangre cayeran a través de su piel hasta el codo—. Te ofrezco mi esencia, guerrero. Bebe.

—¿Cómo dices?

—Bebe. Hazte fuerte.

Carrick no supo cómo reaccionar y lo hizo de la peor de las maneras: rechazando su ofrecimiento.

—No la quiero. Gracias.

Aiko arqueó las cejas negras y entreabrió la boca para coger aire, asustada por su respuesta. El

corazón se le paró, ofendido. Dolía obtener un no a algo tan íntimo para ella. Jamás le había ofrecido su sangre a nadie.

—¿Has arriesgado tu vida por mí y has venido a buscarme para rechazar el mayor de los regalos que podemos entregarnos entre nosotros?

Carrick no estaba acostumbrado a la honestidad tan directa de esa joven. Era samurái, ¿no? Lo poco que había investigado desde que la vio fue que tenía que cuidarse de no ofenderla o se lo guardaría para siempre.

—Tu sangre es un regalo muy valorado por mí —contestó él intentando rectificar—, pero no soy merecedor de ello y no estoy acostumbrado a beber. No sé cómo puedo reaccionar. No quiero ensuciarte.

Aiko fruncía el ceño a cada palabra que salía de la boca del celta vanirio hasta que se hartó de escuchar todos los contras. Si Carrick era para ella, como sentía que era, y si él creía lo mismo, no podían perder el tiempo de ese modo… Su sangre les haría fuertes a ambos. Y viendo cómo iba el Midgard, no podían escatimar ni en refuerzos ni en esfuerzos.

—¿Ensuciarme? —Aiko sacudió la cabeza y lo agarró del cuello de la camiseta de tirantes negra. Lo inmovilizó con sus ojos y susurró sin inflexiones, impeliéndole a hacer lo que ella quería. En ese instante, ella era más fuerte que él y se aprovecharía—. Bebe de lo que te ofrezco, guerrero. Acéptalo. Mi sangre te hará bien.

En el momento en el que Aiko aplastó su antebrazo en la boca del vanirio de aspecto melancólico y triste, y en el instante en el que su sangre tocó su lengua, algo en los ojos marrones de Carrick cambió hasta tornarlos salvajes.

—No lo hagas. Si haces esto —dijo Carrick con los colmillos y la lengua rojos, y su voz afilada como el acero—, no podrás negármela nunca más, samurái. No importará lo que descubras; tu vinculación conmigo se hará con todas las consecuencias. —Sus ojos cambiaban del marrón al caramelo muy claro—. Estés de acuerdo o no.

—No funciono mediante amenazas, Carrick. Ahora bebe bajo mi responsabilidad. Tenemos que salir de aquí.

Él sostuvo el brazo de Aiko contra su boca y por primera vez probó la sangre.

La sangre de su *cáraid*. Y entonces, todo su cuerpo se tensó. Carrick la inmovilizó pegándola a su cuerpo y no dejó de beber de su brazo hasta que se sació.

Y Aiko creía que todo se hacía bajo su responsabilidad… Qué inocente era. La japonesa no tenía ni idea de que él iba a ser su compañero, y de que no estaba precisamente sano de la cabeza.

La cordura la perdió años atrás.

—¡Por todos los dioses! ¡Está viva! —gritó Daimhin.

Steven se liberó de un salto de entre los brazos de la vaniria en cuanto puso sus ojos amarillos en el lienzo que hacían Carrick y Aiko juntos. Los habían encontrado.

La japonesa no estaba muerta como había sugerido Daimhin.

El vanirio estaba desangrándola, bebiendo de ella y dejándola inconsciente, tal y como su hermana pequeña había hecho con él.

Al parecer, estos hermanos bardos eran un peligro.

—¡Daimhin, ayúdame! —le ordenó Steven—. ¡Conseguirá matarla! ¡No sabe detenerse!, ¡es como tú!

Ella reaccionó inmediatamente cuando comprendió lo que sucedía. Se dispuso a apartar a Carrick de

Aiko, pero cuanta más sangre bebía de la japonesa, más fuerte era su hermano; más se le ensanchaban los músculos y se tornaba hermoso y desafiante como un león.

—¡Detente, Carrick!

La sangre era adictiva para los vanirios, y más aún para ellos, que durante tantísimos años fueron confinados a morir de hambre y a aguantar todo tipo de torturas y vejaciones. El impacto que producía en ellos paliar el hambre y la sed era difícil de gestionar. Como ver el sol de nuevo.

Carrick se alejó de ellos, quedando agazapado en el techo, boca abajo como un murciélago, con los ojos brillantes y claros, mientras se nutría de su pareja y los desafiaba a que se acercaran.

Steven dio un salto para liberar a Aiko, pero Carrick se lo impidió golpeándole con el pie en el pecho. El berserker cayó de cuclillas al suelo, mientras Daimhin levitaba lentamente hacia su hermano, que parecía una bestia salvaje con el mejor de los manjares en sus fauces.

Steven, por su parte, miraba anonadado la imagen de la joven, suspendida en el aire, vestida con ropa negra ajustada, la *katana* colgada a la espalda y esos zapatos rojos de calavera… Mirando a su hermano fijamente y hablando con él en silencio, telepáticamente. Tan rubios los dos, tan parecidos… Y, a la vez, tan distintos. Menuda estampa.

La vaniria le permitía escuchar la conversación, y Steven no sabía si lo hacía por respeto a él o porque no tenía ni idea de cómo cerrar su canal recién abierto. Fuera como fuese, las razones no importaban. Solo importaba salvar a Aiko.

«Deja de beber, Carrick. Está inconsciente», le pidió Daimhin.

«Ella me lo ha permitido. Es mi pareja. Y no sé parar…», se defendió.

Steven registró el impacto que Daimhin sufrió al escuchar el reconocimiento abierto de su hermano hacia a Aiko. Se sentía feliz por él y, al mismo tiempo asustada por ella, como si pensara que iba a quedarse sola.

«Si no paras ahora, ella morirá, Carrick. Y lo que es peor, no te permitirá que te acerques otra vez. Pensaba que había muerto…».

«Yo también. Pero abrió los ojos de nuevo… Recuperó su corazón».

¿Qué recuperó su corazón? A Aiko le habían arrancado el órgano del cuerpo. ¿Cómo era posible que se hubiera regenerado de nuevo? ¿Era una resurrección plena?

«Deja de beber, Carrick. Explícame cómo ha regresado Aiko de entre los muertos».

«No tengo respuesta para eso. Solo un poco más. Déjame beber un poco más… Ella es mía».

«No, Carrick. Escucha su corazón, apenas bombea… Escúchalo y ponte en sintonía con él. Ayúdala a recuperarse y detente ahora mismo. Hazlo por ti y por ella. Por los dos».

Carrick cerró los ojos con fuerza y abrazó a Aiko. Hacía rato que había dejado de beber de su brazo para morderla directamente en el cuello. La japonesa tenía la cabeza echada hacia atrás, el recogido casi deshecho señalando el suelo, y su aspecto se parecía al de Steven después de que Daimhin tomara de él. Ligeramente demacrado.

«Es tan bueno… —admitió avergonzado, bajo los efectos de la potente droga natural—. Me hace sentir tan bien, Daimhin…».

«Sí, lo es. Pero debemos respetar el regalo que nos otorgan y no abusar de ello».

«Ella me lo ha dado gustosa. No la mataré. No puedo vivir sin ella, ¿no lo entiendes? Solo un poco más…».

—¡Carrick, maldita sea! —gritó su hermana enfrentándose a él, preocupada por su compañera—. ¡¿Acaso has salvado a Aiko para matarla tú?! ¡Estaba muerta! ¡Y por algún motivo ha revivido! ¡Suéltala! ¡Este no eres tú! ¡No te dejes llevar por la ansiedad de la sed! ¡Respeta a tu pareja!

«¿Mi pareja?».

—Sí, Carrick… Tu pareja de vida.

El joven osciló las pestañas y desclavó los colmillos de la suave carne de su víctima. Las palabras de su hermana fueron como un jarro de agua fría. Enfocó la mirada hacia su pareja, Aiko, y la miró horrorizado.

—¿Aiko? ¿Qué… Qué he hecho? —Tragó saliva y bajó del techo para depositarla en el suelo, sosteniéndola entre sus brazos—. Le dije que no era buena idea… Que no sabría cómo…

—Sí, sí… —Steven acudió corriendo a interesarse por el estado de la joven—. Los hermanos sádicos tenéis la obsesión de dejar seco a vuestro compañero, ¿eh? Tenéis un problema con la bebida.

A Daimhin no le gustó la broma, pero tampoco contestó.

Carrick le enseñó los colmillos cuando vio que las manazas de Steven iban a auscultar las heridas de los colmillos en Aiko.

Daimhin lo detuvo y negó con la cabeza.

—No la toques ahora, berserker. No es buena idea…

—No te acerques, chucho, o te arrancaré la cabeza —gruñó Carrick ferozmente.

—Pues vas a tener que darle sangre, colmillos, o se la daré yo —Lo amenazó Steven—. Está casi muerta…

Daimhin frunció el ceño y el frío envolvió su corazón y su mente. ¿Cómo se atrevía Steven a sugerir tal cosa? Su sangre no era de nadie más que de ella. En el instante en que ese razonamiento ocupó sus pensamientos, se asustó y lo borró de su mente. ¿De dónde nacía ese sentimiento de posesión?

«Te he escuchado, sádica», dijo Steven pomposo.

«Sal de mi cabeza».

«Sácame tú si quieres. Es tu poder. ¿Te molesta que le quiera dar sangre a Aiko?».

—Tú no harás tal cosa —lo censuró ella, clavándole en el sitio. ¿Qué se había creído? ¿Que su sangre era el menú de todos?

Carrick, por su parte, se limpió la sangre de la boca con el antebrazo y negó con la cabeza repetidamente, tan decepcionado consigo mismo que casi no lo podía soportar.

—Tu hermano debería alimentarla e intercambiar sangre con ella —repitió Steven.

—No —negó Carrick—. Ella no merece eso —le peinó el pelo negro hacia atrás—. Perdóname, por favor —susurró en gaélico.

Steven levantó la cabeza para fijar su mirada en el vanirio. ¿Aiko no merecía su sangre? Daimhin tampoco quería darle la suya. ¿Qué se pensaban los hermanos? ¿Que los iban a infectar por darles de beber?

—¿Qué os pasa a vosotros? Vuestro clan bebe de sus parejas e intercambia su sangre. ¿Acaso sois vegetarianos?

La joven vaniria lo miró de reojo y después dejó caer la cabeza hacia delante, afectada por no poder hacerle entender a Steven que su sangre no era buena. Que ella no era buena.

—Si mi hermana dice que no, es no —ordenó Carrick cargando con Aiko y zanjando la conversación. Parecía más fuerte y sano. Mucho más intimidante que antes—. Y si yo digo que no, es no. Ni tú ni nadie nos va a obligar a hacer nada que no queramos hacer. Ya pasamos por eso. Se acabó.

Steven se quedó ahí plantado, sin saber cómo reaccionar.

—¿Pero sí podéis beber de los demás y dejarlos débiles? Es un poco egoísta, ¿no crees?

—No —contestó Carrick abrazando a Aiko con ternura—. Créeme. No lo es. Es suficiente con que uno esté jodido. No hace falta joder al otro.

Steven se encogería de hombros para relajar la tensión entre ellos, pero no estaba de acuerdo con que se atrincheraran.

—Que sea como vosotros digáis. Pero yo estoy muerto de hambre, y Aiko está inconsciente. No podemos salir de los túneles porque es de día y el sol os matará. Las entrañas de esta tierra están plagadas de purs y etones que han incubado huevos y matado a niños… Si seguimos aquí nos encontrarán, pero no podemos salir hasta que caiga el atardecer.

—Entonces, nos quedaremos aquí y vigilaremos que nadie nos aceche, hasta el anochecer —sugirió Carrick—. ¿Estáis de acuerdo? —Miró a Steven y a Daimhin alternativamente.

El berserker se sentó en el suelo y apoyó la ancha espalda en la pared caliente del túnel. Daimhin se sentó entre él y su hermano, que no dejaba de acariciar el rostro níveo de Aiko, pidiéndole perdón en todos los idiomas que él conocía.

Esperarían. Y al caer la noche se dirigirían a Wester Ross para ayudar a Ardan a organizar a los suyos.

La guerra era oscura bajo tierra, pero descarnada y mucho más genocida en la superficie. Y era ahí donde más los necesitaban, no en esos malditos túneles intraterrenos que no cesaban de temblar, como si el mundo estuviera a punto de partirse en dos.

Y lo estaba.

Daimhin apoyó la cabeza sobre el hombro de Carrick y este acomodó la suya sobre la de ella. Él le besó la rubia coronilla y musitó en voz muy baja.

—Siento mucho haberte preocupado.

Daimhin sacudió la cabeza y frotó su mejilla contra su hombro. Su hermano había estado a punto de entregarse al sol al saber que Aiko había muerto. ¿Por qué? ¿Por qué la habría abandonado así? Ella jamás le hubiera dado de lado. Él era lo más importante en su vida.

—¿Por qué Aiko sigue viva? La recuerdo en tus pensamientos… Le arrancaron el corazón.

Sí. Aquello era un misterio sin resolver. Un enorme enigma sin respuestas coherentes. Pero, lejos de buscar una razón, Carrick se quedaba con la gran inyección de vida y alegría que le había otorgado su extraña resurrección.

Al volver a nacer ella, había vuelto a nacer él.

Daimhin no podía leer la cabeza de su hermano. Después de beber de Aiko, su mente se había vuelto un fortín, y era infranqueable.

—Lo importante es que sigue viva —argumentó Carrick, impregnándose del olor de Aiko—. Es lo único importante para mí.

Daimhin clavó sus ojos en la japonesa, que seguía dormida y débil entre los brazos de su hermano. No sentía celos de ella. De hecho, era feliz por saber que su hermano había encontrado a su pareja y que, al parecer, a pesar de sus miedos y sus traumas, se había lanzado a por ella con la valentía suficiente como para saltar a través de una grieta infestada de jotuns, lava y gases tóxicos, solo para regresar con ella. Porque era de él.

Aiko era vaniria, como él. Hacían buena pareja, supuso.

Y ella… ¿Ella qué? ¿A quién tenía?

Steven se envaró al leer su expresión. Al berserker le molestaba que la joven no quisiera estar cerca de él, que le tuviera miedo. ¿Acaso no comprendía que, de todos los hombres del Midgard, él era el único que jamás le haría daño? ¿Acaso no notaba que su sangre sería la única para ella? ¿Por qué estaba tan cerrada a él y al incuestionable vínculo que les unía?

Él era un berserker. No era un vanirio. Pero eso no quería decir que su amor fuera imposible.

—Mantén a raya tus pensamientos, sádica. —Steven sonrió sin ganas y se peinó la cresta con dedos temblorosos por la debilidad.

Daimhin echó los hombros hacia atrás.

—Tú no los puedes leer —le dijo ella como una soberana estirada.

—No me hace falta. Tu cara los dice en voz alta. Siento no ser un chupasangre. —Sus ojos amarillos se apartaron de ella para fijarse en la entrada de la cueva—. Aunque ser vanirio tampoco garantiza que me correspondas. —Se refería a Aiko y a lo débil que estaba porque Carrick no le daba de beber.

El aludido levantó la cabeza de golpe y no se enfrentó a Steven porque se sentía demasiado bien con la vaniria en brazos.

En cambio le sonrió falsamente y le dijo:

—Te perdono la vida, chucho. Tu aspecto es deplorable y no me gusta matar por matar. No tendría emoción —se encogió de hombros—. Ya me devolverás el favor.

—¿Igual que le has devuelto el favor a Aiko después de que te ofreciera su sangre? ¿Qué os pasa a vosotros? Dale de beber y la tendrás despierta y fuerte como tú estás ahora —le instó beligerante. Los miró lleno de recriminaciones—. ¿Acaso no sabéis cómo va esto? Yo te doy sangre y tú me das la tuya. Cincuenta por ciento para cada uno. Así es como funciona entre los de vuestro jodido clan. Pero vosotros dos sois como garrapatas —siseó con rabia, cogiendo una piedra pequeña para lanzarla contra la pared—. Solo chupáis, hasta dejar a vuestro huésped seco.

A Daimhin aquellas palabras le dolieron en el alma, y agrietaron la fragilidad de su endurecido corazón. Steven tenía razón, y ella había actuado a conciencia. Egoístamente, sí. Pero a conciencia. No quería compartir su sangre con nadie. Y mucho menos con él. Se había abastecido de él hasta que se hartó.

—No soy yo la que muerde sin permiso. —Se frotó la marca imprimada en la piel de su cuello—. Tú accediste a que bebiera de ti. No la obtuve sin permiso. No soy una garrapata —susurró.

—¿Has bebido de él? —preguntó Carrick pasmado por la revelación. ¿Su hermana había bebido de un berserker?

—Sí —replicó ella clavándose las uñas en la palma de las manos.

—Ha bebido de mí hasta dejarme como un Gelocatil —informó Steven, dándole la importancia que para él tenía. Mucha, por cierto.

—No puedes suponer las cosas solo porque creas que deben de ser así, Steven —continuó ella—. Yo… No quiero darte mi sangre. No es para ti —contestó ella tragando saliva, frunciendo los labios para evitar decir nada más—. Lo lamento.

—¿Lo lamentas? ¿Tu sangre no es para mí? —repitió él, levantándose poco a poco. Tenía carácter y mucho temperamento. Y siempre lo había querido mantener a raya, como habían conseguido mantener sus caracteres el resto de líderes de su familia. Su padre siempre consiguió calmar su ira; y Scarlett siempre luchó por dominar su furia. Steven se enorgullecía del excelente trabajo que había hecho hasta entonces con aquella parcela de su personalidad. Sin embargo, en ese momento, todo lo trabajado durante años se iba a ir a pique—. ¡¿Tu sangre no es para mí?! —Se plantó delante de ella con los puños a cada lado de las piernas, tan tensos y duros como una piedra. Sus ojos amarillos cambiaban de tono hacia el fosforescente—. ¡¿Y si no es para mí, que me has dejado al borde de una anemia permanente, para quién se supone que es, niñata?! —Iba a perder los papeles.

Daimhin lo miró desde el suelo, inquieta por la actitud de Steven. No había simpatía ni docilidad en su porte. Era todo agresividad y carácter. No obstante, no estaba asustada. Se sentía mal consigo misma. Pero no le tenía miedo.

Carrick dejó a Aiko un instante en el suelo. Por proteger a su hermana lo haría, dejaría a un lado la paz que ganaba con la japonesa. Por eso, de un salto placó a Steven y lo estampó contra la pared de enfrente.

El berserker no dejaba de mirar a Daimhin, ofuscado y decepcionado por las palabras de la joven. Carrick lo cogió de la barbilla con dureza para que se centrara en él y le enseñó los colmillos.

—No nos juzgues. No la juzgues a ella por lo que cree que puede ser lo mejor para su estabilidad. Si ella no quiere darte sangre, si no la quiere compartir, es su maldita decisión. ¡No tuya! No la conoces; no sabes nada de Daimhin. Y no voy a permitir que la coacciones o la hagas sentir mal. ¿Me has entendido?

Steven no apartaba la vista de la joven, que parpadeaba confusa y algo inquieta por ver a los dos hombres discutiéndose por ella.

—No os peleéis —pidió con voz débil. Se sentía perdida, desconcertada por las palabras de Steven. Apenada por que las cosas fueran así. Y rabiosa por tener los problemas y los miedos que sentía.

Entonces, Steven torció la cabeza hasta quedar cara a cara con Carrick. Una vena empezó a palpitar en su sien, y su corazón se disparó frenético. El *Odd*, la furia de los berserkers entregada por Odín, corría libre por sus venas. Iba a mutar de nuevo, deseando enfrentarse a todos, romper cosas, reventar cabezas… No podía pagar su impotencia con Daimhin. A ella jamás le haría daño. Pero a su hermano…

—Carrick… —Le mostró los dientes blancos, para que viera cómo sus colmillos se alargaban dispuestos a extirpar miembros—. Suéltame ahora mismo o tendremos una bronca.

El vanirio lo miró con seriedad, de arriba abajo. Steven jamás le ganaría. Estaba débil y al borde del desmayo. Hasta que no repusiera fuerzas no sería un digno contrincante para él.

—No puedes conmigo —le desafió Carrick con diversión—. Así no.

Aquellas eran las palabras que descontrolaban a Steven y lo convertían en el amasijo de furia y destrucción que empezaba a ser en ese momento. «Steven no es capaz de ser el líder berserker de Edimburgo», «Steven no puede. Es joven, mimado e inexperto», «Steven no intimida ni a un conejo. No nos puede dar órdenes», «Steven nunca será como Scarlett» «Steven es impulsivo. No piensa. No puede ejercer como nuestro caudillo. No tiene don de mando», «Steven abandonó al clan. No quería responsabilidades».

Steven esto, Steven lo otro… Pero él siempre había estado ahí, escuchando cada pulla, aguantándose las ganas de replicarles y de demostrarles que era un líder natural. Puede que inexperto, pero tenía los genes de su padre y de su hermana; y aunque había cometido errores, ahora era maduro y responsable para solventarlos.

O tal vez, tal vez todos tenían razón… Y si no era lo suficientemente bueno como para tener de pareja a esa vaniria, si ella no lo quería, tal vez estaban en lo cierto y él era un paria. Alguien incapaz de inspirar respeto por todas las malas decisiones tomadas en el pasado. Además, cuando destruyeron el castillo de Eilean Arainn, ¿quién estaba al mando? Él. Y murieron todos. Todos.

Tal vez…

Daimhin se levantó, preocupada al percibir la tristeza y la desesperación del punk. ¿En qué estaba pensando? ¿Por qué se echaba la culpa de todo? Con lentitud, se acercó a él para hablarle y tranquilizarlo. Estaba equivocado. Él no era el problema. Lo era ella. Pero no se atrevía a decírselo.

—Steven, mírame —pidió Daimhin con gesto sereno.

El berserker no atendía a nadie. A Carrick cada vez le costaba más dominarlo. Tal vez lo había infravalorado.

—Quítame las manos de encima o te arrancaré la cabeza, niño perdido.

Carrick parpadeó con sorpresa. Steven rugió como lo haría un lobo acorralado, empujándole y sacándoselo de encima.

En ese momento, la cueva tembló.

Los tres guerreros desviaron la atención los unos de los otros para centrarla en la salida que daba al exterior.

Algo, acompañado de un sonido extraño, como un zumbido, se dirigía hacia ellos.

El invitado dorado entró a la velocidad de un misil. Era una serpiente metálica, no muy grande, del tamaño de una esclava. Tenía los ojos rojos como rubíes.

Daimhin frunció el ceño, se colocó en su trayectoria y la desvió con un sablazo de su espada. La serpiente golpeó contra la pared.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Steven dando un paso al frente para otear el objeto.

Pero la serpiente seguía en movimiento. Levantó la cabeza dorada, moviendo las escamas como una de verdad y fijó los ojos rojos en Steven. Estos brillaron con interés y decisión y se fue a por él.

—¡Apártate! —le ordenó Daimhin.

No fue lo suficientemente rápida como para librar a Steven de su mordisco. La serpiente se enrolló en el fuerte antebrazo del guerrero y lo mordió.

Él gritó con todas sus fuerzas. El veneno le quemaba por dentro y lo inmovilizaba.

—¡Steven! —exclamó ella aterrada.

Daimhin corrió a socorrerle, asustada por él.

Pero dos serpientes más se colaron a través del agujero y volaron como torpedos hacia sus nuevas víctimas.

Y fue justo en ese instante de ignorancia, caos y descontrol cuando la cueva sufrió una nueva sacudida. Pareció desdoblarse en el espacio, como una imagen que ondeaba en un pozo llano y calmo en el que se lanzaba una piedra.

Daimhin miró a Steven, que apretaba los dientes, lleno de dolor. No entendía nada. ¿Qué estaba pasando?

—Daimhin —gruñó Steven—. No me puedo mover…

Ella le pasó los dedos por la cresta e intentó cargar con él, pero al ver que no le daba tiempo de huir del ataque de los reptiles de extraño acero, lo cubrió con su cuerpo protector.

Le protegería, no iba a abandonarlo.

Carrick fue a socorrer a Aiko, lanzándose encima de ella para que esas extrañas serpientes no la hirieran.

La cueva hizo vacío y se escurrió como haría el líquido en un embudo, o como lo hacían en el espacio los agujeros negros intermitentes.

Después, como sucedía con la imágenes reflejadas en el agua cuando las ondas desaparecían, la cueva volvió a emerger, cristalina y serena.

Inalterable.

Pero sin rastro alguno de los cuatro guerreros que la ocupaban.

Ya no estaban. Habían desaparecido.

VII

Bulgaria
Paso de Shipka

Solo un humano.

Habían dejado a un único humano en Newscientists para programar la apertura de los techos de cristal y arrasar con todos los vanirios allí inmóviles y encadenados, fritos por los rayos del sol. Para los berserkers, los aspersores de la misma sala desprenderían ácido hasta deshacerlos.

Un Auschwitz para inmortales, aquello era ese reducto. Un campo de concentración en el que seres como él, bajo la violenta batuta de los científicos y guardias humanos, perderían su mortalidad y su inmunidad.

«Habría sido tan fácil acabar con ellos», pensó Thor. Los habían menguado tanto que olvidaron que eran seres poderosos y mágicos. Dioses de los humanos.

Pero uno nunca podía dar por muerto a un vanir hasta que no le arrancaran la cabeza o le aplastaran el corazón. Y ni con lo último podrían acabar con alguien como él, pues su corazón había sido devastado al apartar a Jade de él. Y, aun así, ahí continuaba.

Había ordenado al guardia que le quitara las esposas. También que le trajera algo de ropa, una bata con la que poder cubrirse. Adolf obedeció, dejando la bata pulcramente doblada sobre el suelo.

Los pinchos metálicos se desclavaron de sus muñecas, lo que le provocó un dolor abrasador. La sangre brotó de sus heridas, pero Thor ya había sido liberado.

—Tanto tiempo dominado… —murmuró con voz rasposa mientras tiraba del pelo de Adolf. Incluso su voz sonaba extraña. Hacía mucho que no la oía—. Tengo hambre… —Abrió la boca y mostró sus colmillos.

Le sacaba casi medio cuerpo al guardia insignificante que tenía delante, y no le costó nada alimentarse de él y beber sangre para coger fuerzas. Sabía que no debía propasarse y que jamás debía beber más sangre de la que contenía su propio cuerpo, porque hacerlo sería una invitación directa para que Loki pudiera tentarle. Los vanirios acarreaban con la cruz del hambre; y si se dejaban llevar por la gula, iban de cabeza a la perdición.

Bebió lo suficiente para cubrir sus primeras necesidades, y después le partió el cuello con una rotación seca de sus manos. El cuerpo del humano se había desplomado dando un golpe duro contra el suelo, propio de un recipiente vacío y sin alma.

Thor había realizado el último esfuerzo que aquella voz suave y empática le había sugerido: se había centrado en Adolf y lo había dominado mentalmente con su último aliento de poder.

Después, liberó uno a uno a todos los guerreros que apenas se mantenían en pie y que lo miraban perplejos por lo que había hecho. No tardaron en tomar el cuerpo de Adolf para beber lo que le quedaba de sangre… Que no fue suficiente para tantos guerreros como había.

A continuación, el vanirio salió de allí con las tarjetas que pendían del cuello de Adolf y las llaves que abrían todas las puertas y descodificaban programaciones. Se habían manchado con su sangre. No le importó. Thor las limpió con la mano y dirigió su mirada lila hacia la puerta que conectaba con la planta de arriba.

En el edificio no había ni un alma. Solo ellos. Y sin la protección, sin la cúpula que anulaba las señales mentales, toda la información de la gente de los Cárpatos que había en el exterior entró en él.

Ese era su don. Su maldición. Sin Jade, sin su sangre, estaba totalmente perdido, y lo sabía.

Con paciencia y tesón, logró caminar hasta la planta superior, dejando que todas las voces entraran en su cabeza, aceptando que lo volvieran loco y que convivieran en su mente.

Ellas le decían que el mundo se acababa, que la tierra temblaba y que de ella salían seres monstruosos dispuestos a devorarlos y a acabar con la humanidad. Hablaban de caos y asesinatos, de quiebra y de apocalipsis.

Sonrió para sí mismo. ¿Sería que el Ragnarök había llegado de verdad? ¿Sería que Loki por fin había traído su reino de maldad a la Tierra y había mostrado a sus malignos hijos?

La voz que lo contactó le dijo que se dirigieran todos hacia la planta de arriba, a los muros exteriores, que una vez allí recibirían ayuda. Thor obedeció, con todos los recién liberados siguiéndole los pasos, no sin dificultades.

La debilidad en ellos era patente.

Pero la ayuda que él necesitaba no se la podía dar nadie.

Lo que sucedía en realidad en aquella tierra que una vez protegió no debía importarle demasiado. Por él, que todos los humanos murieran, porque solo quería encontrar a una persona.

La razón de su existencia.

La mujer de su vida.

Su *cáraid*, Jade Landin.

Hacía mucho frío. La tierra temblaba bajo su cuerpo.

La Elegida abrió los ojos y se llevó la mano al vientre descubierto y algo abultado ya. Aodhan crecía muy rápido. Se cubría la barriga con el jersey negro, dándole calor.

Miró a su alrededor y no pudo reconocer nada.

Hacía un momento estaba en el RAGNARÖK, con el resto del Consejo Wicca. Hablaban de las nuevas noticias sobre los contactos con alguien de los Balcanes. Decían que estaban encerrados y que les iban a matar de un momento a otro; que los humanos habían abandonado las dependencias del campo de concentración en el que estaban. El amanecer llegaría y, con ello, miles de vanirios morirían.

Vanirios.

Ella escuchaba atentamente todo, sorprendida de que supervivieran tantos de su especie bajo una tierra que desconocían. Sería una gran ayuda en la guerra.

Sabía que estaba apoyada sobre el hombro reconfortante de Menw, su pareja. Él jugaba con los dedos de su mano, haciéndole cosquillas, y aquello la relajaba, tanto a ella como a su bebé.

Con él se sentía tan a gusto que no pudo evitar dormirse.

Eso era lo último que recordaba.

Daanna se levantó y fijó sus ojos verdes en las rejas de una propiedad. Estaba escrito en cirilio, el idioma de Bulgaria.

Ella estudió el edificio que se veía al fondo, en lo alto de una colina. En un par de horas amanecería.

Saltó la verja y corrió hasta llegar a las puertas metálicas que cercaban la propiedad.

Un enorme estruendo intraterreno provocó temblores en toda la colina.

Daanna abrió las puertas metálicas con su poder mental y el de Aodhan, que era increíblemente vigoroso. Su bebé sería un rey entre reyes y era muy importante para el día que se avecinaba, el Ragnarök final.

La Elegida no sabía por qué, solo sabía que lucharía por su supervivencia.

Sabía dónde estaba. Estaba en el paso de Shipka. Y sabía quiénes había bajo esas instalaciones. Eran

los vanirios. Desde ahí se había puesto en contacto con ellos uno de los vanirios.

¿Cómo sabían del foro? ¿Cómo contactaron?

Daanna entró en el edificio y no supo hacia dónde dirigirse. Posó sus manos sobre su vientre y le dijo:

—Ayuda a mami, bebé. Si sientes y sabes dónde están y cómo puedes sacarlos de aquí, ayúdales. *Caithfidh siad duit*. Te necesitan.

«*Cúrsa, mammaidh*. Claro, mamá», contestó Aodhan mentalmente.

Daanna frotó su vientre y sonrió.

«Estamos aquí, Thor. Ya llegamos».

Thor no parpadeaba siquiera. Tenía los ojos fijos en la puerta de hormigón, que separaba el campo de concentración en el que había vivido los últimos años, privado del exterior, de la vida en libertad.

«¿Quiénes?».

«Nosotros».

«¿Pero quiénes sois vosotros? ¿Cómo te llamas?», quiso saber.

«A mi madre la llamáis la Elegida. Y mi padre es el Sanador, que te puede ayudar con la sed que tienes. Él ayuda a los vanirios sin pareja para que controlen el hambre».

«Tu madre… ¿La Elegida?». Una vez tuvo muchos amigos, recordó con dificultad. Miembros de su clan con los que vivió todo tipo de experiencias… Ahora, su mente, tan castigada durante años, debía sobreesforzarse para ordenar su memoria confusa. Sus emociones estaban desconectadas de su cerebro, poblado por rostros borrosos y nombres sin identificación. Dioses, ¿qué habían hecho con él?

«Con el tiempo podrás encontrarte mejor. Mi padre te ayudará, Thor».

«¿Cómo sabes mi nombre?».

«Mi madre te recuerda a menudo. Recuerda que cuando erais niños cassivelanos y los vanir aún no habían acudido a vosotros, tú eras el único que la animaba a aprender a luchar. Pero mis tíos y mi padre se lo impedían».

Thor entreabrió la boca, moviendo los ojos titilantes, sumergido en su pasado eliminado. Sentía pinchazos que le atravesaban el cráneo cada vez que empujaba la barrera del olvido, como si acceder a sus orígenes estuviera vetado para él. Entonces, recordó a una niña morena y sonriente, adoradora de los animales y la vida, escalando árboles junto a él en un poblado celta…

«¿Daanna McKenna? ¿Mi amiga Daanna?». Thor no podía comprender cómo esa suave voz le hablaba de ella… ¿Se suponía que el Sanador era Menw? ¿El melancólico Menw? Sí… Podía recordarlo ahora. Inevitablemente, el recuerdo de ella lo llevaba hasta él. Porque no había habido en el mundo dos personas más predestinadas que ellos. ¿Querría eso decir que, por fin, después de milenios, Daanna y Menw se habían reconciliado?

«Sí. Ella es mi madre. Y mi padre es Menw. Yo me llamo Aodhan, y soy su hijo».

Thor tragó saliva, y solo un leve movimiento de su labio reflejó su nerviosismo y emoción.

«¿Y quién viene a por nosotros? ¿Quiénes son los refuerzos?».

El silencio se rompió con una suave y pura risa de Aodhan.

«Nosotros somos los refuerzos».

El sonido de bisagras crujiendo, puertas al abrirse y funcionamientos mecánicos poniéndose en marcha inundaron la colina. Material oxidado, sin duda.

Pasados los minutos, las luces de las verjas y de alrededor se encendieron. Daanna no dudaba de que

aquel lugar debía llamar la atención al pueblo y a todos los que vivieran en las faldas del misterioso puerto de montaña en el que se encontraba.

El hierro de los cercos, el suelo de tierra y todo tipo de instrumentos que había en el exterior, instrumentos de tortura, seguían manchados de sangre.

A la vaniria se le revolvió el estómago. Ahí habían martirizado a los suyos, y ellos no habían tenido ni idea. No pudieron ayudarles porque desconocían su paradero.

De repente, la puerta central metálica, inmensa, robusta y gris, se abrió de par en par.

Daanna estaba solo a diez metros de esta y vería con claridad quiénes aparecerían a través de ella.

Y solo había la silueta de un hombre, abierto de piernas y los brazos tensos a cada lado de sus caderas.

Un hombre musculoso y firme, vestido con una bata blanca manchada de sangre. Tenía el pelo negro, largo y liso y los ojos… Los ojos, lilas.

Él levantó la mirada hacia ella e intentó sonreír, pero solo le salió una mueca mal hecha.

«¿Dónde se supone que estás, Aodhan?», preguntó Thor confundido.

«Estoy aquí. En el vientre de mi madre».

Thor parpadeó, como si estuviera viendo un sueño cuando fijó sus ojos en el vientre abultado de la vaniria. ¿Cómo podía ser? A los vanirios les costaba mucho concebir… ¿Y cómo era posible que recordase eso ahora?

«Llevo mucho siglos esperando nacer. Los dioses dijeron que no era mi momento milenios atrás. Mi momento es este».

Daanna abrió y cerró la boca, pues no sabía ni qué decir.

El impacto era tal que se le llenaron los ojos de lágrimas, y dio un paso para acercarse a él y mirarlo mejor, pues se sentía incrédula ante aquella aparición.

—Hola, Elegida —la saludó el hombre con voz rota.

«Thor, tu don puede leer mentes a largas distancias», señaló Aodhan. «Mi madre y yo desapareceremos ahora mismo; hemos venido aquí solo a liberarte. Lo que tienes que hacer es encontrar a la persona que contacta desde aquí en el foro de mitología nórdica y…».

«¿Y qué?», la señal de Aodhan era cada vez más débil.

«Mi madre no aguanta más… Sabrás qué hacer… Trae a todos los guerreros que puedas y únelos para la lucha final».

Daanna no tuvo tiempo de decir nada más. Se desmayó al instante, al tiempo que sus labios susurraban un nombre desaparecido para los de su raza. Un nombre de culto y respeto entre los vanirios. El nombre de un líder caído, torturado. Asesinado.

—¿Thor?

VIII

Cuando Steven abrió los ojos, tuvo que parpadear varias veces para focalizar mejor. No sabía dónde estaba; lo único que reconocía era que, entre sus brazos, estirada sobre un lecho de musgo verde y flores de muchos colores, sobre todo margaritas, se hallaba Daimhin, acurrucada contra su pecho como si fuera un bebé necesitado de calor y cuidados.

Varias luces que levitaban fijas en el aire iluminaban el lugar, como si fueran llamas azules que prendían velas imaginarias. Parecían las luces mágicas que seguía la princesa Mérida en la película de *Brave*.

El berserker no entendía por qué Daimhin estaba ahí con él sin rechistar. Y más después de haberle dejado claro que su sangre no era para él. En otras palabras: que no lo quería.

¿Y esas ropas? La joven llevaba un corsé de cuero marrón que se sujetaba al cuello y le dejaba los hombros descubiertos. Tenía hojas de enredadera intensamente verdes que se enrollaban a través de su torso y la parte superior de sus brazos. Abajo, la cubría una especie de falda hecha con la misma tela, de un lado más largo que otro. Y llevaba unas botas de piel marrón oscuro, con unas inscripciones en oro en lo que parecían ser letras élficas, decoradas con tribales.

Steven, cuya saga favorita era *El señor de los anillos*, sabía qué tipo de letra era aquella y que tanto se parecía a la de Tolkien. Él también vestía diferente. Con ropas de cuero negro. Llevaba una camiseta de tirantes con lo que parecían ser hebillas plateadas que se cruzaban unas con otras en el pecho. Unos pantalones anchos, mezcla de elásticos y piel, y unas botas dignas del mejor motero del Midgard.

¿Quién les había vestido así? ¿Dónde estaban Aiko y Carrick? ¿Dónde se encontraban ellos?

Un ruido lo sobresaltó. Steven miró al frente, entre las mimosas que caían desde el techo de la pequeña y acogedora cueva en la que reposaban. Y vio a dos hombres de pelo largo, lacio y negro, vestidos de verde musgo y oro, colocados frente a una pira de piedra y de cristal.

Tenían la piel serigrafiada con letras élficas de un color más oscuro que el de su carne, las manos largas y estilizadas, y hablaban con alguien a quien él aún no podía ver. Era una mujer de increíble y larga melena roja. Vestía con una túnica carmín y tenía brazaletes dorados en los brazos.

Se incorporó sobre un codo y entrecerró los párpados para enfocar mejor la mirada. En ese instante, Daimhin se removió y colocó una mano sobre su pecho.

Todo el cuerpo del guerrero se endureció al contacto de la joven. La piel de Daimhin era suave y templada. Había depositado sus dedos sobre su corazón, y Steven, aunque quería seguir enfadado con ella por su egoísmo, no pudo hacer otra cosa que conmoverse por el rostro de duende y elfa de la vaniria. Por su inocencia.

Tan dulce, tan hermosa… Tan fría y tan mortal. Un universo de contrastes, eso era Daimhin para él.

Steven levantó la mano para acariciarle el pelo tan rubio y brillante, ajeno a los dos hombres, a la misteriosa mujer y al mundo en general que acababa de descubrir. Solo importaba ella; solo ellos dos en esa alcoba oculta y mágica. Intraterrena.

—Si solo pudieras verte como yo te veo, sádica —susurró acercando su boca a los labios de ella—. Si solo pudieras sentir lo que siento, me ayudarías a comprender a mi corazón… Que late con fuerza por ti. —Llevó sus dedos hasta su barbilla, y allí la acarició con el pulgar—. Llámame loco, tenme miedo si es lo que quieres… Pero yo siento que eres mía. ¿Por qué no lo ves tú?

Alguien carraspeó.

Steven levantó la mirada de golpe, como si saliera de un sueño. Claro, es que allí había alguien

más… Sacudió la cabeza. No entendía cómo se podía relajar sabiendo que había dos seres que desconocía, que estaba en una cueva, que una serpiente de oro le había mordido y que… le habían cambiado de ropa. Y él solo pensaba en besar a Daimhin. ¿Qué demonios pasaba?

—No te emociones, lobo. Es el agárico de los *huldre*. —El tono divertido de aquella tipa le puso el vello de punta—. Ahora estás en su mundo. Os salvaron de una muerte segura a manos de sus más acérrimos enemigos.

Sí. Era una mujer increíblemente hermosa. Piel pálida y brillante. Resplandeciente, como si viviera envuelta en luz. Pero era su pelo el que se enredaba con la tela de la túnica del mismo color fuego, como si tuviera vida propia. Era fascinante.

La mujer se cruzó de brazos y movió los labios, muy rojos, de un lado al otro, haciendo mohines.

—¿Qué agárico? ¿Quién eres tú? —repuso Steven—. Me recuerdas a alguien…

Ella arqueó las cejas bermejas y perfectamente dibujadas, y sus ojos se oscurecieron.

—Mi hija te dejó inconsciente después de que la piropearas como un estúpido en una de las casas de Ardan el dalriadano. No hagas que yo te arranque la lengua por tu falta de consideración.

Steven parpadeó, pasó por encima de Daimhin y se colocó frente a ella para protegerla. Fuera quien fuese esa enigmática dama tenía autoridad y poder.

—Sigo sin saber quién eres —la provocó él, reconociéndola al instante. Su poder era arrebatador. Igual que el de su hija Freyja.

—Soy Nerthus, zoquete. Te repito: estás en mi mundo intraterreno, acompañado de mis *huldre elver*.Te sientes confuso por el efecto del agárico, que tiene cualidades alucinógenas. Es una de las plantas más usadas para la sanación por mis *huldre*. Convierte el dolor en placer. Por eso no sientes el ácido ni la parálisis del veneno de la serpiente oscura.

—¿Dolor? ¿Qué dolor? Yo me encuentro bien…

Nerthus sonrió de medio lado y negó con la cabeza.

—Estás profundamente sedado —lo miró de arriba abajo—. Es imposible soportar el dolor del mordisco de la serpiente de los *Svartálfar*. Solo los *huldre* o los dioses pueden sanarlo. Sin embargo, has sido el primero en despertar. Eres el más débil de los cuatro que hemos recogido; te encontrabas en un estado bastante penoso, pero te sobrepones al efecto de la planta y eres el primero en luchar. Interesante. Tu resistencia proviene de tus ansias de proteger a la Barda, supongo —observó a Daimhin con ternura.

Steven se levantó del lecho de musgo y se dirigió tambaleante hacia ella, hasta apartar la liana de plantas que, como una cortina, los separaba del mundo élfico en el que decía que se hallaban.

—¿La serpiente de los *Svartálfar*…? Los elfos oscuros del Asgard. —No era estúpido. Conocía la historia de sus dioses creadores y sus mundos de cabo a rabo—. ¿Qué hacen aquí?

Nerthus endureció el rostro.

—Las dimensiones se abren, Steven. ¿Por qué crees que la Tierra tiembla? No es porque sienta escalofríos. Mientras los dioses siguen encerrados en su reino sin poder salir, la oscuridad llega al Midgard. Loki convocará a todos sus jotuns; tiene todo lo que necesita para ello. Y ellos, como buenos secuaces, ya acuden a la llamada de su rey a través de los portales que ya ha abierto, los mismos por los que pueden empezar a viajar. Empiezan a llegar a vuestro reino con sus objetivos muy claros. Y los elfos oscuros son, de todos sus guerreros, los más listos e intuitivos. Si algunos de ellos ya están aquí es porque tienen prisa por acabar con vosotros.

—¿Nosotros? ¿Nosotros somos sus objetivos?

Nerthus asintió con solemnidad.

—¿Tan importantes somos? —insistió Steven incrédulo.

Uno de los dos elfos, el más alto y esbelto, de pelo negro y liso, orejas puntiagudas y ojos plateados, lo miró de soslayo y chasqueó como si acabase de oír un improperio mientras guardaba las serpientes de oro en una caja dorada.

Steven alzó la cabeza para fijarse en él.

—Ni siquiera sabes quién va contigo… Es una falta de respeto —dijo el *huldre*.

—¿Cómo dices? —Steven quedó asombrado por la animadversión del elfo.

—Raoulz, ahora no —lo censuró Nerthus. El elfo bajó la cabeza sumiso, pero a través de los mechones de su pelo negro, le dirigió a Steven una clara mirada de desdén—. ¿Importantes? —repitió Nerthus inclinando la cabeza a un lado—. Parece que sí lo sois. De hecho, ni siquiera lo imagináis —aseguró con misterio, entrando en la cobijada alcoba y sentándose sobre el lecho en el que aún dormía Daimhin. Le pasó los dedos de uñas rojas por la melena y, mientras lo hacía, le cambió el peinado a un medio recogido con trenzas. Sonrió al ver lo bien que le sentaba—. Mis *huldre* os han traído aquí por un motivo. Es una vaniria preciosa, ¿no crees? —cambió de tema abruptamente.

El berserker asintió sin ápice de duda. «Sí, es preciosa, y es mía».

—Ya sé que es tuya. Veo que la has mordido —señaló Nerthus, pasando el índice por su cuello—. Has dejado tu impronta en ella. No debió sentarle nada bien.

Él sonrió y se encogió de hombros.

—No. No le gustó demasiado.

—Ya le has dado tu sangre.

—Sí.

—Entonces… —Nerthus se levantó meditabunda—. La vinculación se ha iniciado, y supuestamente has empezado a entregarle su don… Pero no estará completo hasta que la anudación sea absoluta.

—¿Completo?

—Necesitáis el *comharradh*, el sello de las parejas para la total recepción de vuestros dones. Tenéis que provocar que os salga el *comharradh* lo antes posible. Pero esteno sale si no hay…

—¿Si no hay qué?

Nerthus hizo un mohín de preocupación.

—La vinculación física. El sexo. No me mires así. Mi hija Freyja es una romántica, y fue a ella a quien se le ocurrió —recalcó divertida—. Yo habría sido más práctica, pero…

Steven desvió la mirada sorprendida de Nerthus a Daimhin, que aún continuaba dormida. Tenía que acostarse con Daimhin sin que ella le arrancara la cabeza después como una mantis. Imposible.

—Esa chica no está dispuesta ni siquiera a darme su sangre —murmuró Steven, pasándose la mano por la nuca—. Cuando la mordí me clavó la espada y me la retorció con saña. No sé de lo que sería capaz si le diera un beso. Y no hablemos ya de acostarme con ella.

—Nerthus. Debo irme. Ya está todo dispuesto para realizar la ceremonia —interrumpió Raoulz con gesto sereno.

—Bien —asintió Nerthus muy seria—. En cuanto acabe de hablar con el berserker, me iré para preparar a todos los grupos mágicos del Midgard. Tal vez no nos volvamos a ver, *bom priumsa huldre*.

Raoulz tragó saliva, y sus ojos plateados fueron invadidos por una sincera tristeza. Era una clara despedida.

—Lo sé.

—O tal vez sí —Nerthus sonrió como una bipolar—. ¿Qué deparará el telar para todos nosotros? ¿Quién lo sabe? —Su rictus se apaciguó—. Escucha, *huldre*.

—¿Sí, diosa?

—Tenéis una misión que cumplir. No me decepcionéis. Sois mis guerreros más preciados y

hermosos.

—No lo haremos, diosa —dejó caer la cabeza en gesto afirmativo—. Larga vida justa.

—Larga vida justa —repitió Nerthus mientras miraba cómo los dos elfos salían de aquella alcoba intraterrena—. Mis *huldre* bondadosos… Tan justos y sanos. Tan mágicos —susurró enternecida. Al ver que la emoción la embargaba, se centró de nuevo en Steven para darle las últimas directrices—. La guerra ya ha empezado. —Cogió aire y exhaló al tiempo que afirmaba rotundamente—. Vamos a perder.

—¿Cómo dices? No vamos a perder —replicó Steven—. Lucharemos.

—Sí —Nerthus no titubeó en ningún momento—. Moriremos todos. Todos. Será un drama.

Steven arrugó el ceño y su entrecejo dibujó una clara uve de contrariedad.

—No pienso morir a manos de los jotuns. Ni permitiré que Daimhin ni nadie a quien yo quiera muera —aseguró vehemente—. Ese no será nuestro final.

Nerthus sonrió abiertamente.

—Vaya… Sí que me gustas, crestas —lo felicitó Nerthus por su actitud—. Pero estamos más que vendidos. Somos pocos *huldre*, valkyrias, einherjars, berserkers, híbridos y vanirios los que defendemos el Midgard comparados con las hordas que Loki va a convocar. La verdad es que no tenemos ninguna posibilidad. A no ser que…

—¿Qué? —preguntó ansioso.

—Que vosotros cumpláis vuestro cometido. El que mi hija os tiene reservado.

—¿Y cuál es?

—Eso —Nerthus le golpeó la nariz con el dedo—, mi precioso punk rebelde, solo mi hija lo sabe. Sea como sea, yo cuento con vosotros. Y los *huldre* creen en vosotros, por eso os han venido a buscar. Tal vez con vosotros tengamos una oportunidad, sea cual sea. Ya sabes, menos es nada. Sin embargo —Nerthus juntó las dos manos y las frotó como si tuviera una varilla de madera para hacer fuego contra una piedra—, sin *comharradh*, no habrá proeza. —Las mangas holgadas y rojas de la túnica se movían sin descanso a la altura de sus codos—. Daimhin es un erizo. Lo ha pasado realmente mal, y necesitaréis ayuda para poder acercaros.

—Ni siquiera creo gustarle —dijo Steven en voz baja—. Pero ella es mi *kone*. No puedo estar equivocado, ¿verdad?

—Los berserkers y los vanirios sois los seres más intuitivos que conozco. Cuando encontráis a vuestra pareja es para siempre. Y nunca erráis. No obstante, la vida no es fácil para nadie, y pone trabas en el camino de la felicidad. Ya sabes lo que dicen: si tus metas no cuestan es porque no valen la pena. —Dejó de frotar las manos; y, cuando las abrió, dos gemas de color ámbar del tamaño de una pastilla reposaban en sus pálidas palmas—. Pero no te voy a engañar: Daimhin es un búnker. Lo tuyo es imposible.

—Vaya, tanta sinceridad me abruma —comentó con la boca pequeña.

—A no ser que te echen una manita. Ya sabes —le guiñó un ojo—: difícil está bien, pero no irrealizable. No estamos locos —titiló las pestañas.

—¿Qué son? —Steven cogió una. Parecía minúscula entre sus enormes dedos.

—Son inhibidoras del miedo. Las llamo *Riley*, porque significa valiente en gaélico. Daimhin tiene un grandísimo bloqueo. Necesitarás demostrarle que no le harás daño; pero para ello debe permitir que te acerques y debe dejar de temerte. Estas pastillas le ayudarán. Dáselas sin que se dé cuenta.

—No me teme —repuso.

—No te teme a ti. Pero teme lo que representas. Recuerda que el *comharradh* surge tras la tercera auténtica vinculación de amor. Tres veces debéis hacer el amor. Tres —Levantó los tres dedos de su

mano izquierda—. Dale esto antes de seducirla.

—No necesito drogarla para seducirla.

—¡No seas estúpido! —exclamó—. Steven, ahora mismo tienes menos futuro con ella que un vendedor de estufas en el trópico. Por eso voy a ayudarte —se encogió de hombros—. Que vosotros dos os vinculéis conllevará sorpresas y nos dará una esperanza. Y puede que sea determinante para la guerra que asola el Midgard. Ya lo veremos.

—Pero aquí solo hay dos pastillas. —A Steven no le salían las cuentas—. Solo hay dos.

—Echarte una mano no quiere decir solucionarte el problema —Nerthus sonrió falsamente—. Arréglate como puedas, pero el tiempo se acaba, y tienes pocas oportunidades. No falles, Steven.

—De acuerdo… No lo haré. Ella me importa mucho. Es la mujer hecha para mí —recalcó con seguridad. Steven se guardó las dos pastillas en el bolsillo delantero de aquellos pantalones nuevos—. ¿Qué se supone que debemos hacer ahora? ¿Dónde están Aiko y Carrick?

—Yo debo irme. —Nerthus desapareció ante él en un visto y no visto, mientras su voz seguía hablando—. Debo acabar de preparar a mis ejércitos. Carrick y Aiko están bien. Cuando despierten se reunirán con los *huldre*. Igual que vosotros. Solo tenéis que seguir las luces mágicas azules. ¿Steven?

—¿Qué?

—No os rindáis. Cuanto más oscura sea la noche, más cerca estará de salir el Sol.

Steven se quedó solo en la alcoba de piedra, musgo y plantas enredaderas. Las luces mágicas se internaban por el arco de piedra de hermosas gemas preciosas y madera, a través del cual Raoulz, ese extraño elfo y su acompañante, habían desaparecido.

Steven miró por encima del hombro a Daimhin, la vaniria que le pertenecería, y que, con la ayuda de las gemas, podría ser completamente suya.

Él no obviaría que lo más importante era la supervivencia de todos los clanes guerreros; y si eso pasaba por tener que ayudar a Daimhin a superar su miedo para que yaciera con él, eso haría.

Sin ningún tipo de remordimiento.

En la lucha por la vida todo estaba permitido.

Aiko miraba con gesto concentrado las dos gemas *Riley* que le había dado la diosa Nerthus. Nunca pensó que conocería a la madre de Freyja. Haber tenido la oportunidad de verla fue un auténtico regalo pues, por fin, pudo desahogarse con ella y decirle todo lo que pensaba de las conversiones inmortales de su hija.

Era japonesa, *kofun*, samurái y vaniria.

Su estricta templanza y su autodisciplina, le ayudaron a no hundirse por el hambre, ni tampoco a desfallecer al ver cómo su querido hermano Ren moría por el vínculo indestructible que había tenido con Sharon, su *cáraid*.

Por una parte, siempre envidió la unión vaniria, el lazo que conectaba a Sharon y a Ren. Por otro, lo temía y lo odiaba, porque la persona que te otorgaba el mayor don, aquello que te diferenciaba de los demás, era la misma persona que te podía destruir.

Amar de ese modo, hasta perder el norte y la razón, no debía ser bueno.

Aiko escuchó toda la información que tenía por darle la diosa. Desde las serpientes de los Svartálfar, hasta los portales abiertos a través de los cuales lo hijos de Loki entraban al Midgard y el espacio secreto e intraterreno de los *huldre* en el que se hallaban.

—Así que tú eres Nerthus —dijo la joven Aiko mientras se incorporaba en su particular lecho, en el que descansaba junto a Carrick.

—Sí. Esa soy yo —había contestado la diosa divertida.

—Quiero que sepas que, si pudiera volver atrás, jamás aceptaría que me convirtieran de nuevo. Vivir tan sola, tan asustada y tan hambrienta durante tantísimos siglos no ha sido plato de buen gusto. Es muy normal —le espetó encarándose sin ningún respeto— que tantos vanirios y berserkers hayan caído por el camino en su intención de ser buenos y honestos y no doblegarse a Loki. Créeis que nos otorgáis dones, y nos llenáis de debilidades…

—¿Te estás encarando conmigo, japonesa? —preguntó incrédula.

—Claro que sí. No solo nos abocáis a una vida de ansiedad y sed eterna hasta que encontramos a nuestra supuesta pareja de vida. Sino que, una vez que la encontramos, nos hacéis tan dependientes de ella que después, si uno de los dos cae, el otro no puede sobrevivir por la maldita pena. —Sus ojos negros, brillantes como la noche, refulgieron con la llama de la ira y el desprecio—. ¿Cómo crees que aguantó mi hermano?

—Tu hermano Ren fue un auténtico guerrero de honor. Gracias a él conseguimos triunfar en Batavia.

—Gracias a que se inmoló. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—… ¿Eso era justo?

Nerthus sonrió con indulgencia y negó con la cabeza.

—¿Justicia? ¿Me hablas de justicia? No pongas en tu boca esa palabra, pues no todos vemos justicia en los mismos hechos. Fue necesario que Ren hiciera eso. Fue valiente, un acto de honor. Siento mucho el dolor que te causó perder a tu hermano…

—¿Dolor? ¿Qué sabéis vosotros dioses de dolor?

Nerthus hizo un gesto con la mano, como si no le diera importancia.

—Oh, preciosa… Algo sabemos. Por ejemplo: los dioses son justos contigo. Te quitaron a Ren, ¿verdad? A cambio, Aiko —Nerthus levantó la mirada para ver al hermoso Carrick aún dormido—, te han puesto en el camino a tu *cáraid*. ¿No es eso maravilloso? ¿Una ficha por otra?

—No lo es —replicó aterrada, llevándose la mano al corazón—. Nadie puede ocupar el lugar de mi hermano en el corazón. Los sentimientos que tengo ahora hacia Carrick son diferentes. No los puedo sobrellevar. Tengo miedo de perderle constantemente. Así no puedo luchar. Seré incapaz de concentrarme. Y él no está bien… Es un suicida.

Nerthus se echó a reír ante la estupefacción de Aiko.

—Tan inocente… —susurró, pasándole la mano por el pelo negro y abundante, y dejando un rastro de trenzas perfectamente colocadas que se unían en la coronilla—. Tú le cambiarás. Eres la razón por la cual él permanecerá en pie. Os queda tan poco tiempo… La batalla final ha empezado. En cuanto salgáis de aquí la veréis con vuestros propios ojos.

Aiko dio un paso atrás, al ver claramente en los ojos mágicos de la diosa que decía la verdad. Siempre tuvo intuición para saber quién mentía y quién no. Nerthus no lo hacía. Acababa de afirmar lo que ella ya imaginaba. Se les acababa el tiempo a todos. El Fin ya estaba en su mundo.

—Pero, el resultado de esa batalla final puede variar, dependiendo de los dones nuevos que desarrolléis las recién descubiertas parejas. Y créeme, que tanto mi hija como Odín, incluso yo —se señaló a sí misma— necesitamos de esos dones otorgados para ver hasta dónde podemos llegar y cuáles son nuestra verdaderas posibilidades. No sé qué espera Freyja de vosotros. Pero, sin lugar a dudas, algo espera.

—¿De mí y de Carrick? —preguntó sin comprender—. ¿Freyja espera algo de mí y de él? ¿El qué?

—Solo lo sabréis cuando os anudéis. El nudo perenne debe emerger en vuestra piel. Y entonces —dijo mirando a un ficticio horizonte por encima de la cabeza de Aiko—. Entonces, todos sabremos cuál será nuestro verdadero destino.

—Tú eres una diosa. ¿Acaso tú no sabes qué es lo que nos toca hacer?

Nerthus negó apasionadamente y levantó el dedo índice, como el que avisa que va a decir algo realmente importante.

—Mi hija tiene independencia. Es libre de decidir y de orquestar, siempre y cuando esas decisiones sean para un bien común, por mucho que haga sufrir a sus víctimas. La lucha es por los dioses y por la humanidad. Y solo hay un ojo que todo lo ve… Ese es Odín. Aunque, incluso a él, se le escapen detalles.

Esta vez fue Aiko quien le rebatió contradiciéndola airadamente.

—No es verdad. La lucha es por la gente que amamos y que ha estado con nosotros desde el principio. No lucho en nombre de dioses ni de humanos. Ellos no saben nada de mí, pero yo ya sé demasiado sobre ellos. Y no me gustan. No sé si volveré a ver a Isamu, ni tampoco si podré ver a Kenshin. Pero ellos son mi familia. Y allá donde esté, si desenfundo mi espada, lucharé por ellos y… por él —desvió los ojos hacia Carrick, que seguía dormido profundamente—. Lucharé por él porque… Porque…

—Te pertenece —Nerthus sonrió y se frotó las manos con fuerza—. Pero Carrick está profundamente dañado, Aiko. En su interior hay oscuridad. Y tú debes iluminarla.

—¿Qué haces? —preguntó ella observando el movimiento de sus manos.

—Necesitamos que reaccionéis, y que lo antes posible, vuestros dones sean revelados. Y está en tu poder. Porque Carrick jamás te pondría una mano encima. No porque no lo merezcas —aclaró compasiva—. Eres hermosa y a él está claro que le gustas. Tu sangre le vuelve loco, como tiene que ser. Pero no podrá tocarte porque cree que está sucio y manchado, que es un paria, una pobre alma en pena.

—Carrick no está sucio —repuso Aiko defendiéndolo a muerte—. Mataré a quien diga lo contrario. Todos los cabezas rapadas sufrieron mucho… Nadie puede juzgarlos.

Nerthus asintió con conformidad hasta que le mostró dos pastillas de color ámbar traslúcido.

—Por eso mismo. Porque sé que tú no crees que él no valga nada, y porque no deseas que se entregue al sol, debes darle estas pastillas. Con ellas, podrás seducirlo dos veces…

Nerthus le explicó lo que ella ya sabía. Que el *comharradh* salía con el tercer intercambio.Nunca de otro modo.

Las gemas la ayudarían las dos primeras veces. La tercera vez debía ganársela ella.

Cuando saliera de esa madriguera y siguiera los pasos de las luces azules, se reuniría con los misteriosos *huldre*, y con Daimhin y Steven. No sabía dónde ni con por qué motivo, pero iría con ellos.

Sin embargo, aunque acarreaba siglos y eternidad sobre sus estilizados hombros, y aunque su férrea determinación le ayudó a sobrevivir, nunca dejó de pensar en lo que era el verdadero amor.

Lo vio en los ojos de su hermano cuando miraba a su mujer.

Lo vio en la furia apasionada de Róta por Miya.

Lo reconoció en las miradas dulces de Gúnnr hacia Gabriel.

Lo presenció en la adoración de un arrepentido Ardan hacia la guerrera Bryn sobre su caballo alado.

Lo comprendió en el libre amor de Isamu hacia Jamie.

¿Y ella? ¿A quién amó ella? ¿Por quién luchó ella? ¿Era una vida completa vivir sin haber sido amada?

Le encantaría tener un espejo para comprobar si sus ojos reflejaban amor al contemplar a Carrick. Pero no lo tenía. Ni tampoco disponía del efímero tiempo.

Lo único que importaba era que él la había salvado con solo cruzarse una mirada.

Se había sacrificado por ella. Había bebido de ella.

Aiko no tenía tiempo para averiguar si realmente se pertenecían; pero sin días y con la importancia añadida de sus posibles dones inesperados, no iba a distraerse entre dudas y miedos.

Carrick olía a vida para ella. No quería morir sin experimentar cuál era la pasión de un hombre.

Y no cualquier hombre, no. Sino el vanirio con alma de Peter Pan que había estado a punto de quitarse la vida al saberla muerta.

¿No era eso amor? ¿Dar la vida por otro?

Con esa pregunta en mente y una absoluta decisión, Aiko se guardó una *Riley* en el bolsillo, y con la otra se introdujo en la alcoba cubierta de hiedra y enredaderas en las que Carrick reposaba.

Era su decisión, su momento. Por una vez en su longeva vida, iba a ser dueña de su destino y capitana de su propio barco. Por una vez, solo ella mandaba.

Y nadie más.

E iba a demostrarle a Carrick que un superviviente como él jamás debería vivir con vergüenza.

Aiko le acarició los labios con la punta de los dedos, sonriendo al ver que ese contacto le hacía cosquillas al guerrero. Cuando entreabrió la boca, dejó caer una pastilla en su interior.

Él no despertaría. Nerthus le había asegurado que dormía profundamente y que debía aprovechar todos los momentos que la vida le diera para ablandar el muro de hormigón que rodeaba la mente y el corazón del vanirio herido.

Aiko, como buena japonesa, sería estricta y disciplinada en su cometido. No desfallecería. La anudación debía completarse para, al menos, tener una oportunidad de vivir y seguir con su relación.

La pastilla estaba sobre la lengua de Carrick, aún no la tragaba. Tomó su barbilla con dedos algo fríos por los nervios, e inclinó la cabeza sobre la de él.

—Mi primer beso de amor, Bello Durmiente… Un beso de amor te despertará —musitó, recordando el cuento con ternura. Ren se lo había contado muchas veces cuando era humana y pequeña.

Posó sus labios sobre los de él, y su pelo largo y negro los cubrió y los ocultó del mundo de odio y destrucción que amenazaba con impedirles que se besaran de nuevo.

IX

Carrick tragó algo sólido que venía acompañado del tacto suave, caliente y esponjoso de unos labios.

Jamás había experimentado una sensación igual. El corazón se le disparó y la piel le hormigueó. Era agradable sentir. Carrick, sublevado por la caricia, decidió tocar con su lengua aquello que frotaba la suya con tanta timidez; y, en ese instante, su adormecido corazón bombeó con fuerza contra su pecho, de un modo que hasta su caja torácica vibraba.

Un olor a flores de la noche lo hipnotizó. Así olía Aiko.

En ese instante, abrió los ojos, incrédulo al ser objeto de aquella fantasía. La japonesa los tenía cerrados y le estaba besando. Carrick parpadeó sin comprender la situación, hasta que cayó en la cuenta de que lo que le estaba sucediendo no podía ser otra cosa que un sueño.

El peinado de Aiko tenía flores de almendro entre las trenzas, y ella vestía como una ninfa de los bosques, como su padres, Gwyn y Beatha, le habían asegurado a través de sus leyendas que vestían las hadas y los elfos, la Buena Gente.

Sí. Esos tiernos besos y aquella mano titubeante que acariciaba su barbilla rasposa por el inicio de la barba no podían ser de verdad; no podía ser un gesto otorgado voluntariamente. Porque, después de beber de ella violentamente hasta dejarla exhausta, la vaniria jamás lo trataría de aquel modo tan amable. No se lo merecía.

Sin embargo, por una vez, Carrick, inmóvil, accedió. Aceptó que solo pudiera besar y tocar a Aiko de aquel modo en sueños, y decidió aprovecharse de ello, porque sus sueños nunca eran sueños, sino pesadillas, y porque ese era el primer sueño agradable que tenía después de que lo secuestraran los miembros de Newscientists.

Su respiración se tornó pesada, como pesados eran sus besos, calentándose y volviéndose más atrevidos y necesitados.

Y sí. Estaba hambriento. De nuevo. Y no quería despertarse. Quería ir rápido, no recuperar la conciencia y quedarse en lo mejor.

Carrick levantó las dos manos, sin perder el contacto del beso, las posó sobre la cara de Aiko y se incorporó.

—Carrick… —susurró ella contra sus labios.

Él negó con la cabeza, acallándola de nuevo con otro beso, más profundo que el anterior, temeroso de que en su sueño ella pudiera decir algo que le incomodase o que provocase su despertar.

No quería despertar. Jamás.

Llevaba una ropas élficas, y él sabía cómo se las debía quitar. Porque los bardos conocían los secretos del mundo élfico, ya que así los habían instruido de generación en generación. Las hojas que le cubrían el torso eran la verdadera llave y no las hebillas. Las acarició, pidiéndoles permiso a las sutiles enredaderas que forjaban su protección, como un muro. El corsé se abrió de par en par, dejándola parcialmente desnuda.

Carrick miró hacia abajo y contempló los pechos blancos y perfectos de la japonesa que tragaba saliva, impresionada por la velocidad con la que él se movía. Sonrojada igual por sus besos, seguramente, tanto como lo estaba él.

La tumbó sobre el lecho de hierba, flores y margaritas, y él se colocó sobre ella. Ansiaba tanto hacerle el amor… Él jamás había hecho el amor.

A él le habían hecho otras cosas, pero nunca el amor.

Intentando alejar los fantasmas de su cabeza, se centró solo en Aiko, que ahora le rodeaba el cuello

y lo volvía a besar, como si comprendiera que a él intentaban asolarle los miedos.

—Solos tú y yo, Carrick —le dijo ella con dulzura.

Carrick asintió con la cabeza, y prosiguió con la labor de desnudarla. Pero tenía prisa. Si de verdad era un sueño, no habría tiempo que perder.

Le subió la falda con premura y escuchó la risa nerviosa de Aiko. Él levantó la cabeza, maravillado por tan dulce sonido.

Pasó la mano por la entrepierna de Aiko y susurró:

—Por favor…—A continuación, deslizó la braguita marrón aterciopelada que cubría la intimidad de la hermosa japonesa por sus piernas y se la quitó por los tobillos, envueltos en estilizadas botas élficas.

Carrick se arrodilló y se desabrochó el pantalón para poder liberar su erección.

Desde que había visto a Aiko, aquella parte dormida en él solía despertar por las mañanas y, sobre todo, cuando olía su esencia, como en ese momento.

Aiko dejó caer la cabeza en la alfombra de césped verde y le echó los brazos, invitándole a que se tumbara sobre ella.

Carrick tragó saliva y asintió. Pero no sin antes subirle la falda para verla totalmente desnuda. La joven estaba húmeda entre su sexo, completamente liso.

Era un milagro que aún tuviera la capacidad de soñar, pensó él. Su mente todavía tenía voluntad de crear belleza. Como los lienzos que dibujaba de pequeño sobre otros mundos.

Carrick guió su erección hacia la entrada de Aiko y empujó, abrumado y extasiado por el placer del roce de sus carnes: la suya hinchada; la de ella estrecha y resbaladiza.

Ella gritó curvándose, dibujando un semicírculo con la espalda, sujeta a su cuello y colgada de él.

El vanirio se quedó inmóvil y sonrió en su interior. Atesoraría aquel sueño siempre, porque había sido capaz de crear a una Aiko pura para él. Era la primera vez de ambos.

Torpe, tierna y caliente, tanto, que no supo detenerse. Carrick la sujetó y empezó a embestirla con ímpetu. El olor del sexo y el de sus cuerpos lo excitó aún más.

Sentía las paredes internas de Aiko contraerse, absorberle como si dijeran a gritos que aquel siempre fue su hogar. Un hogar descubierto muy tarde y bajo el influjo del sueño.

Carrick la cubrió con todo su cuerpo, sin dejar de moverse en su interior.

Ella, igual de acelerada que él, le pasó las manos por la camiseta con todo el ardor que él le proporcionaba y dejó su torso descubierto, liso, y perfecto, ya que su sangre lo había sanado en su totalidad. Incluso le habían desaparecido las cicatrices que lucía en el cráneo, producto de las crueles experimentaciones en Chapel Battery.

Carrick hundió el rostro en el cuello de Aiko y gruñó con rabia por haber sido víctima de tales tratos. Las caderas se mecían hacia delante y hacia atrás, hasta lo más hondo, y Aiko gemía y murmuraba palabras en japonés que a él le sonaban a gloria.

Mordió a Aiko para beber de ella mientras su cuerpo empezaba a temblar con los primeros estertores del orgasmo.

Y en su sangre, esta vez, pudo ver la pequeña *kofun* que fue. La traición que sufrió su clan bajo el mando de Seiya, el hermano gemelo de Kenshin. Descubrió que tuvo un hermano al que perdió en Diablo Canyon. Entendió el dolor de la pérdida de Ren, y por qué lo miró tan rabiosa cuando él mismo se intentó inmolar al creer que estaba muerta. Aiko no creía en la rendición porque era de cobardes. Comprendió por qué ella era quien era y cómo era. Supo que, aunque tenía un cuerpo muy joven, era toda una mujer de mil quinientos años. Una anciana involucrada en muchas guerras, que peleó siempre al lado de los justos y que nunca abandonó a su clan. Esa lealtad y esa entrega fue lo que más impactó

a Carrick.

No eran muy diferentes el uno del otro. A los dos les movía lo mismo, la solidaridad y la lealtad hacia uno mismo y hacia los demás; hacia todos aquellos que sujetaban un arma y la alzaban para pelear codo con codo en honor a la verdad.

Carrick sintió el momento exacto en el que Aiko empezó a alcanzar su orgasmo. Y aunque le sorprendió que ella le mordiera, le permitió que lo hiciera y que bebiese tanto como desease, porque, mientras ambos se corrían y bebían el uno del otro, un sueño no podía cambiar nada de su vida real.

Porque, los sueños solo eran eso, sueños.

Y su secreto continuaba a buen recaudo, al igual que su vergüenza.

Cuando Aiko dejó de beber, lo hizo por necesidad, porque no podía soportar más dolor y más crueldad. La sangre de Carrick se abrió ante ella sin ningún reparo. Sus recuerdos, grabados todos en su ADN y en su mente, acudieron para fustigarla y para darle una lección: se dio cuenta de que su sufrimiento había sido infantil comparado con todo lo que el valiente y protector vanirio había vivido en nombre de todos, para proteger a los niños que vivían con él en ese agujero de odio, abuso y violencia. Carrick fue el Peter Pan de todos ellos, el que les cuidaba, el que les transmitía que, a pesar de la pena y el maltrato, incluso en ese infierno, seguían teniéndole a él y seguían siendo como una familia. Él se convertiría en su hogar.

Sí, una familia perdida, con la inocencia rota y arrastrada por el lodo. Pero él dio la cara por todos y cada uno de ellos.

Y Aiko se llenó de admiración y de vergüenza, golpeada por la bofetada de la honestidad. Vergüenza por ella, por sus insulsas quejas, porque una eternidad sola no se podía comparar con los castigos eternos y humillantes que él sufrió bajo la batuta de los humanos día tras día mientras estuvo cautivo. ¿Y todo por qué? Porque él poseía algo que ellos no tenían. Inmortalidad, pureza, valentía, pundonor y poder. Y le temían. Por eso quisieron destruirle.

Por ese motivo torturaron y vejaron a cientos de niños y guerreros que podrían haber salvado su mundo. Por ambición y avaricia. Por envidia y codicia.

Malditos pecados capitales que manchaban de sangre y dinero las almas de la especie humana y que la cegaban para que nunca vieran que la magia les rodeaba ni para que comprendieran lo insignificantes que en realidad eran.

Nada comparado con la magnanimidad y la fuerza de los vanirios o los berserkers.

Mientras Carrick seguía moviéndose en su interior, Aiko ahogó un sollozo de ira reprimida y de ansias de venganza, y se abrazó a él, a ese héroe con aspecto de príncipe incorruptible, para transmitirle cuánto anhelaba curar cada herida de su espíritu quebrado.

—Carrick…

Lo querría toda la vida por ello.

En ese instante de entrega absoluta y certera sorpresa por cada revelación, por cada herida abierta y supurante, y por ese reencuentro con su alma gemela, la única que podía complementarla, Aiko decidió que lucharía el tiempo que le quedase al lado de Carrick.

Jamás lo abandonaría. Ese era su momento. Y no importaba si se trataba de un solo instante, de unas horas o de días.

Carrick era de ella. Y de nadie más.

Y si, finalmente, sus dones no lograban evitar la destrucción final, cuando la luz se apagara y todo se volviese oscuro, la única mano que querría mantener agarrada a la suya, sería la de él.

—No sé cuándo despertaré de este sueño —susurró Carrick con voz rasposa, aún duro en su interior—, pero déjame aprovechar el tiempo que me queda dentro de ti. Tu cuerpo me llena de luz y esperanza.

Aiko le acarició la cabeza rapada con los ojos llenos de lágrimas y de amor incondicional por su pareja, y le susurró al oído:

—Por ti, lo que quieras.

Aiko desconocía cuánto duraría la *Riley* en el cuerpo del vanirio, pero se lo dejó de preguntar cuando Carrick volvió a empezar de nuevo a construir un mundo entre ellos, repleto de sensaciones y tacto, y un recuerdo permanente que ella iba a atesorar para su efímera eternidad.

Y la segunda vez, el segundo intercambio, la segunda entrega por amor, fue mejor que la primera.

Cuando Daimhin despertó, lo primero que vio fue a Steven, sentado sobre el mismo lecho de piedra y musgo que ella, vestido con inusuales ropas, propias de los duendes y los elfos. Jugaba entre sus dedos con una margarita y la olía ensimismado en sus pensamientos. La cresta roja volvía a estar perfectamente peinada hacia arriba; y el pendiente de su oreja refulgía, siempre que una luz titilante y en suspensión, una llama azul, se movía alrededor de ellos.

—Luces —susurró estupefacta. Arrugó las cejas rubias y finas, y se incorporó súbitamente, estudiando perpleja las llamas flotantes—. Hacía tanto que no las veía…

Él la miró con intensidad y negó con la cabeza.

—No son solo luces. Son luces mágicas; almas mensajeras que vienen a susurrar secretos…

—No son luces mágicas —repuso levantándose del lecho y apartándose ligeramente de él—. Es un fenómeno natural común en Escocia —le explicó sin mucho encanto—. Se produce por la filtración de la cantidad de ciénagas y pantanos a través de las capas terrestres. No sé dónde estamos exactamente, pero seguro que estamos bajo un pantano o algo. El agua se cuela a través de las paredes de estas rocas talladas.

—Son luces mágicas y punto —la cortó él, levantándose a su vez para colocarse a su lado—. ¿Ya no crees en los cuentos de hadas, Barda?

Daimhin no pudo reaccionar al encanto y a la belleza de Steven de otro modo que no fuera mirarlo fijamente, en tensión, y también un poco enervada por el efecto que provocaba en ella. Sus ojos brillaban llenos de vida, amarillos como el sol, compartiendo también su calor. Sonreía como si supiera las verdades de los Nueve mundos, y olía a naranja… Y ella adoraba los naranjos; le encantaba el perfume que emanaba de sus hojas y su fruta. Le recordaba a la niña que una vez fue.

—¿Por qué estamos aquí? —se apresuró a preguntar, eludiendo la respuesta—. ¿Qué nos ha pasado?

—¿No es obvio, sádica? —dijo él dando una vuelta sobre sí mismo con los brazos abiertos—. Nos reunimos con Arwen y Legolas para una fiesta de los elfos.

Los ojos anaranjados de la hermosa vaniria se dilataron, como si su cerebro captara la broma al instante. La comisura de su labio se estiró levemente, como haría un chicle duro.

—Es un chiste, supongo.

Steven puso los ojos en blanco y exhaló cansado. La cogió por la mano y tiró de ella con energía y brío.

—Claro que es un chiste. Nerthus ha venido a vernos, sus *huldreelver* nos han salvado del veneno de las serpientes doradas de los elfos oscuros Svartálfar. —Se introdujo a través del portal en el que las luces azules se internaban. Debía seguirlas—. Carrick y Aiko también están bien.

—¿Dónde está mi hermamo? Lo quiero ver.

—Ahora nos lo encontraremos, no te preocupes. Nerthus me ha dicho que tenemos algo que hacer, y que cuando despertaras, debíamos seguir las luces y encontrarnos con los *huldre*.

Daimhin clavó los talones de golpe, seria e inflexible en su decisión de no proseguir.

—¿Dices que Nerthus ha venido a vernos?

—Sí.

—¿La madre de Freyja? ¿La Diosa Madre?

—Sí.

—Y… ¿Cómo es?

—Está tan buena como su hija.

Daimhin frunció el ceño. Un desconocido recelo recorrió su estómago como ácido. ¿Qué era esa sensación? Los colmillos se le alargaron, como si estuviera dispuesta a morder a alguien lo suficientemente fuerte como para arrancar alguna que otra extremidad.

Steven la miró de reojo y sonrió.

—¿Qué te pasa? ¿Y esa cara de perro?

—No me pasa nada —contestó con la boca pequeña—. Y no tengo cara de perro. ¿Y dices que nos vamos a reunir con los *huldre*? ¿Los *elver huldre*, los elfos que se ponían en contacto con los druidas de mis antepasados? —preguntó todavía resentida, intentando liberarse de un tirón de la férrea sujeción del berserker.

—Sí. Eso he dicho.

—Vaya…

—Pareces emocionada. —Steven continuó tirando de ella, envueltos por las luces flotantes en un pasillo tan oscuro como la noche—. ¿Qué sucede?

Daimhin se pasó la lengua por los labios y sacudió la cabeza, consternada.

—Es solo que jamás he visto uno. Sé que existen, mi padre me ha hablado de ellos. A él su padre también le habló de la Buena Gente… Tengo ganas de verlos.

—Daimhin, eres vaniria. Tan mágica como ellos. —Steven se detuvo casi al final del larguísimo pasillo, cuando la claridad y la corriente del aire se hacían más patentes, y el leve viento traía los murmullos de una multitud hablando y orando en idioma antiguo. Fuera lo que fuese lo que se iban a encontrar al final de ese túnel sería, sin lugar a dudas, la primera vez para ellos.

—No lo entiendes. No importa.

—¿Qué es lo que no entiendo?

—Todo. No tienes ni idea.

—Pues seré idiota, y que conste que no es ninguna novedad. Pero aprendo rápido —Steven se plantó ante ella, tan enorme y alto como era—. Explícamelo. ¿Qué es lo que te cruza por esa cabeza hermética que tienes, sádica? No leo la mente como tú. No sé nada de ti. Cuéntame —la animó.

Ella dejó ir el aire con cansancio, y lo miró de frente.

—No lo entenderías.

—Pruébame.

—Soy una barda, Steven. Los bardos tenemos especial relación con el mundo feérico, con elfos y duendes; pero yo jamás he tenido ninguna —repuso nerviosa y afectada—. Nunca hablaron conmigo. Y nunca lo harán —tragó saliva, con vergüenza, agitada por pensar que cuando los elfos leyeran en su alma y vieran lo sucia que estaba no querrían tener contacto con ella—. No soy digna de la Buena Gente.

Esas palabras golpearon el corazón de Steven. Que una chica como esa, tan llena de magia y de valor, dijera que no era digna… No lo podía permitir.

—Daimhin —Steven dio un paso al frente y la tomó de la barbilla, para alzársela y que sus ojos atormentados se encontraran—. Tienes los ojos más increíbles que he visto, pero ven menos que los de un topo. Y creo que si los ángeles existieran tendrían tu rostro.

—No soy un ángel…

—Cállate —gruñó—. No te ves las alas. No las ves como yo. Cuando los *huldre* te vean se quedarán sin palabras, tal y como yo me quedé al verte por primera vez. Son ellos los que tienen el honor de verte y contemplarte, de hablar contigo. Ellos. No al revés. No vuelvas a decir que no eres digna, cuando son los demás los que no somos dignos de ti.

El silencio entre ellos se hizo pesado y expectante.

Daimhin sentía dicha y congoja a la altura del pecho por ser la receptora de tan hermosas palabras. No se las merecía. Ella no se podía merecer tales halagos.

«Pequeña tonta… Tan solo si te vieras como yo te veo», pensó Steven.

«¿Por qué me dices eso?», se preguntó ella perdida, sin saber qué hacer ni qué sentir. «¿Por qué me miras así? No me veo en el reflejo de tus ojos, no veo lo que tú ves… No sé qué esperas de mí».

La nuez del berserker se movió de arriba abajo; y, con la suavidad de las alas de una mariposa, le sostuvo el rostro en alto. Las luces azules revolotearon sobre sus cabezas y los susurros de los elfos impregnaron el ambiente como voces lejanas y proféticas.

—¿Qué haces? —dijo Daimhin asustada.

—*Thoir pàg dha Daimhin*. Darle un beso a Daimhin.

—¿*Pàg*? ¿Un beso? —repitió sumida en la dulzura de la mirada de Steven.

Nunca la habían besado. Los besos habían dejado de ser hermosos para ella… No obstante, pocas veces había vivido un momento más bello que aquel. Rodeada de luces mágicas, aunque dijera que no creía en ellas. Cortejada por el guerrero más sexy y garrido que hubiera visto en su vida.

Los vanirios eran bien parecidos, hermosos guerreros, pues Freyja, vanidosa y hermosa como ella sola, no podía permitir que sus hijos no lo fueran. Los berserkers eran más masculinos y salvajes, más terrenales… Aun así, Steven era guapo, como si serlo fuera pecado.

Daimhin cerró los ojos, apunto de echarse a llorar por el miedo y los nervios. ¿Esta era ella de verdad? ¿Iba a aceptar un beso de Steven? ¿Por qué él era diferente? ¿Por qué la hacía sentirse merecedora de un beso de amor?

Levantó la barbilla y cerró los ojos.

Steven sonrió como un hombre enamorado y se decidió a posar sus labios sobre los de ella.

—Lamento mucho interrumpiros, *bom priumsa, mi* princesa

Daimhin se apartó de golpe, escurriéndose de los dedos de Steven como si hubiera sido un sueño imposible, tan fugaz como una estrella.

Los ojos de Steven enrojecieron de la frustración al ver que el elfo que le había casi insultado en la cámara intraterrena justo cuando él acababa de despertarse estaba plantado en la salida del túnel, con una rodilla clavada en el suelo, y los ojos plateados fijos en ella.

Hacía como si él no existiera, el maldito.

Daimhin parpadeó impresionada al ver al elfo. Sus ojos se llenaron de fantasía al contemplarlo, como si de repente todos los mundos mágicos que ella había negado en su cautiverio, se abrieran de golpe, como un amanecer.

Steven experimentó el primer puñetazo de los celos, en pleno plexo solar.

Había estado a punto de besarla; ella lo quería tanto como él y, de repente, se había quedado cegada

por el *huldre*. Y ambos, tanto el elfo como la Barda, lo habían apartado de la ecuación.

El rostro del berserker se agrió.

Daimhin se acercó al elfo, como si sus pasos tuvieran vida propia. El cretino la había llamado «mi princesa». Tendría que dejarle bien claro que Daimhin no era de nadie y, en caso de serlo, sería de él. No de un *huldre* vestido con mallas verdes y cuero marrón, abalorios dorados, un pendiente con una bola de brillante y los brazos decorados con brazaletes rebosantes de verdor.

—Este es Rulos, el elfo —lo presentó mal Steven para romper el hechizo naciente entre ellos.

—Mi nombre es Raoulz, princesa —corrigió el elfo, dirigiendo una mirada compasiva hacia Steven, mirándolo como si fuera lerdo y no supiera sumar dos más dos—. Esperábamos tu despertar con ansia. Es una alegría inmensa tener a los hijos de los bardos con nosotros.

Raoulz le ofreció la mano, y Steven tuvo que contemplar con amargura como Daimhin, tan reticente como había estado respecto a que él la tocara, no tuviera reparo alguno en posar la mano sobre la del *huldre* e incluso sonriera a caballo entre la timidez y la coquetería.

—¿Nos esperabais?

—Siempre —contestó rotundo Raoulz—. Déjame que te acompañe al Salón de la Buena Esperanza, y allí podremos informarte sobre todo lo que nos acontecerá en este futuro inminente. Sería un honor disfrutar de tu compañía, hermosa Daimhin.

«¿Hermosa Daimhin?», se preguntó Steven. Él tenía que medir sus palabras para no asustar a la Barda y resultaba que al elfo se lo permitía todo.

—Voy a operarme las jodidas orejas —murmuró en voz baja.

Daimhin afirmó con emoción y caminó como una princesa al lado de su príncipe a través de la salida del túnel. Justo cuando ambos estaban a punto de desaparecer, Daimhin se detuvo en el umbral, miró por encima del hombro a Steven y le dijo sin soltarse de la mano del *huldre*.

—¿Vienes, berserker?

Steven se tragó el resquemor y los celos y movió la cabeza afirmativamente.

—Por supuesto, sádica.

Cuando el berserker los siguió, se llevó la mano al bolsillo del pantalón en el que reposaban las pastillas *Riley*.

No las había necesitado para haber estado a punto de besarla. No había necesitado ni magia, ni hierbas ni fuerza. Pero Raoulz les había interrumpido, y ahora le parecía una escena lejana e intangible.

No las había utilizado todavía porque no quería abusar y coger a Daimhin en horas bajas. La orden de Nerthus había sido clara. Debía usar las *Riley* porque los nuevos dones resultantes de la vinculación podrían ser de ayuda en el destino de los dioses y del Midgard. Dependían muchas cosas de ello.

No. Se corrigió. Dependía todo de ellos.

Tal vez debería dejar sus reparos a un lado y ser como el tipo falto de interés e irresponsable que siempre había sido. De esa manera, apartaría su conciencia y haría lo que un hombre tendría que hacer, aunque fuera mediante unas pastillas: enseñarle a la mujer destinada para él que, en realidad, estaban hechos el uno para el otro.

X

El Salón de la Buena Esperanza era una catedral intraterrena parecida a un anfiteatro, cubierta por ramas y raíces gruesas, musgo, roca blanca y brillante, pequeñas cataratas y ríos que derivaban en caminos y reposaban en lagos y estanques.

Nunca podría haber imaginado que en las entrañas de la tierra habría tanta belleza y tanta vida. Su padre y su madre les contaron que igual que era abajo era arriba. Se le llamaba Principio de correspondencia. Y ahora lo entendía.

En uno de los lagos se reflejaba la luna, que iluminaba toda la amplia gruta con su resplandor. Daimhin miró hacia arriba para comprender cómo ésta estaba ahí reflejada, y encontró un gran orificio en el techo que se suponía ascendía hasta la superficie de la tierra; y era por ahí por donde asomaba el astro de la noche, como un niño que se aupaba a una ventana para ver lo que había tras ella.

Extraños pájaros luminosos jugaban a través de las mimosas y enredaderas que recubrían cada recoveco, balconada natural y grieta del coliseo mágico.

Los *huldre* se hallaban en el centro, sentados sobre una roca lisa a modo de plataforma, cogidos de los hombros los unos con los otros, orando y creando círculos concéntricos, meciéndose de un lado al otro, alrededor de un altar de piedra verde esmeralda.

Los elfos eran seres hermosos y extraños. Altos, de suaves formas, sin demasiada masa muscular… Las mujeres vestían con túnicas verdes adornadas con cenefas doradas tanto en las mangas como en el cinturón. Tenían el pelo negro y absolutamente lacio, con largos flequillos, y algunos enmarcaban sus ojos alargados de todo tipo de colores.

Y los hombres llevaban ropas con las mismas tonalidades que las de las féminas, a excepción de que ellos usaban mallas verdes oscuras y botas de piel marrón.

Raoulz no la soltó de la mano en ningún momento mientras levitaron, como dos plumas, pasando por encima de las cabezas de los *huldre* hasta posarse sobre el altar de piedra esmeralda. Un altar parecido a la tarima de un orador electoral.

Cuando los elfos vieron a Daimhin, todos dejaron de orar y cantar, y enmudecieron ante la belleza de la joven y ante lo especial de su presencia.

Raoulz levantó una mano para que todos les atendieran y se dispuso a recitar un discurso.

—Desde tiempos ancestrales —dijo el elfo con voz melódica e hipnotizadora—, hemos sido nosotros los que entrábamos en contacto con todos aquellos humanos especiales que nos podían oír y ver. Aquellos destinados a preservar un mensaje de paz y armonía entre mundos, y nunca fueron muchos —aclaró—. Nosotros fuimos en busca de esos pocos bardos, poetas y trobadores para mostrarles que la magia existía, y que, en realidad, no estaban solos. Debían transmitir ese mensaje de generación en generación a los humanos. Pero cuando la oscuridad asoló el Midgard y los hijos de Loki nos dieron caza, decidimos ocultarnos en el interior de la Madre Tierra, y orar por ellos en la distancia, para preservar nuestra estirpe. Nerthus nos cobijó en su Midgard, ocultándonos a ojos del Reino medio. Hasta el día de hoy. Puede que la guerra que arde en la superficie no tenga nada que ver con nosotros —señaló con voz dura—, pero se lo debemos a nuestros hermanos mayores *Alfheim*, los elfos de la luz del Asgard, y a nuestra diosa, Nerthus. Y es nuestra misión ayudar a la princesa barda.

«¿Princesa barda?», se preguntó Daimhin extrañada. ¿Ella? ¿Una princesa? ¿De qué hablaba el elfo?

—Daimhin —Raoulz alzó la mano que sostenía y se arrodilló ante ella—. Eres la única barda pura que reside en el Midgard.

—Mi hermano Carrick también lo es —le rectificó ella—. Por cierto, ¿dónde está? —miró a su

alrededor en su busca.

Los ojos plateados de Raoulz chispearon.

—Carrick es un bardo distinto a ti. Vuestro padre Gwyn os formó muy bien, igual que a él le formó su padre en Casivelania, cuando aún eran simples humanos… Igual que tu bisabuelo formó a tu abuelo. El don de los druidas bardos se transmite de generación en generación, igual que sus conocimientos. Pero el don no es el mismo para todos. Por eso estáis aquí. Por eso os hemos rescatado. Los *elver huldre* más ancianos —señaló una gruta en la que tres elfos de pelo blanco se habían mimetizado con las raíces de los árboles intraterrenos hasta casi ser absorbidos por ellos. Su piel curtida tenía restos de corteza y musgo y sus ojos azules estaban cubiertos por la tela grisácea de los invidentes— hablan de un mensajero que vuela a gran velocidad hacia un bardo puro y mágico. El mensaje que tiene para dar puede cambiar el sino de nuestra realidad. Barrimos toda la superficie terrestre en busca de ese ser, y os encontramos a vosotros, justo en el instante en el que los *Svartálfar* os atacaban. La providencia y la visión de los ancianos han obrado el milagro. Por eso seguís aquí con vida. El mensaje será dado a uno de vosotros dos. Y en vuestra travesía, nosotros os asistiremos hasta el final. Es nuestro deber.

—¿Qué mensaje? ¿Y mi hermano? —Daimhin miró a Steven, preguntándose si él sabía algo más sobre lo que se suponía que iba a suceder.

El berserker, que había dado un gran salto hasta caer en cuclillas entre la multitud de elfos que lo miraron extrañados, se hizo espacio casi a codazos hasta ubicarse a menos de tres metros de ella entre los *huldre*.

Steven le transmitió tranquilidad con la mirada. Él estaba ahí y ella no tenía nada que temer. Realmente, nadie podría hacerle daño en ese lugar. Estaban protegidos por Nerthus, y los *elver huldre* eran amigos. Lo único que debían hacer era esperar a recibir ese mensaje y, después, irse.

Raoulz había dicho algo con lo que la joven no estaba de acuerdo. Carrick era tan bardo como ella. Podía orar y escribir como cualquier druida con amplios conocimientos. Lo único que les diferenciaba era el don de sus voces. Ella podía cambiar estados, despertar intuiciones e ingenio y grabar conocimientos en otros, siempre y cuando lo dijera cantando. Carrick prefería escribir en vez de orar.

En ese instante, un elfo más acompañaba a Carrick levitando sobre el altar, y lo depositaba justo al lado de su hermana.

En cuanto lo vio, Daimhin lo abrazó con fuerza, aunque no le pasó desapercibido el olor a vinculación que exudaba su cuerpo. Un aroma agradable y, al mismo tiempo, muy potente.

La joven se apartó de golpe y frunció el ceño.

Carrick, en cambio, la tranquilizó acariciándole las trenzas de su peinado.

—Estás preciosa, *piuthar*.

Ella lo miró de arriba abajo. Carrick no solo estaba hermoso, como si estuviera acostumbrado a llevar aquellas ropas de hojas, cuero y oro. Había algo en su aura, algo en su actitud que afectaba a su rostro y lo relajaba, como un sedante. Sin embargo, sus ojos marrones estaban más vivos que nunca. Y ese extraño aroma en su piel, como si las flores de la noche se hubieran abierto para rebozarlo en su polen…

—¿A qué hueles? —le preguntó en voz baja.

Lo cierto era que Carrick no le supo contestar, porque ni él comprendía ese olor de vinculación. Había tenido un sueño muy húmedo y muy hermoso con Aiko. Él, que solo tenía pesadillas y terrores nocturnos, por fin había alejado la oscuridad y se había llenado súbitamente de besos, caricias y palabras de amor y aceptación.

Fue maravilloso. Incluso, cuando abrió los ojos, justo después del segundo orgasmo, estaba

húmedo, y podía descifrar el olor de la sangre en esa zona de su cuerpo, pero no lo comprendía… ¿Sangre de quién? Estaba limpio por completo. Y había sido solo una aventura astral.

Se convenció de que había sido todo un sueño, aunque con connotaciones muy reales. Eso era todo. No obstante, si antes se había sentido posesivo con Aiko, después de tener ese sueño con ella lo era mucho más.

La japonesa era su amarre entre el mundo de las sombras y el de la luz, su boya en el mar más agitado… Sentía que la había amado toda la vida, sin saber siquiera que existía. Era amor. Amor vanirio, loco, desesperado e irracional.

Y para alguien acostumbrado a controlar su furia y a dominarlo todo, ese súbito conocimiento, aquellos repentinos sentimientos, eran refrescantes y lo inundaban a uno de vida. La pregunta era si Aiko estaba dispuesta a no beber de él. Era muy difícil, y lo sabía. Pero si su *cáraid* se asomaba al mundo de sus tinieblas, y viera lo sucio que en realidad estaba, lo abandonaría; y peor aún: ella también se mancharía.

Y no lo podía permitir. Ya era suficiente con que uno de los dos estuviese tarado.

—Bardos —los llamó Raoulz, tomándoles de los hombros para colocarlos de cara al gran agujero que había en el techo por el que se asomaba la luna—. Solo uno de los dos será el gran receptor. Ha llegado el momento.

—¿Y quién se supone que nos va a traer el mensaje? ¿Un pájaro? —preguntó Carrick.

Daimhin todavía lo seguía mirando de reojo, asombrada por el cambio patente que presentaba su hermano; como si, de repente, se hubiera sacado de encima más de media condena. ¿Por qué? ¿Qué había sucedido?

Daimhin levantó la mirada, más pendiente de buscar a Aiko que de esperar que viniera nadie a entregarle ningún mensaje.

Encontró a la japonesa vestida más o menos como la habían vestido a ella, ubicada al lado de Steven. Ambos hablaban sobre algo que no podía oír… Y le pareció irritante y extraño, porque estaba en la mente de Steven, anclada ahí, pero entonces, ¿por qué no podía oír sus pensamientos?

—Solo debemos esperar a recibir el mensaje. Paciencia.

Daimhin se concentró en el orificio del techo, esperando algo que desconocía. Los elfos, que permanecían agarrados unos a otros, seguían meciéndose, cantando en voz muy baja y repetitiva.

—Las voces de nuestros *huldre* guiarán al mensajero hasta aquí —le susurró Raoulz al oído. Daimhin no se apartó, lo miró por encima del hombro sin inmutarse.

—¿Quién es el mensajero?

—Ahora lo sabremos.

Con sus ojos naranjas fijos en el enorme hueco de la piedra, empezó a escuchar un extraño aleteo, tan veloz como el de un colibrí, pero menos pesado.

La Barda se agarró a la baranda de jade del altar, inclinándose hacia delante… Lo que viniese tenía alas, estaba convencida.

—Ya se acerca —dijo Raoulz, igual de concentrado que ella.

Carrick se acercó a su hermana y le sostuvo la mano para apretársela con complicidad. Ambos se miraron, expectantes como todos los allí presentes. Y, entonces, a través del embudo de piedra, salió una luz que volaba haciendo círculos. Su luz se reflejaba en el agua en la que la misma luna se plasmaba.

El ser se detuvo en el lago, como si mirase su propio reflejo. Después tocó el agua con la punta de los pies provocando ondas en el espejo líquido. A continuación, siguió sobrevolando la gruta, pasando entre los pelos y las orejas de los *huldre*, hasta que se detuvo a dos palmos de Daimhin, suspendida en

el aire, ignorando por completo a Carrick.

La vaniria achicó los párpados con incredulidad y descubrió que no era ni un colibrí, ni una libélula… El supuesto mensajero que debía hablar con uno de los bardos era, nada más y nada menos, que un hada.

Y el hada la había elegido a ella.

Los bardos como ellos conocían a todos los seres feéricos, y no por haberlos visto, sino porque les habían instruido sobre esas entidades desde bien pequeños. Sabían que eran especiales y que se comunicaban con las personas sensibles y mágicas.

Desde que se había lanzado por la grieta con Steven ensartado por su espada no solo había luchado contra purs y etones ponedores de huevos… Aiko había resucitado de su muerte. Los *Svartálfar* les habían atacado, los *huldre* se encargaron de salvarlos y sanarlos, y Nerthus se había aparecido ante ellos para decirles cuál era su nueva misión.

Y ahora, era un hada quien había decidido que el bardo elegido sería ella y no su hermano Carrick.

Les habían explicado que del mismo polvo de la creación nacieron las hadas. Que habían muchos tipos, y que los dioses las guardaban en cajas llamadas *handbök* para ser utilizadas más tarde en el juego de buscar tesoros. Las hadas eran guías para aquellos hacia los que iban predestinadas. Esa en particular era una mujer, de pelo negro muy corto, vestida en oro, cuyo polvo mágico iluminaba su silueta. Las hadas solo hablaban con bardos y con valkyrias, y había sido así desde tiempos ancestrales.

Ella era la Barda, no había pérdida.

—Hola —musitó Daimhin admirada por la sutil belleza de aquel ser volador—. ¿Cómo te llamas?

El hada voló hasta colocarse casi sobre su nariz. Le dio un beso en la punta y le dijo:

—Electra.

—¿Electra? Bonito nombre… ¿De dónde vienes? ¿Qué quieres?

—Vengo de las tierras heladas de Noruega. He acompañado al hijo del *Alfather* y a su mujer, en su búsqueda del objeto.

—¿Al hijo del *Alfather*?

—Sí. Al dios dorado —explicó con clara evidencia—. Y a la valkyria que no es valkyria… Ellos ya han cumplido su cometido. Ahora te toca a ti.

Aunque Daimhin no comprendía de quiénes estaba hablando ni tampoco qué habían hecho, sí que ansiaba saber por qué Electra contactaba con ella.

—¿Qué debo hacer?

—Soy un hada especial, la única que puede guiar a dos personas en un mismo vuelo.

—¿Guiar a dos personas?

—Sí —revoloteó y dio una vuelta sobre su propio eje—. Después del hijo del *Alfather*, cuyo falso nombre es Noah, te toca a ti, Daimhin —sonrió con dulzura—. Te guiaré hasta tu objeto mágico.

¿Noah? ¿El berserker de pelo blanco y ojos de color de sol era hijo del *Alfather*? ¿Cómo era eso posible?

—¿Cuál es mi objeto mágico?

—Eso no lo sé.

—Tengo que ir en busca de un objeto… ¿Yo? —repitió anonadada.

—Claro. Los dioses lo han guardado solo para ti. —La señaló con el índice y el culo en pompa.

Increíble. ¿Los dioses contaban con ella para algo? ¿Por qué?

—Cuando Electra te lleve hasta tu objeto, se irá —prosiguió la diminuta criatura alada. Agitó las alas con fuerza—, para por fin reunirse con sus hermanas y descansar largamente sobre las flores, en un sueño rejuvenecedor. —Juntó sus manos y apoyó la mejilla en ellas, como si fuera a dormirse.

—Morirás —aclaró Daimhin crudamente.

—Sí. Moriré.

Daimhin sonrió compasiva. Las hadas no le daban importancia al hecho de morir porque para ellas era como hibernar. Una vez que volvían a obtener la energía de la flora mágica de su reino, revivían de nuevo.

—¿Cuándo empieza mi viaje? —preguntó la vaniria.

—Ahora mismo. Debes despedirte de tu hermano. Él no puede venir.

—¿Él no puede? ¿Por qué no? Mi hermano viene conmigo a todos lados —replicó recelosa.

—Esta vez no.

—Dame una razón.

—Porque es un bardo distinto a ti, y yo solo puedo hablar con uno. Solo con uno. Carrick tiene otra misión que cumplir… —Electra dirigió sus ojos claros hacia su hermano—. Él deberá ir en busca de ayuda y después regresar para unirse a vuestro cometido. Que reúna a los ejércitos para luchar.

—Pero, ¿hacia dónde iremos?

—Aún no lo sé. Está en movimiento…

—¿Y cómo sabrán dónde tienen que ir?

—Sois hermanos, ¿no? Los vanirios tenéis lazos mentales con los de vuestra misma sangre.

—¿Qué dice el hada, *piuthar*? —preguntó Carrick.

—Que debemos separarnos —contestó acongojada—. Tú debes ir en busca de ayuda y después nos reuniremos para luchar juntos. Mientras yo voy en busca de un objeto que los dioses tienen para mí.

Carrick tomó aire por la nariz y bajó la cabeza. No soportaba dejar a su hermana sola. Pero, en poco tiempo entendía que el Fin llegaba a pasos agigantados y necesitarían mucha ayuda para mostrar resistencia.

—No te quiero dejar, Daimhin.

—Ni yo que me dejes —susurró ella asustada.

—Nosotros acompañaremos a la princesa Daimhin para que logre su objetivo —dijo Raoulz sin inflexiones—. No permitiremos que le suceda nada. Puedes ir tranquilo, Carrick. Su misión también es la nuestra.

—Debéis partir ya —les ordenó Electra—. Hay mucho por hacer. El joven Bardo debe dar el aviso cuanto antes y tú debes hallar el tesoro. —Tiró de un mechón de pelo rubio de Daimhin—. Los *Svartálfar* no tardarán en encontrar los reinos de los *huldre*… Vienen hacia aquí. Los destruirán. Y también saben lo especiales que son los Bardos. No descansarán hasta dar con ellos.

Los ojos plateados de Raoulz se impregnaron de una profunda tristeza y melancolía mientras miraba su hogar, esa gruta plena de vida y alegría, poblada de *huldre* y demás seres mágicos de Nerthus que querían destruir. El mal pisaba fuerte en el Midgard, sin contemplaciones y sin compasión.

—Nosotros estamos preparados para partir —les informó Raoulz. No podían demorarse más. Si los *Svartálfar* les estaban buscando no tardarían en hallar la cueva sagrada con su magia negra—. ¡Que los guerreros vengan conmigo! —gritó alzando un bastón de madera que reposaba en su espalda—. ¡Ha llegado la hora!

Un centenar de elfos alzaron sus bastones y gritaron al unísono.

Los demás, sentados en círculos, la mayoría mujeres, ancianos y niños, continuaban meciéndose y

orando en voz baja, como un runrún constante.

Daimhin los miraba confusa. ¿Ellos se iban a quedar ahí?

—¿No os lleváis a los demás? —preguntó de golpe.

Raoulz negó con la cabeza, dispuesto a exponer sus razones.

—Nuestro pueblo necesita otro lugar en el que vivir y nacer. Otro reino mágico al que amar y proteger… Aquí ya no hay amor que dar ni recibir. Por eso, ascenderán de dimensión con sus cánticos y desaparecerán… Buscarán otro hogar mejor. Fuera de los Nueve reinos del Asgard. A nuestro pueblo no lo rigen las leyes de Nerthus o los aesir. A nosotros solo nos atrae el curso de la vida.

—¿Crees que hay más reinos? —Daimhin no lo creía.

—Vivimos en una realidad infinita, mi princesa. Hay tantos mundos como dioses y estrellas. Solo hay que descubrirlos.

Ella admiró el bamboleo de los elegantes cuerpos de esos seres. Sus ojos cerrados, su melenas lisas y oscuras, moviéndose al mismo ritmo; sus pieles con cenefas de otras tonalidades más marcadas y las orejas puntiagudas… Ellos verían otras realidades algún día.

—Ojalá yo pudiera ver esos mundos alguna vez… —deseó en voz alta.

Raoulz le colocó una mano sobre el hombro.

—Siempre hay una posibilidad, princesa. Siempre hay una solución, si esa es tu voluntad.

Carrick bajó del altar y pasó con cuidado entre los *huldre* que meditaban y cantaban, a punto de alcanzar el éxtasis.

Steven y Aiko permanecían de pie, hablando el uno con el otro, pero se callaron cuando él se aproximó. El berserker tenía los ojos muy amarillos clavados en el *huldre* que adoraba a Daimhin, y Carrick podía comprender qué era lo que pensaba, porque él, para más sorpresa, pensaba igual. Por fin algo en lo que podían estar de acuerdo.

Raoulz era el príncipe de los *elver huldre*, y tenía un más que evidente interés hacia Daimhin. Y era sorprendente, porque aunque alguien como su hermana estaba hecha para un mundo de elfos y hadas, Carrick sabía que solo había un hombre que la protegería mejor que él mismo. Y ese era Steven.

Lo sabía por su aguerrida fachada; lo reconocía por su inflexión y su actitud protectora hacia su *piuthar*. Y, ante todo, lo veía porque miraba a Daimhin como él miraba a Aiko, como si fuera el hogar por el que luchar, la mujer a la que amar y el alma que iluminar.

Los berserkers lo llamaban *kone*. Los vanirios lo llamaban *cáraid*. Pero su devoción era la misma.

Los ojos oscuros y rasgados de Aiko lo miraron de arriba abajo y se iluminaron con algo parecido a la lascivia o al hambre.

Carrick se incomodó y notó que se endurecía. Aquello no era nada normal. Se estaba volviendo loco por culpa de la japonesa.

—Aiko —Carrick le ofreció la mano con la palma hacia arriba—. Vamos a viajar hasta Wester Ross, a avisar a los cabezas rapadas. Vienes conmigo.

A la vaniria le hizo gracia la orden imperativa, sin darle opción a la réplica o a la negación. Le gustó que se sintiera posesivo con ella. Carrick no lo notaba, no lo sabía, pero ella estaba en su cabeza sin que él se diera cuenta. Lo sabría todo. Se enteraría de todo, porque su don había sido revelado y lo utilizaría para su propio beneficio.

Le comprendería antes de que él se comprendiera a sí mismo. Habían hecho el amor por primera vez. Carrick se quedó adormecido después del segundo intercambio, tiempo que ella aprovechó para limpiarse y limpiarlo a él. Aunque el olor a la sangre de la verdadera pareja era casi imborrable, había

hecho un buen trabajo.

Se sentía un poco dolorida. Pero todo había merecido la pena. Carrick era perfecto para ella. Y lo quería a su lado siempre. Su sangre era un manjar delicioso que ni los mismos dioses podrían igualar. Ahora, después de haber bebido dos veces de él, Aiko aceptó la mano de Carrick con gesto resuelto.

—Suerte, berserker —le deseó Aiko a Steven—. Recuerda lo que te he dicho: ten paciencia.

—Gracias, japonesa —contestó Steven, sin perder de vista a Raoulz y a Daimhin.

—Steven —El tono de voz de Carrick le impelió a prestar atención—. Estás a cargo de mi hermana. Mi hermana no es cualquiera —le aclaró—, y tampoco es fácil de llevar. Estamos hechos de otra manera, forjados en otra realidad distinta a la tuya; pero eso no quiere decir que seamos de piedra y que no deseemos amar. —Echó un vistazo a Aiko, que le escuchaba con mucha atención—. No dejo el cuidado de mi hermana ni a los *huldre* ni a Raoulz. Te lo dejo a ti, crestas. Y más vale que estés a la altura de alguien como ella. Yo volveré para ayudaros en cuanto mi hermana me diga hacia dónde nos tenemos que dirigir. Volveremos con refuerzos. Lo prometo —le ofreció una mano de amistad y honor.

Steven la aceptó.

—Pero prométeme tú algo a cambio, berserker.

—¿Qué?

—Que tú la mantendrás con vida hasta entonces. Que pensarás en ella antes que en ti y que sus deseos estarán por encima de los tuyos.

—Ni lo dudes —contestó con humildad—. Carrick, no está de más decirte que, si tú has encontrado en Aiko a tu pareja, yo, aunque no te guste, he encontrado en tu hermana a la mía. Quien quiera hacer daño a Daimhin tendrá que pasar por encima de mi cadáver.

Se dieron un fuerte apretón de manos, mirándose directamente a los ojos, como dos guerreros de palabra incorruptible.

—Tened buen viaje. Y hallad lo que dejaron los dioses para vosotros —finalizó Carrick.

—Eso haremos, vanirio. Suerte a los dos, y abrid bien los ojos. Cuidaos el uno al otro.

Con esas últimas palabras, Carrick y Aiko regresaron de un salto al altar donde aún permanecía Daimhin esperando que su hermano subiera a despedirse.

Cuando ambos se detuvieron frente a ella, a Daimhin el corazón se le encogió. Se quedaría sin Carrick. Él se iría. Los ojos naranjas se le llenaron de lágrimas y su boca tembló con incontenibles pucheros.

Carrick dio un paso adelante y la abrazó con fuerza.

—*Mo ál Daimhin*… Mi bella Daimhin.

—Sigo sin comprender por qué nos tenemos que separar —lloriqueó ella contra su pecho. Estaba tan acostumbrada a tenerle a su lado que no sabía cómo iba a actuar cuando él no estuviera.

—¿Quién me va a cantar para que pueda dormir? —le recordó él hundiendo la nariz en su pelo.

—Calla, tonto. Seguro que Aiko sabe cantar…

Carrick sonrió. Sí, seguro que sí. Aunque lo hiciera en japonés.

—Daimhin, escúchame bien —la tomó de los hombros—: Debes obedecer a Steven. Haz todo lo que él te diga. Es un gran guerrero y estará a cargo de ti y de tu protección. Los *huldre* os van a ayudar y a acompañar en vuestra travesía, pero… Steven sabe qué es lo que mejor te conviene.

—¿Por qué confías en él de repente?

—Porque no me queda otra. Porque tú lo haces. —La besó en la frente. Carrick sabía que Daimhin estaba un poco más abierta a las atenciones de Steven y que continuamente buscaba su contacto visual, para asegurarse de que seguía ahí. Eso quería decir que empezaba a tener necesidad de él—. Te quiero,

piuthar. Nunca lo olvides.

—Y yo a ti, Carrick.

—Nos veremos pronto —se despidió Aiko con una sonrisa.

Daimhin asintió, compungida y con la barbilla temblorosa.

A continuación, Raoulz les mostró un camino intraterreno a través del cual la pareja desapareció. Les deseó suerte en el idioma de los *huldre*, y después se fue a tranquilizar a la vaniria, que se limpiaba las lágrimas con disimulo.

—No te preocupes, *bom priumsa*. Ellos estarán bien. Los *huldre* tenemos miles de caminos intraterrenos que conectan con puntos de todos los países. Es muy difícil que los jotuns den con ellos, porque están protegidos por Nerthus. Por ahora, Carrick y su acompañante tienen vía libre. No tardarán mucho en llegar a Inglaterra. Un día y medio en tiempo de los humanos.

—¿Y nosotros?

—Nosotros —intervino Steven a su espalda, desafiando a Raoulz con la mirada— vamos a seguir el vuelo de Electra. Ella nos llevará hasta el misterioso objeto. Y una vez sepamos de lo que se trata, veremos qué hacer con él.

Raoulz sonrió seguro de sí mismo, de acuerdo a sus palabras.

Steven apartó a Daimhin del círculo de acción de Raoulz, que parecía influir en ella, y la tomó de la mano.

—¿Te molesta que te coja? —le preguntó Steven marcando territorio como los perros.

—Eh… no. Pero no hace falta.

—Sí la hace, sí.

Daimhin observó sus manos unidas y aceptó que se estaba acostumbrando a su contacto y que cada vez le gustaba más.

«Esto no puede estar pasando», se repetía ella en su cabeza.

En ese instante, los *huldre* que se mantenían orando en círculo se empezaron a desdoblar.

Daimhin no daba crédito a lo que veían sus ojos, realmente fue asombroso. De repente, desaparecieron, y toda su tribu ascendió a otra dimensión.

Una dimensión a la que ellos, con sus pecados y sus manos manchadas de sangre, tal vez no ascenderían jamás.

—Electra —le dijo Steven al hada—, guíanos.

Electra asintió con muchas ganas. Acto seguido, el berserker, la vaniria, el príncipe *huldre* y su ejército, que eran los únicos que permanecían en la gruta, siguieron a ciegas a la diminuta mujer, que se internó a través de otro túnel, cuya oscuridad y fin podría llevarles con mucho esfuerzo y sacrificio al amanecer de un nuevo día, a una aventura que tendría su principio y, si las cosas no salían bien y no utilizaban las pocas oportunidades que tenían, su contundente final.

XI

Black Country
Inglaterra

Cuando Daanna abrió los ojos, la leve desubicación que acompañaba a cada bilocación la golpeó con fuerza. El estómago se le revolvió, y Aodhan, que crecía a gran velocidad, se removió en sus entrañas, como si él mismo se recolocara del viaje.

La vaniria cubrió su cuna de carne con la mano.

—Hola, viajera —le dijo Menw sosteniéndola entre sus brazos. Le retiró el pelo de la cara y la besó en la frente—. Me das unos sustos de muerte…

Daanna se había desmayado mientras revisaba junto a Lorena y Emejota las visitas al foro. Estaba claro que con el mundo convulso que había, y al borde de la destrucción, las comunicaciones caerían en cualquier momento, por eso debían preparar una gran convocatoria general para que aquellos guerreros que aún seguían desconectados o desubicados se unieran a la batalla final y lucharan juntos. Además, se suponía que los cabezas rapadas debían ponerse en contacto con ellos para ver cómo iban las cosas por Escocia… Los telediarios no auguraban nada bueno: esa era la gran realidad. Grietas kilométricas, volcanes despertándose, lluvias ácidas, seres extraños recorriendo las calles y los bosques… Y mucha muerte. Lo vendían como una invasión alienígena. Un Armagedón.

Y, aunque se parecía, no lo era.

Mientras miraban los monitores, Daanna se desconectó, se desmayó y viajó en el espacio y el tiempo. Lo que no se imaginaba, ni por asomo, era encontrarse a quien se había encontrado; una sorpresa tan impactante que no sabía si después había perdido el conocimiento allí por el impacto.

La *velge* parpadeó repetidas veces y se incorporó de golpe, todavía en shock por lo vivido. Las humanas le trajeron agua rápidamente, angustiadas por ella.

—¿Qué sucede? ¿Qué has visto? —le preguntó Menw ansioso, dándole agua para beber.

—No quiero —la rechazó ella, mirándola con ligero asco. Desde su embarazo, solo estaba sedienta, pero exclusivamente de la sangre de su *cáraid*—. Menw, no te lo vas a creer. —Cogió aire. Tenía los ojos verdes esmeralda muy abiertos y respiraba con rapidez. Daanna había querido muchísimo a Thor, era uno de sus protectores y mejores amigos. Un líder nato. Y lo acababa de ver…—. Menw…

—Dime —el Sanador se sentía agitado por los nervios de su mujer.

—Thor… He visto a Thor.

—¿Al dios? —no comprendía nada. Podía ser porque Daanna ya había visto a Freyja y a Odín una vez… ¿Por qué no iba a ver al dios del trueno?

—No. Al dios no. A nuestro amigo… Thor MacAallister. El líder de los *keltoi*.

Menw frunció el ceño mientras se levantaba del suelo con Daanna en brazos, la colocó sobre sus piernas y se sentaron en una butaca, oculta en un espacio de lectura, retirada en una esquina del salón del RAGNARÖK.

—Pero… Es imposible. Thor está muerto —razonó Menw—. Encontramos su brazo extirpado en los contenedores de la calle Oxford. Después, con los videos en nuestra posesión, vimos cómo mataban a Jade… Y… Thor murió.

—No —Daanna se incorporó levemente y lo tomó del rostro—. Era él. Te lo juro. Thor sigue vivo.

«Sí era él, *allaidh*», dijo la suave voz de Aodhan.

Menw y Daanna fijaron sus ojos en el vientre de la vaniria.

Ahí, cobijado, reposaba un bebé que no tenía más de dos meses, pero que las últimas semanas había crecido a gran velocidad, y cada día lo hacía más. Era un ser especial, un alma nonata aún, en la que los dioses habían dipositado parte de sus esperanzas… Aseguraban que Aodhan sería alguien muy importante, y que llegaría un día en el que él enseñaría a los propios dioses. Se convertiría en un maestro de los propios maestros. Las lecciones que tendría por dar nadie las sabía pero, fuera como fuese, su hijo sería alguien muy especial si sobrevivían al final de los tiempos.

—¿Aodhan? —Menw inclinó la cabeza ligeramente hacia el vientre de su mujer—. ¿Cómo sabes que se trata de Thor, hijo? Tú no lo conociste.

«Por vuestros recuerdos. Los recuerdos de *mamaidh* son muy claros. Estos días habéis pensado mucho en él, en que os hubiera gustado que Thor luchara junto a vosotros en la gran batalla final».

Menw y Daanna se miraron conmovidos. Era verdad. Thor estuvo con ellos durante siglos, liderando a su clan, organizando ofensivas, manteniendo el núcleo vanirio unido… Caleb lo había hecho muy bien y se había ganado el respeto del resto. No comparaban a uno con el otro. No sería justo. Lo que sí lamentaban era la pérdida de un inmenso jefe, como era Thor.

—¿Cómo has entrado en contacto con él, mi pequeño? —dijo Daanna acariciando la parte más abultada de su vientre. Sabía que Aodhan recibía esas caricias como si en realidad le estuvieran tocando.

«Porque Thor tiene uno de mis dones. Él escucha al mundo».

—¿Escucha al mundo? ¿A qué te refieres?

«Sí. Pero… No tiene protección. Tú me proteges, *mammaidh*. A él ahora no lo protege nadie. Tu vientre es como una coraza para mí, que solo escucho a quien quiero. Hombres y mujeres inmortales que sean como nosotros y se sientan solos… Yo les siento. Les oigo…».

—Oh, dioses… —Daanna se llevó ambas manos a la boca, con una mirada opacada por dos sentimientos contrarios: la admiración y el terror—. Todo este tiempo has sido tú…, ¿verdad? Tú me has llevado hasta donde tenía que ir. Yo me bilocaba y tú me llevabas a contactar con todos los demás guerreros. Con Miya, con Ardan, con los cabezas rapadas… Con Thor. Tú les oías.

«No oigo a todos los guerreros. Solo a los que piden ayuda. Eres la Elegida, *mammaidh*. Solo tú podías llegar a ellos. Yo influía en tus viajes porque estamos conectados. Mi mente a tu mente. Mi corazón a tu corazón».

—¿Thor tiene el mismo don que tú, Aodhan? —Menw no lo sabía. Nunca les dijo nada.

«Sí, es parecido. Su *cáraid* le dio la paz que necesitaba. Su sangre actuaba de filtro o, de lo contrario, iba a enloquecer. Pero lleva muchísimo tiempo sin beber de ella; y ahora él está muy mal y no obtiene descanso. Las voces le persiguen a cada minuto. No he podido contactar con él antes porque le tenían drogado y después le aislaron en ese lugar. Toda la instalación tenía ondas de anulación de frecuencias. Era una barrera muy fuerte. No podía llegar a él. Pero justo antes de dejar a todos los guerreros en cuarentena y esperar a que los rayos del sol y el ácido acabaran con ellos, la barrera se abrió, la desactivaron. Y en ese instante le escuché. Y tú, *mammaidh*… te bilocaste».

Daanna no podía sentirse más satisfecha de su bebé superdotado. Era él quien encontraba a los guerreros. Ella solo era la herramienta para llegar hasta ellos.

—Mi pequeño gran hombre —musitó emocionada.

—Aodhan —Menw apoyó la frente en el vientre de Daanna. Ella le acarició el pelo rubio, preparada para escuchar con atención las palabras de su hombre—. ¿Era Thor de verdad?

«Sí, *allaidh*. Era él».

—Increíble —murmuró Menw—. Pero encontramos una parte de su cuerpo…

—Thor parecía un loco sangriento y desquiciado, pero tenía los dos brazos —aclaró Daanna—.

Además de esos ojos lilas tan extraños que Aileen ha heredado. Y me llamó Elegida… Míralo en mis recuerdos, *priumsa*. Reconócelo tú mismo.

Menw, que se moría de ganas de comprobar con los ojos de su mente si lo que decían era correcto, se internó en la mente de su mujer, hasta que localizó el recuerdo fresco y creado recientemente.

Cuando salió de los circuitos mentales de la vaniria, Menw agitó la cabeza contrariado y se pasó la mano por el pelo rubio.

—Dioses… Es él. ¡Es él! Si todo esto es verdad, eso solo puede suponer una cosa —comentó el Sanador—. O Thor tiene también el don de regenerarse, o el mismo individuo que tuvo el despiste de dejar un brazo vanirio en un contenedor de una calle de Londres en realidad lo que nos dejó fue un señuelo clonado de nuestro guerrero en Inglaterra para que descubriéramos poco a poco toda la trama.

—¿Crees que clonaron a Thor?

—No queda otra. —Ambos se miraron con intensidad—. Newscientists clonaba a guerreros. Hicieron eso con Cahal y con todos los demás niños y adultos vanirios y berserkers. Querían un ejército violento, sin alma ni corazón, ¿recuerdas?

Los ojos verdes de Daanna chispearon con interés. Podía estar en lo cierto. Contactarían con Caleb y Aileen y les darían la gran noticia de que Thor seguía vivo. Maru Beatha y Rix Gwyn, Iain y Sheenna, Inis e Ione… Todos debían saberlo…

—Aodhan, ¿sabes dónde se encuentra ahora Thor? ¿El viaje ha sido en la actualidad?

«Sí. Recientemente. Sigue en Bulgaria. Pero no tardará en llegar hasta aquí y pedirte ayuda, *allaidh*. Le dije que buscara a la persona que se conectaba al foro desde el paso de Shipka. Conmigo dentro y creciendo, cada vez es más difícil que puedas mantenerte bilocada. Lo cierto es que no le he podido dar información, pero sabe que tú y tus pastillas le pueden ayudar… ».

—Así que has hablado con él…

«¿He hecho mal?», preguntó Aodhan preocupado.

—Por supuesto que no —convino Menw orgulloso—. Nos das esperanzas, pequeño —besó el vientre de Daanna y la abrazó por la cintura—. ¿Sabes algo más del resto de guerreros?

«Nada más, *allaidh*. Cuando oiga a alguien, os lo diré. Ahora estoy cansado y tengo mucho sueño… ¿Puedo dormir?».

—Duerme, corazón —le ordenó Daanna frotando su pancita con mimo.

Aodhan no tardó nada en relajarse y descansar.

—Entonces, Daanna —Menw levantó a su mujer de sus piernas, y él hizo lo propio— tú y yo avisaremos al resto del consejo. Deben saber lo que pasa en Shipka.

—¡Sí! —Daanna dio una palmada llena de energía. Con Thor y Caleb las estrategias serían más fuertes y, al menos, lucharían hasta el final por su identidad—. Avisaré a Caleb para que venga hasta aquí.

Wolverhampton

Las tres sacerdotisas lanzaban las runas sobre la mesa. Los huesos blancos y marcados con letra antigua golpeaban el mantel rojo que cubría la madera en la que tantas veces habían cenado juntas con María y As.

Ruth, frente a ellas, oteaba con preocupación los resultados.

El rostro de las tres ancianas no auguraba nada bueno. Desde que Cahal había abierto el portal y todos habían desaparecido a través de él, nadie más había regresado.

Afuera, el cuidado jardín seguía solitario; el silencio copaba la naturaleza, el viento arreciaba con fuerza y arrastraba nubes premonitorias de un auténtico cataclismo. La calma solo se rompía por los cánticos del *noaiti* que, sentado sobre el césped y cruzado de piernas, tocaba su preciado tambor con su canto *joik* y leía los símbolos buscando respuestas lejanas.

—Nada… Las runas no dicen nada… No leen el destino de aquellos que han partido —dijo Dyra dejándolo por imposible, recostándose sobre la silla.

—Pero, ¿cómo puede ser? —se preguntó Ruth llevándose los dedos a la larga melena caoba—. ¿Han desaparecido del mapa? ¡Amaia, Tea, Dyra! —Miró a las tres mujeres de largo pelo blanco, vestidas con túnicas del mismo color aunque con diferentes fisonomías—. ¡No habéis podido perder el don!

—Cien veces hemos tirado las runas, jovencita. ¡Cien! —Le señaló Amaia ofendida—. Nosotras no hemos perdido el don, son las runas las que no saben lo que pasa.

—Por Dios… —Ruth se frotó la cara, hastiada de todo—. Esto no puede estar pasando… Están cayendo las comunicaciones alrededor del mundo. Los satélites dejan de funcionar. Los teléfonos ya no van. ¡Nos estamos aislando justo antes de una guerra final entre los jotuns y la humanidad! ¡No es así como deben de ser las cosas! —protestó.

—Pero así son —concedió Tea—. Ni Nora ni Liam han podido ver ni dibujar nada más. Si el Ragnarök llega, Loki no va a ofrecer ninguna facilidad para que nos pongamos en contacto. Él divide, ¿comprendes? Jamás une.

—¡No! ¡Me niego! La gente a la que quiero está perdida por algún lugar, seguro que pidiéndonos ayuda. ¡No podemos dejarles de lado!

Ruth se levantó como alma que lleva el diablo para alejarse de las malditas runas, que, de golpe, se habían vuelto mudas.

Debía tranquilizarse.

Los gemelos dormían en sus habitaciones. Se quedó un rato mirándolos embobada, bajo el marco de la puerta.

Su vida había cambiado muchísimo desde su llegada a tierras inglesas, y estaba convencida de que, al final, se había quedado con lo mejor: dos críos adorables y un hombre al que amaba con todo su corazón.

Ese hombre, Adam, intentaba por todos los medios que las *nornas* le hablaran. Pero el contacto con las altas esferas permanecía cerrado y a él no le llegaba ninguna voz.

La joven Cazadora salió al porche para que el aire nocturno la refrescara un poco. Había pasado medio día desde que Caleb y Aileen partieron.

Alzó el rostro hasta el cielo y no encontró estrellas. Solo una gruesa capa de color rojizo y también negro que vaticinaba el más terrible de los apocalipsis. La última vez que había escuchado las noticias anunciaban que Escocia estaba partida en dos: la grieta avanzaba hasta Inglaterra y ya se podían sentir sus temblores. Irlanda había desaparecido, los volcanes de los países nórdicos despertaban y destruían pueblos y ciudades enteras… Miles de personas morían. Y sabía que se producían más desgracias pero, probablemente, no oiría ninguna más, porque el mundo había quedado totalmente desconectado, y ya nadie cubriría las noticias de nadie. En todo caso, lo único que se deberían cubrir serían las espaldas. En la lucha por sobrevivir, ¿a quién demonios le importaba informar?

En la Tierra, antes de que llegara el Ragnarök, miles de personas morían a diario a causa de guerras entre humanos, enfermedades creadas en probetas, hambre y pobreza… Y nadie se preocupaba demasiado por ello.

Pero esta vez, los humanos caerían con estrépito, dominados por fuerzas superiores, las mismas fuerzas que algunos quisieron emular, creyéndose dioses. Y, al final, entre la ambición de unos y el

mal de otros, Loki había entrado. Y su planeta, el planeta que Ruth tanto amaba y que era de tantos, se estaba yendo, literalmente, a la mierda.

Ella era la Cazadora de almas, la pareja del Señor de los Animales… Eran magia viviente y tendrían la responsabilidad de proteger tanto como pudieran ese reino llamado Midgard por los dioses. Pero Ruth por lo único por lo que iba a luchar estaba durmiendo en las habitaciones, orando en el jardín y desaparecidos quién sabía dónde, rodeados unos de valkyrias, y otros, de vanirios y berserkers.

Ruth lucharía por las personas que ocupaban su corazón.

—Cazadora.

La voz de María la apartó de sus pensamientos y decisiones; y cuando se dio la vuelta para encararla, la encontró más hermosa y llena de luz que nunca. Parecía etérea, más intangible.

Tenía el pelo negro trenzado en una larga cola. Sus ojos de tono oscuro como la noche sonreían como siempre hacían. Lucía el rostro limpio, con los labios hidratados. A su lado, As Landin la acompañaba, con las manos entrelazadas, ambos vestidos como si vinieran de una fiesta ibicenca como a las que Ruth había asistido alguna que otra vez en España. As llevaba la larga melena castaña suelta, la barba muy bien perfilada y sus ojos verdes brillaban de un modo sobrenatural.

—¡María! ¡Estábamos tan preocupados! —Ruth se dispuso a abrazarla con fuerza, pero la *matronae* la detuvo con serenidad y un gesto infinito de amor y simpatía hacia ella. La joven se paró en seco, extrañada por su actitud—. ¿Qué sucede?

María negó con la cabeza y sonrió apenada.

—Ruth, tienes que atender a nuestras palabras y comunicarlo al Consejo Wicca de la Black Country. No hay tiempo.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde habéis ido? —Ruth osciló las pestañas y apretó los labios con preocupación—. Espera un momento… ¿Por qué tenéis ese brillo alrededor?

—Ruth, encontramos a Noah y Nanna.

—¿Y dónde están?

—Atiende. Descubrimos muchas cosas. Noah había sido herido mortalmente por Loki. Como Nanna tenía la vinculación con él de la runa *Daeg*, ella también se estaba muriendo —María miró a As con adoración—. Noah no podía morir porque él es el hijo de Odín: Balder.

—¿Qué?

—Noah es Balder. Sin él, las posibilidades para revertir esta situación serían nulas. Así que As y yo tomamos la decisión de entregar nuestro don de vida, el *chi*, a cambio de que ellos dos, que eran y son mucho más importantes que nosotros, sobrevivieran.

La cabeza de la Cazadora rechazaba algunos conceptos presentados por María.

—¿Qué quieres decir con que entregasteis vuestro don de vida? No… No entiendo, María —Se acercó titubeante, temerosa de comprender la verdad tal cual era.

—As y yo morimos por ellos dos.

—No puede ser… —A Ruth se le llenaron los ojos de lágrimas, que empezaron a derramarse sin control a través de sus mejillas—. Es imposible… vosotros no os podéis ir…

—Ruth, *piccola*… —le suplicó María queriéndola tocar y tranquilizarla—. Eres la Cazadora de almas. Y venimos a ti porque tú nos puedes ver. Eres nuestro canal para poder informar a los demás.

—Pero no lo entiendo —continuaba Ruth, dejándose contagiar por la pena y la desesperación—. ¿Y Aileen? ¿Y Caleb? As no has podido abandonar así a tu nieta… —le recriminó al líder berserker.

—Lo he hecho —aseguró As—, con todo el pesar de mi alma. Pero ella ya es madura, y consciente.

Es fuerte y se sobrepondrá porque es una guerrera Landin. —Levantó la barbilla con orgullo—. Ha estado presente en mi despedida.

Ruth sorbió por la nariz y se secó las lágrimas con la manga del jersey negro que llevaba.

—¿Aileen ha visto como entregabas el *chi*? —Su rostro se mostraba incrédulo—.Maldita sea, tiene que estar destrozada… ¿Dónde está ahora? La quiero ver.

—Ruth —la avisó As—, debes saber algo: Noah y Nanna se encontraban en un lugar fuera de este tiempo y este espacio. Cuando el portal de Cahal nos transportó hasta allí, nos dejó perdidos en un agujero atemporal en las entrañas del glaciar de Jostedalsbreen, donde se ubicaba el portal electromagnético más grande. Caleb, Aileen, Miz y Cahal acompañan a Balder y a Nanna. Juntos viajan en el *Hringhorni*, una nave imperial con aspecto de gran crucero intergaláctico que Odín dejó oculto en las entrañas del portal de hielo hasta que Noah lo descubriera y lo reclamara para sí. Ese barco es el arma letal de Balder, totalmente invencible. Pero por ahora no pueden hacer nada con él porque están perdidos y sin rumbo, y aguardan la oportunidad para regresar a nuestra realidad. Cerca de ahí, Loki, por su parte, ha empezado a invocar a sus bestias. Y ya están saliendo.

—Que están en un barco… Las bestias de Loki ya han salido —Luchó por poner orden en su cabeza.

De repente, Ruth sintió una mano sobre el hombro. Una enorme mano caliente y reconfortante.

Adam. Su ropa oscura de capoeira estaba húmeda por la lluvia. ¿Cuándo había empezado a llover?, pensó Ruth.

—Quiero ver con quién hablas —le pidió con voz ronca—. Muéstramelo.

La Cazadora giró la cabeza para desviar la mirada hacia su *mann*. Adam estaba asustado por lo que iba a ver, y se imaginaba lo que podía suceder. Intercambiarse el chi suponía sentir y experimentar lo que el otro veía. Después, pidió permiso a As y a María, sin saber muy bien qué hacer.

As clavó los ojos en Adam, uno de sus dos hijos amados: Noah y él siempre fueron sus ojitos derechos. Y ahora, los dos se habían quedado sin *leder*.

—Deja que me despida de él. Permite que nos vea —reclamó As.

Ruth cerró los ojos, tomó aire por la nariz y permitió que el mundo velado que solo ella era capaz de ver también se abriera para Adam.

Cuando el berserker moreno contempló a su *leder* y a su mujer, no necesitó explicaciones de ningún tipo para comprender qué era lo que había pasado.

Ruth hablaba con los espíritus. Y As ahora era uno de ellos.

Los ojos de ónix del guerrero enrojecieron de tristeza. Ver a As sabiendo que ya no estaba fue como un puñetazo en el estómago.

—*Leder*…

—*Kompiss* —lo saludó el jefe del clan—. ¿Cómo estás?

Adam se sintió avergonzado de su debilidad y su emoción, pero no bajó la cabeza.

—Mal. ¿Qué ha pasado? —preguntó con congoja.

—Decisiones, Adam. Eso es lo que ha pasado. Ruth te explicará mejor lo que ha sucedido, pero quiero que sepas que, ahora mismo, tú eres el *leder* del clan de Wolverhampton. Siento mucho —admitió cariacontecido—, muchísimo, pasarte a ti el bastón del concilio en este momento tan delicado, en el que posiblemente, todos desaparezcamos. Pero… Debéis manteneros fuertes. Resistid. Uníos, no os dividáis. Esta vez no. Ha llegado el momento de pelear codo con codo. No queda tiempo ya. Loki ha abierto sus mundos, y no falta nada para que el mal y la destrucción total asolen el Midgard.

Adam negó con la cabeza, y se presionó el puente de la nariz.

—¿Tenemos alguna posibilidad? —preguntó desolado.

As no quiso mentirle, aunque tampoco quería llenarle de pesimismo.

—Dicen que hay un telar que solo tejen las nornas, y que ahí está escrito el destino de la humanidad. Pero esas nornas tejen relajadas en las raíces de Yggdrasil, protegidas de todo mal. En cambio, los que permanecéis aquí sois los que dais la cara. ¿Qué saben las nornas de nuestra supervivencia? ¿Qué sabrán ellas de nuestra resistencia? No vamos a rendirnos, ¿verdad?

Adam negó con énfasis.

—No, *leder*. Jamás.

—Así me gusta —sonrió complacido—. Difícilmente sé cual va a ser el final. Ni los dioses lo saben. Aunque bien es cierto que tanto Freyja como Odín, que son los que nos han permitido contactar con vosotros a través del trono del dios aesir, esperan una especie de pistoletazo de salida. Y desconozco completamente qué es lo que esperan y cómo se va a dar ese acontecimiento. Solo me han transmitido este mensaje: luchad juntos. ¿Lo haréis?

—Juntos —repitió Adam—. No lo dudes, *leder*.

—Bien. Creo… Creo que ha llegado el momento de despedirme, hijo —susurró As mirando hacia el cielo—. Quiero que sepas que no importa lo que ocurra, porque hagas lo que hagas, me siento infinitamente orgulloso de ti, y agradecido por haberme dejado guiarte y actuar como tutor.

—No, As —esgrimió Adam visiblemente emocionado—. Tú no has sido un tutor para mí. Tú has hecho el papel de mi padre, y eso has sido para mí. Y mi corazón está henchido de gratitud y amor hacia ti. Gracias. Ha sido un verdadero honor.

As sonrió y el porche se llenó de luz. Adam era arisco con los que no tragaba, pero noble y benevolente con los que amaba.

Odín los reclamaba de nuevo.

—El honor ha sido mío —contestó As.

Ruth lloró con Adam y entrelazó los dedos con él, sabiendo que aquello era una despedida definitiva, y que no los volverían a ver, al menos, en esa vida.

María hizo lo propio. Sonrió con tristeza a Ruth y le pidió un favor:

—Despídete por mí de esas tres viejas gruñonas que tienes dentro. Pídeles que organicen a todas las sacerdotisas. Ellas no tienen magia ni dones guerreros. Pero saben de hechizos y de oraciones. Y aunque son una miseria al lado de los humanos que han destruido su Tierra, siguen siendo muchos, en cambio, los que quieren un mundo mejor. Pídeles que desde hoy se reúnan en montes y oren y viertan la poca magia que les quede. Que agoten hasta la última brizna de energía, el último chispazo mágico… ¿Lo harás?

—Sí, *matronae*. Lo haré.

—Y, Ruth…

Ruth tenía un nudo en la garganta que la atoraba y no le dejaba hablar.

—¿S-sí?

—Siempre serás mi *piccola*. Mi valiente, hermosa, cabezona y mágica cazadora. *Grazie*. *Per sempre*, Ruth.

—*Per sempre* —repitió ella.

Cuando la luz los cegó, Adam que no soportaba la emoción, gritó a pleno pulmón:

—¡Ahí van dos de los nuestros, Odín! —exclamó con orgullo mirando el cielo tormentoso, como si se enfrentara al mismísimo Dios—. *¡As dette er min!* As es mío—se golpeó el pecho con fuerza—. ¡Trátalo bien!

Cuando la pareja más madura del clan, que había sido un ejemplo de tesón, de paciencia, y de amor incondicional hacia todos los guerreros que lucharon a su lado, se desvaneció como se desvanecía la

pelusa que recubría un diente de león mecido por el viento, Adam abrazó a Ruth por la espalda, hundió el rostro en su nuca y le pidió con voz entrecortada y deshecha.

—Cuéntamelo todo, Ruth. ¿Dónde está mi hermano Noah? ¿Qué ha sucedido?

Ruth se lo contaría todo.

Pero, inmediatamente después, se prepararían para partir, junto con todo el clan de berserkers que quedara en Wolverhampton hacia Dudley y el Jubilee Park. Al encuentro de los vanirios que estuvieran en el RAGNARÖK.

Debían trasladar las sorprendentes noticias sobre la verdadera identidad de Noah, sobre el lugar fuera de esta dimensión en el que se encontraban él y los demás… Y sobre la batalla que ya no se podía esquivar y que Loki había abierto.

Se unirían todos porque no había otra opción.

Porque una guerra de esas dimensiones no se concebía luchando cada uno por su lado.

Resistirían hasta que las fuerzas dijeran que ya era suficiente.

Con honor y sacrificio.

Justo como les enseñaron As y María.

XII

En algún lugar del mundo *huldre*

Daimhin y Steven viajaban cogidos de la mano a través de los túneles del reino de los *huldre*, siguiendo a toda velocidad, todos en tromba, a Electra, el hada especial que guiaría a la Barda hasta un lugar y un objeto que los dioses habían dejado exclusivamente para ella.

Las paredes de los túneles temblaban sacudidas por lo que fuera que sucedía en la corteza terrestre, un terremoto, un volcán, una explosión… ¿Qué más daba? El Midgard caía a trozos sin que nadie pudiera remediarlo.

—La tierra llora —dijo Raoulz corriendo a su lado—. El mal que subyacía en ella ha emergido rebelde y dañino.

Daimhin lo miró de reojo, fascinada.

—¿Puedes oír a la tierra?

—Claro, princesa. Es un ser vivo. Los *huldre* hablamos con todos los seres vivos de este planeta. Es uno de nuestros dones —sus ojos rasgados se estiraron al sonreír.

—¿Y qué es lo que dice? —preguntó con curiosidad.

—Llora porque se muere… La quieren partir en dos.

Una afirmación tan contundente podía estremecer de pies a cabeza a alguien tan sensible como Daimhin. Y eso hizo. La destrucción y el dolor dejarían lleno de cicatrices el hermoso cuerpo del Midgard. No podría levantarse jamás.

—¿Cuánto tiempo más tendremos que viajar por estos caminos intraterrenos? ¿Cuándo podremos salir?

—Queda poco para llegar —dijo Electra al oído de Daimhin—. La salida es por aquí —repitió por enésima vez.

—¿Has oído, Steven? —Daimhin desvió la atención de Raoulz a Steven—. Dice Electra que pronto podremos salir de aquí.

—No. No oigo nada. Solo los bardos, los elfos y las valkyrias oyen a las hadas. Soy un berserker, sádica.

Steven corría con la barbilla pétrea y tensa, y los ojos muy rojos, clavados en la parte delantera de aquel embudo intraterreno.

—¿Qué demonios te pasa?

—¿A mí? Nada.

Daimhin inclinó la cabeza a un lado, valorando su contestación. La vaniria, que tenía conexión mental con él, entró en su cabeza para comprender por qué desde que Raoulz la había presentado a los *huldre* y Electra la había elegido, su actitud se tornó tosca y dura hacia ella, aunque en ningún momento la había soltado.

Y allí encontró las respuestas que necesitaba. Y por una parte le molestaron, pero por otra le resultaron curiosas a la vez que atractivas.

A Steven no le gustaba Raoulz. Veía imágenes gráficas del berserker convirtiéndose en un nativo americano y arrancándole la cabellera negra de cuajo al pobre elfo, solo porque Raoulz la trataba bien.

Daimhin arqueó ambas cejas rubias y sonrió. La imagen era muy cruda y visceral, pero muy cómica también. Increíblemente, le intrigaba el modo de pensar que Steven tenía hacia ella, como si fuera algo de su propiedad. Con posesividad animal.

Nadie era propiedad de nadie, aquello era absurdo. Se suponía que Steven era más maduro que ella y, sin embargo, tenía ideas infantiles y poco factibles en su mente.

Pero empezaba a caerle muy bien. Le encantaba cómo olía. De hecho, necesitaba olerle a menudo, aunque él no se diera cuenta. Y antes de que Raoulz les interrumpiera, había estado a punto de ocurrir algo extraño entre ellos. Es más, su cuerpo se sentía extraño, más en guardia debido a la hormona del mordisco de Steven, que era un afrodisíaco conocido por todos.

Pero Daimhin entendía que cuando se le pasara el efecto, dejaría de sentirse así por él.

Con todo y con eso, ¿qué habría pasado de no aparecer el elfo?

Con esa incógnita rondando por su rubia cabeza, continuó con su travesía, sin perder de vista a Electra que, de vez en cuando, miraba hacia atrás para asegurarse de que la seguían. Y cuando así era, daba una voltereta de felicidad sobre sí misma.

—Qué presumida eres —le dijo Daimhin divertida.

Electra voló hacia atrás y le hizo una pedorreta.

Después de horas recorriendo el túnel, este, por fin, llegó a su final horizontal, para convertirse abruptamente en un túnel infinito y vertical, que los llevaría directamente al exterior.

Los *huldre* se detuvieron y Raoulz habló para todos.

—Cuando salgamos, todo a nuestro alrededor habrá cambiado. La Tierra ya no es la misma. Estamos ante lo que queda de Eilean Arainn y aquí ya no queda nadie vivo… No hay ni un humano en pie. Saldremos al exterior como bruma, y seguiremos al hada hasta donde nos lleve.

—¿Cómo bruma dices? Si el sol todavía está en pie, Daimhin no puede salir. Los rayos le harán daño —dijo Steven recordando a todos la condición de la vaniria. No todo el mundo era elfo—. Y yo no soy bruma —añadió con sorna.

Raoulz sonrió y mostró una capa adherida a su espalda de color verde. La estiró para que todos vieran lo extensible y especial que era.

—Daimhin puede venir conmigo. Mi capa la protegerá. Pero si lo desea, la puedo convertir en bruma. Los *huldre* viajamos a través de los elementos, berserker. Ya sé que los de tu especie no podéis hacerlo, pero te ayudaremos a cambiar tu estado molecular y te permitiremos que viajes con nosotros.

Lo ojos amarillos de Steven se tornaron rojos por un instante. ¿Se lo parecía o ese Raoulz estaba interesado en Daimhin? Apretó los dientes con impotencia y miró hacia otro lado. Él no volaba, ni tenía capas que la pudieran cubrir, y mucho menos se convertía en polvo, niebla o viento. Y era fascinante que ellos sí pudieran hacerlo.

La vaniria empatizó con él, y se sintió mal al saber que él se sentía inseguro. Steven era un compañero de guerra único, lo daba todo por los demás, y con ella, a pesar de su carácter y sus contestaciones, se había portado muy bien.

Daimhin se acercó a él e inclinó la cabeza a un lado, mirándolo con esos ojos de magia y hechicería.

—Será solo un momento, Steven.

Steven desvió los ojos hacia los suyos, y se obligó a no pensar ni a decir en voz alta cómo se sentía de miserable en ese instante.

Después de mucho tiempo, finalmente, tenía una *kone* que pinchaba como un puercoespín y a la que no sabía cómo cuidar. Daimhin podía estar en su mente; pero él, no en la suya. Ella podía beber su sangre; pero cuando él la había necesitado, Daimhin no se la había dado. Y ahora, Raoulz quería competir por ella. Y parecía tener medio camino hecho con su magia y su espiritualidad, cuando él, en cambio, había tenido que batallarlo todo.

—Como veas, Daimhin —contestó seco, soltándole la mano, mirando hacia otro lado, siendo consciente más que nunca de las Riley cobijadas en su bolsillo.

Sus dedos se quedaron fríos de golpe, añorando la calidez de los de Steven. Daimhin iba a decir algo más, pero Electra le metió prisa volando alrededor de su cabeza rubia.

—Apresúrate, Barda… El tesoro se mueve.

—Sí —contestó Daimhin, echando una última mirada a Steven, caminando hacia Raoulz.

El elfo la miró con seriedad y asintió cuando la Barda se acercó a su pecho para que él la cubriera con la capa verde oscura. Después pronunció unas palabras en su idioma élfico y, entonces, ante los ojos del berserker, Daimhin y Raoulz se desmaterializaron.

Cuando Electra se internó por el túnel, iluminándolo con su luz azul, volando hacia arriba, la bruma la siguió.

Steven dio un paso al frente, angustiado por ver que Daimhin desaparecía ante sus ojos. Entonces, sintió la mano de un *huldre* tras él; y después de escuchar las voces melódicas de los elfos, que repetían las palabras de su príncipe, su cuerpo musculoso, grande e inmortal dejó de existir y ser pesado para convertirse en una sustancia vaporosa y blanquecina que se coló por el embudo vertical dirigiéndose al exterior.

A una tierra sepultada por sus propios escombros.

Eilean Arainn había sido una réplica de Escocia en miniatura; de hecho, eso significaba su nombre. Ahí había existido el castillo de Arran; y allí Steven había sido feliz en otros tiempos otrora distintos, cuando sus enemigos solo eran nosferatus y lobeznos. Su hermana y John también compartieron grandes momentos juntos entre las paredes de la mítica fortaleza del *leder* Ardan.

Pero la traición más cruel hundió los cimientos de aquel lugar. Los acantilados se derrumbaron, las explosiones se sucedieron… Y mujeres y niños berserkers murieron por sorpresa, sin haber tenido una posibilidad de sobrevivir.

Daimhin, que experimentaba la mágica sensación de ser etérea y vaporosa, escuchaba los tristes y tormentosos pensamientos de Steven. Se había echado la culpa del secuestro de Johnson y de la muerte de su hermana, Scarlett, y de John. Y ahora, en la actualidad, estaba firmemente convencido de que la destrucción del castillo de Ardan y la muerte de más de un centenar de berserkers eran también su responsabilidad.

«No los pude salvar. Fracasé», se lamentaba Steven hablando consigo mismo.

Daimhin quería llorar con él y hacerle compañía para tranquilizarle. Un hombre nunca debía ser responsable de algo que jamás pudo ni controlar ni adivinar.

Y conocía perfectamente ese sentimiento. Ella siempre se sintió así; hasta que conoció a Miz O´Shane y le recordó que ningún inocente era merecedor de ningún castigo eterno. Que los únicos que lo merecían eran siempre los castigadores cuyos pecados manchaban sus almas de tal modo que nunca volverían a ver la luz.

Vivir lo que vivió en Capel-le-Ferne no fue su culpa. Estar manchada en la actualidad no era su responsabilidad. Aunque, lo cierto era que no podía creer por qué los dioses la tenían en cuenta para algo, si no era merecedora de ello.

Pero Steven… Steven no podía pensar así. Él no.

En sus recuerdos vio todos los rostros conocidos de las personas a las que perdió, gente que él consideraba amigos y familia.

Daimhin no podía echar la mirada hacia atrás y ver a Steven, porque la bruma no tenía ojos amarillos ni pelo con cresta roja… Pero su mente seguía viviendo incorpórea; y el dolor que experimentaba al sobrevolar esa tierra llena de recuerdos horribles y recubierta por ríos de sangre, era

insufrible, incluso para ella, que tanto sabía de sufrir.

Electra desvió el vuelo y se dejó caer como una bala hasta un lugar en el que había un castillo en ruinas… El agua del lago que lo rodeaba hervía y la hierba que antes había sido verde ahora lucía ennegrecida y quemada. Grandes grietas recubrían la corteza de punta a punta, como heridas sangrantes provocadas por la punta de una espada infernal.

La Tierra lloraba. No era de extrañar.

En la mente de Steven leyó que se trataba del castillo de Lochranza, bueno, lo que quedaba en ruinas, que no era mucho. Parte de la torre se había mantenido en pie durante siglos, pero después de los temblores y los terremotos, las piedras se desintegraron, dejando un paraje de roca demolida, escombros, grandes charcos de agua hirviendo y hierba carbonizada.

Electra entró a través de la reliquia demolida y se internó por sus grietas hasta que el pasadizo que encontró se hizo angosto y vasto. La amplitud, después de largos kilómetros de huecos bajo tierra, dio lugar a una gruta con un lago interior, producto de la filtración del inmenso marjal que cubría a Lochranza en la superficie.

Los *huldre* se materializaron de nuevo en entes físicos, al igual que Daimhin y Steven. Estos se miraban las manos y los pies anonadados, cautivados por ser de nuevo de carne y hueso.

Volvían a estar bajo tierra. El agua descendía a través de las paredes y descansaba en el lago mediante ríos y riachuelos que recorrían la tierra cubierta de piedras blancas y hierba con extrañas flores de múltiples colores.

Flores que Daimhin jamás había visto. Y mujeres que nunca antes había observado…

¿Mujeres? Un grupo de tres mujeres de largas cabelleras onduladas y muy rubias, vestidas con largas telas de seda azul claro.

¿Cómo habían sobrevivido esas mujeres a tal destrucción? ¿Por qué corrían como si flotaran? ¿Hacia dónde iban?

—Ellas. Ellas tienen tu objeto —dijo Electra señalándolas con odio—. Se lo llevan.

—¡Vamos! ¡Ellas tienen el objeto!

Daimhin dio un salto y voló a toda velocidad hacia las tres mujeres.

—¡No! —ordenó Raoulz—. ¡Son *dodskamp!*

—¿Y qué quiere decir eso? —preguntó Daimhin deteniéndose en el aire, estupefacta al comprobar la actitud de los *huldre*. Se habían dado la vuelta todos, como si no quisieran mirar a esas mujeres de ninguna de las maneras—. ¿Qué os pasa?

—Son las ninfas juguetonas de Nerthus. Aguardan en todos aquellos lugares en los que residen los objetos tocados por los dioses —explicó Raoulz.

—¿Y qué? —preguntó Steven mirando a las tres mujeres con interés—… ¿Os dan miedo? ¿Tres mujeres acobardan a un ejército de mágicos *huldre*, Raoulz?

En ese instante, una de las ninfas detuvo su marcha y se giró para mirar al grupo que las estaba observando. En especial a Steven. La ninfa, de impactantes ojos azules inhumanos, sonrió con su perfecta boca y lo miró con interés femenino.

Daimhin frunció el ceño ante la actitud del berserker, que cambiaba su rostro a uno más animal y carnal. El mismo que puso cuando la mordió.

¿Por qué miraba a esas mujeres de ese modo?

Entonces, ante la poca colaboración de los *huldre*, Steven arrancó a correr como un salvaje hacia ella. La mujer dejó ir una risa sardónica, que puso en guardia a los elfos, y aceleró para seguir a las otras dos, que desaparecían entre la grieta de una de las paredes.

—¡Son las ninfas agonía, Barda! —le gritó Electra en el oído—. Las ninfas de Nerthus que ponen a

prueba a los buscadores y absorben la energía sexual de los guerreros y se alimentan de ella. Los elfos les tienen miedo porque son las únicas capaces de despertar su lascivia. Y los *huldre* no creen en eso, no creen en el sexo, por eso no las quieren ni ver.

Daimhin miró de reojo a Raoulz, que tenía los ojos oscuros clavados en el suelo, como si le diera miedo levantar la cabeza.

«Raoulz se ha acobardado», pensó asombrada.

—Pero, Barda… Ese berserker…

—Ese berserker, ¿qué? —preguntó de golpe, observando cómo Steven saltaba a cuatro patas para ir a la caza de las tres Agonías.

—Él no les teme. Los berserkers son carnales, ¿comprendes? No obstante, las Agonías pueden detenerse si ven marcas de propiedad y entienden que el guerrero ya está comprometido.

Electra esperó a que Daimhin comprendiera sus palabras.

La Barda entrecerró los ojos hasta que solo fueron una línea naranja, clara y rabiosa repleta de conciencia y revelación.

—No. Eso no.

Esa fue la única contestación que dio la vaniria antes de meterse por la misma grieta, en busca de Steven.

El berserker había entrado en otra gruta distinta. Las paredes se volvían a cerrar por arte de magia; pero Daimhin se colocó de lado en el vuelo y logró traspasar la obertura.

Y, cuando Electra y ella llegaron al otro lado, se encontraron con un salón de piedra y una bañera cavada en el suelo en cuya superficie flotaban las flores de la lujuria y el amor: orquídeas. No habían tardado nada en meter a Steven en el agua, ni en empezar a desnudarlo para quitarle la camiseta de tirantes tipo chaleco que cubría su torso. Aunque aún no lo conseguían.

Daimhin no podía creerse que los *huldre* se hubieran quedado al margen, asustados por la presencia de esas tres bellas y maquiavélicas mujeres. Ellos eran elfos: podían manipularlas si quisieran, ¿no?

Una de las Agonías tomó el rostro de Steven entre las manos y lo besó en los labios; mientras, otra intentaba ocuparse de liberarlo de la constricción de los pantalones y la camiseta. Querían su cuerpo desnudo como si les perteneciera a ellas. Como si tuvieran derechos sobre él. Y a Steven le parecía todo bien.

«No. Ni hablar, chucho».

La marca en el cuello le ardió y los ojos se le oscurecieron de ofuscación. Se llevó la mano a la espalda y liberó su espada samurái. Como si fuera la hija del demonio, de un salto enérgico y calculado, se dejó caer en la bañera.

Las Agonías se dieron la vuelta para mirarla con interés. Después, una de ellas alzó una mano, y una liana se deslizó desde la pared para agarrarle de la muñeca que sostenía la *katana*.

Daimhin actuó con rapidez y cortó la liana, para después lanzarse contra la Agonía. Pero esta desapareció y volvió a emerger tras ella, por debajo del agua.

—¿Quién eres tú?

—Soy Daimhin —contestó la rubia dándose la vuelta con rapidez, dispuesta a cercenar cabezas—. ¿Y tú quién diablos eres?

—Brunnylda, la líder de las *dodskamp*.

—¿Qué quieres, vaniria? —preguntó una de las dos Agonías que lamía la garganta de Steven. Este miraba al frente, ajeno a la discusión de las mujeres.

Daimhin quería aplastar el hermoso rostro de esa ninfa odiosa. En cambio, hizo gala de su propio autocontrol y contestó:

—Soltadle. Y devolvedme el objeto que os habéis llevado. Me pertenece.

Las tres Agonías se detuvieron al instante y alzaron las cejas color platino con asombro.

—Es nuestro —contestó Brunnylda—. Y del guerrero que venga a buscarlo. —La miró de arriba abajo—. Déjanoslo y ahora te lo devolveremos. Necesitamos la energía de este guerrero.

—Steven no es vuestro —sentenció la Barda.

La Agonía puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—¿Ah, no?

—No.

—Demuéstranoslo. A él no parece importarle que nosotras juguemos con su cuerpo… Y tú no tienes ninguna marca —señaló altiva.

Daimhin dio un paso al frente; el agua a su alrededor se movió con brío. Con gesto firme, levantó su larga melena rubia por detrás de su nuca, se dio la vuelta y le enseñó el mordisco de Steven.

—¡Esta es su marca! ¡Él me pertenece! —Cuando lo dijo en voz alta, se quedó de piedra al escuchar esas dichosas palabras en su boca. Pero, por otra parte, le gustó oírlo. No iba a permitir que esas mujeres lo usaran, y menos delante de ella—. Y dile a tu amiga que deje de ponerle la boca sobre la suya, o le rebanaré la garganta.

La susodicha se detuvo y se apartó ligeramente del berserker a regañadientes.

Al parecer, las Agonías eran unas golfas redomadas, pero creían en el respeto y en las parejas ya comprometidas.

—Ahora, dejad que él salga de ahí y que me lo lleve. Y dadme el objeto.

—Un momento —dijo Brunnylda alzando una pálida mano, emitiendo una carcajada—. Tal vez, has creído que puedes venir aquí y coger lo que es nuestro solo porque tú lo desees.

—No es porque yo lo desee. Ni Steven ni el objeto son vuestros —replicó Daimhin ofendida—. Sois las ninfas de Nerthus y estáis de su parte, ¿verdad?

—Sí —Brunnylda se cruzó de brazos y se plantó frente a la vaniria.

—Entonces, comprended que no nos queda tiempo, que el Midgard se va al traste, y que depende de mí y de ese objeto que algo de todo esto se arregle. Os interesa ayudarme.

—Un discurso muy bonito, Daimhin —bostezó la Agonía como si se aburriera—, pero tienes que darme algo a cambio. Nosotras nos servimos de la energía sexual de los guerreros para fortalecernos de cara a la gran batalla. Nuestros ejércitos se repliegan para defenderse. Aquí solo ves tres, pero somos muchas más. Vendrán desde tierras nórdicas y heladas, desde las llanuras ancestrales de los otros continentes… Ellas necesitan proveerse. Nosotras también. Danos algo a cambio para que nuestros dones sigan creciendo. Me darás una cosa por liberar a este delicioso ejemplar de berserker —alzó dos dedos de su mano derecha—, y otra más por darte el objeto que requieres. Es lo justo.

—¿Estás loca? —Daimhin la miró incrédula—. No tengo nada para darte.

—¿Ah no? —La miró a ella y a Steven intermitentemente—. Yo creo que sí. Las *dodskamp* nos nutrimos de cualquier energía sexual. Lo justo es que nos des lo que nos has quitado. O te prometo que no saldrás de aquí, vaniria. Díselo tú, hada —pidió la colaboración de Electra.

Electra la miró avergonzada y afirmó con la cabeza.

—Las Agonías no se echarán atrás, Barda.

Daimhin oscureció el semblante y negó con la cabeza.

—No voy a daros nada.

—Guerrera —Brunnylda sonrió sabiendo que lo que pedía era comprometido—. Vas a hacerlo.

Incluso, si así lo deseas y estás más cómoda, os dejaremos intimidad. —Chasqueó los dedos y desaparecieron ante sus ojos, como por arte de magia—. Ofréceme el sexo que nos has robado, y nútrenos de poder. A cambio, te devolveré al hermoso macho.

En ese instante, sintió que el agua tras ella se removía y que un fuerte torso se pegaba a su espalda. La respiración pesada del berserker la puso nerviosa.

—Vas a hacerlo, Daimhin —le dijo Steven al oído—. Porque no tenemos tiempo ni margen. Debemos hacerlo.

—Apártate, maldito —le ordenó ella, mirándolo con rabia y ofendida porque Steven no hubiera presentado ninguna resistencia ante su influjo. Además, estaba asustada por lo que se suponía que debía hacer—. ¿Ya has despertado? Hueles a ellas.

Aunque Steven ya no parecía afectado por la energía de las Agonías, sí reflejaba pesar por la violenta situación. Daimhin quiso arrancarle esa expresión de la cara a bofetadas. Ella odiaba la compasión; y aunque se bloquearía si Steven iba más lejos de lo que ella era capaz de aceptar, no permitiría que le tuviera pena. Apretaría los dientes, como siempre había hecho. Soportaría el martirio; y, al acabar, dejaría ese recuerdo atrás, o lo borraría, y se centraría en el presente.

—¿No hay otra salida, Electra? —preguntó Daimhin atribulada por las circunstancias—. ¿Seguro? —El hada movió la cabeza en señal de negación—. Los *huldre* son los únicos que pueden sacarnos de aquí, pero no van a entrar aquí para liberarte. Temen demasiado a las Agonías. Y yo no tengo magia para abrir lo que ellas han sellado en esta cueva —explicó rendida.

Ella mejor que nadie conocía a las Agonías; y si no se les daba algo a cambio del objeto no dejarían escapar a su presa. A no ser que Nerthus intercediera, y, a diferencia de lo que hizo la diosa con Nanna y Balder en Galhoppiggen, al parecer, la Diosa Madre estaba de acuerdo esta vez con el modo de proceder de sus *dodskamp*.

—Daimhin…

La joven, sobrepasada por la situación, se dio la vuelta de golpe y encaró a Steven gritando a pleno pulmón.

—¡Esto es por tu culpa! —Lo empujó con todas sus fuerzas y Steven cayó en plancha en la otra punta de la amplia bañera—. ¡Por tu estúpido instinto animal y… y mujeriego! —Hundió las manos en el agua, lo agarró de la cresta y lo sacó de nuevo a la superficie.

—¿Mujeriego? —expulsó el agua por la boca—. ¡Son malditas hechiceras! ¿Qué esperabas? Es la primera vez que las veo, no he podido girarme acobardado como han hecho Raoulz y el resto —apuntilló con saña—. Con el rabito entre las piernas, por cierto.

—¡Eso es porque ellos son seres puros y sobrenaturales que no se dejan influenciar por un par de tetas y un vestido transparente! ¡El sexo no mueve su vida a diferencia de ti! ¡Están limpios!

—¿Limpios? ¡¿Sabes por qué no las miran?! —replicó ofendido por sus acusaciones—. ¡Porque caerían como moscas! ¡Qué decepción! Raoulz, el príncipe de los *huldre*, aterrado por tres mujeres porque se le pone dura y no quiere echar su castidad por tierra…

—Él, al menos, no ha ido como un perro salido a por ellas —le increpó.

—Tardáis demasiado —dijo la voz de Brunnylda—. Le quitaré el chaleco a…

—¡No lo toquéis! —Les prohibió Daimhin llena de ira, colocándose frente a él, con los brazos abiertos, para que ninguna de ese trío pudiera ponerle las manos encima—. ¡He dicho que lo haré yo! ¡No os metáis!

Daimhin alzó la cabeza y sus ojos mágicos y furibundos se clavaron en los de Steven.

Pasaron largos segundos en los que Daimhin aprovechó para pensar en su hermano y su familia, y decidió que si tenía que tener sexo con Steven, por el bien de los demás, lo tendría. No era nada nuevo

para ella. No podía quedarse ahí. Tenía un objeto que encontrar, y gente por la que luchar. Ellos contaban con su presencia. No podía decepcionarles…

—Esto es lo que andabas buscando desde que me viste, ¿verdad? Tu mirada siempre ha reflejado lo mismo hacia mí, ese tipo de interés —dijo ella enfadada por la situación—. Todo se mueve alrededor de lo mismo.

—¿De qué hablas?

—De sexo, berserker —enfatizó desganada—. Del maldito sexo que todo lo contamina. Está bien. —Dio un paso hacia atrás para separarse de él, tragó saliva y dijo—: Empieza. No tengo todo el tiempo.

El berserker frunció el ceño, sobrepasado por la voz dura de la vaniria, su mirada de asco, y su pose defensiva. Todo un conjunto de desdén y rabia.

—Daimhin, no tienes que temerme. Yo nunca… No te haré nada si no lo…

—¿Si no lo deseo? Por supuesto que no lo deseo —escupió furiosa—. Pero sea lo que sea lo que tengo que encontrar, está por encima de ti y de mí. Mis necesidades no importan.

—No —Steven levantó la barbilla con honor—. Estás equivocada. A mí sí me importan.

—¡Cállate de una vez y empieza! —gritó, con los puños apretados a cada lado—. ¡Cuanto antes acabemos mejor! ¡Antes me podré limpiar y hacer como si nada de esto hubiera pasado!

—Pero, Barda… ¿qué crees qué te haré?

—Sé lo que es esto —aclaró ella sin mover un músculo de su cara—. Pasará antes de lo que espero. Tú te desahogarás; y ,después, yo me recuperaré y me limpiaré. Por eso, quiero que empieces ya y lo acabes.

Nunca, en sus veintidós años, se había sentido tan sucio y tan señalado como en ese momento. Daimhin lo ponía a la altura de los hombres que la habían retenido durante tantos años… Y eso le destrozaba el corazón.

No era justo. Pero, por otra parte, intentaba comprender el modo de pensar de la hermosa rubia, princesa de las hadas, maltratada por humanos. Todos hombres. Y el intentar comprenderla y compartir su dolor era lo que le salvaba de no agarrarla y tomarla con la rabia y el deseo que, en realidad, recorrían su cuerpo.

Le estaba insultando al tratarlo así.

Aiko le había contado, en la Sala de la Buena Esperanza, que las cicatrices de los dos hermanos eran muy profundas, y que aunque las exteriores empezaban a sanar, eran las del alma las que más mimo y tiento requerían.

Pero había un problema: ellos no disponían de tiempo para subsanarlas.

La japonesa también había sido despertada por Nerthus y avisada de la importante labor que tenían entre manos. Despertar los dones auténticos de los bardos, solo se conseguiría a través de la vinculación, con la llegada del *comharradh*. Eso implicaba relaciones sexuales, pero no solo sexo: en cada acto debía estar presente el amor. Y la vaniria había utilizado una pastilla *Riley* para empezar a asediar el cuerpo y el corazón de Carrick. Y lo había hecho con éxito.

El caso de Steven era distinto. Porque si Daimhin, que merodeaba por su mente, se enteraba de la existencia de las *Riley*, entonces, se cerraría en banda y le obligaría a deshacerse de ellas. Por eso, Steven le había pedido un favor a Aiko: que cubriera ese secreto mentalmente, que le ayudara a esconderlo del control de Daimhin.

Aiko había sonreído como si tuviera gran facilidad para ello, y noblemente aceptó ayudarle. Porque

ambos, tanto Steven como ella, sabían que lo más importante era la supervivencia del Midgard, y si podían ayudar a conseguir que se mantuviera en pie, lo harían, aunque con ello tuvieran que chantajear a sus auténticas parejas de vida.

—¿Tallas a todos con el mismo rasero? —preguntó de golpe Steven, afectado por sus palabras.

—A todos —contestó Daimhin alzando la cabeza—. Menos a mi hermano, y a los que sufrieron como yo. Nadie me ha demostrado lo contrario de lo que pienso, y no espero que seas tú quien lo haga.

—Es una pena, Barda. —Steven chasqueó con la lengua y se acomodó en la pared de piedra que delimitaba aquella inesperada cuna de agua, o bañera del amor.

—¿Qué es una pena? —quiso saber ella, estudiándolo de arriba abajo.

—Es una pena tener que echar todas tus suposiciones por tierra.

—¿Cómo has dicho?

—Lo que oyes, Daimhin. No pienso mover ni un solo dedo para tocarte. No voy a hacerlo. Si quieres, algo —arqueó las cejas—, y ambos sabemos que lo necesitamos para salir de aquí y seguir con el viaje, acércate y tómalo. No voy a ser otro más en tu maldita, siniestra y repugnante lista negra.

XIII

En algún lugar del mundo *huldre*

Daimhin tardó varios instantes en comprender lo que sugería Steven.

Leyó en su mente las verdaderas intenciones del berserker, pero, para su sorpresa, no se encontró con nada. Solo calma y paciencia.

Ella sabía que todo era mentira. Todo siempre había sido mentira. Las intenciones de los hombres con ella siempre fueron las mismas… Y nunca se pudo librar de sus atenciones, excepto cuando Carrick, al final, se marcó como objetivo sufrir todos los abusos en pos de su bienestar. Ella no quería que su hermano sufriera, pero nadie podía estar en contra de Carrick. Él hacía por llamar la atención de los asquerosos guardas, para que se centraran en él. Y lo hicieron.

—No sé donde estás ahora —le dijo Steven sin mover un solo músculo de su cuerpo—. Pero estés donde estés, nada tiene que ver con lo que pasa aquí.

—No sé qué quieres que haga.

—Lo que tú quieras. —Abrió los brazos con evidencia y sus anchos hombros le parecieron enormes a la joven—. Lo que a ti te apetezca. No voy a hacer nada. No quiero asustarte.

—Mientes. Cuando me descuide…

—¡No! —exclamó obligándose a mantener la calma—. No lo haré.

Ella carraspeó, como si no diera importancia a lo que iban a hacer.

—¿Sabes? No tienes que ser amable conmigo. No lo quiero. Sé muy bien de lo que va esto… —Sus ojos naranjas lo miraron fijamente.

—¿De veras?

—Sí. Vendrás, me harás daño, me mancharás y después yo me limpiaré. Será así de fácil.

Steven negó con la cabeza. La furia de su corazón se avivó con aquella cruda descripción de sus experiencias con los hombres. La habían forzado los hijos de puta. Sintió empatía hacia ella y deseó que las cosas fueran diferentes entre ellos.

Porque Daimhin no tenía ni idea. Conocía el oscuro mundo, violento y pervertido, de los humanos enfermos que habían abusado de todos ellos. Pero aquella no era la realidad. Solo era la oscuridad del ser humano que se dejaba llevar por su locura y sus demonios.

Lo que había vivido con aquellos hombres en los túneles de Capel-le-Ferne, nada tenía que ver con lo que él era, ni con lo que él podía hacerle. Y hasta que Daimhin no confiara en él, no podría descubrir el mundo que Steven reservaba para ella.

Un mundo de caricias, tacto, pasión y… amor.

Solo para ella. Por ella.

—Daimhin.

—Ya voy. —La vaniria se desplazó como un robot, con movimientos mecanizados, sin alma y sin corazón. Incluso sus ojos naranjas parecían vacíos. Un hermoso cuerpo hueco. La joven alargó sus manos hasta el pantalón de Steven, dispuesta a hacerle lo que le habían obligado a hacer en Chapel Battery. A los hombres les gustaba eso. Y después la cogían, la ponían en el suelo, boca abajo y…

Cerró los ojos con fuerza, luchando por alejar los recuerdos. Volvían el miedo y la parálisis. Cuando creía que podía con todo, que sus terrores no eran más fuertes que su convicción, llegaba la inmovilización. Pero debía hacerlo, incluso sintiendo arcadas y ganas de salir corriendo… Haría con Steven lo que tenía que hacer; y, después, se alejaría de él, porque no podría mirarlo a la cara jamás.

Después de eso, nunca más.

Él frunció el ceño y detuvo sus manos. La vaniria alzó la cabeza de golpe, mirándolo sin verlo, sin comprenderlo.

—¿Por qué me detienes? —¿Acaso no era eso lo que quería?

Steven tragó saliva, demasiado afectado por la situación. Se frotó la boca con una mano, y sin que ella lo viera introdujo la *Riley* y se la puso debajo de la lengua. Nervioso y angustiado, le dijo:

—Les has dicho a las Agonías que yo te pertenecía.

—Ahora no…

—¿Lo has dicho de verdad? ¿Crees que te pertenezco?

Daimhin resopló como una yegua harta de caminar.

—No debiste morderme. Tu mordisco hace que piense estupideces.

—Mi mordisco solo actúa ante una persona. No marco a todos los que muerdo. Pero si se cruza mi pareja en mi camino y la muerdo a ella, instintivamente me imprimo en su piel y en su alma. Y eso es lo que me ha pasado contigo.

Daimhin parpadeó confusa.

—Solo dices estupideces. Deja de convencerme. No te pongas en evidencia.

Aquello hirió a Steven en lo más profundo. ¿Acaso no era bueno para ella? ¿Por qué Daimhin insistía en no ver lo que para él estaba tan claro como el agua?

—Así que digo estupideces, ¿eh, señorita de piedra?.

—No quiero seguir hablando —confesó ella sintiéndose mal al ser objeto de la airada mirada de Steven.

—Bien. Entonces, no hablemos. ¿Y si me besas antes?

Daimhin se envaró con sorpresa.

—¿Besos?

—Sí. Besos. Quiero que me dejes besarte. No te tocaré. Solo quiero darte un beso.

Electra, que estaba sentada sobre la piedra que rodeaba la bañera, se tapó la cara y se dio la vuelta para no mirar.

—¿Por qué? —preguntó Daimhin.

—Porque yo no hago esto sin besos. —Necesitaba relajarla. Demostrarle que había un mundo de sensaciones que ella desconocía, por mucho que se cerrase en banda a ello—. Para mí son como aire para respirar.

Ella sonrió fríamente, como si se jactara de él y de sus palabras.

—No seas estúpido, punk. Yo no lo soy: no voy a confundir esto con otra cosa. Se trata de follar, no de que me montes un castillo de flores.

Esta vez, esas palabras heladas fueron las que más le impactaron. Un rugido emergió de su boca; le enseñó los colmillos, enfadado porque alguien como ella, tan llena de belleza y magia, se atreviera a hablar como una furcia sin corazón.

La agarró de la muñeca, tiró de su cuerpo hasta que la joven impactó contra él, la rodeó con los brazos para que ella no pudiera salir.

Daimhin rio con soberbia, pero tenía las pupilas dilatadas, como si se mantuviera en guardia y creyera que aquello que viviría iba a ser duro y doloroso.

Estaba asustada de él, aunque no lo reconociera, la condenada.

Pero nada más lejos de la realidad.

Daimhin era su *kone*. Jamás le haría daño.

—Pues te vas a aguantar, sádica. Porque yo quiero el castillo de flores.

Y, entonces, con una violencia comedida y nada agresiva, la besó, echándole el cuello hacia atrás y sosteniéndole la cara con las manos, para que no se escapara de su asalto.

Daimhin se paralizó.

No se pudo mover hasta pasados unos interminables segundos, después de que su cerebro comprobara que los labios de Steven no le hacían daño y que sostenía su cabeza con intensidad, pero sin herirla.

Nunca antes la había besado.

El sabor de su boca era extraño y mentolado, pero muy agradable. Sus labios se acoplaban a los de ella sin exigencias, sino con la pausa y la calma del que sabe que dos piezas encajan a la perfección. Solo faltaba el tiempo y la paciencia para comprobarlo.

Y el tiempo allí, en aquella improvisada piscina cuya agua se calentaba con sus besos, pareció detenerse. Daimhin seguía con los ojos abiertos, mirando el rostro de Steven, observando cómo su gesto se relajaba y se tornaba generoso.

Sus manos encarcelaron su cara, pero no la cerraron con llave.

Daimhin estaba, sinceramente, impresionada por la suavidad y la amabilidad insistente del berserker que, de repente, cortó el beso y se apartó de ella, todavía sosteniéndole la cara entre las manos.

Abrió sus ojos amarillos y la inspeccionó buscando algún tipo de resultado en ella, esperando encontrar lo que buscaba, fuera lo que fuese.

Y, sinceramente, Daimhin no sabía ni cómo reaccionar. Quería más, eso sí. Y se sintió mal por no tener suficiente, como si alguien le hubiera desprovisto de gasolina. ¿Qué demonios le pasaba?

La marca de su mordisco empezó a arderle, y la sangre le hirvió bajo la piel, a punto de explotar como un géiser.

¿Qué tipo de persona era si anhelaba besos más largos? ¿Qué decía eso sobre ella?

—¿Quieres más, Daimhin? —le preguntó él, acariciando sus mejillas con los pulgares.

Ella se relamió los labios con la lengua. ¿Qué diablos quería? No osaba parpadear. El rostro de Steven ocupaba todo su presente.

Dioses… Sería estúpida si no admitiera que era guapo a rabiar, y que ese pelo no le quedaba bien a cualquiera. El pendiente de su oreja centelleó.

—Si quieres más, sádica… Ven a buscarlo.

Ella inclinó la cabeza a un lado. Le estaba dando las riendas. Un berserker que adoraba la caza y tener el control, que habría sido capaz de matar con solo un estornudo a todos los humanos maquiavélicos que tan mal la trataron… Ese berserker estaba otorgándole el control.

Daimhin debía aprovecharse de ello y seguir experimentando… Porque su cabeza parecía embotada por ese beso, que anulaba el miedo y los recuerdos negativos como por arte de magia.

Ella se puso de puntillas y con su nariz rozó la de él.

A Steven se le escapó el aire de los pulmones, rendido a la suavidad y a la valentía de esa chica. Y cuando ella lo besó y le tentó con un beso puro y etéreo, como los polvos de un hada, las rodillas le temblaron y a punto estuvo de hacer el ridículo al hundirse en el agua.

La *Riley* había dado resultado.

Daimhin le agarró de la cara como él había hecho con ella y pegó sus labios a los de él, uniendo su torso al suyo con timidez…

Steven dejó caer los brazos, sometido por la exquisita dulzura de Daimhin. ¿Cómo no iba a ser ella

su pareja? Si sus labios le daban vida y esperanza y le convertían en alguien merecedor de cosas buenas. Como ella.

Daimhin le rodeó el cuello con los brazos y continuó besándolo. Cada vez con más insistencia, como si aquello no fuera suficiente.

Steven entreabrió la boca, comprendiéndola a la perfección, y sacó la lengua para que tocara sus labios. Daimhin dio un salto de sorpresa al notar el tacto aterciopelado de la lengua. La miró fijamente y estudió sus labios húmedos, y la punta rosada de ese músculo libidinoso que aún no se había ocultado del todo.

Steven se endureció tras los pantalones, a punto de estallar. Era tan sexy… Y ella ni siquiera lo sabía.

Entonces, Daimhin dejó caer la cabeza de nuevo y lo besó, entreabriendo la boca como él, y sacando la lengua a pasear, como él había hecho. Y cuando se tocaron ambas y se frotaron como la lámpara del genio, él gimió y a ella se le alargaron los colmillos.

Sabía tan bien, que Daimhin deseó morderle la lengua y beber de él. Y eso hizo. Descontrolada por las sensaciones, le mordió la lengua y la sostuvo succionando, tomando de él.

Steven abrió los ojos asombrado al darse cuenta de que esa caricia repercutía directamente en su miembro y que debía controlarse mucho para no eyacular.

Pero no rompería la promesa. Si Daimhin necesitaba más, sería ella quien debía ir en su busca. No al revés, y no por falta de ganas, sino porque debía ganarse su confianza.

Daimhin por su parte, iba a sufrir una combustión espontánea. La sangre de Steven era su luz, la bañaba de arriba abajo, y la convertía en una adicta a esa sustancia.

Y, sin embargo, aunque adoraba su sabor, lo que ella requería en ese instante, era otra cosa. Le ardía entre las piernas y le escocían los pezones. Y la maldita marca no dejaba de palpitarle.

Cortó el beso y, sin ser muy consciente de lo que hacía, lamió la comisura de la boca de Steven, por la que viajaba una perla rubí. Respiraba como si estuviera agotada. Al igual que él.

Daimhin deslizó las manos por su pecho, observándolo con deseo.

Deseo… ¿Ella? ¿Cómo podía atreverse a experimentar algo así?

Entonces, las hiedras que rodeaban el chaleco de piel, metal y planta se deslizaron y lo abrieron, respondiendo a su pensamiento. Si ella quería mirar lo que había debajo, el chaleco le obedecería.

A Daimhin se le escapó una risita de estupefacción. La ropa le obedecía.

Ella no se atrevía a tocar el pecho de Steven pero, por otro lado, era en lo único en lo que pensaba. Se sentía flotando, emborrachada de sensaciones, sin un nimio recuerdo desagradable ni nada que le recordase a los «otros». Solo estaba Steven. Y Steven le permitía que fuera ella quien diera el paso adelante.

En medio de la ola de euforia, se lanzó a por más. Entonces, se imaginó que lo que fuera que tuviera Steven entre las piernas la tocaba a ella entre las suyas y le calmaba aquel dolor sordo e insatisfecho. Otra cosa que no entendía.

¿Cómo podía anhelar algo que repudiaba? ¿Se estaba volviendo loca?

Sin embargo, sus manos ya procedían a desabrocharle los pantalones, que seguían exactamente los mismos pasos que había seguido el chaleco. Se desabrochaban con solo una caricia. La hiedra se apartaba y la hebilla plateada se abría con solo mirarla.

—Tengo que hacerlo —se dijo Daimhin con los ojos naranjas y claros fijos en el pantalón de Steven—. O lo hago, o no saldremos de aquí. Ya lo he hecho otras veces. Esto no es nada nuevo —intentó autoconvencerse, aunque la aceleración de su corazón señalara lo contrario.

Steven cogió aire al sentir que las manos de la vaniria se metían con decisión tras el pantalón.

«Otras veces», pensó con amargura. Él no tenía nada que ver con ellos. Y ella lo sabría… Aunque ahora estuviera desinhibida por las *Riley*. Esperaba con ansia el momento en que no hiciera falta usarlas. Pero, esa primera vez, estaban haciendo efecto. Efecto del bueno, y valían igual.

Daimhin deslizó los pantalones por sus muslos, marcados y duros… Y cuando lo vio desnudo se sobrecogió.

Jamás pensó que un hombre desnudo fuera hermoso; de hecho, ella repudiaba esa parte de la anatomía masculina. Ya las había visto, y no le hacían ninguna gracia.

En cambio, Steven… Steven era distinto. Igual en muchos aspectos pero diferente en otros. Su cuerpo no era obeso ni flácido, ni apestaba a sudor o a mugre; todo lo contrario: era el musculoso caparazón de un guerrero de los dioses, y olía a milagro.

Su rostro era bello y la miraba como si quisiera colmarla de atenciones y no degradarla como habían hecho sus carceleros con ella y con todos los niños perdidos. De hecho, Daimhin no era ninguna estúpida y sabía que los hombres atractivos y esbeltos también podían ser crueles y abusivos. La maldad nada tenía que ver con ser arrebatadoramente perfecto o parecerse a un trol. No obstante, Steven no parecía tener intención de tocarla o de llevar la iniciativa con ella. Y aquello la tranquilizaba.

No iba a romper su promesa.

—Tendrás que hacerlo tú, sádica. A no ser que me pidas ayuda para… —Se miró su desnudez, dura y erguida, pues no podía ignorar lo que la presencia de su *kone* provocaba en él.

Daimhin se relamió inconscientemente, sin dejar de mirar su miembro, sonrojada por la vergüenza, pero caliente por cómo su cuerpo reaccionaba a él.

Reaccionaba, pensó sumida en su propia estupefacción.

«¿Ayuda? ¿Ayuda para qué? Sé muy bien cómo va esto», pensó ella.

La marca del cuello mandaba olas de calor a través de toda su piel, volviéndola hipersensible a solo una caída de ojos del berserker.

Daimhin no quería demorarse, aunque tuviera un recuerdo sordo y vago de las pesadillas sufridas, su mente las anulaba como si apartara a una mosca de un manotazo, con esa facilidad.

No quería pensar en por qué actuaba de ese modo, lo que estaba claro era que, con Steven, nada era igual, y que estaba experimentando por primera vez en su vida lo que era el deseo carnal. El auténtico.

Sin más demora, queriendo que esa sensación no pasara, ansiando aprovecharla, la joven se bajó la extraña braga que los elfos le habían puesto. Cuando esta se abrió, como si siguiera las palabras mágicas de «abracadabra», y el agua tocó aquella parte ardiente de su anatomía, la vaniria siseó por el gusto.

Sosteniéndose con las manos en los hombros del apuesto guerrero, Daimhin se subió a horcajadas sobre sus caderas.

Steven exhaló el aire que retenía en los pulmones como un rehén que no quisiera liberar.

—Sujétame —dijo ella pegando su nariz a la de él.

Parpadeó embrujado por su decisión y su valentía. Daimhin estaba segura de hacerlo con él, aunque las pastillas fueran las responsables de su falta de miedo.

Pero no iba a dudar en obedecerla. Aquella oportunidad era única para cumplir su cometido. Los dones debían ser revelados; y sin el amor y el sexo no se podrían entregar jamás. Daimhin era de él, aunque ella no lo creyera. Así que, no iba a sentirse culpable de usar todos los medios al alcance de su mano para que la vaniria cediera a la atracción y al sino de sus destinos.

Juntos. Juntos lo conseguirían.

—Voy a tener que tocarte.

—No importa —contestó ella—. Sujétame. Tengo que…

Steven le agarró las nalgas frías al tacto, pero redondeadas y perfectas para sus manos. Le daba placer tocarla, cómo no. No debía sorprenderse por ello. Pero lo hizo.

Sonrió y cerró los ojos cuando ella, de repente, le tomó el miembro entre los dedos, cercándolo, rodeándolo. Estaba muy sorprendida de sus dimensiones, pero no extrañada; al fin y al cabo, era un berserker. Y los berserkers eran animales de todas, todas.

Y, poco a poco, Daimhin se dejó caer sobre él, abriéndose como una flor a su invasión. Aunque su cerebro no podía registrar el hecho de que ella, una vaniria, se estaba entregando por voluntad propia a un hombre, y no a uno cualquiera, sino a uno de un clan que no era el suyo, cuyas diferencias les habían separado durante milenios.

¿Y acaso importaba? Solo importaba su objeto y salir de ahí. Escapar de ese lugar con posibilidades de sobrevivir. Y esas posibilidades pasaban por obedecer a las zorras de las Agonías.

No había más.

Daimhin se dejó caer de golpe en él. La impresión fue abrupta y violenta. Necesitaba aquello, y al mismo tiempo, quería huir de ahí.

—Por todos los dioses… —gimió Steven sujetándola por las nalgas para que no se empalara tan salvajemente—. Con cuidado, sádica.

—No hay tiempo para tener cuidado —murmuró ella con su boca pegada en su cuello. Deseaba morderle mientras se sentía enardecida y dilatada por él. Se impulsó hacia abajo hasta clavarse un poco más, aunque Steven intentó detenerla, sin éxito—. Vamos a acabar con esto.

El dolor vendría, siempre lo hacía, no tenía dudas sobre ello. Al final, todos eran iguales, todos los hombres utilizaban esa herramienta del mismo modo, ¿no?

No. La vaniria estaba equivocada.

Porque «acabar con esto» no era, ni de largo, lo que ella imaginaba.

Daimhin lo mordió al tiempo que Steven empezó a moverse en su interior. Con lentitud y parsimonia, sin perder el ritmo ni la profundidad.

No. Él no era como los hombres que la maltrataron. Ni por asomo.

Y Steven se encargó de demostrárselo mientras la poseía, de un modo nada agresivo, permitiendo que fuera ella quien llevara el tempo y encontrara su movimiento. Porque lo más importante era saber que él estaba dentro de ella. A partir de ahí, que Daimhin lo usara como mejor le conviniera.

Ella se quejó levemente mientras se mordía el labio inferior, concentrada en la invasión, en la posesión voluntaria de su cuerpo, colgada de su cuello, rozándole la yugular con los labios.

—Muérdeme —le pidió él, enredando una mano en la larga melena rubia de ella. Nerthus la había peinado, y parecía que jamás iba a despeinarse con ese recogido. Steven se la imaginó salvaje y entregada a sus cuidados, completamente liberada. Aún quedaban varios asaltos para ello, pero iba a saborear ese momento. Porque estaba haciéndole el amor a Daimhin—. Venga, sádica. Lo estás deseando…

—¿Quieres que te deje otra vez débil? —preguntó ella respirando entrecortadamente.

—¿Y crees que esto no me deja? —replicó él ahogando una sonrisa.

Daimhin jamás había pensado en las consecuencias físicas que tenía para los hombres practicar sexo. Desde luego, no eran las mismas que para ella.

—¿Cuándo vas a empezar a hacerme daño? —la pregunta le salió de repente, sin filtro para procesar, ni tampoco con miedo por una respuesta inadecuada. Le daba igual.

Steven detuvo el movimiento de sus nalgas y retiró el cuello, triste por aquella pregunta.

—Lo que sea que viviste ahí, donde fuera que te tuvieran —gruñó abatido—, no tiene nada que ver conmigo.

—Pero eres un hombre —prosiguió ella abriendo los labios, buscando su cuello con ansia—. Es lo que sois. Es lo que hacéis.

—No. —Steven negó con la cabeza, buscando los ojos plenos de deseo y lujuria de la joven. Nada. Ahí no había miedo, sino la confirmación de lo que para ella era su verdad. La única que conocía—. ¿Te lo demuestro? Muérdeme.

Daimhin negó con la cabeza, al tiempo que se pegaba a su cuello y se abrazaba fuerte a él. Pero su voluntad la traicionó. Le mordió clavándole los colmillos hasta la vena.

Steven aprovechó para empujar un poco más en ese momento y prepararla con ese líquido perlado afrodisíaco de los berserkers, que servía para dilatar y facilitar la posesión.

Cuando la bañó por dentro, volvió a empujar. Posiblemente no la penetraría por completo, pero sí lo suficiente como para que ella recordara que no había nadie como él.

Daimhin empezó a beber, sin detener sus caderas que iban solas, haciendo resbalar el falo del berserker en su interior.

Steven echó el cuello hacia atrás. Le daba gusto que ella lo mordiera y lo marcara. Pero combinado con la unión de sus sexos lo lanzaba al orgasmo en un santiamén.

La vaniria se movía cada vez más rápido y bebía con un hambre desaforada.

Entonces, Steven, del mismo impulso, tuvo que apoyar la espalda en la roca. El agua bamboleaba de un lado al otro, y leves gotas de sangre se deslizaban por su torso hasta el agua, tintándola ligeramente.

Y entonces, la explosión les llegó a ambos de manera inesperada, como los fuegos artificiales que nadie avisa de que van a llegar.

Daimhin desclavó los colmillos y gritó abrazándose a él como si fuera su salvavidas. Steven rugió como un animal, provocando que el sonido rebotara en el interior de la cueva, eyaculando en su interior y dejando en ella toda su alma y sus buenas intenciones.

Se habían corrido a la vez, llegando de la mano al éxtasis más sublime que Daimhin había experimentado jamás.

XIV

Daimhin no se atrevía a moverse.

Steven tampoco.

Ella aún tenía el sabor de su sangre en la boca.

Él aún la sentía palpitando a su alrededor.

Ambos temblaban por el orgasmo de luz y color que les había barrido de arriba abajo, convirtiéndoles en polvo, y haciéndolos renacer de nuevo, como si nunca hubiesen existido, como si hubieran existido juntos desde siempre.

—¿Sádica? —Steven tuvo que aclararse la garganta, dormida también por el placer, como el resto su cuerpo—. ¿Estás bien?

—¿Cómo no va a estar bien? —las tres Agonías se materializaron frente a ellos, fuera de la improvisada bañera con orquídeas flotantes—. Si nosotras estamos de maravilla, esta chica tiene que estar mejor todavía —Brunnylda se ventiló con la mano como si fuera un abanico—. Ha sido muy caliente, ¿verdad? Dos guerreros de razas distintas y poderosas haciéndolo justo delante de nosotras. Nos habéis nutrido. Muchas gracias.

Daimhin se deslizó poco a poco del cuerpo de Steven, hasta que él resbaló de su interior. La joven no quería mirarlo a los ojos. De hecho, ni ella quería mirarse a sí misma, avergonzada y asustada por igual debido a las fuertes sensaciones experimentadas, jamás imaginadas.

Así que se mantuvo en silencio, deseando salir de ahí cuanto antes, con la cabeza hecha un lío porque lo vivido con Steven, aunque en la práctica era muy parecido, no se ajustaba en nada a los terrores que ella tenía y que había vivido.

Se suponía que las Agonías debían estar satisfechas y que ahora ya le podían dar el objeto e irse de allí con Steven; y cuando antes se fuera y olvidara, mejor.

—El objeto. —Daimhin se dio la vuelta sin mediar palabra con el berserker, con el pelo rubio perfecto, como si nunca hubiera hecho nada fogoso con él. Levantó la palma de la mano derecha hacia arriba, con exigencia—: Venga, dámelo. Tenemos prisa.

Brunnylda negó con la cabeza de forma cantarina.

—No, no, no bella Barda. Esto que has hecho es para llevarte al guerrero. Ahora tienes que hacer algo más para que yo te dé el objeto.

—Ese no era el trato —gruñó Steven.

—Sí lo era, musculitos —aseguró la *dodskamp* sonriéndole pero, esta vez, sin surtir efecto en él—. Os dije que ibais a hacerme dos favores. El primero ya lo hemos recibido. A cambio, nosotras tres liberamos a Steven, ¿cierto?

Las tres Agonías levitaron sobre el agua. Daimhin y Steven salieron de ella también, de un salto, empapados, no como las ninfas, que estaban igual de secas que cuando las habían visto. Maldita y maravillosa magia.

—¿Cuál es el segundo? —inquirió Steven.

—El segundo es a lo que tienes que acceder para que te demos este objeto —Brunnylda se llevó la mano a la espalda y sacó algo rectangular y de piedra de ella.

Electra revoloteó alrededor del objeto poniendo caras de disconformidad.

—Eso no es ningún objeto —dijo Steven—. Es un ladrillo. ¡Nos han engañado! —gritó queriendo agarrar del pescuezo a las tres mujeres.

—No es un ladrillo, estúpido —contestó Brunnylda muy arisca—. Las Agonías jamás mentimos.

Debería arrancarte los ojos solo por insinuarlo. Es un objeto de los dioses.

—Brunnylda tiene razón. Es el objeto. Pero está hechizado —convino Electra con su vocecilla—. En el Asgard, al igual que hay hadas que pueden ayudar a buscar dos tesoros, hay tesoros que pueden tener dos funciones. Son hechizados para ello por los elfos de la luz. Cuando estos objetos ya hayan cumplido la primera función se convierten en piedra, para ocultarse a ojos de todos a la espera de que el siguiente buscador los halle.

—Pero es mío —dijo la vaniria—, lo he encontrado ¿Por qué no se muestra ante mí?

—Porque se debe conocer la magia que le rodea para mostrarlo de nuevo —contestó Brunnylda alzando el dedo índice como una sabionda—. Si un elfo de la luz deja a oscuras a un objeto divino, solo el elfo de la luz lo puede iluminar de nuevo. Dichos del Asgard —añadió resuelta.

Steven miró a Brunnylda y a Electra alternativamente. Los elfos de la luz estaban en el Asgard. No podían descender porque el Asgard estaba cerrado. En cambio, los *Svartálfar* de Loki sí habían abierto su reino al Midgard. Conclusión: estaban acabados.

—No vamos a poder descubrir qué es —dijo Steven pasándose la mano con impotencia por la cresta—. Es imposible. No hay ni un maldito elfo de la luz en el Midgard.

—Yo no estaría tan seguro de eso —argumentó la Agonía sonriente—. De hecho, si aceptáis que vayamos con vosotros, os puedo asegurar que tengo el modo de dar con un elfo de la luz, uno auténtico. Un hermitaño que todos los seres de Nerthus conocemos.

Daimhin frunció el ceño.

—En el Midgard no hay elfos de la luz. No nos mientas.

—¿Estás segura? En el Midgard hay Agonías, *huldre*, berserkers, vanirios, valkyrias, einherjars e hijos de dioses… ¿De verdad te ves con la verdad de admitir que no hay ni un solo elfo de la luz aquí?

La joven entrecerró los ojos naranjas e inclinó la cabeza a un lado.

—No puedes leerme la mente. Ni lo intentes —la amenazó Brunnylda.

Daimhin arqueó las cejas rubias, mirándola con cara de póquer.

—No iba a hacerlo.

—Venga —la Agonía dio una palmada—. Decididlo ya, porque no tenemos todo el tiempo. Llevadme con vosotros y os diré donde hallar al misterioso elfo, el único que puede revelar lo que esconde la piedra.

Steven se cruzó de brazos y miró fijamente a Daimhin, la cual todavía continuaba sin devolverle la mirada. Se sentía colérico y perdido con la reacción de la joven Barda. Lo estaba ignorando como si deseara borrar de su recuerdo a ambos haciendo el amor.

—Vamos a dejar que las Agonías nos acompañen —ordenó él sin inflexiones.

—Pero, los *huldre* y ellas… —apuntó Daimhin.

—Los *huldre* deberán claudicar ante tus decisiones, Daimhin —contestó Brunnylda—. Eres su Barda. Su mensajera. La elegida de todos ellos. Su princesa, y puede que su futura reina.

—¿Reina? ¿De qué mierda hablas? —Steven se descruzó de brazos, alerta con lo que suponía aquella palabra. Brunnylda se echó a reír—. ¿De qué te ríes, Agonía?

—El príncipe Raoulz no os ha hablado de esto, parece.

—¿De qué?

—Con la muerte de Khedrion, el líder *huldre* de los países escandinavos, el hermano mayor de Raoulz —explicó estudiando las reacciones de la pareja—, el mundo *huldre* se queda sin su rey. Es Raoulz ahora quien accede al trono. Raoulz y los suyos buscan un cambio de dimensión lejos de los Nueve reinos, pero no quiere irse de aquí sin una reina consorte. Los *huldre*, los elfos en general, creen firmemente en la leyenda de la Reina Barda de los elfos y las hadas. Una mujer que llegaría en los

últimos días para contactar con su mundo y viajar con ellos al mundo feérico *huldre*. Raoulz sabe que tú eres esa mujer. La Barda destinada a enlazar mundos, a leer el suyo propio y a crear junto a ellos un orbe de leyenda lejos de este reino de destrucción.

—¿Yo? —Daimhin se llevó la mano al pecho.

—Eso no va a pasar —convino Steven con el gesto más duro y frío que el hielo—. Daimhin no va a viajar con ellos a ninguna parte.

Brunnylda le hizo una revisión rayos x.

—Eso, lobito, no lo vas a decidir tú —oteó a su alrededor y chasqueó con la lengua—. Los bardos y los elfos tienen lazos místicos. Son como… la Luna y las estrellas. Van juntos.

—No creo —zanjó Steven muerto de rabia y celos.

—Sacadnos de aquí —pidió Brunnylda—, y viajaremos con vosotros como un ejército más. Estamos esperando al resto de Agonías. Seremos muchas y os ayudaremos.

—Vosotras no sabéis luchar —contestó Steven.

—Nuestras armas, guapo —Brunnylda se acercó al guerrero, moviendo las caderas con sensualidad. Lo tomó de la barbilla y se la levantó, aunque él era mucho más alto que ella—, son otras contra las que ningún hombre puede luchar. Podríais utilizarnos para que juguemos a vuestro favor. Lo haremos encantadas, porque es justo lo que desea Nerthus. Y ella es nuestra diosa.

Daimhin valoró las posibilidades. Obviamente, las *dodskamp* tendrían que acompañarles o sino no podrían salir de aquí. El único problema era que los *huldre* no las querrían ni ver. El pro más importante era que lucharían con sus armas y les ayudarían en ese viaje para hallar al misterioso elfo de la luz.

Para Daimhin estaba claro. Las necesitaban.

Aún extraña y placenteramente dolorida por las angustiosas y aterradoras sensaciones que había despertado en ella el cuerpo de Steven, buscó a Electra con la mirada, preguntándole tácitamente si era buena idea que Brunnylda y sus chicas les acompañaran.

Electra, una hada muy práctica, se encogió de hombros y revoloteó sobre su cabeza.

—No se trata de si es buena idea o no. Lo más importante para ti es que la piedra se muestre tal cual es. Ese es tu cometido. Y nada, nada, puede desviarte de él. Que vengan, si tienen que venir y te guíen hasta el *Alf*.

Daimhin asintió con convencimiento porque no tenía más remedio. La idea de que esas mujeres que revolucionaban a los hombres de ese modo viajaran con ellos la incomodaba. A Raoulz no le haría ninguna gracia. Y a ella tampoco. Los *huldre* no podían ser corrompidos por esas ninfas.

Daimhin no lo permitiría.

—De acuerdo. Vendréis con nosotros. Con la condición de que dejéis a los *huldre* tranquilos. Necesitamos permanecer unidos y concentrados.

Brunnylda meditó la norma de la Barda y al final accedió con desgana:

—Está bien.

—Entonces, abrid la pared.

Las Agonías sonrieron abiertamente. Steven, por su parte, no valoraba la decisión negativamente. Si las Agonías no podían seducirle ya, sí que podrían seducir a Raoulz. Eso le mostraría a la vaniria que ni el *huldre* más digno y espiritual estaba a salvo del influjo de seducción de una mujer. O eso esperaba.

Brunnylda le dio la piedra rectangular a Daimhin y, después de eso, colocó la palma de la mano hacia delante, como si fuera a emanar un rayo láser de ella. Entonces, susurró:

—Que lo que permanece sellado se abra.

Dicho esto, la roca se quebró y una grieta, la misma que habían atravesado y que la recorría de arriba abajo, la partió por la mitad y se ensanchó todavía más para que pudieran pasar todos.

Al otro lado, aún de espaldas, y en silencio, los *huldre* esperaban impacientes la llegada de su Barda y el objeto, pero bajo ningún concepto esperaban la compañía de las Agonías.

Todos tensaron las espaldas y las orejas puntiagudas se alzaron como si olieran el peligro a un palmo de sus cuerpos. Y así era. Lo que los *huldre* más temían estaba tras ellos, con caras sonrientes y pizpiretas al saber que podrían jugar con los elfos de Nerthus.

—¿Qué significa esto? —preguntó Raoulz sin mirar a Brunnylda en ningún momento. Mirarla sería caer en su embrujo. Las Agonías habían sido creadas para fastidiar a los *huldre*. No había más.

—Daimhin ha accedido a que nos acompañen —explicó Steven orgulloso, sabiendo que esa contestación no gustaría a Raoulz—. Pueden ayudarnos.

—¿Ayudarnos? ¿Cómo? —dijo incrédulo—. Ellas solo acarrean frenesí y perversión. Caos. Nada más.

Brunnylda levantó una ceja rubia y sonrió.

—Vaya, vaya… Cuánto miedo nos tienes, príncipe Raoulz.

—Ya tenemos el objeto —intervino Steven—. Pero está hechizado y convertido en piedra. Necesitamos a un elfo de la luz para que quite el hechizo que lo cubre.

Raoulz desvió los ojos hacia la Barda y el objeto de piedra que sostenía.

—¿Tú estás bien, princesa? —preguntó el moreno *huldre* con preocupación—. ¿Te han hecho algo?

—Oh, ya lo creo que sí… —murmuró Brunnylda.

Daimhin tragó saliva y miró hacia otro lado atribulada. ¿Tenían que hablar de ello ahí delante?

—¿Estás bien? —volvió a preguntar Raoulz. Sus ojos oscuros y su piel, con aquellos extraños tatuajes, brillaron con tonos plateados, como si estuviera furioso.

—Sí —contestó ella.

—¿Te han obligado estas rameras de Nerthus a hacer algo que no quisieras hacer?

La vaniria no sabía dónde meterse. Por supuesto que la habían obligado a hacer algo que ella jamás habría hecho. Y lo peor era que, para su estupefacción, había disfrutado. No fue desagradable. Para nada.

Steven, por su parte, pensó: «Dile cuánto te ha gustado estar conmigo».

Pero Daimhin nunca diría algo así, y más aún cuando no pensaba que lo sucedido en aquella bañera de piedra fuera nada especial o mágico. ¿Habría sido un polvo más? ¿Un acto sexual más para ella?

—¿Necesitamos a un elfo de la luz, princesa? —volvió a preguntar Raoulz ante su silencio.

Brunnylda y Steven pusieron los ojos en blanco, como si encontraran tediosa la reverencia de la voz del *huldre*.

Daimhin asintió con la cabeza. La vaniria tenía un brillo íntimo y extraño en la mirada que no pasó desapercibido a Raoulz. Y al elfo no le gustó nada.

Sin embargo, no podía obcecarse con eso. La Barda era una persona importante, un ser que podría cambiar todas las realidades, porque así estaba escrito y así lo decía el viento.

Raoulz la necesitaba. Y la veneraba. Obedecería y cumpliría sus deseos.

—Entonces, estamos en el país equivocado. El elfo que buscamos no está en Escocia, princesa —concedió Raoulz.

—¿Lo conoces? —preguntó ella esperanzada.

—Todo los seres de Nerthus lo conocen.

—Eso ya se lo he dicho yo —añadió Brunnylda hastiada.

—Pero él no habla con nadie —Raoulz la ignoró—. Enloqueció esperando la llegada de un bardo orador. Tal vez —sonrió complacido con Daimhin—, ese bardo está al caer. Puede que él siempre te esperase.

Ella asintió embobada con las palabras del elfo. Le encantaba cómo la trataba, como si fuera pura y limpia, un cristal que debía cuidarse y mimarse.

Y, aunque ella no era de cristal, sí que le gustaba que alguien lo pensara.

—¿Adónde debemos ir, Raoulz, oh, maravilloso príncipe de los elfos? —preguntó Steven con inquina, deseoso de arrancarle la cabeza al pomposo *huldre*.

—A Gales —contestaron Brunnylda y Raoulz a la vez, evitándose el uno al otro.

—Bien. —Steven tomó la piedra en sus manos, pero Raoulz lo tomó de la muñeca para que se detuviera—. ¿Qué haces, elfo?

—Los Svartálfar, los elfos oscuros, nos persiguen. Van tras los bardos y te aseguro que tienen un radar para ellos. Y pueden sentir la presencia de este objeto si de verdad ha sido manipulado por los dioses. No puede estar a la vista aunque solo sea una piedra, puesto que no solo es una piedra —argumentó Raoulz.

—No me hartes con tus acertijos, Legolas. ¿Qué sugieres?

Raoulz se quitó la capa de la espalda y cubrió con ella la piedra hasta hacerla invisible. Después se la ofreció de nuevo a Steven.

—Ahora ya la puedes cargar, berserker —dijo condescendiente—. No la podrán percibir.

—Todo un detalle. —Steven sonrió falsamente. Tomó de la mano a Daimhin, casi a la fuerza, para que caminara junto a él. Pero esta retiró la mano como si el contacto la quemara. Él buscó su mirada, pero Daimhin lo rehuía—. Como quieras —susurró adelantándose al grupo para buscar la salida de la cueva hasta el castillo de Lochranza.

Ella carraspeó y, cabizbaja, con Electra sobre su hombro, siguió a Steven. La situación era incómoda. El berserker y ella habían tenido relaciones sexuales, y el *huldre* la miraba como si estuviera enamorado. En sus ojos carbón no había ni un resquicio de lujuria que, en cambio, sí había en los ojos amarillos del guerrero de Odín.

Raoulz la respetaba. Su actitud hablaba de flores y poesías. Dos elementos que Daimhin amaba y que le daban vida.

Steven, en cambio… No hablaba ni de flores ni de poesía.

Raoulz la siguió, protegiéndole la espalda. Tras él, su ejército se alineó a su alrededor.

Brunnylda y las dos Agonías sonrieron victoriosas, comiéndose con los ojos a los guerreros de Nerthus.

La líder Agonía sabía que sería un viaje tenso e interesante.

Lo que no podía entender era que Daimhin tuviera dudas entre Steven y Raoulz.

¿Se había vuelto loca?

Era cierto que vanirios y berserkers no se podían ni ver, al menos, hasta donde ella conocía. Y, sin embargo, sí podían tener relaciones sexuales entre ellos.

En cambio, era una verdad universal, un dogma consabido, que en el mundo feérico de Nerthus el *huldre* era más para la Agonía; esta era la única ninfa capaz de despertar su instinto salvaje y agresivo. Y las Agonías amaban los juegos y la seducción.

Y tenían una aventura juntos hasta Gales para probar esa verdad a Raoulz.

Sin embargo, después de salir a paso ligero de los túneles bajo el castillo y asomar la cabeza al exterior de las ruinas, ninguno de ellos esperó encontrarse con una nube de vampiros sobre sus

cabezas y decenas de purs rodeando lo que quedaba de lo que una vez fue una hermosa fortaleza custodiada por un lago.

El cielo cenizo presagiaba una batalla de esas que se grababan en la tierra para siempre. El humo les rodeaba, el vapor del agua ardiente del lago se alzaba y desaparecía como un recuerdo en el viento.

Sobre ellos, vampiros de todos los tipos, personas en otros tiempos, volaban en círculo como un aquelarre de buitres, esperando a que sus presas murieran para ir a por ellas.

Daimhin alzó la cabeza junto a Steven. El berserker llevó la mano a su *oks*; Daimhin lo hizo para coger su espada, sin perder de vista a sus enemigos.

Electra silbó impresionada.

—No podemos caer aquí, Barda —le dijo al oído.

Daimhin negó con la cabeza. Estaba decidida a cumplir su cometido y llegar hasta donde tuviera que llegar. Pero no iba a morir ahí. Ni hablar.

—Electra, aquí —Daimhin se abrió un poco el escote de su corsé y la pequeña hada se escondió para protegerse.

Los *huldre* rodearon a la pareja para protegerles. Pues era igual de importante Daimhin como Steven. No debían olvidar que los Svartálfar habían atacado a los bardos y a sus respectivas parejas.

Ergo, Steven y Aiko también les incomodaban.

Raoulz lo sabía, por eso pidió a los *huldre* que guardaran las espaldas de los dos.

Las Agonías, por su parte, se colocaron frente a los elfos, que miraban hacia el cielo, cuidadosos de no cruzar sus ojos con los de las hermosas mujeres hipnotizadoras.

—No podemos hacer nada contra los purs —anunció Brunnylda—. Pero sí podemos manipular a esos de ahí arriba —señaló a los vampiros—. Siguen teniendo naturaleza humana. Y a los humanos les atrae el sexo más que a un tonto un lápiz. Vosotros vigilad a los gusanos intraterrenos. Nosotras tres iremos a por los murciélagos.

Las tres *dodskamp* levitaron sobre los elfos y se expusieron a las miradas de los vampiros, que no tardaron nada en observarlas y mirarlas como alimento.

No se distrajeron los viscosos purs y etones, que no tardaron nada en cercarlos, como hacían con cualquier brizna de vida que asolara ese lugar de muerte.

Las Agonías atrajeron a los vampiros, al mismo tiempo que los jotuns de Loki atacaron en tromba a Daimhin y los demás.

Los *huldre* golpearon sus bastones contra el suelo, y estos se hicieron largos como pértigas. Con ellos manipulándolos por encima de sus cabezas como si fueran helicópteros élficos, dieron un salto para abalanzarse en círculo contra cada uno de los jotuns.

—¡Que no toquen a la princesa! —clamó Raoulz.

Steven deseaba una guerra en ese preciso momento. Él protegería a Daimhin y, de paso, rebanaría algunas gargantas para desahogarse.

Raoulz y su educación; Raoulz y su magia; Raoulz y su porte feérico, tan ideal y atrayente para una barda, lo ponían de mal humor. Porque resultaba que la barda que el elfo quería era su pareja, su *kone*. Y aunque acababan de unir sus cuerpos frente a las Agonías, nada estaba dictaminado ni sentenciado entre ellos.

Ni *comharradh*. Ni intercambio de *chi*. Ni *te quieros*. Nada. Nada que dijera a gritos que era su pareja. La única.

Solo una marca en el cuello que ella repudiaba y su sangre conviviendo en el cuerpo de la vaniria.

Pero, aunque para otros sería suficiente, él no tenía ni para empezar.

Su corazón pedía más.

Los dioses querían más.

Y aunque la situación requería actuar con más celeridad e incluso dominación, lo último que él haría sería forzarla a aceptar nada.

No iba a ser así con ella. Muchos la habían maltratado sin tener en cuenta sus deseos. Él no iba a ser uno más.

—Sádica… —Steven la miró de reojo, porque no permitiría que la chica, de nuevo, se cerrara en banda avergonzada por lo que había pasado entre ellos. Porque si lo hacía, Raoulz, que era todo lo contrario a él, nada pasional, nada visceral, nada físico, la ganaría. Y entonces, Steven moriría de pena por no poder conseguir lo que más había querido en su vida: alguien que lo aceptase tal y como era.

—¿Qué? —Ella lo miró fugazmente.

Steven estudió su perfil perfecto. Daimhin era hermosa y etérea como un hada. Con razón los elfos la querían para ellos.

—¿Qué quieres? —repitió ella agarrando su espada con ambas manos, preparada para el envite de dos purs rastreros.

Él sonrió y se encogió de hombros.

—Ten cuidado de que no te maten.

—Nadie me va a matar —gruñó ella.

—Bien. —Steven pasó los dedos por la hoja de su hacha vikinga—. Porque sería una pena que murieses sin saber cómo besar.

Ella lo miró de golpe. Steven se echó a reír al ver la cara de estupefacción y agravio. Y, dioses… Le pareció tan hermosa que le dolió el pecho.

Estaba perdidamente enamorado de ella. Era su pareja de vida, maldita sea.

—No me mires así —le dijo él—. Si quieres, puedo enseñarte. Tal vez, más tarde.

—¿Cómo dices? —dijo ella olvidando por completo la presencia de los purs y los vampiros.

—Atenta.

Steven alzó el *oks* por encima de su cabeza y clavó la hoja en la cabeza de un purs que viajaba por debajo de la tierra, levantándola y mostrando su trayectoria.

Daimhin dio un salto para apartarse, preguntándose si de verdad Steven no había disfrutado sus besos. Pero sí lo había hecho. Lo recordaba perfectamente.

—Eres un mentiroso —lo increpó ella—. «Quiero besos así de buenos días» —repitió en voz alta lo que Steven había pensado en ese instante, en el interior de la cueva.

Steven se echó a reír y negó con la cabeza. No debía olvidar que la vaniria estaba en su mente, a diferencia de él.

«Pequeña tramposa».

Fue Daimhin la que sonrió esta vez, mientras atacaba a un purs que intentaba rodearla con sus viscosos brazos. Ella le dio una patada voladora, y aprovechando que aún estaba en el aire, le cortó la cabeza con la *katana*.

Los purs no dejaban de salir del interior del lago, rodeando por completo a los *huldre*. Pero los elfos eran rápidos y estupendos guerreros que se movían como un solo bloque.

Las Agonías atraían a los vampiros hacia las montañas, alejándolos del foco de la batalla.

Al parecer, el conflicto iba a desaparecer con rapidez: solo debían encargarse de matar con rapidez a todo purs que saliera de las aguas del lago. Y no dejaban de aparecer.

Empezaron a caer gotas del cielo oscurecido.

Raoulz no dejaba de mirar el lugar por el que habían desaparecido las Agonías, como si algo malo hubiera pasado. Y entonces lo vio: sobre la colina que antes había sido verde, ahora había un pequeño embudo grisáceo electromagnético que se abría ante ellos. Eso solo quería decir una cosa: elfos oscuros.

—¡Svartálfar! —gritó Raoulz—. ¡Las Agonías están en peligro!

Pero eso no fue lo único que pasó. De repente, los *huldre* se detuvieron y alzaron las cabezas para mirar las nubes cenizas y negras que oscurecían el lugar.

—¿Qué pasa? —preguntó Daimhin acabando con la vida de un nuevo jotun.

—Las nubes —dijo Raoulz. Su melena negra ondeó por el viento apocalíptico. Varios mechones cubrieron sus ojos—. También hay algo en las nubes.

Un relámpago iluminó el cielo, y tras la primera fulminación, vinieron varios más hasta convertir un pequeño chispeo de agua en una descomunal tormenta eléctrica.

Daimhin abrió los ojos con asombro, levantó su espada y gritó, al mismo tiempo que empezaban a llegar hasta ellos las serpientes voladoras y doradas de los elfos oscuros:

—¡Valkyrias!

XV

Gúnnr y Róta descendieron a través de sus lianas eléctricas. Sus ojos rojos parecían faros de sangre en medio de la lluvia, al igual que las serpientes doradas que atacaban a los *huldre*, a Daimhin y a Steven.

Los elfos podían materializarse en vapor, o en viento, como así hicieron… Pero Daimhin y Steven solo podían esquivar los brazaletes dorados como podían mientras atacaban a los purs para que retrocedieran.

Las valkyrias conocían la triste realidad de Escocia. No había ni un ser vivo sobre su superficie. Ni animales, ni aves, ni peces, ni humanos… Nada. Lo habían aniquilado todo. Y, seguramente, poco a poco, el Midgard, tal y como lo conocían, sufriría la misma suerte en su totalidad.

Absolutamente todo arrasado. Es más, cuando Ardan y los demás pensaban que ya no quedaban purs, estos se habían vuelto a reproducir para su estupefacción. Y no lo entendían. Pues Isamu había asegurado que las esporas funcionaban, y los dos einherjars que quedaban en pie, Teo y Ogedei habían barrido los mares del norte con ellas. Sin embargo, los esbirros del Timador seguían emergiendo del agua dulce y salada, como si ya les diera igual en qué hábitat desarrollarse.

Sin embargo, después de barrer el territorio en busca de supervivencia, y volver sin esperanzas al hallar solo muerte, las dos valkyrias captaron las energías oscuras de los Svartálfar. Eran seres descendidos del Asgard, al igual que ellas; y los elfos desprendían una vibración magnética muy perceptible para las valkyrias. Nerviosas al notar su presencia viajaron por los cielos hasta encontrar el foco de su aparición, y se encontraron con más *huldre* como los de Noruega, con las serpientes doradas de los elfos oscuros sobrevolando Lochranza y con Steven y Daimhin, luchando codo con codo para salvar el pellejo.

Lo más sorprendente para ellas fue encontrar al berserker y a la vaniria. Habían regresado algunos cabezas rapadas de la última batalla, aunque no todos; y entre las bajas sensibles contadas estaban las de Daimhin y Carrick. Además de Steven. Un hombre al que Ardan no había cesado de buscar.

Nadie les había encontrado.

Y tampoco había hecho falta. Dos de esas tres bajas estaban ante ellos, peleando junto a los *huldre*, siendo atacados por las armas mortíferas de los Svartálfar, cuya presencia se antojaba inmediata.

El pelo rojo de Róta daba bandazos de un lado al otro mientras su energía eléctrica se arremolinaba a su alrededor.

—El agua —señaló Róta—. ¡Hay que achicharrar a los adefesios! ¡Tienen que dejar de salir!

Gúnnr asintió firmemente. Ella tenía la réplica de Mjölnir colgada al cuello, recuerdo de su padre, Thor. Sus ojos rojos observaron la nube de vampiros que sobrevolaban un pequeño cerro cerca de Lochranza, a pocos metros de donde estaba la puerta estelar por la que harían su teatral aparición los elfos oscuros, como siempre.

Y eran unos enemigos temibles.

Gúnnr cerró los ojos, se llevó la mano al collar y susurró:

—Padre.

El collar se convirtió en el martillo castigador de los cielos, líder de las tormentas y los temblores, mutilador de jotuns por excelencia. Gúnnr lo levantó por encima de su cabeza, y esperó a lanzarlo contra lo que fuera que iba a salir de la puerta estelar, sin miedo a que fuera engullido por el agujero, porque el tótem de su padre siempre regresaba a ella.

Róta lanzaba rayos a diestro y siniestro en el agua, quemando a los esbirros pegajosos y babosos que salían de ella, sin darles una oportunidad.

Los *huldre* lograron ventaja apoyados por las dos valkyrias, factor que utilizaron para adelantarse e inclinar la balanza de aquella batalla a su favor.

Raoulz sabía que tenían que ganar y sacar a la Barda de allí, pues ella era la esperanza de dos pueblos, aunque aún no lo supiera: del Midgard y de los *huldre*. Mientras golpeaba en el estómago a un purs con el extremo de su bastón y ordenaba a una piedra de la orilla del mismo lago a que aplastara a dos más que salían a cuentagotas de sus profundidades, observó a Daimhin y al berserker.

Steven peleaba junto a ella como si fuera lo último que hiciera en la vida. Realmente, era un guerrero encomiable y valeroso. Pero Steven no comprendía el calibre de la perla que llevaba con él. Y Daimhin merecía a su lado a un compañero que la tratara como un diamante, que hiciera que brillase cada día, cuya compañía la tranquilizase para que obrara su magia con facilidad. Y eso se lo podría dar él en su mundo. Solo él.

No obstante, la mirada asesina de la joven estaba teñida del brillo de la felicidad. No había duda de que sentía satisfacción con la venganza. El alma de Daimhin había sido seriamente corrompida, pero él la sanaría.

Ella solo tenía que aceptar.

Cuando el último purs pereció bajo su potente y mágico bastón, un grupo de Svartálfar, elfos de piel negra, pelo del color del carbón, y ojos blancos y rasgados, salieron de aquel embudo cuántico y se quedaron a los pies de la pequeña montaña que sobrevolaban los vampiros para otear el panorama y localizar a la presa que buscaban con tanto ahínco. Vestían con ropas metálicas doradas y negras.

Y era muy normal que la detectaran con facilidad, porque, los bardos eran imanes para los elfos, fueran de la naturaleza que fueran. Ya fueran *huldre*, *elver huldre*, *alfs* o *Svartálfar*. Ellos debían transmitir su sabiduría a los humanos, y eran faros para ellos.

Normal que Daimhin también lo fuera para los oscuros. Pero Raoulz y los suyos no permitirían que se la llevaran a ningún lado. Ni tampoco ese par de valkyrias que se habían unido a la lucha. Una de ellas lanzaba un martillo con fuerza contra los Svartálfar, golpeándolos y devolviéndolos de nuevo al agujero.

Raoulz sonrió maravillado. Esa guerrera era fascinante y les harían ganar mucho tiempo.

En realidad, los vanirios y los berserkers eran superiores a los purs y los etones en igualdad de condiciones. Pero aquello no era igualdad de condiciones. Por cada *huldre* que había salían a la superficie veinte jotuns.

Daimhin luchaba como una samurái, sin descanso y con disciplina, pero eso no le había hecho evitar algún que otro corte o quemadura a manos de los purs.

Al igual que Steven.

Steven era un auténtico animal salvaje peleando. Había completado la mutación y se veía enorme a su lado. Un hombre capaz de aplastar con su bota a cualquiera que se pusiera en su camino.

Sin embargo, algo le sucedía. Algo extraño e inquietante. No podía dejar de vigilarle, como si velase por él para que no le pasara nada. Si le hacían daño, ella misma sentía ese corte en su corazón, y no lo soportaba.

Hasta que, al final, se dio cuenta de que no luchaba por defenderse a ella misma, sino por defenderlo a él. Ni siquiera con Carrick le había pasado eso. Porque Carrick y ella se apoyaban en las batallas, pero su lucha no llegaba a aquel grado de obsesión por mantenerlo a salvo. Con Steven sí. Y la sensación de miedo la desequilibraba.

¿Por qué? ¿Por qué con él? ¿De verdad los dioses le habían jugado la mala pasada de enviarle una pareja a ella? ¿A ella, que era una tullida física y emocional y que era incapaz de confiar en nadie que no tuviera su misma sangre?

La marca le quemó y palpitó sobre su piel. Ella apretó los dientes, frustrada al no poder olvidar lo que había sentido con él en su interior. Tan diferente, tan distinto… No podía creer que el acto sexual fuera bueno.

Desde el principio con él, disfrutó. Sus besos eran demoledores y se podría volver adicta a ellos. Pero así como sus experiencias anteriores habían sido dolorosas y menguantes, no le había dado tanto miedo como haber hecho aquello con él. Porque los hombres de Newscientists le provocaban asco y arcadas. Odiaba que la tocaran.

Pero ese berserker de ojos amarillos y cresta naranja rojiza no le provocaba asco, pero sí le asustaba. Steven le asustaba hasta el punto de no querer volver a ser tocada así y, al mismo tiempo, muy interiormente, esperaba con histeria y ansiedad un nuevo encuentro, aunque jamás lo admitiera. Daba gracias que el berserker no podía leer su mente, porque se volvería tan loco como lo estaba ella en ese momento.

—¡Agáchate! —gritó Steven de golpe, saltando por encima de su cabeza con el *oks* retráctil en mano, para golpear una serpiente dorada metálica que estaba a punto de enroscarse en el cuello de Daimhin—. ¡¿Se puede saber en qué estás pensando?! —le gritó él protegiendo su espalda—. ¡Te dije que debías protegerte! ¡No puedo luchar si tengo que fijar un ojo en ti!

La vaniria se sonrojó, pues sabía que Steven tenía razón. No podía distraerse de ese modo, pero las sensaciones que recorrían su cuerpo eran mucho más fuertes que ella, y le costaba controlarlas.

—¡No lo hagas! ¡No me vigiles! ¡Nadie te ha pedido que me hagas de canguro!

—Princesa Daimhin —Raoulz los interrumpió con voz melodiosa y calmada—. Han llegado los Svartálfar. Debemos irnos ya.

El *huldre* miró de reojo a sus enemigos, esperando que la valkyria todavía les mantuviera en vereda. Pero los *Svart* reaccionaban lanzándoles sus venenosos brazaletes, y algunos hasta arrojando sus lanzas metálicas. Tarde o temprano, la poseedora del martillo debería retirarse, o perecería en el ataque con los elfos de la oscuridad.

—¡Daimhin! ¡Steven! —Róta descendió hasta donde ellos estaban, con el rostro lleno de agotamiento. Por lo visto no había dejado de luchar—. Es una alegría veros con vida.

—Igualmente —contestaron ambos.

—No sé dónde demonios os habéis metido, y no voy a hacer mención a vuestras ropas salidas del juego de Zelda, pero tenemos que irnos. ¡Andando! —Róta tomó a Steven del brazo—. Tú, vaniria, no tendrás problemas en volar —comentó observando el cielo—. Esta zona del Midgard está cubierta por una permanente capa de ceniza. Hace días que el sol no llega a estos lares. Miya lo agradece. Seguro que tú también.

—Sí —musitó cuadrando las espaldas—. Pero antes de irnos debemos recoger a Brunnylda y las demás.

—¿A quién? —preguntó Róta como si le hablase en un idioma desconocido.

Daimhin se limpió el sudor de la frente y señaló el cerro en el que estaba la nube de vampiros.

—Los nosferatus no se acercan porque ellas los están entreteniendo.

—¿Quiénes son ellas? —Róta movió las orejas con interés.

—Son d*odskamp*, valkyria —contestó Raoulz con evidencia—. El lastre de cualquier hombre de los Nueve reinos.

—Cualquier hombre viril —señaló Steven con inquina—. Cosa que tú no eres, *huldre*. Puedes estar

tranquilo, ¿no?

—Steven, por favor —Daimhin le llamó la atención como si fuera un niño pequeño, pero el berserker sonrió como si no le importara.

Róta no comprendía aquel intercambio.

—¿Cómo? ¿Agonías? —preguntó Róta con interés—. ¿Y acaso te tienen que acompañar a algún lado?

—Se lo debo —la joven alzó la barbilla—. Van a luchar junto a nosotros.

—O eso, o nos follan a todos —añadió Róta divertida—. Las Agonías no saben luchar. Solo saben succionar energía… ¿comprendes?

—Perfectamente —aseguró Daimhin—. No importa. Les di mi palabra.

—Pero no ves lo más evidente. ¡No tenemos medios para luchar contra esos de ahí! —señaló a los elfos de piel negra—. Son muy peligrosos; ellos, muchos y nosotros, pocos. Debemos retirarnos. Ya no hay tiempo.

Raoulz la miró de arriba abajo, asombrado por la voluptuosidad y la belleza salvaje de la valkyria. ¿Cómo se atrevía a darle órdenes a Daimhin? En ese reino nadie tenía ni idea de quién era ella. Y ese dato lo enervó.

—No —Daimhin se negó en banda—. Les prometí que les dejaría que nos acompañaran. Y ellas están poniendo de su parte. Se han encargado de los vampiros, ¿no? Además, es también el deseo de Nerthus. Las Agonías también lucharán. Y necesitan energía para hacerlo —se encogió de hombros.

Steven la miró con seriedad. Daimhin no sentía deseos de romper su palabra, aun a sabiendas de que esas mujeres se le habían insinuado, y lo harían con todo macho viviente.

Róta exhaló el aire con cansancio y miró a Gúnnr que no dejaba de luchar.

—¡Gunny!

—¡¿Qué?! —gritó la hijo de Thor—. ¡No me ayudes! ¡No hace falta! —añadió sarcástica.

—Debemos electrocutar ese maldito agujero. ¡No dejes que salgan los *Svart*!

—¡Eso intento!

—Y vosotros… —Róta miró a Steven y a Daimhin—. Id a por las malditas Agonías. Tenéis cinco minutos.

La pareja asintió con la cabeza; pero en el preciso momento en el que se daban media vuelta para ir en busca de las ninfas, Raoulz detuvo a Daimhin tomándola de la mano.

—No debes ir tú. No te expongas a más peligro del que ya te amenaza. Iremos nosotros.

—¿Vosotros? —preguntó Daimhin—. Pero si no podéis siquiera mirarlas a la cara.

—No hace falta —aseguró alzando la mano para avisar a su ejército—. Viajaremos a través del viento y las recogeremos. Valkyria —le dijo a Róta—, lleváosla a un lugar seguro. Nosotros iremos donde ella esté. —En ese instante, Raoulz tomó la piedra cubierta con su capa de invisibilidad. La descubrió y le dijo a Daimhin que la sostuviera. Entonces, abrió la capa verde oscura como si fuera un mantel y con ella cubrió a la Barda de arriba abajo, colocándole incluso la capucha—. Ellos tampoco te detectarán así. Y yo sé siempre dónde está mi capa —sonrió afablemente.

—Quítatelo. Huele a elfo —se quejó Steven sintiendo ansiedad por ello.

—No seas maleducado, Steven.

—No se la quitéis —pidió Raoulz—. Eso hará que ganemos tiempo con los *Svartálfar* antes de que puedan llegar de nuevo hasta ella. Mantente cubierta todo el tiempo con la capa, princesa.

—Gracias, Raoulz —agradeció Daimhin.

Raoulz sonrió al tiempo que su cuerpo se iluminaba y se transformaba en polvo transparente que, mecido por el viento, voló hasta el lugar en el que se habían ocultado las Agonías. Iría a buscarlas

aunque no le hiciera ni pizca de gracia. Y lo hacía porque era el deseo de su princesa barda.

—Bien —Róta levantó una mano y gritó con todas sus fuerzas—. ¡*Asynjur*! —Una liana azul eléctrica rodeó su muñeca y ella se agarró con firmeza—. Vamos a tu casa, Steven. ¡Gúnnr! ¡Déjalo ya!

Gúnnr había conseguido hacer retroceder el agujero cósmico hasta casi hacerlo desvanecer. Los Svartálfar ya no podían salir de ahí. Por ahora.

—¡No! ¡No hace falta que me ayudes! —exclamó sarcástica.

—¡Pero si has podido tú sola! —exclamó poniendo los ojos en blanco. Después la señaló con el pulgar y dijo—: Le encanta quejarse.

Steven miró a una y a otra. Las valkyrias tenían fama de caprichosas y locas, y él había dado buena cuenta de ello desde que llegaron a su vida y entraron al ESPIONAGE en tromba y con Johnson en brazos.

Todo había cambiado desde entonces. Nunca a mejor.

Aun así. No las podía odiar. Le caían demasiado bien; y en la batalla eran las más despiadadas. Le gustaban.

—Vámonos —ordenó el berserker mientras abrazaba a Daimhin contra él y la sujetaba con ternura.

—Puedo volar —protestó ella.

—No. Yo te llevo —dijo sin darle la oportunidad de reprocharle.

Róta asintió sonriente y agarró a Steven por aquella extraña camiseta sin mangas. Lo levantó con su fuerza hasta que los tres ascendieron al cielo a través de la hebra eléctrica azulada.

Cuando Gúnnr vio que Róta ya se iba, dejó de enviar rayos eléctricos al portal. Se dio media vuelta, orgullosa del trabajo bien hecho, y los siguió a Wester Ross.

Steven regresaría a su casa y vería con sus propios ojos la descorazonadora y delicada tesitura de la situación que vivían. Todos asumirían su realidad y sus posibilidades de seguir adelante.

WESTER ROSS

Daimhin no podía sentirse mal cobijada bajo la manta invisible de Raoulz, tomada por Steven, rodeada por su corpulencia y su olor. Él la apretaba firmemente contra su pecho, para que nada, ni la piedra ni ella misma se escaparan de su amarre.

Y no lo haría. Huir no estaba en su futuro inmediato, y menos cuando la capa de invisibilidad la ocultaba de aquel mundo agresor y arisco, para rodearla de calor y paciencia. El mundo en el que, sin duda, a ella le habría gustado vivir.

Seguridad. Esa era la palabra que le venía en mente durante aquel vuelo acompañados por Róta y Gunnr.

Steven la ponía nerviosa, cierto. Pero como protector era imbatible. Lograba que se sintiera con las espaldas cubiertas, como si él secundara cada movimiento. Y era una sensación que le gustaba: porque Daimhin no tenia ni idea de delegar y se había jurado que no permitiría que nadie pagara los platos rotos por ella o decidiera por ella, como había estado haciendo su hermano Carrick durante tantos años en Capel-le-Ferne.

Aquel infierno ya había pasado, pero aún quedaban sus cicatrices, más profundas de lo que se imaginaba.

Y aunque Carrick había sido un héroe y Daimhin ya no quería más héroes a su alrededor, Steven era otro héroe más, recién llegado, pero de esos alfa de los que hablaban las vanirias en el local del

RAGNARÖK. El berserker cuadraba a la perfección con las descripciones que había hecho la Cazadora Ruth sobre Adam: territorial, posesivo y muy… ¿Caliente? Sí, Ruth dijo que Adam era caliente. Pero Daanna, Aileen, e incluso Miz hablaban así sobre sus respectivas parejas también. Así que, suponía que Steven tenía un poco de todo: el don de mando de Caleb, el líder de los vanirios; la simpatía y la seducción de Cahal el Druida; el gen protector de Menw el Sanador y… El corazón caliente y posesivo de Adam, el *Noaiti*.

Menudo cóctel noqueante.

Era una combinación que a alguien tímido e introvertido como ella le producía pavor. Y, sin embargo, ahí estaba: restregando la mejilla disimuladamente en su duro pectoral, drogándose con su especial olor a hombre y a fruta: su favorita, nada más y nada menos.

Sí. Ahí estaba: volando sepultada por sus brazos, pegada a su torso, sin que nadie la viera, sin que él pudiera contemplar su rostro agradecido y en paz. Podía ser ella misma y atreverse a soñar en ese paréntesis entre las nubes cenizas, jugando al escondite de las emociones y las expresiones.

Ahí podría ser la Daimhin pura e inocente, la barda que creía en cuentos de hadas y soñaba con hablar con los elfos.

Sin ser juzgada ni señalada. Sin ser compadecida.

Solo era ella agarrada al chico que más le gustaba del mundo.

Y ese leve instante, era algo realmente impagable, además de revitalizante.

Si no fuera por los inquietantes pensamientos de Steven, que ella escuchaba perfectamente, el sueño sería casi reparador.

Pero no podía ser; porque lo que le hacía daño a él le hería a ella como si fuera suyo.

Y Steven tenía mucho por lo que preocuparse, y demasiadas cosas de las que culparse.

Steven no se podía imaginar que su casa iba a ser el último reducto de unión entre los miembros de todos los clanes de Escocia.

Casi se sentía como el *laird*. Ofrecía su cuartel general para uso de todos, y los cobijaba bajo el mismo techo. Allí se alimentarían, sanarían, descansarían y organizarían las nuevas batallas.

Pero no había tiempo para fantasear; porque no era un *laird*.

Ni mucho menos.

Un *laird* no huía de las responsabilidades.

Un *laird* no dejaba que nadie muriese bajo su mando.

Un *laird* no cometía el mismo error dos veces. Ni tampoco abandonaba una guerra en busca de la mujer de la que estaba enamorado en un claro acto de irresponsabilidad e inmadurez.

Y él había hecho todo eso. ¿Qué respeto merecería por parte de todos?

Ninguno.

Y estaba avergonzado porque tenía una charla pendiente con Ardan. Una que serviría para señalar sus vergüenzas.

«¿De qué tienes vergüenza?», preguntó Daimhin en su cabeza.

Steven todavía no llevaba muy bien lo de tener a alguien paseando por su mente, aunque se tratase de su *kone*. ¿De qué servía mentirle si ella sabría la verdad? Siempre adivinaría lo que pensaba. El vínculo era así y de nada servía luchar contra él.

«Estás dentro de mí, vaniria. Creo que sabes cuáles son mis inseguridades».

«He visto cosas. Pero no las comprendo».

«No hay mucho que comprender —aseguró él secamente—. Fallé en cada uno de los momentos en

los que confiaron en mí. No estuve cuando mi hermana y John perdieron la vida. Se llevaron a Johnson sin que yo pudiese hacer nada. Renuncié al liderazgo de mi clan de Edimburgo. Y cuando regresé, Ardan me dejó la batuta para proteger su castillo y a todos los pequeños berserkers, sus madres y al resto de guerreros… Y volví a fallar. Murieron todos. Yo solo pude salvar mi vida… Y la de unos cuantos más. No pude hacer más».

Daimhin se quedó en silencio, procesando las palabras de Steven.

«¿No dices nada?».

«A ver si lo he entendido. ¿Tú tienes la culpa de que el Midgard esté a punto de pasar a mejor vida? ¿Tienes la culpa de que todos muramos?».

Steven frunció el ceño y bajó la mirada hasta la cabeza cubierta por la capucha verde. Después miró hacia abajo. A la tierra maltratada, abierta, cuya lava recorría su superficie como ríos de sangre, con el humo cegador alzándose hasta ellos…

«Yo no tengo la culpa de que este reino esté a punto de destruirse», respondió.

«¿Ah, no? Menos mal. Pensaba que también era culpa tuya».

«¿Me estás tomando el pelo, sádica? Noto un tono irónico en tus palabras».

«No es ironía. Es asombro. Hay cosas que escapan a la lógica y que se escurren de nuestros dedos sin que podamos hacer nada por evitarlo. Y que sucedan no quiere decir ni que nos lo merezcamos, ni que sea nuestra responsabilidad. Simplemente, a veces, los malos ganan, y solo podemos esperar a que el tiempo lo ponga todo en su lugar».

Steven cerró los ojos y tomó aire por la nariz. Las palabras no cerraban heridas instantáneamente, pero podían tener efecto analgésico, como en ese momento. Tal vez, Daimhin tenía razón. Tal vez, esos terribles momentos eran inevitables, y tuvo la mala suerte de vivirlos, como si fueran necesarios en su experiencia vital.

Sin embargo, Steven sabía que Daimhin era capaz de dar un consejo como ese, pero no aplicárselo. Pues la vaniria acarreaba con varias cruces sobre sus esbeltos hombros.

«Deberías escuchar tus propios consejos», convino él.

«Estamos hablando de ti. No de mí», contestó a la defensiva.

Steven sintió cómo la joven hundía la nariz en su pecho y apretaba su rostro contra él, como si su cuerpo no estuviera preparado para recibir ningún tipo de consuelo.

«Te equivocas. Para mí, siempre se tratará de ti. Te tendré siempre en mente, Daimhin».

La conexión mental que tenían facilitó que Steven sintiera el estremecimiento de la joven guerrera. Como si nunca hubiese oído nada parecido.

«Nunca debiste morderme. Esto no debe de ser así», refunfuñó ella.

«Nunca debiste aparecer en esa pantalla de ordenador».

Róta abrió sus alas, junto a Gúnnr, ambas espectaculares y luminosas. Las dos guerreras de Freyja localizaron la Isla Maree.

Cuando Steven alertó lo que ambas miraban, su corazón murió un poco.

Lo que antes era un paisaje agreste y salvaje, de vívidos colores, ríos y mares azules y transparentes, ahora era agua sucia cubierta por muerte y contaminación.

El interior de los mares se había revuelto con los temblores y los nacimientos de los huevos ácidos de los purs y etones. Los terremotos habían hundido una parte del terreno; la otra se había carbonizado por los gases y las explosiones que emanaban del interior de la tierra.

Steven había sido amante de los animales y de la naturaleza. En el interior de su hogar tenía un inmenso acuario, justo donde estaban sus habitaciones. Los ventanales daban al fondo de los ríos, y podía ver a sus mascotas viviendo libres y felices en su hábitat.

No esperaba encontrárselas vivas, y eso lo entristeció.

Las altas lomas del lago Maree, entre las que se ocultaba su casa subterránea, aprovechando las cavidades de las cuevas que allí se hallaban, aún permanecían verdes y con restos de símbolos celtas. Pero no aguantarían así por mucho tiempo.

Gúnnr se colocó a su lado, al lado de Róta, que cargaba con los dos guerreros. La dulce valkyria lo miró de reojo. Las puntas de su flequillo golpeaban sus pestañas, pero a ella no parecía importarle.

—No es fácil luchar aquí y protegerse —dijo Gúnnr intentando disculpar el estado de su tierra y su hogar.

Steven tragó saliva, afectado por el panorama, y asintió con madurez.

—Es una guerra —añadió con serenidad.

Y en las guerras todos perdían.

Sobre todo la vida: por eso la Tierra era la mayor damnificada.

XVI

Costa noroeste de Escocia. Wester Ross
Isla Maree

Las grietas intraterrenas y las placas colisionaban, moviéndose perdidas, intentando adaptarse a su nueva realidad. Pero jamás se adaptarían. El único cambio fehaciente que podría llegar sería la desaparición total de un planeta hermoso como había sido el Midgard.

Un reino en el que seres como él y Daimhin habían nacido aunque, en realidad, jamás lo sintieron como propio. Ellos estaban ahí para defender a una raza humana totalmente corrosiva. Y la corrosión de sus almas les había salpicado directamente.

Pero ese bello orbe no tenía la culpa de que sus habitantes fueran los auténticos parásitos de su organismo.

Cuando entraron a través de la obertura de la entrada principal, se encontraron con Angélico, el pegaso de Bryn, comiendo de un barreño que habían sacado de la cocina. Engullía manzanas y todo tipo de fruta.

Daimhin se destapó la capucha de la capa de la cabeza, y su larga melena rubia llamó la atención del caballo, que parpadeó confuso. Relinchó y agitó sus alas.

—Por Morgana… Qué hermoso es —admiró levantando la mano para acariciarle el hocico.

—Es de Bryn. Un regalo de Freyja.

Daimhin se detuvo para darle unos mimos más.

—Lo sé. Pero no había tenido oportunidad de tocarlo. Y me moría de ganas… Es precioso.

Las valkyrias asintieron divertidas y les acompañaron al interior.

—Ha habido muchas bajas —les informó Róta—. Algunos de los cabezas rapadas jamás regresaron. Lo siento. Del clan *kofun* de Chicago aún se espera la vuelta de Aiko. Los que faltan murieron en la batalla de Edimburgo y Glasgow.

—Aiko y mi hermano siguen vivos. Ahora te contaré su historia.

—Ah. Bien. Isamu se alegrará de oírlo. Estos japoneses son unos estirados muy serios, pero la procesión la llevan por dentro. En fin, cada vez somos menos, y ellos son más —se encogió de hombros—. Pero no pensamos rendirnos.

—Rendirse jamás —aseguró Gúnnr—. En la sala principal, Gabriel, Miya, Bryn y Ardan están hablando junto a Isamu y Jamie. Pensaban que habían controlado el nacimiento de purs y etones, pero nos han acabado comiendo. Estamos cercados por completo.

Cuando llegaron a la sala, los cabezas rapadas que reconocieron a Daimhin se levantaron felices de poder verla. Los que podían lo hicieron. Los que no, se mantuvieron estirados en las improvisadas camillas, heridos y sangrantes, en peores condiciones de las que habían estado retenidos en Chapel Battery.

Cuando Ardan levantó la cabeza y vio a Steven, su rostro sombrío se iluminó con orgullo.

—¡Steven! —El pequeño Johnson corrió a sus brazos desde la otra parte de la sala.

Cuando el berserker lo vio, sus ojos se humedecieron y sonrieron sinceramente. Lo tomó en brazos y lo cobijó con ternura. Él era su sobrino, el hijo de su hermana. El único niño en pie en esas tierras abandonadas por los dioses. Un niño que los jotuns no cogerían jamás.

Ardan caminó hasta él.

Sus ojos negros de kohl y los *piercings* intimidaban a cualquiera. Su pelo negro trenzado era todo

un desafío. Pero en su mirada caramelo solo había cariño hacia Steven. Nada de odio. Nada de rencor. Ni rastro de ira.

Solo empatía y amor. Hermandad.

Ardan colocó su mano sobre el hombro de Steven. Lo apretó de manera reconfortante y después lo abrazó en silencio.

—Pensaba que te habíamos perdido a ti también, Steven.

—No, *laird*. Mala hierba nunca muere —contestó Steven devolviéndole el abrazo.

—Dímelo a mí —replicó Ardan—. Soy el peor de todos. Me alegra no haberte perdido, Steven —admitió con honestidad.

—Gracias, *laird*. Lo mismo digo. Me hace feliz veros con vida. No sabía qué iba a encontrarme.

—Yo también estoy feliz de verte —Johnson sonrió y lo abrazó con más fuerza todavía.

—Y yo de verte a ti, campeón.

Ardan le dio dos leves golpes en la espalda y añadió:

—No hay manera de acabar con los jodidos jotuns de Loki. Se multiplican. Necesitamos mucha ayuda o, en su defecto, un milagro.

—Sabemos por qué se reproducen —dijo Daimhin quitándose la capa y dejándosela sobre los hombros como haría *Supergirl*.

—Gabriel, deberíais escucharles —sugirió Gúnnr—. Lo que cuentan es muy interesante.

—Hablad —ordenó Gab, oteando un mapa sobre la mesa central del salón. Estaba lleno de marcas de colores, dividido por zonas calientes y menos calientes—. Cualquier ayuda es buena.

Steven y Daimhin procedieron a explicarles todo lo vivido desde que desaparecieron tras la grieta de Edimburgo. Narraron lo que hacían los purs y etones ponedores de huevos; lo sucedido con el ataque de los Svartálfar; el rescate de los *huldre*; el contacto con Nerthus y la aparición de Electra. Para demostrar que lo que decían era cierto, Daimhin abrió su escote, del que apareció la pequeña ninfa alada, adormecida y falta de energía. La mostró acunada entre sus manos.

Las valkyrias la miraron con asombro.

—Es una guía de los *handbök* —comentó Bryn—. Nuestros juegos favoritos del Asgard: los buscatesoros. Y es de pelo negro. Guía hacia dos objetos ocultos de los dioses. Guía a dos buscadores.

—Es el hada de la que nos habló Nanna. Primero la guió a ella. Pero no sabemos nada de Nanna desde la fiesta de los *huldre*. Si Nerthus asegura, como nos habéis contado, que Noah es Balder y que Nanna es… —comentó aún aturdida— su esposa original, deben estar juntos. Pero, ¿dónde? ¿Y qué debes encontrar tú?

—Los *huldre* dicen que yo soy su Barda. Mirad —Daimhin les mostró la piedra rectangular y la Generala la observó extrañada—. El hada me dijo que yo debía encontrar este objeto y me guió hasta él en el interior del castillo de Lochranza.

—Es una piedra —dijo Miya extrañado. Él no había estado nunca en el Asgard y no conocía el funcionamiento de sus juegos ni de sus objetos.

—Es un tesoro hechizado —apuntó la Generala—. Los elfos del *Alfheim* los hechizan en el Asgard. Solo ellos pueden mostrar el objeto que oculta deshaciendo el hechizo. Y estamos en el Midgard… Muy perdidos. No hay elfos de…

—Raoulz y Brunnylda aseguraron que los seres de Nerthus conocen a un elfo de la luz —puntualizó Daimhin fijando la vista naranja en Electra, cuya luz menguaba—, que se volvió loco esperando a un bardo. Está en Gales. Ellos me llevarán hasta él.

—¿En Gales? ¿Qué mierda se le ha perdido en Gales? —preguntó Ardan.

—Para vuestra información —dijo Róta pasando los dedos por el pelo de Kenshin—, y dado que a ninguna le llama la atención, os diré que Brunnylda es una Agonía.

—¿Una Agonía? —las orejas de Bryn aletearon confusas y desafiantes—. Se nutren de la energía sexual de los guerreros.

—Solo son tres —especificó Daimhin—, aunque aseguran que llegarán más y se unirán a nuestra lucha. Nos ayudarán como puedan.

Ardan y Gabriel miraron a sus guerreros, vanirios y berserkers de Chicago y Milwaukee, con una leve representación de los cabezas rapadas, tan malheridos, agotados, sin sangre de sus parejas para proveerles, sobre todo estos últimos, más débiles de lo normal.

Tal vez las Agonías podían sustentarles y ayudarles para sus últimos coletazos.

—¿Estas pensando lo mismo que yo, escocés? —le preguntó Gabriel.

Ardan arqueó las cejas negras, su *piercing* refulgió cuando se lamió el labio inferior. Sonrió como un pirata.

—A grandes males…

—Pues sí, grandes remedios —asintió Gabriel. Tal vez las Agonías les pudieran ayudar a recuperar a sus guerreros, siempre y cuando no succionaran más energía de la permitida y accedieran al intercambio. Theo y William intentaban recuperarse de las heridas recibidas en la última batalla mientras sobrevolaban los mares. Sin berserkers, solo con vanirios debilitados, sin pastillas Aodhan con las que combatir el hambre psicológico… Cualquier apoyo sería bien recibido. Las Agonías servirían.

—No sufras, mi japonés —murmuró Róta a Miya.

—Yo no sufro, *oni* —replicó él sonriéndole—. Eres tú la que está preocupada.

Ella se encogió de hombros.

—Bah. A ti no te tocarán. Tú y yo estamos emparejados, y las Agonías tienen un extraño sentido de la fidelidad. Son muy respetuosas.

—Entonces, perdonad que os interrumpa. No nos desviemos —sugirió el Engel de Odín—. Nerthus y los *huldre* confían en la vaniria, ¿cierto?

—A ciegas —confirmó Steven—. Carrick también es bardo, pero tiene la misión de avisar al clan de Inglaterra para alertarles y que acudan en nuestra ayuda.

Gabriel afirmó con la cabeza.

—Eres la barda en la que vuelcan sus esperanzas, Daimhin —Gabriel la miró de arriba abajo—. Aunque no sabes lo que tienes que hacer aún, ¿me equivoco?

—No. No tengo ni idea —contestó con sinceridad.

—Bueno… —Gaby arrugó el mapa de encima de la mesa hasta hacerlo una pelota. Estaba harto de mirarlo si no tenía estrategias que utilizar y que dieran resultado—. Menos es nada. Al menos es algo a lo que podemos agarrarnos. La última brizna de esperanza.

—Demasiada responsabilidad para ti, bombón —concedió Róta mirando con complicidad a Daimhin—. Pareces muy joven.

—Que no te engañen las apariencias, valkyria —convino Daimhin sin perderle la mirada. Ya no se intimidaba ante nadie—. Tengo mucha experiencia.

Róta elevó las cejas rojas y sonrió gustosa con la respuesta.

—El mundo está incomunicado —explicó Gabriel nombrando todos los males que les acometían—. Los desastres naturales se suceden uno tras otro después del movimiento de las placas. Los polos se mueven. Los purs y los etones tienen ponedores de huevos hermafroditas, y eso era algo con lo que no

contábamos. Ahora, además, han llegado los *Svartálfar*… Esas comadrejas de Loki son muy inteligentes y, por una razón que se nos escapa a todos, al parecer, están buscando a la de los ojos naranjas. No podemos detenerles, somos muy pocos y no sabemos cómo hacerlo. Solo podemos resistir. —Se pasó las manos por el pelo rubio y rizado—. Desconocemos el paradero de Noah, y no sabemos nada en absoluto de cómo están las cosas en la Black Country. Lo único que hemos hecho hasta ahora ha sido pelear y perder guerreros, porque ellos son muchos más. Pero, si la diosa Nerthus y los elfos tienen fe en ti, Daimhin, lo único que podemos hacer es asegurarnos de que llegues hasta Gales. Ayudarte a conseguir tu cometido, sea cual sea. En eso nos vamos a centrar.

—Me parece bien. Los dioses nos han abandonado aquí, como si esperasen nuestro exterminio —anunció Gúnnr apoyando la cabeza en el bíceps de Gabriel—. Prefiero tener el objetivo de ayudar a Daimhin, que seguir viendo cómo caemos como moscas sin poder remediarlo—. Yo me apunto.

—Todos nos apuntamos —aseguró Bryn—. Solo necesitamos reponer fuerzas para seguir adelante y cubriros las espaldas.

—Eso también lo necesitamos nosotros —Steven se llevó la mano al estómago—. Hace casi tres días que no como. Estoy muerto de hambre.

Daimhin no tenía demasiada hambre ya que Steven le había provisto de sangre en Lochranza, pero entendía que el guerrero estuviera famélico, así que lo dejó en una de las habitaciones que había hecho de improvisada enfermería, comiendo todo lo que su cuerpo pudiera ingerir; ella, en cambio, declinó el descanso.

Estuvo tanto tiempo encerrada y drogada bajo las salas subterráneas que ahora que estaba consciente, a pesar de las condiciones, solo pensaba en estar presente, con los ojos bien abiertos y vivir. Ya dormiría cuando estuviera muerta.

Steven y los demás habían acordado que esperarían a la llegada de los *huldre* y las Agonías, y cuando estuvieran todos se reorganizarían para partir hasta Gales.

Mientras tanto, ella daba una vuelta por las inmediaciones, a caballo entre unas instalaciones futuristas y submarinas y las entrañables casas circulares de la comunidad de los hobbits. Era un lugar creado por una mente llena de imaginación y gusto.

Los cabezas rapadas la saludaron y hablaron con ella a pesar de las heridas que sufrían. Realmente estaban en muy mal estado.

Había conocido a Theo y William en la enfermería principal, una sala perfectamente preparada para recuperar a los guerreros. Daimhin se sorprendía de que Steven tuviera aquella fortaleza marina tan bien organizada y pensada para todos, para situaciones de emergencia como la que vivían en ese instante, en la que se decidía en un suspiro si uno vivía o moría. Por eso, al ver la magnanimidad de Steven, no comprendía por qué el guerrero se consideraba un líder menor y se menospreciaba tanto. Valía mucho. Pensar lo contrario era una estupidez.

Después, Daimhin había echado una mano a Bryn mientras socorría a los dos einherjars.

Daimhin sentía una profunda admiración por la Generala; aunque no la conociera demasiado, conocía su historia, la de la descomunal descarga de energía que ofreció en la iglesia de San Peter, y estaba al tanto de lo que decían sobre ella: había regresado de los muertos para poner a Ardan de las Highlands en vereda.

—¿Tienes nociones de sanación, Daimhin? —le preguntó Bryn mientras vendaba la pierna de Theo con delicadeza. Tenía cortes por todas partes—. Lo siento, Theo. Sin el *hjelp* no podemos cicatrizar vuestras heridas tan rápido como quisierais. Y vosotros no tenéis valquirias que os ayuden —lamentó.

Theo y William se encogieron de hombros y soportaron el dolor como mejor pudieron. Y era mucho a tenor de sus lesiones.

—No sé demasiado —contestó la barda.

—No tengo oído eso. Rota me ha dicho que te encargaste de cuidar a los niños hallados en los túneles de Capel-le-Ferne. Tú y tu hermano Carrick sois héroes entre los rapados. Auténticas leyendas.

—No cuidaba de ellos. Solo… Solo les daba consuelo con mi voz. Nada más.

Theo le prestó atención y fijó sus ojos azules en los de ella.

—¿Con tu voz? ¿Qué hacías?

La Barda hizo un mohín y después se acercó a él para sujetar la venda con sus dedos y ayudar a Bryn.

—Cantar. Solo cantaba. Nada más.

—Cantar… —El rubio romano la miró de arriba abajo—. Aquí ya no hay música. Desde que se fue todo a la mierda ya no hay ni radio, ni televisión ni música, ni línea telefónica… Nada. La energía ha desaparecido, y Bryn y las valkyrias no quieren sustentar los equipos.

—No serviría de nada —contestó la Generala–. Además, mi poder no ha sido creado para alimentar la batería de un iPod, romano. No me insultes.

Theo se echó a reír, pero el esfuerzo provocó que tosiera con dificultad.

—Joder… Tengo los pulmones encharcados de sangre. —Miró a William, que seguía en silencio, concentrándose en no sentir el dolor de su pierna amputada. Tenía la larga melena roja enmarañada y manchada de su propia sangre—. Damos pena. Sin la unción de los enanos nos recuperamos a otro ritmo, ¿eh, William? —Theo intentaba animar al escocés.

—Yo no voy a recuperar la puta pierna jamás, a no ser que alguien me lleve al Asgard y me embadurnen de *hjelp*. Y, como eso no va a pasar, creo que la conclusión a la que llego es que estoy tremendamente jodido —miró a la vaniria con gesto duro—. ¿Acaso tienes una canción para animarme?

La vaniria no bajó la cabeza, como era costumbre en ella. Dejó caer los párpados y lo miró de soslayo. El tono del escocés había sido muy hosco, pero no le importaba. Ella tampoco estaría de humor si le faltase media pierna y no tuvieran medicinas para calmarla.

—Puede que sí. Vengo de un clan de *keltois* bardos. Nuestra música no es como la de los demás. Es lo único que puedo hacer por ti —aseguró sin perder su porte amable—. Pero también puedes quedarte en silencio, apretar los dientes y soportar el dolor sintiéndote un desgraciado tullido.

William frunció el ceño, cortado por la contestación. Theo no supo si reírse o no, y Bryn afirmó con la cabeza mientras doblaba las vendas limpias y las dejaba sobre la mesa, para la siguiente cura.

—Me gustas —admitió Bryn, sonriendo con orgullo.

—Pues cántame una canción, entonces… Por favor —pidió William con la educación que no utilizaba desde hacía siglos.

—Como quieras —Daimhin se sentó en la camilla de William, con cuidado de no moverlo demasiado. Con tranquilidad, le puso la mano sobre el pecho esperando que su voz musical obrara su magia como decían que había hecho en Chapel Battery, calmando y sanando las emociones de los niños perdidos.

Gille beag ò, leanabh lag ò
Gille beag ò, nan coarach thu;
Gille beag ò, gille lag ò
Gille beag ò nan caorach thu.

Gille nan caorachan, gille nan caorachan
Gille nan caorachan, gaolach thu.

Chiquito o, niño débil o
el chiquito de la oveja eres
chiquito o, chico débil o
el chiquito de la oveja eres
Chico de la oveja, chico de la oveja,
chico de la oveja, mi cariñito eres.

Daimhin cantó disfrutando de la cadencia de aquellas palabras melódicas en su boca. Era como si pudiera tocarlas, como si tomaran vida a través del sonido. Cantando se imaginaba a William de pequeño, en un cerro de las Highlands, rodeado de ovejas. Su madre se había acercado al oírle llorar y le cantaba aquella canción que actuaba como un bálsamo para sus heridas.

Cuando acabó de cantar, Bryn estaba sobrecogida, no se atrevía a moverse.

Theo sonreía en paz, asombrado por el efecto de aquella música en el cuerpo de su amigo y en el suyo propio. Era como láudano para sus heridas.

William no podía comprender lo que le había pasado. El dolor se esfumó como si jamás hubiera existido y, en su lugar, solo recuerdos que había olvidado de su niñez afloraron a su mente, hasta el punto de recordar a la perfección a su madre, cuyo rostro se había desvanecido con el paso del tiempo.

Sus ojos azules se empañaron y los cerró avergonzado.

Cuando Daimhin acabó de cantar, se levantó de la camilla atribulada por las sensaciones que había despertado en todos.

—Sí es un don —confirmó Bryn.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó William súbitamente.

—¿El qué? —Daimhin no comprendía.

—Que cuando era un niño humano teníamos ovejas. Siempre que resbalaba por un peñón y me hacía daño, mi madre corría a curarme y cantarme esa canción. Ha sido como… como si estuviera allí. Hasta incluso me ha parecido oler su pelo.

Daimhin lo sabía. Sabía lo que lograba su don. Cuando era pequeña, sus canciones siempre influenciaban en los animales… Con el tiempo descubrió que también afectaban a las personas y que, de algún modo, siempre daba con la canción ideal para aquellas que adoraban escucharla y que necesitaban de sus rimas y su música.

—No lo sé bien. No sé cómo funciona —explicó—. Pero así es. Surge efecto en el alma y el cuerpo de quien me oye.

William asintió con los ojos cerrados, apoyando la cabeza en la almohada, levantando una mano renqueante.

—Gracias. Muchas gracias… Dejadme descansar. Necesito dormir ahora, la música me ha hecho efecto —informó. Su rostro se había suavizado y ya no marcaba tan profusamente las arrugas de dolor en las comisuras de la boca y de los ojos. Parecía relajado. Maravillosamente… Drogado.

La vaniria se limpió las manos húmedas en la falda y dejó caer la cabeza en señal afirmativa.

—De nada, William. Dulces sueños.

El escocés se durmió como un niño, ante la estupefacción de Bryn y Theo, que permanecían sumidos en el efecto mágico de sus letras.

—Vuestra batalla tuvo que ser infernal —admitió Daimhin valorando sus heridas.

—Lo fue. Si hay algún humano en pie —narró Theo—, ahora es un vampiro a las órdenes de Loki. Los han ido convirtiendo a todos en nosferatus, como si fuera una plaga, una enfermedad. Hay jotuns por todas partes, y llegarán hasta aquí tarde o temprano —Theo se relamió los labios resecos.

—¿La situación es igual en todo el planeta?

—Nos quedamos sin comunicación cuando empezaron los temblores cada vez más fuertes —dijo Bryn—. No sé cómo estarán en Inglaterra, o en Noruega… Pero todo apunta a que el caos es general. Allá donde mires hay un foco de destrucción, o un paisaje desolado… Sobrevolamos los océanos para dejar caer la terapia antiesporas, y en el transcurso del camino, nos quedamos sin palabras. Casi todos los animales marinos, sean de agua dulce o salada, han muerto. Las aves cayeron del cielo desorientadas y fueron devoradas por los jotuns. El resto de fauna que vivía en la superficie se ha convertido en alimento para lobeznos, vampiros, purs y etones.

—Dioses… —musitó compungida—. ¿No se ha podido salvar a nadie?

Theo asintió con una medio sonrisa.

—Al regresar, cerca de la zona que antes se conocía como el Royal Mile, hallamos un perro. Un perro —sonrió como si fuera un chiste— vivo y más desorientado que un murciélago de día. Lo cogimos. Al menos, hemos podido salvar a alguien —resopló, cerrando los ojos, bajo el efecto del sopor ilusionista de la canción de la Barda.

—Dejémosles que descansen —Bryn la acompañó hasta la salida.

—Pero… ¿el perro está bien? —preguntó Daimhin inquieta.

—Sí. Está por aquí, sobrealimentado por todos. Sí, no me mires así. Ya sé que los humanos dicen que no está bien darles de comer de todo. Pero la cuestión es que no sabemos cuántas horas de vida nos quedan. Si nosotros tenemos pocas posibilidades de sobrevivir, imagínate el animal —cerraron las puertas tras ellas—. Por eso hemos decidido que coma lo que le dé la gana.

El berserker estaba de pie frente al ancho ventanal que dejaba ver las vistas del interior del lago. Tenía el alma rota por contemplar todas esas especies que él había recuperado flotando sin vida, perdidas y desorientadas por el mundo, ahora muertas.

Había sido un amante de los animales y odiaba verlos sufrir.

Sus peces, de todo tipo, habían perecido después de que las temperaturas de la Tierra aumentaran con el despertar de los volcanes y el movimiento de las placas tectónicas. El interior del orbe ardía, y el agua quemaba de la misma manera.

Depresivo y melancólico por sus animales, Steven escribió en el cristal de la ventana de la habitación con el dedo índice un rezo: «Revivid. Revivid. Revivid».

El fin del mundo.

Eso era. Muerte, muerte y más muerte.

Tal vez les llegaría a ellos también… Pero aún no. Todavía estaba vivo. Él, y todos los que quería. Ardan, Johnson, Bryn… Y su Daimhin.

Tenían que llegar a Gales y allí encontrar al misterioso elfo que mostrara lo que escondía la piedra. ¿Qué objeto sería? ¿Un arma que pudiera acabar con todos los jotuns de golpe?

Se alejó de la ventana para no seguir afligiéndose con la triste estampa. Sobre la cama tenía mucha comida preparada que ya había devorado mientras la vaniria se había ido a dar una vuelta por el búnker.

Steven había vivido solo allí y tenía una sala de almacenaje de comida, pero toda en lata, dispuesta únicamente para ser calentada e ingerida. Patatas fritas, *pizzas*, bebidas isotónicas, bollería y demás…

Los guerreros se habían alimentado a gusto.

Aquella que sujetaba con los dedos era la tercera *pizza* barbacoa que comía y la cuarta lata de Rockstar de medio litro con sabor a guayaba que bebía.

Y comería más. Y bebería más.

Aunque su verdadero deseo era que su pareja le diera de comer. Pero Daimhin no estaba por la labor.

Cuando estaba con una porción de la *pizza* a medio camino de su boca, escuchó el ladrido de un perro. Giró la cabeza y lo encontró con la lengua fuera, mirándolo con deseo.

Steven le devolvió la mirada insólitamente. ¿Qué hacía ese animal allí?

—Eh, peludo… —lo saludó Steven al ver que el perro se acercaba hasta él y se sentaba enfrente, esperando que ese trozo de *pizza* fuera para él—. ¿Quieres? —El perro ladró y acabó dándole la porción, que engulló en nada—. Vaya… comes más que yo.

Steven se sentó en el suelo, apoyando la espalda en la cama, y permitió que el animal se tumbara entre sus piernas y apoyara la cabeza en su muslo, relamiéndose por el sabor de la *pizza*.

—¿Quieres más?

Steven se limitó a repartir la comida con el can, hasta que el perro decidió que sería su mejor amigo, y no se volvió a mover de su lado.

—Alguien te ha salvado la vida, ¿eh? —Le acarició por detrás de las orejas hasta que lo vio sonreír—. Qué afortunado eres.

El perro ladró y levantó la cabeza oliendo el aire. Empezó a mover el rabo en señal de alegría y emoción. Steven clavó los ojos amarillos en la puerta abierta.

Ella se acercaba.

—¿A ti también te gusta su olor? —preguntó al animal—. Te entiendo.

Si Steven tuviera rabo también lo movería feliz. Su *kone* se aproximaba para enloquecerlo con su perfume, con sus sonrisas a medias y sus miradas veladas y llenas de un deseo que no reconocería ni amenazada de muerte.

Vaniria orgullosa. Si solo supiera la cantidad de amor que tenía por dar… Si solo bajara las barreras un instante suficientemente largo como para dejarse querer.

Daimhin era puro amor. Un amor incorruptible que Steven reclamaba para él.

Y para nadie más.

El problema era que sin tiempo para cortejarla debía vincularse con ella para que su relación se sellara con el *comharradh*. Ya lo habían hecho una vez.

Solo quedaban dos más, dos actos completos, para que esos dones, tan importantes para el destino de los dioses, fueran totalmente entregados.

XVII

Daimhin se detuvo en el umbral de la puerta. Quería ver cómo se encontraba Electra. El hada cada vez desprendía menos luz y su rostro denotaba cansancio, como si tuviera sueño permanentemente. Descansaba en el interior de un cofre de madera acolchado, y dormía. Solo dormía.

Daimhin entró en la habitación sin mediar palabra y se inclinó sobre el pequeño cofre que reposaba sobre la mesa de noche, blanca y funcional.

Electra seguía durmiendo y sus alitas se estremecían con cada movimiento de sus hombros.

—Por ahora sigue bien —le informó Steven, que no se había perdido ninguno de sus movimientos—. Está agotada.

—Sí. Pobrecita —murmuró.

—Seguro que tú también lo estás. Esa piedra debe pesarte.

—Oh —Daimhin echó un vistazo a la capa verde oscura como si no le diera importancia—. No la noto. Tiene un bolsillo donde la puedo guardar. Y… Bueno, ya sabes. Soy vaniria. Las cosas pesadas no suponen un problema. Apenas percibo el peso —Disimuladamente, observó el festival culinario que Steven había ingerido él solo, cuyos restos de plásticos, platos y cartones vacíos reposaban en una bolsa negra sobre la cama. Al menos, pensó estupefacta, era limpio—. Vaya… Sí que tenías hambre.

—Ya te lo dije —contestó—. Me has dejado seco dos veces. A la tercera… —sus ojos amarillos chispearon con un brillo amenazador y franco, aunque la sonrisa de lobo suavizó sus rasgos—. Te dejaré seca yo a ti.

Daimhin ni siquiera parpadeó hasta al cabo de varios segundos. Todo su cuerpo se estremeció ante su tono. ¿Era miedo? ¿Ansiedad? ¿O tal vez expectación lo que despertaba en su ser? Fuera lo que fuese, la dejó sin palabras.

—¿Te he asustado? Después de lo que hemos hecho en la cueva de las Agonías, me extraña que todavía te ponga nerviosa.

—¿Cómo sabes cómo me pones? No puedes leer mi mente, punk—reaccionó—.Yo sí puedo leer la tuya, pero no al revés.

—No. Tienes razón. Como no me dejas beber de ti, no puedo leer tu mente. Mi hermana y John tenían el mismo problema al principio. —Alzó la lata de Rockstar y bebió un largo sorbo, como si brindara por ella—. A mi hermana le repugnaba beber su sangre para completar el vínculo mental con él. Pero yo no hago ascos. No tengo reparos si es algo tuyo. Aun así, aunque me prives de ello, sigo siendo un berserker; oigo el latir acelerado de tu corazón, percibo cómo sostienes la respiración y huelo el leve y sutil cambio de tu esencia, que se vuelve ligeramente picante. —La miró por el rabillo del ojo—. Eso hacemos los berserkers con nuestras parejas: las oímos, las olemos, nos conectamos con ellas y cuidamos de ellas. ¿No quieres que cuide de ti, sádica?

—Me cuido sola, gracias.

—¿Sí?

El silencio se hizo eterno, como una pausa llena de intriga.

—Sí —afirmó contundente.

—No lo creo.

—¿Y por qué no?

Steven necesitaba empujarla más para conseguir sus propósitos.

—¿Sabes? Los vanirios necesitáis beber sangre los unos de los otros para vincularos. Pero a nosotros, los berserkers, como ya te he dicho —dejó la lata sobre el suelo de madera—, no nos hace

falta. Nos bastamos con un mordisco para imprimar a nuestra mujer, y con el intercambio de *chi* para unirnos a su mente, a su cuerpo y a su corazón. En la cueva, aunque quieras borrar de tu cabeza ese momento, parte de mi *chi* te ha bañado, Daimhin. Es por eso por lo que puedo sentir cada uno de tus estremecimientos. Puedo captar las sensaciones que te recorren cuando la marca de tu nuca se despierta, como ahora, cuando estoy delante de ti. Te pica, te da gusto, y seguro que tus pezones y tu entrepierna están sensibles.

—Cállate. No hables así —le prohibió ella inquieta e insegura—. Es sucio.

Steven se encogió de hombros y acarició a Dallas distraídamente.

—Para mí no es sucio hablar así a mi *kone*. Eres mi pareja, y quiero que podamos hablar de todo. Si aceptases lo nuestro, sería natural —apoyó la cabeza en el colchón y suspiró.

—Deja de decir sandeces, ¿quieres? —Daimhin quería huir de ahí, pero había algo en la pasmosa seguridad de Steven al afirmar tal barbaridad, que la hacía desear quedarse y escucharlo para toda la eternidad—. No puede haber un «lo nuestro», ¿no lo comprendes?

—Solo estás asustada. Pero sabes quién soy para ti.

—El problema no es ese, Steven —lo cortó—. El problema es que tú no sabes quién soy yo.

—Ah, sí… —suspiró teatralmente—. Daimhin, la niña perdida, ¿verdad? Puedo llegar a imaginarme lo que viviste en esas cárceles…

En un visto y no visto, la vaniria estaba frente a él, con la punta de su espada samurái levantándole la barbilla hasta cortarle superficialmente.

—No oses insinuar que sabes lo que viví. No tienes ni idea. El hecho de sugerirlo hace que me sienta insultada.

Steven ni se inmutó, cansado de esa actitud. Daimhin pocas veces alzaba la voz, pero bastaba que empleara el tono de voz siseante para hacer callar a cualquiera. Menos a él.

—Deja de amenazar ya, vaniria, y acaba lo que empiezas de una vez. Te he tomado en la cueva, y lo haré de nuevo, porque es lo que piden nuestros cuerpos —le apartó la hoja de la espada de golpe, provocando un nuevo corte en la palma de la mano—. ¡Porque, aunque no lo quieras y te resistas, resulta que somos pareja!

El perro gimió asustado y Daimhin se detuvo, asombrada por su propia beligerancia. No sabía por qué Steven la sacaba de sus casillas. Pero lo hacía, y siempre acababa comportándose como una violenta borde, que en realidad no era.

—Ah —Steven sonrió sin ganas, al ver cómo Daimhin miraba al animal—. La colmillos por fin se interesa por ti, todo un honor, perro. Mira, sádica —levantó la pata delantera del Golden—. Este es mi nuevo amigo: Dallas. Dallas, esta es Daimhin, mi chica, la que no deja de rechazarme.

Ella no osó a moverse.

—¿Cómo has dicho que se llama?

—Dallas.

La joven se acuclilló frente al perro y llevó la mano hasta el medallón que pendía de su collar de piel roja. Sí. Ponía DALLAS. Y era el mismo Golden de no más de tres años que halló muerto entre los contenedores de las calles agrietadas y destruidas de Edimburgo.

Estaba muerto.

¿Qué hacía ahora ahí vivo? La vaniria no comprendía nada.

Nada en absoluto.

—Yo vi a este perro en la ciudad… —Dallas se adelantó y empezó a lamer la cara de Daimhin—. Y juro por los dioses que estaba muerto. Tenía una brecha enorme en la cabeza.

—Tal vez solo estaba inconsciente —opinó Steven sentándose de nuevo en la cama, admirando el

modo en que la joven acariciaba con cariño al animal.

—No. No estaba inconsciente. Tenía los ojos vueltos y no respiraba. Había muerto.

—Eso no es posible —refutó el berserker—, seguro que te equivocas de animal.

—Te digo que no me equivoco. Miré su medalla, y ponía Dallas. Era el mismo perro.

—Daimhin, tal vez te confundas. Recuerda que también viste a Aiko muerta, y después estaba dándole de beber a tu hermano, esta vez sí, a punto de morir.

—Aiko estaba tan muerta como este perro —se defendió ella—. Tan muerta como los peces que veo a través del cristal —lamentó percibiendo el dolor que causaban esas palabras en Steven—. Mi hermano me lo reconoció. Un purs le arrancó el corazón a Aiko y eso es fatal para los vanirios, punk. Por eso murió.

—Claro. Y para nosotros también. No somos inmunes a eso. Nos cortan la caberza y morimos. Nos arrancan la cabeza y morimos. Beben de nuestra sangre por completo y nos dejan en estado comatoso. Es una inmortalidad subjetiva. Pero lo que sí sé es que nadie regresa después de que le hagan algo así. No hay más oportunidades para un inmortal.

—Carrick tampoco comprende por qué Aiko resucitó —aseveró ella—. No lo sabe. Igual que desconozco por qué razón este perro está vivo, si dejó de respirar hace ya tres días en Edimburgo —lo señaló—. Es tan extraño… ¿Y si los espíritus no están abandonando el Midgard correctamente? Sabemos que Loki está abriendo los portales de sus reinos sin demora. ¿Eso puede afectar al funcionamiento de la vida y la muerte en este mundo?

Ambos miraron al animal como si fuera un bicho raro. Dallas tenía la lengua colgando y de vez en cuando se relamía con la hiel del hambre.

—No tengo ni idea —contestó Steven.

Aun así, ella no dejó de acariciarlo y alegrarse por él, porque había regresado de entre los muertos.

—No sé qué has hecho para vivir —le dio un beso en los morros—, pero me alegra que lo hayas hecho.

—¡Eh! —Gúnnr entró en la habitación como un huracán, agitada por algo. Tomó a Daimhin de la muñeca y tiró de ella—. Échanos una mano.

—¿A qué? ¿Qué pasa? —preguntó yendo a remolque con Steven detrás siguiendo sus pasos.

—Las Agonías han llegado con los *huldre* —explicó la valkyria—, y están revolucionando al personal. Haz algo.

—¿Yo?

—Sí. Tú. Eres la Barda, ¿no? Es a ti a quien unos y otros obedecerán.

Daimhin asumió la responsabilidad con una sublime madurez que decía mucho de quien era.

Mujer intuitiva y sensible siempre.

Insegura para unas cosas.

Sabia para otras.

Niña, para nada.

El salón principal de aquel búnker parecía una enfermería y un psiquiátrico a la vez. Las Agonías gritaban como verduleras, intentando llamar la atención de los guerreros heridos, ante la estupefacción y el cansancio de los *huldre*.

Al parecer el viaje hasta dar con Daimhin había sido una aventura épica repleta de insultos y desdenes entre los miembros de ambas razas que, por supuesto, siendo unos la némesis de los otros no podían soportarse.

La Barda intentaba escuchar a unos y a otros, aunque lo cierto era que sí había alguien cansado y agotado, con marcas de expresión que antes no habían estado en su terso rostro, esos eran los elfos. A diferencia de las Agonías, que parecían salir de una sesión de *spa* en un balneario, los *huldre* no tenían buen aspecto para nada.

Estaban rendidos. De hecho, Raoulz, que encabezaba su ejército, cayó de rodillas ante la estupefacción de Daimhin, que corrió a socorrerlo.

—¡Raoulz! —exclamó preocupada, intentando sostenerle.

Brunnylda resopló sin perderlo de vista.

—Al pobre no le ha sentado nada bien trasladarnos en su bruma… —comentó jocosa—. Estar tan cerca de una mujer le ha debido bajar la tensión —miró a su alrededor con desgana—. A él y a todos.

—Deberías agradecernos que te salváramos la vida —susurró Raoulz furioso.

—Estábamos bien —Brunnylda se miró las uñas con desinterés—. Los vampiros jugaban con nosotras y nos daban energía.

—Son muertos. ¿Qué energía podéis encontrar en ellos? —preguntó horrorizado.

—En eso te voy a dar la razón, elfo. Escaseaban en poder. Los neófitos son así. Y esta tierra está llena de humanos recién convertidos. No nos sirven —oteó los guerreros heridos que les rodeaban—. Aunque, aquí, puede que haya mejor material… —Dio un paso al frente en busca de sus nuevas presas y las dos Agonías la siguieron.

—No —Daimhin le barró el paso—. No vas a aprovecharte de la energía de ellos —aseguró protectora con los suyos. Los cabezas rapadas que seguían en pie no merecían que nadie les usara de nuevo.

Brunnylda puso los ojos en blanco.

—Nosotras no siempre nos quedamos con la energía. También la devolvemos. Podemos hacerlo si es nuestro deseo. Pero necesitamos energía igual para luchar.

—Pero si no sabéis luchar —argumentó Bryn arqueando una ceja rubia.

—Nos comemos a nuestros pretendientes, valkyria. Les chupamos la vida, como hemos hecho con cada uno de los nosferatus que han caído bajo nuestro influjo. Aún estoy esperando que nos deis las gracias, por cierto.

—Hacer felaciones no significa engullir hombres. Tienes un concepto erróneo sobre lo que significa comer —señaló Róta.

—Lo que hagamos con nuestro don no os debe importar, mientras no sea a vuestros guerreros a quienes seduzcamos. Al menos, podemos despistar y atraer a vampiros y lobeznos mientras vosotros hacéis rodar las cabezas de los demás jotuns. No os podéis permitir el lujo de prescindir de nosotras, ¿verdad, Barda? Me lo prometiste —le recordó—. No nos puedes abandonar. Los bardos nunca traicionan a los seres de Nerthus.

—Has dejado a Raoulz en mal estado —le increpó Daimhin—. Le has obligado a hacer algo que él no quiere.

—Que el *huldre* diga que el sexo no le interesa no significa que sea cierto. Lo único que quiere decir es que no ha encontrado el ser que lo estimule de ese modo. Al final, la atracción sexual es instintiva y está en todos, Daimhin. No se puede negar.

—Déjalo en paz —dio un paso adelante—. Si te acercas a él, me enfadaré y romperé nuestro pacto.

—Ah, qué tierna… —Brunnylda sonrió con poca transparencia—. ¿Él te gusta?

Steven endureció el rostro y se quedó inmóvil. Daimhin apretó los dientes furiosa.

—Él no quiere lo que tú le das —la vaniria se cuadró frente a ella—. No puedes obligar a nadie a aceptar eso. Debes dejarlo.

—Princesa Daimhin —dijo el aludido agotado—. No entres en su juego.

Brunnylda sonrió como si supiera un secreto escandaloso y revelador, repasando al *huldre* con la mirada azul clara.

—No te preocupes por él, Barda —la Agonía se relajó—. Se recuperarán en cuanto canten y den unas cuantas palmadas. Los *huldre* son como niños. Una buena fiesta y una canción y ya los tienes recuperados.

Raoulz la miró de reojo y pronunció unas palabras élficas que sonaron realmente mal.

—Tu especie, por si acaso —contestó Brunnylda mustia.

—La Agonía tiene razón, por absurdo que parezca. —Gabriel que escuchaba todo para comprender la situación, se ubicó frente a Raoulz y los suyos, entre Daimhin y Steven.

—Necesitamos reponer nuestro poder, agotado en la lucha —reclamó el *huldre*—. Tarde o temprano los *Svartálfar* detectarán de nuevo a Daimhin y al objeto. Y vendrán hacia aquí. No podemos permitir que la encuentren. Nuestro destino queda lejos y el viaje es largo.

Gabriel estaba de acuerdo con el huldre.

—En Noruega, los *huldre* necesitaron recuperar energía creando un círculo de las hadas para poder acompañar a Noah y Nanna.

—Sí. Es justo lo que necesitamos. Por favor.

—Nos obligaron a bailar con ellos —explicó Gaby— y se nutrieron de nuestra vibración y poder para recuperarse. Los necesitamos para salir de aquí y ayudarte a llegar a Gales, Daimhin. Es nuestro objetivo más inminente. Hasta ahora solo podíamos mantenernos con vida pero, teniendo un propósito, os ayudaremos. —Los ojos celestes de Gabriel centellearon con la decisión de un líder—. Y si los *huldre* ahora están débiles y necesitan un círculo, entonces, un círculo de las hadas les daremos.

—Pero… —la Barda no entendía nada—. ¿Qué propones? ¿Cómo vamos a crear un círculo de las hadas aquí?

Gabriel y Ardan se miraron y no necesitaron mediar palabra.

Ardan rodeó los hombros de Bryn con un brazo y la atrajo a su cuerpo.

—Sirena —susurró sobre su sien—. Necesito tus rayos solo por esta vez.

—Los necesitas siempre, escocés —le corrigió ella.

—No para esto —se inclinó y la besó—. Es la primera y la última vez que te lo pido.

La Generala y sus valkyrias utilizaron sus rayos para cargar la batería del equipo de música inalámbrico de Steven.

El salón principal dejó de ser un hospital para iluminarse con las velas, cubiertas por cristales y cuencos de colores que el berserker, como un romántico, tenía como ornamentos en estanterías y guardaba para emergencias en el interior de sus muebles.

Los *huldre* solo querían música; eran adoradores de la alegría y la desinhibición.

Se habían colocado en círculo, cuyo centro no habían tardado en ocuparlo las valkyrias y demás guerreros, que ya habían presenciado en Noruega cómo se las gastaban, y estaban dispuestas a experimentar otra juerga corta, a la vez que intensa, para reponer energías entre todos.

Las Agonías no tenían veto alguno para actuar. De hecho, acordaron entre todos que, los cabezas rapadas que lo desearan, jugaran con las ninfas, pues… ¿Quién sabía cuanto les quedaba de vida? Y, al menos, de morir mañana, podrían llevarse a la tumba un recuerdo distinto al que tenían de las cuevas de Capel-le-Ferne. Tal vez la experiencia sería buena. Las Agonías eran insaciables y no mataban de dolor, sino de placer.

Una buena muerte, pensó Steven, apoyado en el bar con barra ubicado en una esquina del que una vez fue un moderno y espectacular salón de reuniones.

Era el segundo gin-tonic que se tomaba. Ya escaseaba el alcohol y el botoquín de medicinas se había agotado hacía día y medio. Se encontraban en precarias condiciones.

Apuraba un segundo sorbo mientras controlaba a Daimhin por el rabillo del ojo, con una mirada tenuemente acusadora. La Barda sonreía a Raoulz y se colocaba en el centro del círculo junto a Gunnr y Róta.

Pero su *laird* le alejó de la mala sangre.

—Steven —Ardan se sentó a su lado, sobre el taburete de piel roja oculto bajo la barra—. Cuando los *huldre* repongan su energía, abandonaremos Wester Ross. Nos iremos de aquí y lucharemos para que tú y tu pareja podáis cumplir el cometido que los dioses os han impuesto.—Tomó la botella de whisky escocés a medio acabar y se la llevó a los morros sin mucha dilación.

—Te lo agradezco, *laird*.

—Eres mi familia aquí —exhaló agotado—. Y sé que lo conseguirás. Tienes que hacerlo.

Steven lo estudió y se dio cuenta de que el duro Ardan por fin se había rendido a las emociones en el Midgard. Esa dura escarcha que cubría su corazón, se había deshecho finalmente en manos de la Generala.

Continuaba siendo un hombre muy intimidante, decidido y capaz, pero su rostro, curtido en mil batallas, reflejaba por primera vez el miedo y la preocupación.

Y fue ese detalle el que tocó el alma de Steven al darse cuenta de que Ardan de las Highlands, el dalriadano, temía por su seguridad y la de la gente que quería, entre los que se encontraba él.

—¿Por qué estás tan seguro de que conseguiré lograr mi propósito?

—Porque te conozco desde que eras un mocoso. Siempre has vivido a la sombra de los demás. De tu padre, de tu hermana, de mí… Y eso no ha permitido que brillaras con la fuerza que posees. Pero eres un líder, Steven. Los pocos berserkers que quedan en pie en Escocia te han seguido con los ojos vendados.

—Me sorprende que hables así de mí —reconoció lleno de humildad, clavando la mirada en el suelo—. Cometí muchos errores.

—Todos los cometemos. Pero a veces nos culpamos injustamente, Steven. Tú y yo nunca hemos hablado de esto, y lamento haber demorado esta conversación durante tanto tiempo. He estado tan enfrascado en mi odio que no era capaz de reconocer lo que sucedía a mi alrededor, a la gente que me importaba. No fue tu culpa nada de lo que sucedió. Tú no mataste a tu hermana, ni a John, ni secuestraste a Johnson. Tú no dinamitaste nuestra fortaleza y mataste a todo el que se encontraba en su interior. Tampoco lo hice yo —se reacomodó y miró de frente a Steven—. No somos culpables. Somos víctimas de acontecimientos crueles y descarnados que nunca pudimos evitar. El dolor lo crea el Traidor; nosotros salimos igualmente heridos al confiar, pero no somos responsables ni artífices de sus fechorías. Lo único que debemos hacer es recuperarnos, vengarnos si podemos; y, si no, continuar. Continuar como hemos hecho hasta ahora, Steven. —Le pasó la mano por la cresta y tironeó de ella—. Como has hecho tú, y como hago yo. Y continuaremos, porque es lo único que nos queda. Te ayudaremos a conseguir tu misión, berserker. Y lo haremos, hasta que nos paren los pies —alzó la botella y se la ofreció—. Seguro que nos irá la vida en ello —sonrió con tristeza, mirando a Bryn, que tenía a Johnson en brazos, bailando al ritmo de la música, como si en realidad no estuvieran en guerra. Como si no estuvieran a las puertas de una batalla en la que, con total seguridad, perecerían. Pero eran plenamente conscientes de que la guerra los menguaba y que, probablemente, no les quedaría ningún amanecer más por ver. Por eso Ardan admiraba a Bryn, a las valkyrias, a Miya y a los *kofun*, a Gabriel

y a sus einherjars… Los veía como si bailaran a cámara lenta. Estaba conectado con ellos, y sabía que no perdían la alerta, que si en ese instante un jotun entraba por la puerta, no tardarían ni un nanosegundo en achicharrarlo. Pero no olvidaban sonreír. A las duras y a las maduras—. Joder… —susurró emocionado—. Yo no encuentro otro modo mejor de morir que vivir cada instante como si fuera el último. No hay mejor muerte, guerrero, que morir en nombre de la vida y la libertad al lado de las personas que más nos importan.

Steven tragó saliva, asombrado por la honestidad de las palabras de Ardan. Había ido directo a estocar sus mayores temores y vergüenzas, y con solo unas palabras acababa de quitarle el peso de sus espaldas, que tan jorobado le había dejado. Hasta ese instante, no se había dado cuenta de cómo necesitaba escuchar el apoyo y las palabras de su *laird*. Porque Ardan era como su hermano mayor, alguien a quien admiraba y en quien le gustaría parecerse.

Steven tomó la botella que le ofrecía y bebió de la boca, igual que había hecho Ardan.

—Entonces, hasta que nos paren los pies —repitió Steven—. Gracias, Ardan.

—No hay de qué —el escocés se encogió de hombros—. Y ahora, voy con mi mujer y mi ahijado. Cuando los elfos recuperen su fuerza, no tardaremos en partir. ¿me aceptas un último consejo? —Ardan buscó a Daimhin, y no tardó en encontrarla hablando y bailando en el centro del círculo con Raoulz—… Toma a tu chica y demuéstrale lo importante que es para ti antes de que el elfo se la lleve a su terreno.

Steven parpadeó atónito. No era el único. Todos notaban el interés de Raoulz por Daimhin. Y ella no le era indiferente.

—Daimhin es mi *kone* —dijo solemne.

—Lo sabemos —aseguró Ardan—. Eso es algo fácil de adivinar entre seres inmortales —sonrió por encima del hombro—. Pero a ella le tiene que quedar muy claro.

—Es delicado.

—Me imagino. —Lo sabía. Los cabezas rapadas eran guerreros que no confiaban en nadie y a los que no les gustaba que los tocasen demasiado. Sabía lo complicado que había sido intentar sanar las heridas físicas durante los enfrentamientos. Menos mal que lo combinaban con las pastillas *Aodhan* pero, lamentablemente, ya no les quedaban—. De todos modos, Steven, sé que no soy el más indicado para dar consejos de amor. Soy un auténtico bruto. Pero, cuando hay algo que es mío, me gusta que ese algo lo sepa y poder demostrárselo. No des tu brazo a torcer. El miedo es solo un muro que hay que derribar; y, para tu desgracia, no hay tiempo que perder.

—Solo intento hacerlo bien. A Daimhin hay que tratarla bien. No puedo ser dominante con una mujer que se ha negado en banda a que la cortejen. La diosa Nerthus me ha dado un ultimátum —explicó sin llegar a revelar todos los detalles—. El *comharradh* tiene que aparecer en nuestras pieles para que el don de Daimhin sea revelado. Pero a la Barda no le gusta que la toquen. No es sencillo.

El einherjar lo escuchaba con atención.

—Nerthus habló contigo sobre esto —buscó confirmación.

—Sí.

—Entonces, hermano, no sé a qué coño esperas para hacer lo que tienes que hacer.

—No pienso convertirme en lo que ella odia, Ardan —juró convencido—. A veces, no todo vale.

El *laird* estiró su sonrisa y la cicatriz de la comisura se alargó.

—Vaya… No me gustaría estar en tu pellejo. Pero tú eres un jodido lobo, Steven. A vosotros os encantan los desafíos.

—Claro que me gustan —contestó Steven levantándose del taburete, decidido a volver a mover ficha por Daimhin—. Pero… Ella es distinta.

—Pues date cuenta de que, al parecer, los dioses cuentan con que tú des ese paso. Hazlo —ordenó sin clemencia—. Eres un líder, Steven. Tienes que hacer valer tu condición en todos los aspectos.

Steven observó a Ardan internarse en el círculo y rodear a Bryn y a Johnson como el increíble protector que era. Pero él también era un protector y no concebía que tuviera que volver a hacer daño y molestar a Daimhin cuando era a ella a quien debía proteger. No podía contradecirse así.

Sin embargo, no pensaba tolerar que la chica que amaba tontease con un elfo, a quien, por cierto, parecía preferir más que a él.

Había cosas poco digeribles para los berserkers.

El rechazo era una de ellas.

Daimhin miraba, anonadada a su alrededor, cómo los cabezas rapadas se dejaban llevar por la alegría y la influencia *huldre*, meneando sus cuerpos y tarareando las canciones que ni siquiera conocían, azuzados también por los cuerpos de las Agonías que se movían a su alrededor como auténticas bailarinas de la danza del vientre. Y ellos perdían un poco el norte al contemplarlas.

En cambio, Raoulz ni siquiera las miraba. Sobre todo a Brunnylda. Parecía que cada vez que la *dodskamp* se meneaba cerca de él, sentía un rechazo físico absoluto hacia su persona. En cambio, la Agonía se divertía al verlo tan contrariado e incómodo.

Las valkyrias bailaban como mejor sabían al ritmo de la música, que no dejaba de sonar a gran volumen. Todos, incluso Gabriel, Miya y Ardan mecían sus caderas como mejor se les ocurría, guiados por sus parejas. Jamie e Isamu lo hacían el uno en frente del otro, afectados también por los cánticos de los elfos.

Todos parecían felizmente… borrachos.

A Daimhin le hubiera gustado ver a Carrick y Aiko bailando allí también, porque al margen de que la letra tuviera connotaciones sexuales como la canción de *Gimme your love* de Morcheeba, allí se respiraba felicidad y amor. Y era tan extraño que hombres y mujeres pudieran convivir así… Sin necesidad de recurrir a la fuerza y la humillación.

Ellos disfrutaban de sus cuerpos; y Daimhin no sabía cómo sentirse al respecto.

—Mi pueblo es diferente —anunció Raoulz súbitamente en su oído, cuidando de no rozar su cuerpo.

Daimhin se dio la vuelta, parpadeó confusa y después sonrió complacida.

—Sé que sois diferentes —aseguró ella.

El elfo se relamió los labios y la miró directamente a los ojos.

—Princesa, nos debemos a la música, al amor y a la alegría. Nos debemos a la poesía —acarició con un dedo una de las hojas verdes que decoraban el perenne recogido de la joven—. En esta dimensión, los guerreros se dejan influenciar por la energía visceral, por las más bajas pasiones. Pero nosotros… Nosotros no —concluyó—. No somos esclavos de los deseos sexuales, ni de la necesidad de tocar a otro o poseerlo de ese modo. Vivimos con respeto, con amor y armonía. Y un ser tan especial como tú no puede merecer menos. Eres como una diosa para los de nuestra especie. Mereces ser venerada y respetada.

—Me abruma que me hables así, Raoulz —susurró avergonzada—. Es todo un halago. Pero no tengo nada de reina. Os lo aseguro.

—Lo tienes todo. Y lo que digo es la verdad. Los *huldre* no podemos mentir. Mi pueblo necesita una reina como tú. Tu mundo está en el nuestro. No con estos salvajes.

Ella entreabrió los labios con asombro. ¿Qué quería decir?

—Tú no perteneces aquí —añadió Raoulz intentando convencerla de su naturaleza—. Deberías

venir con nosotros cuando todo esto acabe.

—¿Con vosotros?

—Sí. Como mi princesa. Mi reina. Tu mundo es mi mundo —sonrió dócilmente.

—Lo que dices no tiene ningún sentido para mí. Soy vaniria, mi familia está aquí. Mi gente está aquí —repuso confusa—. ¿Cómo puedo dejarles? Aún no he cumplido mi función.

—Puedes sobrevivir, Daimhin. Cuando el objeto sea revelado…

—Si lo consigo.

—Cuando lo consigas —la corrigió él—, puedes elegir: venir conmigo y mi pueblo. Te he estado esperando durante mucho tiempo.

—¿A mí? —repitió llevándose una mano al pecho.

—A ti.

—Raoulz… No sé qué decir…

—No tienes que decir nada. Solo espero que tengas presente mi propuesta. ¿Lo harás?

Ella se encogió de hombros como si no hubiera otro remedio.

—No lo olvidaré —contestó.

Raoulz se relajó y sus ojos volvieron a llenarse de ternura.

—Ahora, deja que te muestre lo que tú y yo podemos conseguir juntos.

Entonces, Raoulz levantó la mano y mandó callar a su clan, y detuvo a su vez la música del equipo con una orden mental. El elfo cada vez tenía mejor aspecto, igual que sus compañeros; y las Agonías, ajenas a todo excepto a su necesidad de absorber poder, estaban rodeadas por varios guerreros jóvenes y cabezas rapadas que las miraban con lascivia.

Daimhin sorprendida, observó a Raoulz, que le sonreía como un perro fiel.

—Princesa Daimhin.

—¿Qué sucede, Raoulz? ¿Qué vas a hacer? ¿Ya os encontráis bien?

—Aún no. —Sus ojos oscuros brillaban con una súplica muda—. Tú eres la Barda. Tu voz es un regalo para nosotros. ¿Por qué no nos cantas una canción? Seguro que su efecto es infinitamente mejor que el de esta música sin sentido que escuchamos.

Ella, que aún no había salido del trauma que le había provocado todo lo que el elfo le había dicho, se sorprendió ante la sugerencia.

Le encantaba cantar. No le costaba nada hacerlo. Pero algo, un remordimiento que no supo comprender, le impelió a buscar la aprobación de alguien entre el círculo. Ese alguien la controlaba desde la barra, de pie, como si estuviera en guardia. Sus ojos amarillos eran los más hermosos de todo el salón, no había duda.

Daimhin no supo por qué pensó en él en ese momento, pero tampoco le extrañó. Steven… Era un mundo aparte. Y la afectaba. Y era de estúpidos no creerlo. El problema era que no estaba dispuesta a dejarse influir por nada ni nadie. Nadie podría dominarla.

Aunque Steven le hubiera dado un placer inimaginable, también la había asustado profundamente. No quería ser esclava de alguien mediante algo que tanto había odiado y repudiado.

Por esa razón, haría bien en alejarse de él y guardar las distancias. Aunque, todavía en su cuerpo, reverberaran las ondas de su orgasmo.

Carraspeó, y decidió centrarse en Raoulz, que en lo único en que no le hacía pensar era en cuerpos húmedos. Y lo único que no haría jamás sería tocarla de aquel modo.

—De acuerdo. Os cantaré.

Daimhin sonrió y empezó a dar palmas.

Los elfos y todos los demás copiaron su gesto hasta que la percusión fue perfecta y ella empezó a

entonar una canción que su padre Gwyn siempre le cantaba.

Su padre, cuando era niña, le decía que, en realidad, todos pertenecían al mismo lugar. Y a ella le gustaba recordarlo. No había vuelto a escuchar aquella canción de boca de Gwyn desde que la secuestraron, pero ella recordaba la letra perfectamente.

Many times I've tried to tell you
Many times I've cried alone
Always I'm surprised how well you
Cut my feelings to the bone

Muchas veces he intentado decirte
muchas veces he llorado sola
siempre me sorprendo de lo bien
que cortas mis sentimientos hasta el fondo.

Don't want to leave you really
I've invested too much time
To give you up that easy
To the doubts that complicate your mind

No quiero dejarte realmente
he invertido demasiado tiempo
como para que te rindas tan fácil
ante las dudas que complican tu mente

We Belong to the light
We Belong to the thunder
We Belong to the sound of the words
We've both fallen under
Whatever we deny or embrace
For worse or for better
We Belong, We Belong
We Belong together

Pertenecemos a la luz
pertenecemos al trueno
pertenecemos al sonido de nuestras palabras;
ambos caímos bajo.
Lo que sea que neguemos o abracemos,
para lo bueno y para lo malo
pertenecemos. Pertenecemos.
Nos pertenecemos

Daimhin sonreía cantando. Contemplarla era un regalo para Steven, que aún sentía celos porque ella le cantase a Raoulz y a los *huldre* en vez de a él.

Había escuchado toda la maldita conversación. De principio a fin. Y hacía severos esfuerzos por no

dejarse llevar por la mutación y arrancarle la cabeza de cuajo al elfo.

Sin embargo, verla así era tan hermoso… ¿Cómo podía sentir rabia si la mujer que amaba recobraba la vida con ello?

Aquello era verdadero amor. Dejar que el otro fuera feliz y entenderlo. Desear por encima de todo lo demás la felicidad de la persona que se amaba.

Y él amaba a Daimhin. Estaba perdidamente enamorado de ella. Por muchas razones. Por su valentía, por su integridad, por su fidelidad… por cómo olía y cómo le hacía sentir.

Y creía firmemente que ambos se pertenecían como decía la canción. Era una verdadera desgracia para él tener que demostrárselo engañándola con una piedra mágica. Pero si la piedra, al final, lograba que ella creyese en ellos de verdad, entonces, el sacrificio habría valido la pena.

Esa letra estaba hecha para ella y para él. No para Raoulz. A no ser que la Barda, realmente, a quien quisiera convencer de que se pertenecían fuese al elfo. A no ser que ella accediera a la proposición de Raoulz.

El *huldre* cerró los ojos y movió la cabeza a un lado y al otro, con una sonrisa perenne en los labios. Su cuerpo se llenó de luz y su rostro reflejó el más puro amor.

Maybe it’s a sign of weakness
When I don’t know what to say
Maybe I just wouldn’t know
What to do with my strength anyway
Have we become a habit
Do we distort the facts
Now there’s no looking forward
Now there’s no turning back
When you say

Tal vez sea una muestra de debilidad
cuando no sé qué decir.
Tal vez no sabría
de todos modos, qué hacer con todo mi poder
¿Nos hemos convertido en un hábito?
¿Hemos distorsionado los hechos?
Ahora es momento de mirar hacia delante.
No hay vuelta atrás
cuando dices

We belong to the light
We belong to the thunder
We belong to the sound of the words
We’ve both fallen under
Whatever we deny or embrace
For worse or for better
We belong, We belong
We belong together

Pertenecemos a la luz
pertenecemos al trueno
pertenecemos al sonido de nuestras palabras;
ambos caímos bajo.
Lo que sea que neguemos o abracemos,
para lo bueno y para lo malo
pertenecemos. Pertenecemos
Nos pertenecemos

El círculo de elfos rodó en la misma dirección de las agujas del reloj, cercando a Daimhin, Raoulz y a todos los que estuvieran en su interior. Steven podía observar como sus cuerpos se llenaban de energía luminosa de una forma mágica, de dentro hacia fuera, a través de las palabras melódicas de la vaniria.

Lo que Daimhin cantaba, el modo en el que lo hacía, la entonación que empleaba, con tanta pasión y pureza, impregnaba de una fuerza sobrenatural a quien la escuchaba, afectando a sus mentes y a sus cuerpos. Sanándolos en algunos casos, revitalizándolos en otros.

Ella dio una vuelta sobre sí misma, sin dejar de dar palmas al ritmo de la canción. Los elfos golpeaban el suelo con sus pies, y las Agonías lo hacían sobre las mesas, convirtiéndose nuevamente en el centro de atención de los cabezas rapadas.

En ese momento, Raoulz levantó a Daimhin por las axilas y ella se llenó de júbilo. Se reía a carcajada limpia, dejándose llevar por la misma alegría de los *huldre*. Steven se hartó de todo aquello, pero sus pies no pudieron abandonar el salón y dejar de ver el espectáculo que ofrecía la guerrera con su voz.

Estaba hipnotizado. Muerto de rabia. Pero hipnotizado.

Close your eyes and try to sleep now
Close your eyes and try to dream
Clear your mind and do your best
To try and wash the palette clean
We can’t begin to know it
How much we really care
I hear your voice inside me
I see your face everywhere
Still you say

Cierra los ojos e intenta dormir ahora
Cierra los ojos e intenta soñar
Aclara tu mente y esfuérzate
En intentar y lavar toda la gama de colores
Podemos empezar a darnos cuenta
De cuánto nos preocupamos realmente
Escucho tu voz en mi interior
Veo tu cara en todas partes
Mientras digas

We belong to the light
We belong to the thunder
We belong to the sound of the words
We've both fallen under
Whatever we deny or embrace
For worse or for better
We Belong, We Belong
We Belong together

Pertenecemos a la luz
pertenecemos al trueno
Pertenecemos al sonido de nuestras palabras;
ambos caímos bajo.
Lo que sea que neguemos o abracemos,
para lo bueno y para lo malo
pertenecemos. Pertenecemos
Nos pertenecemos

Por supuesto que se pertenecían.

De un modo o de otro, todos los allí presentes pertenecían a un mismo lugar. A la luz, al bien, a la protección. Las valkyrias pertenecían al trueno, y todos, absolutamente todos, como Daimhin, pertenecían al poder y a la fuerza de sus palabras. Y, al final, de alguna manera mística, todos podían llegar a ser esclavos de lo que decían.

Daimhin le había dicho que no eran pareja, que él no era para ella ni ella era para él.

Y no era cierto.

Steven abandonó el salón porque ya tenía suficiente de ese espectáculo. Porque un hombre enamorado podía soportar muchas cosas, excepto darse cuenta de que su *kone* parecía más feliz con su otro pretendiente que cuando estaba con él.

La vaniria lo tenía muy fácil. Era el momento de demostrarle que no estaba todo el pescado vendido con él.

«Aiko, sé que estás en mi cabeza. Necesito tu ayuda, por favor».

XVIII

Recorrer parte de un continente bajo tierra y utilizar para ello túneles ancestrales y místicos creados por una raza de seres mágicos y feéricos era una experiencia que ni Carrick ni Aiko pensaron jamás presenciar.

Pero ambos lo hacían, a veces volando, otras, caminando, dependiendo de la amplitud que dejase el tubo terrenal cubierto de musgo, roca y oscuridad, solo iluminado de vez en cuando por esas extrañas luces azules suspendidas en el aire que parecían vivir bajo tierra, en las zonas donde reinaba la humedad y el agua se deslizaba a través de las filtraciones de las paredes.

Aiko sabía que con aquel don que empezaba a vislumbrar después de ingerir la sangre de Carrick y que recientemente poseía podía hacer grandes cosas, como internarse en la mente de otros y dejar un rastro de invisibilidad imposible de captar incluso para el más experto telépata. Y, aun así, aunque su don descubierto era fascinante, sabía que tras la tercera toma de sangre y la consecuente vinculación con su precioso vanirio, el don otorgado sería aún mejor, más potente; incluso podría tener otras posibilidades. Pero debería esperar a ese momento. ¿Por qué y para qué era importante su don? Eso solo Nerthus lo sabía.

Y aún faltaba por descubrir el don otorgado de su hombre.

¿Cuál sería el de Carrick? ¿No notaba él ningún cambio? Tal vez no lo notaba porque él aún creía que lo que ambos habían vivido era un sueño húmedo, dulce y calenturiento.

Pero nada real.

Qué errado estaba el vanirio.

Lo habían hecho dos veces en el hogar de los *huldre*. Increíbles las dos. Aún poseía la *Riley* restante en su bolsillo delantero, y solo le faltaba usarla otra vez para concluir la tercera vinculación necesaria para ese sello llamado *comharradh*.

No obstante, era una *kofun*, cuyo código era ser siempre legal y honorable. ¿Qué honorabilidad había en mentir al hombre que más amaba?

Después de todo lo visto en la mente del Bardo, comprendía perfectamente que no quisiera saber nada sobre contacto físico con nada ni nadie. Se había hartado de eso.

Pero ella le había tratado bien. Y él a ella… La tocó como si fuera una hermosa muñeca que pudiera llegar a romperse en cualquier momento. La colmó de bellas palabras que la hicieron sentirse femenina y preciosa.

Carrick fue increíblemente dulce la primera vez. En cambio, en la segunda, se dejó ir un poco más. Más apasionado y libre, aunque todavía había mucho que descubrir en él.

Carrick estaba convencido de que su encuentro con la japonesa era fruto de un sueño único e irrepetible; y como así era, debía aprovecharlo, porque no sabía cuándo iba a tener otra oportunidad de soñar algo así, porque su mente estaba podrida, y cuando cerraba los ojos lo único que veía eran sombras oscuras que se lo llevaban y pesadillas que recordaban un día tras otro al infierno al que, milagrosamente, con más atrevimiento que esperanza, sobrevivieron él y los demás niños perdidos.

Aiko podría entrar en su cabeza sin que él se diera cuenta, con su don de invisibilidad, y si quisiera podría borrar todas sus experiencias.

Pero, entonces, Carrick dejaría de ser Carrick. Y Aiko era incapaz de arrebatar la identidad a nadie. Porque la personalidad de Carrick, tan hermética y atormentada y a la vez tan noble y mágica, estaba forjada en su purgatorio particular, lleno de gestos por los demás y de torturas inimaginables en manos de otros. Lo vivido había creado el increíble ser que era; y Aiko sabía que, ni siquiera él,

deseaba que nadie borrase su leyenda, por amarga que fuera.

El túnel que recorrían cogidos de la mano, sin soltarse ni un solo instante, atravesaba, después de haber salido de Escocia, las entrañas del Reino Unido, pasando por Leeds, Sheffield y Nottingham hasta llegar a Londres, que era el destino deseado.

Ya estaban cerca de la salida al exterior, y no lo adivinaban por la claridad, que no había, sino por los sonidos propios de una tierra que lloraba su presente. En los túneles notaban las sacudidas del planeta, como si fueran dolores estomacales fuertes.

En Escocia, los humanos, en el exterior, caían sin posibilidad alguna de sobrevivir. Y los que sobrevivían eran convertidos en nosferatus. Si eran niños, eran usados como comida para purs y etones, que necesitaban su energía pura para seguir poniendo huevos.

Suponían que allí, y en cualquier otra parte del Midgard, el destino sería el mismo para todos.

—Estamos a punto de salir —dijo Carrick.

Aquella era la única frase que el vanirio había intercambiado en su viaje subterráneo. Ambos disfrutaban del silencio, del contacto cómplice de sus manos y de sus furtivas y no tan furtivas miradas. Ambos amaban el olor del otro y saberse pertenecidos, aunque uno creyese haberlo sido en sueños y la otra supiese que había sido real.

Sin embargo, Carrick no la soltaba. Aiko sabía lo que él pensaba. Estaba en su cabeza sin que se diese cuenta y leía lo que pensaba.

«No la puedo soltar», se decía. «Yo la protegeré, aunque sea mi sueño inalcanzable, un imposible difícil de cumplir; para mí, ella es ella: mi *cáraid*».

—Preparémonos —dijo Aiko, siguiendo el túnel que se ensanchaba, aprovechando ese instante para adquirir más velocidad.

Juntos, emergieron de las cavidades *huldre* de la Tierra, y aparecieron sobre un paisaje oscuro, de cielos negros cubiertos de ceniza, y naturaleza muerta.

—¿Sabes dónde estamos? —preguntó Aiko entrecerrando sus ojos rasgados.

Carrick la miró y asintió con un gesto conciso de su cabeza.

—Sobre las cuevas de Alum Pot.

Las cuevas eran realmente espectaculares, tenían acantilados de vértigo, y orificios en sus rocas que conectaban con los túneles. Aunque los de los *huldre* nadie los encontraría, pues eran secretos, cerrados al ojo humano.

—¿Hacia dónde debemos ir? —preguntó Aiko.

Carrick observaba un horizonte rojo y negro, tembloroso por las mismas sacudidas que atravesarían todo el planeta. No pensó en otra cosa que no fueran sus hermanas pequeñas y sus padres, y en la imperiosa necesidad de ayudarles en caso de que estuvieran en apuros.

Aiko, que también se regía por los valores de la familia, adoraba que Carrick antepusiera a su gente a todo lo demás. Estaban ante el fin del mundo conocido, pero a él le urgía ir a por sus hermanas y sus progenitores.

—¿Dónde estarán tus padres? Hay que avisar al concilio sobre lo que nos ha pasado y sobre lo que concierne a la misión de tu hermana —comentó Aiko.

Carrick la miró un poco sorprendido.

—Sí. Tal vez estén en el RAGNARÖK —pensó aturdido por la facilidad con la que le había leído la mente—. El concilio se reúne ahí…

—Pero, Carrick… —Aiko le apretó la mano con fuerza, para detener su primer impulso—. No tenemos tiempo que perder. Tú eres hijo de tus padres, poseéis la misma sangre, podéis contactar mentalmente. ¿Por qué no lo haces?

—No —la interrumpió él decidido—. No tengo vínculo mental con mi padre, ni con nadie. No lo necesito. —Sus ojos marrones se aclararon con motas de vergüenza.

«Pero yo estoy en tu cabeza, aunque no me veas —pensó, sabiendo que él no la detectaría—, y es un lugar bonito, Carrick. No debes temer a que la gente que te ama comparta tu dolor».

En la mente del vanirio solo persistía el recuerdo del sabor de la sangre de Aiko, porque, según su percepción, solo él había bebido de ella, y no al revés. Lo demás fue un sueño.

Pero Aiko sabía cuán equivocado estaba, porque su sangre corría en el interior de sus venas, y era deliciosa. Sin embargo, si le reconocía lo sucedido, Carrick podría enfadarse con ella y rechazarla.

Lo había anestesiado para hacerle el amor.

¿Eso tenía perdón? En realidad, no había hecho nada malo, ¿o sí?

Sus dones eran importantes para la diosa Nerthus y el desarrollo de los acontecimientos futuros. Solo le faltaba darle otra *Riley*, yCarricky ella se sellarían para que los poderes otorgados que asomaban en ellos se mostraran en todo su esplendor.

Y eran muy necesarios, tanto como era necesario decirle al vanirio de mirada triste que lo quería tal y como era.

Aiko estaba decidida a decírselo en ese instante.

—Carrick, yo… tengo algo que decirte. —Levantó la barbilla, dispuesta a reconocer lo que había hecho. No estaba bien engañar a alguien que apenas confiaba en nadie. Y menos a él.

El vanirio rubio esperó a que ella hablara, observándola sin perder detalle de su rostro oriental; pero, en ese instante, una increíble grieta avanzó por debajo de sus pies. Parte de las piedras y las columnas naturales de Alum Pot fueron engullidas por el corte terrestre.

Aiko y Carrick dieron un salto para quedarse en suspensión en el aire, hasta que tuvieron que esquivar los gases ardientes que emanaban del interior de la incisión. Si uno se asomaba podría ver las entrañas que poseía la tierra bajo sus capas más profundas. Y de ella salían los parásitos conocidos por ellos: purs y etones, recién nacidos, dispuestos a acabar con cualquier ser que respirase oxígeno para vivir.

La grieta avanzaba hacia la Black Country.

El hogar de los padres de Carrick.

El hogar que un a vez fue el suyo.

—¡Vamos, *ál*! ¡Vamos, bella!—exclamó él sobrevolando el terreno para avanzarse a la grieta e ir en busca de los suyos—. La grieta va hacia nuestro territorio.

Aiko sabía que no podían enfrentarse ellos solos a los purs y etones, porque saldrían cientos, y no podían caer antes de cumplir su cometido.

Debían vivir.

Por esa razón, ambos dejaron de lado su naturaleza visceral y agresiva para con sus enemigos, y decidieron ir en busca de sus clanes y de su familia.

Porque la sangre era un reclamo imposible de ignorar para ellos.

Black Country
Dudley

Él conocía ese terreno. Los primeros años de su infancia los vivió allí, junto a su pequeña hermana Daimhin y sus amados padres.

Cubierto por campiñas verdes y casas de ladrillos rojos, Dudley nunca fue una ciudad hermosa, pero

sí era una ciudad de trabajadores y de personas silenciosas que no molestaban a nadie ni llamaban demasiado la atención.

En Dudley nadie imaginaría que una raza como la vaniria se asentaría bajo una suerte de túneles subterráneos ni de casas que nada tenían que ver con las típicas inglesas. Se ocultaban entre los bosques de altos árboles, y estaban resguardadas con cristales de protección solar; y tenían diseños vanguardistas de todo tipo.

Los lugareños siempre creyeron que los que vivían en esas mansiones eran gente muy rica que buscaba intimidad o, incluso, poseedores de apellidos fundadores del pueblo.

Pero nada más lejos de la realidad.

Los hogares por dentro tenían habitaciones circulares que recordaban a los *chakras* originarios de sus pueblos celtas.

Y todas las casas, sin excepción, poseían una puerta oculta que llevaba a los pasillos iluminados por antorchas, y que conducían, todos y cada uno de ellos, a la sala del Consejo Wicca, donde se reunían todos para debatir los asuntos de mayor trascendencia del clan.

Aiko y Carrick intentaron ignorar el ruido y alboroto de los humanos que intentaban coger sus coches y huir de allí y de los temblores.

En breve, la grieta llegaría hasta allí, los purs avanzarían y los vampiros y lobeznos, que estaban saqueando ciudades enteras de los alrededores, se centrarían en ese foco de berserkers y vanirios, como habían sido Wolverhampton, Walsall, Sandwell y Dudley.

Territorio de dos clanes antiguamente enfrentados.

Hasta ese día, en el que habían descubierto que les unían más cosas de las que les separaban y que debían luchar juntos por su supervivencia.

Carrick no pudo evitar sentir un pellizco de pena al pasear por sus recuerdos y ver que en la actualidad nada era como recordaba.

Tenía su casa justo delante.

El cuerpo estaba hecho de ladrillo blanco y madera caoba. Poseía dos torretas, y una de ellas contaba con dos habitaciones. Una le había pertenecido a él. La otra sería para su hermana cuando fuera un poco mayor.

Pero no las disfrutaron demasiado. Una noche, los miembros de Newscientist les secuestraron; y no regresaron nunca más hasta que Daanna McKenna, la Elegida, les encontró.

—¿Vamos a entrar? —preguntó Aiko mirando a su alrededor ojo avizor.

Carrick estudió la complexión cubicular de su hogar, el porche de madera, las persianas bajadas y los cristales de las ventanas oscuros.

Allí, en el interior de la casa, no había nadie, pero tenía un extraña sensación en el pecho. La tierra seguía convulsionando con cada vez más potentes terremotos. La grieta avanzaría hasta allí, pero Carrick sabía que si el corte les alcanzaba todo Dudley acabaría destrozado, junto con sus casas, sus túneles e incluso el Salón Wicca.

Nada permanecería en pie.

—¿Qué estás pensando, Carrick? —Aiko intentó hacerle reaccionar sacudiendo su mano—. ¿Acaso oyes algo?

—Chis —Carrick alzó los dedos de su otra mano y la mandó callar. Sus ojos de animal se oscurecieron e inclinó la cabeza a un lado como si así pudiera escuchar mejor, como un felino escondido detrás de un árbol esperando asaltar a su víctima—. Abajo.

—¿Cómo? —preguntó Aiko.

—¡Están abajo!

Carrick tiró de Aiko y derribó la puerta de la casa con el hombro, entrando en tromba al interior de aquel hogar desértico.

Recordaba a la perfección dónde se hallaba la puerta que les llevaba al subterráneo, al túnel laberíntico cuyo final era el mismo para todos: el Salón del Consejo Wicca.

Los temblores y los terremotos eran cada vez más fuertes. Si en el exterior dejaban huella con casas semiderruidas, cristales rotos y puentes partidos en dos, los pasajes interiores como los de Dudley también quedaban seriamente afectados.

Ahí, bajo los techos derrumbados de uno de los pasadizos, ocultos por las paredes y las antorchas caídas, los cuerpos de dos pequeñas quedaban parcialmente sepultados; dos niñas de pelo rubio y largo ondulado.

Cuando Carrick avanzó entre los escombros y las vio, supo, sin ninguna duda que se trataban de Nayoba y Lisbeth: sus hermanas. Las hijas que Gwyn y Beatha tuvieron años después de que a Daimhin y a él se los llevaran.

Carrick no soportaba ver a niños en apuros: ya sufrió mucho cuando estuvo confinado; ya dio demasiado la cara por ellos… Pero el que se tratara de sus hermanas lo debilitó y lo dejó sin palabras, hasta el punto de que la opresión en el pecho le provocó dolor de corazón.

—Mis hermanas… —Con la celeridad de los de su especie, levantó las piedras que pesaban más que ellas hasta que las liberó de su compresión—. ¿Qué… , qué hacen aquí?

¿Por qué sus hermanas estaban ahí solas sin sus padres?

—Carrick —Aiko, alertada, se acuclilló frente a ellas y mientras él se hacía cargo de Lisbeth, ella cogió a Nayoba—. Tienes que ayudarlas.

—¿Cómo? —Apartó los mechones de pelo rubio de la pequeña que estaba con los ojos cerrados.

—Eres su hermano. Tu sangre las recuperará.

—¿Pero qué dices? ¿Pretendes que les dé de beber?

—Por supuesto. Están muy débiles…

—No. Me las llevaré al RAGNARÖK. Allí cuidarán de ellas. Todavía siguen vivas.

—¡Carrick! —Aiko alzó la voz lo suficiente como para llamar su atención—. ¡Basta!

Él se levantó lentamente con la diminuta Lisbeth en brazos, con su mirada fija en la de ella, asombrado por su tono bélico. Aiko parecía pugnante, como si quisiera discutirse con él.

—¿Basta el qué?

—¡Basta todo! —explotó. Con el tiempo tan justo como lo tenían Carrick debía reaccionar y quitarse ese miedo y esa vergüenza de compartir su sangre—. ¡Son tus hermanas! Dependen de ti ahora mismo. Íbamos hasta el RAGNARÖk y te has desviado a Dudley porque presentías que algo iba mal. ¡Las has sentido! ¡Es el lazo de sangre de los vanirios! Pero ahora que las has encontrado, no las puedes dejar de lado. Es una irresponsabilidad. Tus padres no están aquí para salvarles la vida. Tú sí.

Carrick abrió los ojos asustado y negó con la cabeza.

—No pienso darles mi sangre, Aiko.

—Escúchame. —La japonesa desenfundó su espada en un visto y no visto y señaló su garganta con la punta de la resplandeciente hoja de acero. Con el otro brazo sostenía a Nayoba, que tenía la cabeza apoyada en su hombro—. Tienes que olvidarte del miedo. Tu sangre no está infestada, no está maldita ni sucia. Está perfecta.

—¿Y tú qué sabes? —Carrick le enseñó los colmillos a la defensiva.

Ella sonrió con amor y aceptación. Aunque también sentía algo de pena porque un guerrero como él

se sintiera tan manchado por los demás.

No había nadie más puro y especial que Carrick, y él no lo creía.

Aiko pensó en el comharradh, en la visita de Nerthus, en los pocos días de vida que le quedaban al Midgard y en la posibilidad de que ellos pudieran cambiar las cosas, por eso tomó aire por la nariz, y con la serenidad de su sangre samurái, procedió a decirle toda la verdad, aunque eso supusiera que perdiera la oportunidad de hacer el amor con él una tercera vez.

—Lo sé. Lo sé porque he bebido de ti dos veces, Bardo.

La ceja derecha del vanirio se elevó en forma de arco, incrédula.

—Mientes. No lo has hecho.

—Sí.

—No es verdad.

—Sí lo es. Mientras estuvimos en el hogar de los huldre, tú dormías y yo recibí la visita de Nerthus.

—¿De Nerthus? ¿La Diosa Madre?

—Sí. Esa misma. Me dijo que tú y yo debíamos vincularnos y ser sellados por los dioses, porque nuestro don era importante para el desarrollo del destino.

—¡¿De qué mierda me estás hablando, japonesa?! —gritó Carrick muerto de miedo y repleto de nervios.

Aiko no se amilanó y continuó relatando lo sucedido.

—Pero la diosa sabía, igual que yo lo sabía —recalcó—, que tú y tu hermana no ibais a permitir que nadie se os acercara ni os tocara. Por eso me dio esto —llevó una mano temblorosa al bolsillo delantero de su falda de piel y hiedra y sacó la gema *Riley*—. Son unas gemas que anulan el miedo. Me dijo que te diera dos, para cada vinculación completa, solo así tú aceptarías hacer el amor conmigo e intercambiar nuestra sangre. Por eso, mientras aún dormías, aproveché y te di la gema. Tú… Tú la tragaste… —Los ojos negros de Aiko no mostraban arrepentimiento ninguno—. Te despertaste, e… hicimos el amor. Dos veces.

Carrick osciló las largas pestañas rubias y miró de soslayo a Aiko. La vaniria digna y disciplinada, la más recta de todas, acababa de admitir que lo había drogado.

—Fue un sueño —adujo él con voz débil.

—No. No lo fue, Carrick. Hicimos el amor.

—¡Fue un sueño! —gritó con todo su corazón. Si aquello era verdad, en ese momento, Aiko sabría perfectamente el hombre marcado por la vergüenza que era.

—¡No! —Aiko guardó su espada y corrió emocionada a tomarlo del rostro—. Y si lo fue, fue el sueño más maravilloso que he tenido, Carrick. El más bonito. El que me convirtió en una mujer.

—Estás… Estás mintiendo —no quería creerlo. Era demasiado humillante—. Tú no has podido hacerme esto.

—Lo hice, Carrick. Lo hice por nosotros. Y también por los dioses. ¿No lo entiendes? Tú y yo… nos pertenecemos.

—No me toques —sus palabras y su voz estaban teñidas por el odio—. Eres igual que ellos.

—¿Cómo dices? —Las manos resbalaron de su rostro y sus ojos se empañaron de lágrimas y desilusión. Los de Carrick parecían huecos.

—Ellos me obligaron, Aiko. Nunca me dejaron decidir —susurró. La mirada parda se teñía de sufrimiento—. Exactamente como tú has hecho.

—¿Qué? Por los dioses, no puedes compararme con ellos, Carrick.

—¡No estaba preparado! —le gritó a un centímetro de su cara—. ¡No lo estaba! Me drogaste para conseguir acostarte conmigo.

—Carrick… Me hiciste el amor —dijo acongojada—. Fue maravilloso. Eras tú. Tú mismo. No lo ensucies rebajándome al nivel de tus carceleros. No es justo ni para mí ni para nosotros.

—¿Utilizaste las dos *Riley*?

Aiko negó en silencio.

—No. Lo hicimos dos veces por voluntad propia. No te pude detener —su mirada lo atravesó con sinceridad—. Fue asombroso.

A él se le puso la piel de gallina pero no tardó en reaccionar.

—Dame la que te sobra, entonces —Carrick alargó el brazo que no sostenía a Lisbeth y abrió la palma de la mano—. Aiko, te he dicho que me la des—le ordenó inflexible.

Ella asintió avergonzada y le dio la gema que aún tenía guardada, y que esperaba su momento para salir en escena. Pero no así.

—Bien —Carrick la tiró al suelo y la aplastó con la suela de su bota negra—. Veamos si ahora me puedes convencer para que me acueste contigo, japonesa. Ya no tienes droga. Sin droga, no hay polvo.

Ella se relamió los labios insegura, herida por sus duras acusaciones.

—Actúa como quieras, Carrick. Solo he querido ser honesta contigo.

—Honesta, después de violarme, claro —espetó venenoso.

—¡Yo no te he violado, capullo! —exclamó furiosa, perdiendo la paciencia—. ¡¿Sabes qué?! Haz lo que quieras, pero dales de beber a tus hermanas o morirán. Tienen la columna partida por el peso del techo. Tu sangre, esa que dices que es putrefacta y maligna, es como la de ellas. ¡Ofrécesela para que sanen! ¡No seas cobarde!

Carrick le iba a dar la espalda para caminar y salir de ahí con las niñas a cuestas, pero se dio la vuelta furibundo, para intimidar a Aiko.

—¡¿Quieres que mis hermanas, que aún creen en el hada de los dientes, vean las aberraciones que se le pueden hacer a un hombre?! ¡¿Qué mierda tienes en la cabeza, guerrera?!

—Tus hermanas no están capacitadas todavía para leer en la sangre —dijo enrabietada con él—. Son muy pequeñas, Carrick. Ahora están sufriendo, y puedes sanarlas de golpe, solo con que les des un poco de tu vena. ¿Puede más tu vergüenza que el deber que tienes para con tu familia? ¿Es eso? —Aiko pasó por su lado con tanta ira en su menudo cuerpo que golpeó su hombro contra el de él y le faltó poco para desequilibrarlo. Si él no las salvaba, debían salir de ahí para buscar ayuda—. Apártate. Salgamos de aquí y vayamos al RAGNARÖK. Busquemos a alguien que sí cumpla con su deber.

Pero justo cuando iban a salir de los túneles, dos voces llorosas conocidas por él, las de un hombre y una mujer, irrumpieron en los pasillos derribados con desesperación, buscando vida donde creían que ya no la habría.

—¡Nayoba! ¡Lisbeth!

—¡Hijas! ¡Nayoba! ¡Lisi! *Am olwg*! Qué desastre… *Ble diawl*…? ¿Dónde demonios…?

Aiko y Carrick se detuvieron y no tardaron en dar con la pareja que tantas preguntas y exclamaciones al aire lanzaban, clamando por la vida de alguien muy especiales para ellos.

Los dos rubios altos, vestidos ambos de negro, con ropas de guerra preparados para enfrentar cualquier desafío, se detuvieron frente a ellos, barrándoles el paso, decididos a arrancarles la cabeza si era preciso.

Pero no emplearon la violencia, porque se reconocieron al instante.

Eran Gwyn y Beatha.

Carrick tragó saliva, conmocionado al ver que sus padres estaban ante él, y que él sostenía a una de

sus hermanas pequeñas a quien aún no había alimentado.

—¿Hijo? —preguntó Beatha, cuya belleza permanecía perpetua en el tiempo. Sus ojos castaños y rojizos analizaron la situación con rapidez, como haría un animal salvaje que valorase sus posibilidades de salir ileso—. Te creía en Edimburgo… Por Brigitt… —susurró emocionada, tomando a Lisbeth de los brazos de su hijo mayor—. ¿Le has facilitado sangre, Carrick? —preguntó la hermosa Maru del Consejo Wicca.

Carrick negó con la cabeza, aturdido aún por todo. Sus padres estaban ahí, con él; él había rescatado a sus hermanas, pero se había negado a alimentarlas, vencido por sus inseguridades y sus vergüenzas.

Gwyn y Beatha lo miraron sin juzgarle, pero comprendiendo a la perfección cuales eran las dudas de su adorable y valiente hijo mayor. Ni un reproche se plasmaba en sus ojos. Solo amor y comprensión.

Gwyn se mordió la muñeca, lo mismo hizo Beatha, y no perdieron el tiempo en posarlas sobre las bocas secas y pálidas de las niñas, animándolas mentalmente a que bebieran.

Cuando el elixir rubí llegó a su garganta y desde ahí pasó a la boca de sus estómagos, las niñas, aún con los ojos cerrados, agarraron las muñecas que las alimentaban y bebieron con el ansia de los moribundos.

Carrick y Aiko escucharon cómo los huesos de las crías volvían a su lugar, la columna se encajaba de nuevo, los derrames internos se solventaban, el brillo de sus cabellos regresaba, y el tono de piel dejaba de ser níveo y cerúleo, y pasaba a tener un color más saludable.

—Eso es, mis bebés —las animaba Beatha, sin poder evitar derramar lágrimas de descanso al ver que seguían vivas—. Eso es… —Les acariciaba el pelo con adoración, sabiendo que las caricias calmantes eran las preferidas de sus hijas.

Lisbeth y Nayoba abrieron los ojos a la vez, y se encontraron con los rostros conocidos de sus padres, felices de verlas con vida.

—Ya está bien. Tranquilas. Dejad de beber —les susurró Beatha sonriéndoles con cariño—. Hola, mis princesas.

—Hola —contestaron ellas.

—¿Por qué estaban aquí? —preguntó Carrick—. ¿Qué ha pasado? Creía que todos los niños se encontraban en el RAGNARÖK.

Rix Gwyn comprobó que la niña ya había dejado de beber y, por primera vez, igual que Beatha, se fijaron en la chica que acompañaba a Carrick y que sostenía a una de sus hijas, mientras la alimentaba. Beatha le hizo un pequeña radiografía sin malicia, y después sonrió con agradecimiento y aceptación.

—¿Y tú quién eres?

—Me llamo Aiko —dijo la joven—. Soy la cáraid de Carrick.

—Dioses, es un milagro —murmuró Beatha emocionada.

—Eso ya lo veremos —rectificó Carrick con la intención de hacer daño a la *kofun*. Cuando la joven se afligió, él no estaba más orgulloso por ello.

—Hola, Aiko —la saludó Beatha—. Un honor conocerte… Al fin.

—El honor es mío, Maru Beatha. —Hizo una reverencia con la cabeza.

—¿Qué hacían mis hermanas aquí? —repitió Carrick. No quería que intimaran y las cortó de inmediato.

—Algunos de nosotros, como Iain y Shenna e Inis e Ione, decidimos esconder a los pequeños en los búnkers de nuestras casas —explicó Gwyn—. Los ataques alrededor de Jubilee Park y Londres se acentúan, y pensamos que sería un modo de alejarlos del foco de guerra. Creíamos que era menos arriesgado para ellos esconderlos. Pero… Los terremotos y las sacudidas cada vez son más potentes, y

han conseguido destruir los pasajes secretos de Dudley. Nos equivocamos. Y vinimos corriendo a buscarlas.

—Pero nuestras hijas estaban en el búnker, *mo ghraidh* —repuso Beatha aún sin comprender el estado en el que habían encontrado a sus hijas—. Está muy bien protegido, no entiendo cómo han podido salir de ahí. Era imposible.

—No hemos sido nosotras, *mammaidh* —explicó Nayoba, que era un año mayor que Lisbeth—. Nosotras nos quedamos allí tal y como nos dijisteis.

—¿Cómo que no habéis sido vosotras?

—Nos sacaron de allí —negó la niña todavía asustada—. Unos señores de pelo blanco y largo y piel oscura con dibujos… Los ojos no tenían color. Y sus orejas eran puntiagudas.

Gwyn y Beatha se miraron sin comprender nada.

—Nos dieron miedo —añadió Lisbeth abrazándose a su madre, con sus ojos igualmente marrones acobardados.

—*Svartálfars* —dijo Carrick sin ápice de duda.

—¿Elfos oscuros? —Gwyn ensombreció la mirada y se quedó pensativo.

—Sí, padre. Loki está abriendo los portales y ellos han empezado a aparecer. Hemos tenido algún que otro altercado con ellos.

Beatha desvió la mirada hacia su marido y negó con la cabeza. Si Loki había conseguido abrir sus reinos, entonces, todo estaba a punto de acabar.

—¿Os hicieron algo? —preguntó Carrick a Nayoba, que seguía en brazos de Aiko.

—La puerta del búnker voló por los aires. La tierra temblaba mucho —explicó la niña—. Nosotras intentamos escapar, pero el elfo nos persiguió y nos cogió. Cortó un trozo de nuestro pelo —lloriqueó mostrándole el esquilón en la parte trasera de su hermoso pelo dorado.

Beatha se sobresaltó y su marido se acercó a admirar el corte.

—¿Nada más? —preguntó Beatha.

Las niñas negaron con la cabeza.

—Luego se fue. Nosotras intentamos salir de la casa pero el techo se nos cayó encima.

—¿Para qué querrían el pelo de mis hermanas? —dijo Carrick en voz alta.

—Los elfos oscuros dominan la nigromancia —contestó Gwyn—. Son los más aciagos enemigos de los elfos de la luz, y como consecuencia, odian a los bardos, porque les temen por igual. Somos los encargados de que las leyendas de los elfos y sus conocimientos nunca mueran. Nos recorre la sangre barda transmitida de generación en generación, Carrick. Ahora, ¿por qué crees tú que los *Svart* han podido hacer esto con tus hermanas?

Carrick cerró los ojos al comprender lo que sucedía. Los Svartálfar les atacaron al principio e iban tras ellos. Si Lisbeth y Nayoba tenían su misma sangre barda y habían cortado parte de su pelo, solo quería decir una cosa:

—Buscan a Daimhin —aseguró—. Van a utilizar la magia negra para dar con ella.

—¿A mi hija? —repitió Beatha afectada por aquellas palabras—. ¿Por qué la quieren?

—Es una larga historia —concedió Carrick animándolos para que salieran de ahí. No podían perder más tiempo—. Os la contaré mientras llegamos al RAGNARÖK.

Cuando abandonaban el pasadizo que una vez conectó todas las casas de los vanirios, Aiko escuchó el mensaje de Steven en su cabeza. Ella seguía ahí, de un modo que nadie podría detectar, anulando su recuerdo de las gemas Riley y sus ideas, para que Daimhin no pudiera verlos.

Pero ahora, Steven le pedía otro tipo de ayuda.

Ayuda para que Daimhin no pudiera leerle nada más, hasta que él no lo decidiera.

XIX

Se llamaba Si-rak. Era uno de los primeros rastreadores de los Svartálfars.

Siempre recurrían a él cuando debían estudiar el terreno a conquistar. Siempre le reclamaban cuando de buscar personas se trataba.

Esta vez, era Loki quien, antes de abrir por completo el reino de los elfos de la oscuridad, había reclamado sus servicios para encontrar a un par de hermanos, hijos de los Vanir, que se afirmaba que eran los únicos bardos puros del Midgard.

Si-rak sabía que no había nada más molesto para Loki y los suyos que todavía existieran bardos capaces de afectar en los pensamientos de otros, aunque estuvieran a las puertas del fin del mundo. Y esos seres que tanto incidían en la mente y las emociones de otros, podían cambiar también realidades.

Para Loki y sus jotuns la única realidad era el caos y la destrucción. La conciencia no tenía ningún papel protagonista en ese desenlace, ni tampoco la creatividad, por ello, le había encomendado la misión de encontrar a los bardos y matarlos, para evitar que algún dios Vanir o Aesir todavía tuviera un as oculto en la manga con el que poder jugar a través de ellos. A la Resplandeciente le encantaba jugar con carambolas, y ya se cuidaban de no ser sorprendidos por ninguna de ellas.

Sus serpientes de oro habían dado con los bardos, pero los primos de los elfos del Alfheim, los huldre, habían intercedido para salvarlos. Los insensatos se habían convertido en sus apoderados y ahora los protegían.

Los *Svart* como él detectaban la presencia de las hadas también, y fue así como descubrieron que el hada decidió quedarse con la chica barda. Y no con el chico.

Eso solo quería decir una cosa: ella era la pieza importante. A ella era a la que debían cazar.

Sin embargo, cuando lanzaron la ofensiva cerca del castillo de Lochranza, las valkyrias se interpusieron en su camino y cerraron su portal. Y no solo eso. La señal del hada y de la Barda desapareció, como si ya no existiera en el Midgard. Si-rak comprendió entonces que los huldre la habían ocultado con algún tipo de magia.

Pero la magia insulsa y blanca de los elfos de la luz y sus parecidos se vencía con la magia negra. Mediante un hechizo de localización sanguínea, el elfo oscuro descubrió que había dos niñas de potencial mucho menor y por despertar que se parecían a la Barda y tenían su misma composición.

Abrieron un portal y dieron con ellas. Les cortaron un trozo de pelo para poner en marcha su hechizo de búsqueda. No las mataron porque el muñeco que tenían pensado utilizar solo funcionaba si el pelo que lo recubría venía de un individuo que aún seguía vivo.

Ahora, Si-rak, oculto en uno de los edificios abandonados de la calle Oxford, acababa de rodear la vara hechizada con el pelo de las niñas.

Sus ojos blancos estudiaban con atención el fetiche que tenía en la mano y que mostraría dónde se ocultaba la Barda. Sonrió diabólicamente y levantó el muñeco, parecido a los de vudú, por encima de su cabeza, como si fuera una ofrenda a los dioses.

Su melena blanca se agitó por el viento huracanado que empezaba a sacudir Inglaterra y sus alrededores.

El cielo se iluminaba con relámpagos que caían por todas partes, provocando incendios y destruyendo lo que fuera que alcanzase.

—¡Nada se esconde a mis ojos! —gritó Si-rak con vigor—. ¡Que lo que los huldre esconden, salga de su madriguera!

XX

Se había ido. No lo olía allí. Las naranjas, el aroma de la fruta que siempre la acompañaba desde hacía días, se diluía poco a poco.

Steven se había ido. Lo buscaba entre el salón, esperando encontrarlo detrás de la barra, con el rostro ofuscado y los ojos poco halagüeños, como sabía que la observaba durante toda la canción. Esperaba poder alegrarlo y que él también se bañara de su luz. Pero no. Cuando lo buscó en su lugar solo había vacío, y una botella de whisky completamente hueca.

El hecho de que no la contemplara le hizo sentirse sola y desamparada. El pecho se le encogió y la pena la arrolló con la fuerza de un huracán.

Dioses, no soportaba sentirse así. ¿Por qué sentía que le había decepcionado? ¿Por qué sentía la necesidad de ir en su busca?

—Maldita vinculación… —murmuró angustiada. El mordisco, el hecho de que hubieran intimado… Todo les conectaba, y Daimhin no tenía ni idea de cómo enfrentarse a ello. Le urgía dar con él y descubrir qué le pasaba. Dio unos golpecitos a los brazos fibrosos de Raoulz para llamarle la atención —. Bájame, por favor.

—¿Por qué, princesa? ¿No sientes el júbilo y la alegría? ¿No disfrutas de sentirte así? —le dio una vuelta en el aire—. Así es como vivimos nosotros.

Aquella fue la primera vez que Daimhin comprendió que hacía algo incorrecto. Que no era lo que tocaba.

—No. Bájame, Raoulz —le pidió inflexible.

El elfo la obedeció instantáneamente y estudió su semblante.

—¿Qué te desagrada?

—Nada —replicó ella—. Es solo que me siento indispuesta, y quiero retirarme a mi habitación.

—Pero… ¿Pensarás en lo que te he dicho?

Daimhin retiró la mirada y se mordió el labio inferior. ¿Cómo iba a pensar en ello? Raoulz le estaba proponiendo que se quedara con él; la estaba cortejando a su modo, en medio de una nube de alegría, júbilo y canciones… Pero aquella no era su realidad. La realidad era que el mundo iba a caer bajo las garras de Loki, que los humanos morían, y que la gente de su raza sufría… Ese universo paralelo que presentaba Raoulz como un Edén era atractivo y fácil de querer, pero, ¿era su universo?

—Los elfos y los bardos están destinados a entenderse y a estar juntos, princesa. Nos hicieron así y así está escrito. Nos complementamos —ratificó sin duda alguna—. No tienes que oponerte a ello. Solo fluye con naturalidad y te darás cuenta de que así debe de ser.

Ella lo detuvo levantando una mano. No iba a escuchar más por ahora. Quería irse de allí. La opresión en el pecho era cada vez mayor.

—Está bien, Raoulz. Pensaré sobre ello. —Lo único que quería era escapar para ir a ver a Steven. Para volver a olerle. Definitivamente, estaba paranoica y desquiciada. Ya no tenía control sobre sí misma.

—Conmigo jamás te volverías loca ni te desequilibrarías. Yo te daré seguridad, respeto y equilibrio, Daimhin —juró Raoulz con solemnidad—. Nunca haría que te sintieras desgraciada, como ahora.

Ella levantó la mirada naranja de golpe y sus mejillas se sonrojaron. ¿Desgraciada? No, esa no era la palabra que la describía en ese momento. Era una sensación extraña que la barría con la imperiosa necesidad de ser abrazada y calmada. Pero no por el elfo.

—No me siento desgraciada —admitió de golpe.

Raoulz detuvo lo siguiente que iba a decir, y comprendió que la estaba presionando demasiado. La Barda era un tanto salvaje, tanto como un león enjaulado, y aunque él había pretendido demostrarle que iba a ser fácil que ambos estuvieran juntos, no podía empujarla más allá de su comprensión.

—¿Vas a descansar? —preguntó leyendo en su mirada naranja.

—Sí —Daimhin intentó tocar la mente de Steven. De repente, necesitaba verlo, saber que estaba ahí.

—Lo necesitas.

—¿Cómo?

—El descanso. Aprovecha el tiempo, princesa. Partiremos en breve hacia Gales y ya no tendremos tiempo para reposar. Será el todo o la nada.

Ella parpadeó con algo de inseguridad. El elfo le daba un ultimátum, asegurándole que el viaje era más que un trayecto para encontrar un objeto importante. El viaje era una toma de decisión definitiva y, seguramente, ella tendría la última palabra.

De ella dependería todo.

—Sí. —Daimhin se iba a quitar la capa, ansiosa por ir al encuentro del berserker, pero el elfo la detuvo inmediatamente.

—No, princesa. Quédatela. Es lo único que nos asegura tenerte oculta a ojos de los *Svart* Por ahora, estarás a salvo.

Ella asintió agradecida y se la cerró a la altura del pecho.

—Gracias por tus consejos y tu ayuda, Raoulz —contestó dándose la vuelta para huir rápidamente de allí.

—Siempre dispuesto para ti —dijo él haciendo una reverencia.

Daimhin se apretó el puente de la nariz, caminando a paso ágil por los pasillos para dirigirse a la alcoba en la que Electra reposaba.

El éxtasis de los elfos no era verdadero. Su energía actuaba como una droga en los demás y provocaba alteraciones emocionales, pero, no eran auténticas. Al menos, a ella no se lo parecían. ¿Y si su ansiedad se la habían provocado ellos?

Las manos le temblaban, el corazón latía desbocado… ¡Hasta tenía ganas de llorar!

Durante un momento de euforia, todos los guerreros, incluidos los cabezas rapadas, las valkyrias y einherjars que estaban envueltos en la música de los huldre, habían olvidado el mundo, perdido el oremus e ignorado la guerra que tantas bajas había causado.

¿Cómo era posible? Esa era la magia de los elfos. El éxtasis y la euforia.

Sus pies se internaron automáticamente en la alcoba en la que no solo se hallaba el hada, sino en la que también Steven estaba sentado sobre el colchón, con la cabeza inclinada sobre sus manos, como si observara algo diminuto. Dallas reposaba sobre la cama, con el lomo pegado a su cuerpo.

Al berserker no le hizo falta darse la vuelta para saber que era Daimhin la que estaba allí.

—Se muere —fue lo único que dijo él.

Ella se detuvo a un paso de la cama. Su cuerpo temblaba, hasta que entró allí, donde él estaba y, gradualmente, se relajó de nuevo. Como si aquel fuera su remanso de paz, su pequeño cortijo de calma.

Allí, justo al lado de Steven.

Y no era fácil gestionar sus sensaciones y aquellos descocados sentimientos, cuando ella, Daimhin la Barda, había soportado la soledad y la tortura durante lustros, sin necesidad de llorarle ni de

apoyarse en nadie. No obstante, para su propia estupefacción, ahora su cuerpo y su cabeza parecían cortocircuitarse cuando se alejaban del *punk*.

¿En qué se estaba convirtiendo? ¿En una mujer dependiente y débil?

Caminó lentamente hasta colocarse frente a él y fijó su mirada entre sus manos, donde Electra se debilitaba.

—Cuando las hadas acaban su cometido, desaparecen para sumirse en un sueño eterno y revitalizante —explicó preocupada por la diminuta ninfa de Nerthus—. Electra está a punto de ascender.

El hada abrió los ojos y los centró en la Barda. Su mirada negra aún seguía brillante, pero su rostro mostraba una profunda relajación. Electra sonrió, con su pelo negro y despeinado apuntando a todas partes.

—Es una pena que no pueda ver de qué objeto se trata —reconoció el hada—. Ya no me queda tiempo —sonrió risueña.

—¿Te vas ya, Electra? —preguntó Daimhin.

—Sí. Ha llegado el momento. —Bostezó, reacomodándose en las manos de Steven.

—¿Te duele? —preguntó la vaniria afligida por ver a la luminosa hada tan falta de vida.

Electra hizo negaciones con la cabeza.

—Me voy al mundo de las flores… Donde dormiré mucho hasta que despierte de nuevo. —Abrió uno de sus ojos y lo centró en Daimhin—. Tú debes llevarle el objeto al *Alfather*. No debes perder tu objetivo, Barda.

—No lo haré.

—Prométemelo.

—Lo prometo.

Steven, que no escuchaba nada de lo que el hada le decía, miraba a una y a otra con curiosidad, pero no osó interrumpirlas.

—Los bardos son como las valkyrias y los elfos —le recordó Electra—: jamás pueden romper sus promesas. Tal vez, juntos —los miró a ambos— logréis que las plantas no dejen de florecer en este reino. Sois la última esperanza… —suspiró agotada. Cerró los ojos nuevamente y, entonces, ante la atónita vigilancia de los dos guerreros, Electra estalló y se convirtió en polvo dorado, que rodeó las cabezas y los cuerpos de ambos, dejándolos solos, sin su diminuta compañía, aunque envueltos en su esencia purpúrea y cristalina.

—Se ha ido —susurró Daimhin cariacontecida—. Se ha ido de verdad. Le había cogido cariño…

—Sí. Eso parece. —Steven tenía las palmas doradas brillantes por el polvo de las alas del hada—. Seguro que allá donde vaya estará mejor que aquí.

—Eso espero. Ella me caía bien.

—Todo un logro, eh… —musitó Steven con amargura evitando encontrarse con sus ojos. Daimhin lo estaba buscando, pero él prefería ignorarla. Formaba parte de su plan desesperado para llamar su atención y que reaccionara, que tocase alguna tecla en ella que le hiciera ver que él era su pareja y que no podría rechazarlo por más tiempo—. ¿Ya habéis acabado de bailar tú y el *huldre*? —utilizó un tono de indiferencia.

Daimhin, que aún estaba inmersa en la nube de polvo dorada que había dejado el adiós de Electra, controlaba cada gesto y cada movimiento del berserker. El polvo cristalino le hacía cosquillas en la piel y se le metía por la nariz.

—¿Qué estas haciendo? —preguntó ella de golpe, sin mover ni un solo músculo del cuerpo.

Steven frunció el ceño y se hizo el loco.

Daimhin seguía cubierta por la capa, que hondeaba tras su espalda y cuya capucha reposaba entre sus omoplatos. El pelo descansaba sobre sus hombros, rubio y luminoso, lleno de vida, y con el aspecto mágico que le habían otorgado la intervención de Nerthus y los *huldre*.

Para él, y para cualquiera que la viera, era como estar ante un ser de los bosques, una especie de Campanilla y Peter Pan, todo a la vez, con un tótem como arma, que era una espada demasiado afilada cuyo mango sobresalía diagonalmente por detrás de su cabeza. Ella apreciaba mucho su *katana*, porque pertenecía a la Elegida y casi nunca se la quitaba. Ni siquiera cuando se habían acostado en la bañera de las Agonías, como si pensara que en cualquier momento la fuera a necesitar estando con él.

Daimhin siempre admiraba a las demás, pero no a sí misma. Y mucho menos a él, de quien aún dudaba. ¿Cuánto tardaría en caérsele el velo que le impedía ver la verdad tal cual era? Lo que más molestaba a Steven era saber que esos miedos, tan razonables por otra parte, no le dejaban mostrarse.

Si ella supiera lo válida y valiente que era, dejaría de fijarse en el resto y se centraría en quién ella era en realidad.

Porque Daimhin no era una víctima. Sino una heroína total con un honor intachable.

—¿Me has oído? —continuó ella—. Te he preguntado qué estás haciendo

—¿Y qué estoy haciendo? —preguntó él cerrando la caja en la que Electra había reposado durante sus últimas horas.

—No te oigo.

—Ah, ¿es eso? —Se dio la vuelta y la enfrentó, como si no fuera con él la cosa—. Entonces, Barda, ya somos dos.

A Daimhin la mirada de Steven le puso la piel de gallina. La soledad golpeó con fuerza en su mente y en su corazón, y sintió que ya no tenía el control de nada.

La sensación era tan desesperante que estaba a punto de cometer una locura, como amenazar de muerte al berserker hasta que le abriera su mente de nuevo. Hasta ese momento en que le había cerrado las puertas, Daimhin no se daba cuenta de lo a gusto que se sentía con su contacto mental. Él la alejaba de la oscuridad, y la tranquilizaba, como un puerto seguro al que poder agarrarse. Y lo hacía de forma inconsciente, del mismo modo en el que ella se había aprovechado de él.

—No puedes cerrarme tu mente.

—Yo no la he cerrado —dijo él, admitiendo una verdad parcial—. Tal vez el vínculo haya desaparecido…

—¿Cómo dices? —Sus ojos anaranjados se aclararon como si sintieran una amenaza inminente. Y la amenaza era él y su actitud. Saber que Steven no la dejaba entrar en su cabeza y que tenía el poder de alejarla y darle con la puerta en las narices.

—Puede que tuvieras razón, Barda. A lo mejor lo mío solo fue un capricho… No creo que tú y yo tengamos nada en común.

Ella cogió aire por la boca, sin parpadear, inmóvil, a solo un metro del enorme cuerpo de Steven, que no daba su brazo a torcer. Y se estremecía, como si tuviera frío en los huesos, de ese imposible de calentar.

Él solo tenía que presionarla un poco más para que ella se diera cuenta de lo que pasaba.

—Tienes una misión importante que cumplir, Daimhin. Y parece ser que tu lugar es al lado de los elfos. Te acompañaré en tu viaje, hasta que las fuerzas me den, pero tú y Raoulz debéis conseguir el objetivo.

—¿De qué…? —Tragó saliva nerviosa—. ¿Pero de qué me estás hablando?

Steven sonrió sin ganas y se encogió de hombros.

—Tengo una extraña fascinación por ti, Daimhin. Ya lo sabes. Me he encargado de decírtelo a

menudo. Incluso hemos tenido un encuentro sexual. Pero esa fascinación no es recíproca. Te niegas a verme de otro modo que no sea como un compañero de viaje, y no admites que te diga que eres mi *kone. Yo…* Siento que hayas tenido que humillarte con las Agonías, y siento haber sido yo quien haya tenido que hacértelo. No quería recordarte a tus demonios. —Se pasó la mano por la nuca, de forma contrita—. Ya lo he entendido. Lo lamento mucho. No volverá a pasar.

Nunca, ni siquiera en su encierro, se había sentido tan sola y asustada como en ese momento. El guapo de Steven, con su honestidad tan brutal y su franqueza, le estaba diciendo que ella no era su pareja, que se había equivocado. Y, a la pobre, la sola experiencia de que él no le permitiera entrar en su cabeza, la estaba destrozando como nada lo había hecho.

—Voy a regresar al salón, a ver si me olvido de todo y me animo con el baile y la música de los *huldre* —anunció infinitamente más animado que ella.

¿Eran así las relaciones entre parejas?

Él parecía mucho más entero, como si su mundo todavía estuviera completo.

Las vinculaciones vanirias eran demasiado horribles. Demasiado dependientes. Y tan intensas que provocaban en ella un festival de sentimientos que no había vivido jamás.

Steven iba a abandonarla ahí en la habitación.

«No me cierres tu mente. Ábremela, por favor…».

Él se alejaba y pasaba de largo, decidido a dejarla atrás.

Ella sentía que se moría un poco más y que los ojos se le llenaban de lágrimas. Con el índice recogió una gota brillante de sus pestañas y la miró asombrada.

Lloraba por él.

¿Era desgraciada por saber que, estando tan tullida como estaba, parecía que había un *cáraid* para ella? ¿O era afortunada por ello?

«No te vayas… Steven, no te vayas», pensó con desesperación, al borde de la histeria. La habitación se le hizo pequeña, el agua, que golpeaba contra los cristales, pareció cobrar vida para engullirla y sumirla en una oscuridad desconocida hasta ese momento; la oscuridad que aparecía cuando la fuerte presencia de Steven y sus ojos llenos de luz se alejaban de ella sin avisar, como en ese momento.

—No te vayas —rogó de espaldas a él.

Steven se paralizó, a punto de salir por la puerta. Inmóvil, no osó a mover ni un solo músculo de su cuerpo. Tomó aire por la nariz, cogiendo fuerzas de flaqueza para no abalanzarse sobre ella. No se trataba de convencerla, sino de que ella se esforzara en acercarse a él y se diera cuenta de que no podían alejarse, y de que su relación más natural, era compartir sus cuerpos y sus mentes. Luchar contra ello era ir en contra de su naturaleza.

—¿Qué has dicho? No te he oído.

Ella dejó caer la cabeza hasta clavar la mirada en la punta de sus botas. ¿Por qué sentía vergüenza? ¿Por no ser capaz de mirarle a los ojos para que no descubriera lo débil que era?

—No te vayas.

—No me vas a retener con eso —le advirtió dando un paso hacia delante para abandonar la habitación.

Pero, entonces, los dedos de Daimhin se internaron por la cinturilla trasera de su pantalón y detuvieron su avance.

—No te vayas. No me dejes sola.

—¿Por qué? —preguntó implacable.

—Porque… Porque no quiero.

—No es suficiente, vaniria. —Se lo iba a poner difícil—. No me das de tu sangre, no me ofreces tu

chi, no tengo vinculación mental contigo… —enumeró—. Está claro que me gustas, porque eres una chica muy hermosa y especial…

—No sigas…

—Pero, creo que me he equivocado contigo. No eres mi *kone*. Es imposible que lo seas. Mi chica estaría feliz de tenerme, querría tocarme siempre, querría hacer el amor conmigo, me hablaría a todas horas y nunca rehuiría de mí. Tú eres todo lo contrario —aclaró sin darse la vuelta—. No quiero forzar esto más. Ahora, déjame ir al salón. Brunnylda…

Cuando Daimhin escuchó en boca de Steven el nombre de la Agonía, la aflicción la golpeó con tanta fuerza que despertó todos sus sentidos, violentándola.

Agarró a Steven con fuerza por donde lo tenía cogido, y lo echó hacia atrás hasta que su cuerpo impactó en los gruesos cristales que les protegían del interior del mar.

Ella impactó contra su cuerpo hasta inmovilizarlo. Steven tenía los brazos en alto, a cada lado de su cabeza, y no sonreía, solo permanecía serio e impertérrito como si ese golpe hubiese sido una nimia caricia para él.

—¡¿Brunnylda?! —le gritó ella rozando nariz con nariz.

—¿Por qué te pones así? —Él era la calma personificada, tenía la situación controlada.

—¿Cómo te atreves a insinuar siquiera…?

—¿Qué pasa? ¿Te molesta?

—¡Te saqué de la maldita cueva y me acosté contigo para que ellas no lo hicieran, Steven! —le gritó ofendida, con la tez del rostro enrojecida, los ojos muy claros y luminosos y los colmillos asomando entre su labio superior.

—¿Te molesta? —repitió.

—¡Sí, maldito seas!

—Entonces, Barda, tendrás que hacer algo para que no me vaya con ella…

—No voy a competir con una Agonía —juró apoyándose sobre la punta de sus pies—. No tiene ningún sentido que yo lo haga. ¡Y abre de una vez tu maldita cabeza para mí! ¡No soporto que me apartes! ¡Así no te puedo oír!

Él arqueó sus cejas castaño rojizas y sus ojos se achicaron.

—No me convences, Daimhin. Ahora, apártate.

—¡¿Qué?! —Ella empezó a hacer movimientos de negación—. No, no…

El berserker se apartó del cristal y empezó a caminar hacia delante, con el objetivo fijado de nuevo en la puerta de salida. Daimhin no podía detenerlo y parecía que la iba a arrollar, a pasarle por encima. La vaniria levitó, sin salirse de su camino.

—Brunnylda es una Agonía. Ellas son de otra manera.

—Es una zorra —contestó ella.

—¿Por qué? ¿Por aceptar su deseo? Ella, al menos, sabe reconocer lo que…

¡Zas!

Daimhin le dio una bofetada que dejó en silencio la habitación.

Ella se asustó más por lo que había hecho de lo que él se sorprendió. La joven miró su mano y cerró los dedos, para después dejar caer el brazo, con asombro, pero no con arrepentimiento. De hecho, alzó la barbilla para demostrarle que no se sentía mal por lo ocurrido.

—Te daré otra si sigues hablando así. No me compares con las *dodskamps* —susurró acongojada.

—Estoy cansado de que me hagas daño. —Le mostró la palma de la mano aún cortada por su *katana*—. No voy a permitirte ni una más. Me has abofeteado, me has clavado tu espada y me has cortado con ella…

Ella cerró los ojos con pesar, reconociendo todos sus pecados.

—Yo… Lo siento. Es que… ¡No sé qué demonios me pasa contigo! —Sus palabras sonaban temblorosas.

—Ya lo sé —contestó él con la mejilla enrojecida—. Pero no es mi culpa que tus miedos no permitan que tú y yo estemos juntos otra vez. Hoy hemos tenido relaciones, Daimhin. ¿Acaso te hice daño?

—Steven… Por favor… —Se apretó las sienes con los ojos inundados en lágrimas.

—¡No! Contéstame, Daimhin —la obligó a mirarlo—. ¿De verdad crees que no te voy a tratar bien? ¿De verdad crees que la verdad de los hombres que te maltrataron es la verdad de todos? ¿Me juzgas a mí como a ellos?

—¡No! Es solo que… ¡Yo no sé cómo actuar…!

—¿En serio, sádica? Nos queda poco tiempo. Van tras nosotros y no nos van a dar tregua. ¿De verdad crees que es momento de dudar y de pensar en si intentarlo o no? —hizo una mueca de desdén —. Creía que eras más valiente…

—¡Lo soy! —gritó ella.

—Entonces, ¡demuéstramelo! O me largo de aquí ahora mismo, te lo juro —avanzó inclemente.

—¡No! ¡¿Qué es lo que quieres de mí?! —levitaba hacia atrás, intentando detenerlo. Con la capa de Raoulz ondeando a cada movimiento, como si fuera *Supergirl*. La barbilla le tembló, arrasada por completo por sus incontrolables emociones.

Steven no le contestó. Esperó a que ella comprendiera qué era lo que necesitaba, lo que ambos necesitaban en ese momento.

Los sentimientos y la tensión sexual entre ellos iban a volar la habitación. Pero Daimhin no sabía lo que era la amalgama de emociones que despertaban en su cuerpo. Era responsabilidad de él que ella los comprendiera.

La mirada de Daimhin impactó con la de él, sin máscaras, en carne viva, con todas sus demandas y sus necesidades.

Estaba aterrada por dejarse llevar. ¿Ella? ¡Ella no tenía derecho a dejarse llevar! Estaba rota, usada, manchada, ¿cómo iba a creer en un amor verdadero? ¿Quién la iba a querer a ella?

Steven no le abría su mente y eso la obligaba a confiar en que él la aceptara tal cual, con todos sus defectos y marcas, y sus pocas virtudes.

Confiar. Qué palabra tan poderosa e importante. La palabra más traicionada de todas era la confianza. Y Steven la obligaba a creer en ella.

¿Sería capaz de confiar en él?

Por Morgana… ¡Lo haría! Se obligaría a ello con tal de que Steven no buscara lo que buscaba con Brunnylda. Porque el solo hecho de imaginarlo o verlo con otra mujer le destrozaba el corazón.

Celos. Eso eran celos. Hablaban de ellos las canciones gaélicas de su padre: el no poder ver cómo la persona a la que se amaba y se deseaba era pretendida y tocada por otro.

Y no iba a permitir que él se fuera con otra porque eso la mataría de la pena.

Haría lo que fuese para que él le abriera de nuevo sus pensamientos y se quedara a su lado. Porque la verdad es que sentía que se iba a morir si él se iba.

—¿Qué decides, Daimhin? —la increpó él muerto de la impaciencia.

—¿Que qué decido?

Ella hizo acopio de valor, y se abalanzó sobre su cuerpo y sobre su boca, para besarlo como recordaba haber hecho ante las Agonías.

Cuando sus bocas se unieron, Steven rugió por dentro, victorioso al haber ganado aquella pequeña

batalla, cuando aún tenían la guerra por delante.

Victoria.

Steven se llevó la mano al bolsillo para sacar la gema que Daimhin tenía que ingerir con tal de que le fuera más fácil entregarse a él; pero, en lugar de eso, se encontró con el vacío. Nervioso, sin dejar de besar a la vaniria, rebuscó entre sus bolsillos, hasta que la joven lo estampó de nuevo contra el cristal sin dejar de besarlo.

Había perdido la gema. Se le había extraviado. ¿Cómo era posible?

En cuanto notó la lengua de Daimhin tocando tímidamente la suya, los reparos se le olvidaron, y el instinto y deseo berserker afloraron en todo su esplendor.

Ellos eran dominantes por naturaleza, y no la iba a poder respetar demasiado si seguía besándolo así. Esa chica era especialista en besos, y le estaba friendo el cerebro.

—Daimhin, espera…

—¿Esto es lo que querías? —le susurró con la boca húmeda sobre la suya y la mirada naranja bañada por el deseo—. ¿Quieres que te bese más?

—Quiero más, mucho más que eso —contestó él, sintiendo la sangre rugiendo por sus venas—. Pero déjame antes… —Rebuscaba las Riley como loco, hasta que se dio por vencido. No las iba a encontrar.

Ella se relamió los labios con elegancia y volvió a besarlo. Juntó sus pechos a su duro pectoral y se agarró a su cuello para subirse a él.

Él le sacaba tres palmos y la diferencia se notaba en la distancia de los pies de la vaniria del suelo.

—¿Tienes miedo? —preguntó nervioso. ¿Cómo iba a hacer el amor con ella sin la ayuda de las gemas?

Ella se negó a responder, pues sus sentimientos eran contrarios. Por una parte estaba asustada por todo lo que nacía en su interior, por las ganas de morder y ser mordida, por las ganas de que él la tocara y le hiciera sentir bien… Pero, por otra parte, siempre había un recuerdo tenebroso entre las sombras: las veces que la habían hecho sentirse sucia y la habían utilizado.

Se detuvo durante un momento de cobardía, intentando sobreponer las buenas sensaciones con él a las malas con sus enemigos.

Steven le permitió el paréntesis, mientras luchaba por llenar de aire sus pulmones, apoyado en la cristalera, con sus enormes manos en la diminuta cintura de Daimhin. Él quería ser su terapia, ayudarla para que viera que el sexo y el amor entre dos personas que se respetaban y se querían y que estaban locas la una por la otra, nada tenía que ver con los abusos y las vejaciones.

—Ojalá —susurró apoyando su frente a la de él, abatida por sus dudas—, tuviera el arrojo de las Agonías. Ojalá fuera como ellas. Seguro que no… No lo hago bien —Esta vez era distinta a la de Lochranza, cuando se abandonó a las sensaciones sin ningún pudor. Ahora, todo le pesaba más; el dolor y la humillación venían a su cabeza como fotogramas…

Steven levantó su rostro colocando sus dedos bajo su barbilla, y le dijo sin bajar la mirada:

—No te compares con ellas, preciosa.

—Pero tú has dicho…

—Sí, yo soy imbécil.

—Sí, lo eres.

—Un gilipollas.

—También.

—Pero tú no eres como las Agonías. Eres mil veces más hermosa y mejor para mí. No querría a otra —murmuró acercando de nuevo su boca a la de ella.

—Quiero hacerlo —reconoció ella, embebiéndose de su hermosa y viril expresión—. Pero no sé… Nunca he tocado a nadie así. Enséñame. Ayúdame —le pidió suplicante.

Daimhin nunca había pedido nada a nadie; por esa razón, para Steven, esa orden fue más importante que nada. Y lo cambió todo.

XXI

A Daimhin la habían tocado. Nunca había tocado ella.

A Daimhin la habían poseído. Ella jamás poseyó a nadie.

Daimhin nunca fue amada; fue abusada. Ella, en cambio, deseó haber amado.

Y Steven solo estaba ahí para cambiar todas esas verdades y transformarlas en algo hermoso para ella. Pero lo tenía muy complicado sin el efecto desinhibidor de las *Riley*, que le habían echado una mano.

«Soy un torpe redomado. ¿Cómo demonios la he perdido?».

Aun así, Steven la tomó del rostro y la besó, esperando que ella reaccionara y que el gesto fuera recíproco. Y lo fue. Porque el modo en que las lenguas se enredaron y los labios se mordieron, nada tenía que ver con el rechazo, sino con el deseo, tímido y nuevo de una chica atemorizada, por un rebelde con cresta como él.

Fuera, en el salón, la música todavía seguía sonando, pero ninguno de los dos la escuchaba. Sus cuerpos desprendían calor, y de repente, a ella le sobraba la ropa, y a él la conciencia.

—Hazme todo lo que tengas ganas de hacerme, Daimhin.

Ella, todavía esquiva, empezó a besarle por la cara con caricias suaves.

—Si dejaras que contactara contigo mentalmente… Tus ideas me servirían de guía —susurró ella, asombrada por la adicción que provocaban el rostro, el cuello y los hombros de Steven en su ser. Podría tocarlos, besarlos y… lamerlos, siempre. Como en ese momento en el que pasaba la lengua por la carótida, deseando hincarle los colmillos y someterlo como sabía que podía hacer.

Steven exhaló con gusto, gimiendo por la sensación de su boca, apoyando la cabeza en el cristal, totalmente abandonado a las sensaciones.

—Daimhin… Si supieras lo vívida que tengo la imaginación, no dirías eso. Podrías salir corriendo. Es mejor así.

Ella se detuvo e inclinó la cabeza a un lado, como si su cerebro valorase esas palabras.

—No. Tú no me asustas —aseguró ella—. Bueno… todavía no sé muy bien cómo me haces sentir. Pero he visto de todo, Steven. Me han hecho de todo —aclaró sin rodeos, hablándole con tanta franqueza como él le había hablado a ella. Y era tan liberador—. ¿De verdad crees que hay algo que me pueda asustar?

—No lo dices en serio.

—Sí lo digo en serio. —Lo tomó de la barbilla para que la mirase a ella—. Los hombres… El sexo… Me producen asco y repulsión. No me da miedo, porque es algo que ya conozco. Pero el dolor y la indefensión… sí me asustan.

—¿Te doy asco, Daimhin? —se apartó levemente, avergonzado por hacerla sentir así de mal.

—¿Tú? No. Tú no. Y es por eso por lo que quiero seguir averiguando qué es exactamente lo que me haces sentir —Daimhin se dejó caer muy lentamente a través de su cuerpo, dispuesta a hacer algo con la dureza que él tenía tras los pantalones.

—Espera un momento —Steven hundió los dedos en su pelo, al tiempo que no estaba nada de acuerdo con lo que le iba a hacer—. No. No quiero que me hagas nada a mí. —Solo una chica a la que le habían enseñado a hacer eso podía actuar como Daimhin, dispuesta a hacerle una felación que él no había pedido, aunque la deseaba, joder. Pero no quería que Daimhin creyera que tenía que tratarlo como a los hijos de puta que la habían convertido en lo que era: una beldad fría y asqueada del sexo entre un hombre y una mujer. Él cuidaba de su mujer. Era de sangre caliente y se lo iba a demostrar—.

Todo, todo lo que tengo es para ti. Déjame a mí.

—Pero yo…

La levantó de golpe, colocándola de pie frente a él, y no tardó nada en desnudarla por completo, pasando las manos por su ropa, pidiendo permiso a la hiedra para que se abriera, tanto por arriba como por abajo.

Y eso hizo la planta mágica y hechizada. Se abrió para él, y consiguió dejarla desnuda por completo, totalmente.

—Katana fuera, eh, preciosa —murmuró con dulzura, liberándola de su arma—. No quiero que me cortes de nuevo.

—Lo siento.

—Y esto es de Raoulz. Voy a hacerte mía, y no quiero que nada de él te toque. No lo quiero aquí —le quitó la capa y la dejó caer al suelo.

Daimhin se miró a sí misma, sorprendida por la facilidad con la que él la había dejado como vino al mundo. No sabía si debía cubrirse o no. Sentía vergüenza de su cuerpo.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó él con voz ronca, saboreándola sin llegar a tocarla—. No te oigo y no sé si te sientes mal por estar así ante mí.

Daimhin miró hacia otro lado, cubriéndose parcialmente el rostro con su pelo rubio platino.

—Yo… Creo que no te puede gustar lo que ves.

Él la cogió de la muñeca y le puso la mano sobre su paquete.

—¿Crees que no me gusta lo que veo? Ahora mismo tengo toda la sangre ahí, ni siquiera puedo pensar, excepto en lo jodidamente afortunado que soy por tener la oportunidad de tener a una princesa barda y sádica tan bonita, desnuda ante mí. ¿Y sabes qué es lo mejor?

—No. ¿Qué?

—Que es mi *kone*.

Daimhin resopló emocionada por sus palabras.

—Sigo creyendo que esto es una locura…

—¿Y qué no lo es? —Steven la atrajo con ternura hasta él, y la besó de nuevo, volviéndola loca y dejándola sin palabras.

¿Cómo podían los besos hacer sentir a una bella y limpia tan rápidamente?, pensaba Daimhin.

El fuerte y enamorado berserker la cogió en brazos mientras la besaba y la llevó a la cama. Allí, él se tumbó encima de ella, haciéndose hueco entre sus piernas desnudas, y descansó su pelvis sobre su sexo, frotándose a un ritmo constante y lento hasta que la escuchó gemir en su oído.

—Steven…

—¿Qué?

—¿Qué me haces?

—Te trato bien.

—¿Seguro? Me está pasando lo de la otra vez —dijo mordiéndole la barbilla apasionada—. Me duele. Me muero de calor y hambre, y me siento vacía.

Steven se apoyó en los codos y gruñó contra el cuello blanco de la vaniria.

—¿Sabes qué es lo que te pasa, Barda? —se desabrochó los pantalones como pudo y su pesada erección emergió colocándose sobre el monte de Venus de la joven.

Ella lo sabía, pero no se atrevía a decirlo. Miró hacia abajo y vio el pene del berserker. No se parecía al de los humanos que la habían violado.

Era grande, parte de un hombre joven, fuerte y superdotado como él.

—Me necesitas a mí.

Daimhin tragó saliva y guardó silencio. No iba a decir lo que le pasaba por la cabeza, porque incluso a ella la sorprendía y la dejaba sin palabras.

Nunca había hablado con su madre sobre las relaciones entre vanirios; pero sabía, por boca de Miz y de Aileen, que eran como una especie de locura dependiente que golpeaba a todos los emparejados. Siempre tenían hambre el uno del otro, siempre se deseaban con las mismas ganas del primer día, y no podían soportar la separación.

Al parecer, sufría los mismos síntomas. Y era horroroso, porque, ¿cómo se podía vivir tranquilo así?

Sin embargo, ¿cómo podría continuar viviendo sin sentir eso los pocos días que le quedasen de vida?

Steven le abrió las piernas. Su mirada era tan intensa como él, y a ella le temblaron el corazón y el vientre a la vez.

¿Empezaba a ser dependiente de él? ¿Empezaba a sentir el tipo de amor desmedido e irracional que golpeaba a todos los vinculados?

Y, entonces, algo increíble pasó. Algo que nunca antes había experimentado. Steven la levantó de la cama y la sentó a horcajadas sobre su pelvis, encima de sus potentes muslos velludos y desnudos. Pero no la poseyó. Lo que hizo fue empezar a succionarle los pezones, con suavidad y mimo. En ocasiones, más intensamente que otras.

Pero después de un rato, a Daimhin le dio igual cómo la chupaba. Lo único que quería era que no se detuviera. Y mientras mamaba, empezó a acariciarla entre las piernas para introducir dos dedos que la dilataron, enloqueciéndola y llevándola a la cresta de la ola, moviéndolos adentro y afuera, rotándolos con paciencia.

Y así, con su boca en los pechos, y dos de sus dedos en su interior… Volvió a ver las estrellas y a lloriquear, agarrándose a su cabeza como un bote en medio del mar, apoyando la mejilla sobre ella.

Enmudeció. Todas las reprimendas, todos los contras, todos los miedos desaparecieron después de ese orgasmo, y se quedó laxa sobre él, rodeada por sus brazos.

—Me vuelve loco cómo te corres. Es increíble. Me gusta oír tus gemidos, y ver tu cara. Es como si estuvieras a punto de echarte a llorar.

«Y lo estoy», pensó.

—Me encantan tus pechos, barda. Tus pezones rosados y pequeños —le susurró besando uno y luego el otro—, están hechos para mi boca.

Y ella, por supuesto, no iba a decir que no.

El guerrero la desarmó por completo cuando, por primera vez en su vida, alguien le pidió permiso para usar su cuerpo.

—¿Puedo? —preguntó, sufriendo por la excitación, agarrando su erección con la mano para guiarla a su entrada, que ya estaba muy mojada.

Perfecta para él.

Ella asintió mientras el sudor le recorría el cuello y los hombros, y los labios temblaban con la boca entreabierta e hinchada por los besos.

Y Steven empezó a empalarla con cuidado, controlando en todo momento el peso de su cuerpo y el modo de penetrarla. Daimhin dejó caer la cabeza hacia atrás, ida por las sensaciones, y agradecida por descubrir la otra cara de la intimidad.

La gozosa. La sublime. La milagrosa. La increíble.

Se le acababan los adjetivos para describir aquellas experiencias con él. Porque si junto a las Agonías había tenido la primera experiencia mística, esta vez superaba a la inicial, sin duda.

Steven ya no podía detener sus envites de ninguna de las maneras.

Sus ojos se enrojecieron por completo. Estaba en el interior de su pareja, de la única que le pertenecía, y era un berserker.

Su miembro se hinchó y empezó a bombear líquido preseminal y lubricante, que además, era afrodisíaco en los de su raza y en toda mujer que rociara.

Daimhin lo notó y miró hacia abajo, sin dejar de agarrarse a él, asombrada por las nuevas sensaciones.

—Los berserkers nos hinchamos y crecemos en el interior de nuestra pareja —le explicó él—. Pero para que no os duela, os lubricamos con la lefa que nos sale antes del semen. —La movió por todo lo largo de su erección, dentro y fuera. Y después vuelta a empezar.

—Dioses… Dioses… —susurró ella clavando los ojos en el techo.

—Chis… Está bien, tranquila. Estoy contigo.

—No puedo… —gimió sintiendo las primeras palpitaciones del segundo orgasmo. Estaba ardiendo por dentro y por fuera.

Steven fijó sus ojos rojos en los colmillos de la vaniria.

—Daimhin…

Ella escuchó su nombre en su boca, le prestó atención un segundo, e inmediatamente después, supo lo que tenía que hacer, como una revelación: le mordió y bebió de él, hundiendo los colmillos profundamente, sin desgarrar la carne, succionando después su sangre.

La energía que recibía de él la llenó de fuerza y de luz. Eso propició que Daimhin volara con él hasta estamparlo contra la cristalera de aquella inmensa pecera que era la especial alcoba.

Steven gruñó al sentir el frío del cristal y sonrió cuando, por fin, empezó a vislumbrar a la Daimhin descontrolada. La joven guerrera, medio salvaje, y medio sádica que bebía de él sin descanso, y que, además, estaba rompiendo con una facilidad pasmosa la barrera que Aiko había grabado en su mente.

Steven la agarró del pelo y le obligó a desclavar los colmillos. Entonces, se salió de su interior, y ella ahogó un quejido. Le dio la vuelta y la puso de cara a la ventana, y no para que viera el interior del fondo marino devastado, sino para que él pudiera dominarla, no en su totalidad, pero sí mostrándole parte de su parte más masculina y berserker.

Agarró las caderas desnudas de la joven y la obligó a apoyarse en el cristal. Le separó las piernas y pegó su torso a su espalda.

Ella estaba tan fría… Y él ardía.

—Aguántate.

Daimhin le obedeció, tomó su mano que había herido horas antes, y le pasó la lengua a lo largo del corte de la palma.

—Por Odín —gruñó observando su pequeña lengua cicatrizando su herida.

Entonces, ella se quedó sin aire cuando notó la vara enorme de Steven avanzando a través de su vagina, el útero y descansando en el cérvix, porque ya no podía avanzar más.

—Por favor… —suplicó ella con la frente pegada al frío ventanal y con las manos bien abiertas.

Steven bombeó y le hizo el amor como una taladradora, sin dejarla descansar. La cambió de ángulo para mejorar las penetraciones, mientras le besaba la garganta y el hombro.

—Los berserkers mordemos también, sádica.

Ella lo miró por encima del hombro.

—No debes.

—Sí debo —aclaró él, de modo dictador y dominante. Si no bebía de Daimhin, nunca podría anclarse en su cabeza y tener una mejor vinculación. Así sabría todo lo que necesitaba, la escucharía

cuando lo pasara mal, o cuando tuviera miedo, y estarían siempre en contacto. Tenían poco tiempo para vincularse. Y la vinculación debía ser total: en cuerpo, mente, y alma.

—¡No lo hagas! —le prohibió ella.

Pero Steven la mordió igualmente entre la curva del cuello y el hombro, justo donde la había mordido la primera vez.

Los berserkers no bebían sangre. Pero si su kone era vaniria, por ella lo haría, porque, morder y beber durante el acto sexual de los vanirios, suponía éxtasis y placer instantáneo.

Y así fue.

Daimhin tuvo su tercer y larguísimo orgasmo.

Ni siquiera sabía si alguna vez iba a recuperarse de aquello.

Su mejilla reposaba en el frío cristal empañado. Steven, aún en su interior, la había encarcelado entre su cuerpo y aquel expositor marino del que aún no sabía ni quería salir. Daba la impresión de que ambos estaban al margen del mundo en el tranquilo fondo submarino.

Daimhin no podía pensar siquiera en el grave error de haber sido mordida. Los berserkers no sabían leer la sangre, por tanto, Steven no podía ver nunca lo que ella vivió en Chapel Battery, pero su cabeza era un caos igual. Él no se sentiría a gusto pululando en ella.

Tres veces intentó coger aire para emular una recuperación que no llegaba, hasta que desistió y se abandonó a las caricias que todavía le prodigaba el guerrero hundido en ella.

La había tomado contra el ventanal, ella totalmente desnuda, él semivestido. El interior de sus piernas estaba húmedo por los fluidos de ambos, y Steven aún succionaba de su mordisco, como un vanirio neófito.

—Detente —susurró sin apenas fuerzas.

—No. Aún te corres cuando chupo, Daimhin. ¿Por qué quieres que pare?

—Porque estoy débil —reconoció rendida a los persistentes coletazos de su orgasmo—. Y necesito descansar y… pensar.

—No. Cada vez que piensas, decides que no quieres estar conmigo. No me gusta. —Aún así, dejó de beber y le cerró las incisiones con un lametazo, como si fuera uno de su misma especie—. Le das demasiadas vueltas a las cosas.

Daimhin sonrió contra el cristal, con la mirada aún velada por el placer. Dioses, le costaba hasta parpadear.

—Los *huldre* ya no cantan —observó.

Steven aguzó el oído, y después sonrió, hundiendo la nariz en su suave melena. Por fin los elfos se habían agotado. Y ella… Olía tan bien.

Daimhin se medio incorporó para contemplar las manos marcadas en el cristal por el vaho de la habitación, consecuencia de su cópula.

—Tu casa es como un sueño… Es como vivir en el libro de *Veinte mil leguas de viaje submarino*.

—Es uno de mis libros favoritos —admitió él. ¿De qué se hablaba después de haber tenido una sesión de sexo tan espectacular?

—Lo sé. —Empezó a hacer dibujos sin sentido con el índice aprovechando que los cristales estaban empañados. De vez en cuando, todo tipo de peces flotaban sin vida ante ellos, mecidos por las corrientes. Daimhin sintió la pena de Steven al verlos. Había amado y cuidado a esos animales de agua dulce él mismo—. Tenías hasta tiburones —murmuró apenada por el cementerio marino que bailaba ante ellos.

—Sí. Me gustaban los peces extraños. Llené el lago de todas las especies que pudieran convivir juntas. Y traje gayarres, que son los tiburones que ves ahora. Sin vida —recalcó afectado.

—Pero… En este lago las personas se mueven a través de embarcaciones. ¿No eran peligrosos los tiburones?

—Por supuesto. Por eso cerré mis condominios con muros de cristal submarinos. Los peces podían ser contemplados si hacían inmersiones realmente profundas, pero no podían salir de aquí. Es como un enorme acuario. Mi casa está bajo tierra, Barda. No es fácil de adivinar ni de intuir lo que hay bajo la isla. Solo yo lo sé.

Daimhin se mantuvo en silencio hasta que añadió:

—Te identificas con los tiburones. Te gusta cazar como a ellos, pero solo cazas cuando es necesario. Te encanta la imagen que tienen: su cabeza triangular, su expresión… Son rostros típicos de depredadores. Y a ti te gusta ser un depredador.

Él asintió a cada cosa que ella decía.

—Te gusta llevar cresta porque te recuerda a la aleta superior de tu animal favorito. Sabes que tu imagen es agresiva, como la de ellos. Y te gusta.

—¿Me estás psicoanalizando?

Ella se encogió de hombros.

—Estoy en tu cabeza otra vez. Eres como un libro abierto.

Steven la miró complacido, abrazándola por la cintura. Él también estaba en su cabeza. El intercambio de sangre con ella le había abierto los secretos mentales de la joven, y aunque el don no sería exactamente el mismo para ambos, pues, como bien pensaba ella, los berserkers no leían la sangre ni podían leer en los recuerdos, se sentía totalmente rodeado por su esencia, como si su mente y la de él fueran de la mano, medio fusionados.

—Me gustas, Daimhin. Estar contigo me colma de felicidad —reconoció declarándose abiertamente.

—Steven.

—¿Hmmm?

—¿Qué es exactamente el *chi*? —preguntó distraída—. Pensabas en ello mientras me empotrabas contra el cristal.

—El *chi* es la energía vital de los berserkers y de todo ser vivo. Cuando encontramos a nuestro *reflekt*, que es nuestro reflejo, la mujer en quien nos miramos para ser mejor, el berserker tiene la necesidad de marcarla y de intercambiar el *chi* con ella. Nos damos poder y juventud al ofrecerlo con todo el corazón. La retroalimentación del *chi* es lo que nos hace fuerte e inmortales para vivir con nuestra pareja eternamente.

Daimhin pensó que era hermoso. El *chi* era para los berserkers lo que la sangre era para los vanirios.

—Tú me has bañado con tu *chi* —dijo ella. Y no era una pregunta. Había sentido esa energía en el cosquilleo de su piel y en cómo su vello se erizaba.

—Sí. Te bañé con él también en Lochranza.

—Sí. Lo noté —reconoció disfrutando de las caricias que Steven prodigaba sobre sus brazos y sus piernas, repasándola con la punta de sus dedos como si resiguiera una obra de arte hecha a mano—. Yo no te he dado el *chi*, ¿verdad?

Él le retiró el pelo de la nuca y le dio un leve beso tranquilizador.

—No. Aún no.

—¿Por qué no? ¿No sale natural?

—No, mi sádica. Sale natural cuando reconoces a tu pareja, la aceptas y la amas. Antes, no.

—Ah… —Aquella era una respuesta que hablaba de su falta de confianza y seguridad en amar a otro y ser correspondido de vuelta.

—Me lo darás, Barda —le aseguró él—. Tarde o temprano me lo darás. Pero cuanto antes me lo ofrezcas, mejor.

Ella lo miró de reojo. No sabía cómo sentirse al respecto.

Ella era el reflejo en el que Steven quería mirarse. Pues iba listo.

Ante la patente incomodidad que nacía en su interior, Daimhin quiso apartarse de él y recuperar parte de su espacio perdido. Ahora el berserker estaba en su sangre, en su cuerpo, y también en su mente, ocupando una parte de ella, anclándose como algo permanente.

—¿Te estás agobiando?

—Dioses, sí… —cogió aire por la nariz.

—No tienes por qué. Yo no voy a obligarte a nada. Tú eres la que tienes que verlo por ti misma.

Poco a poco se deslizó de su interior, aunque no cortó el contacto de sus manos. Al contrario, entrelazó sus dedos con los de ella, apoyados en el cristal.

—Yo jamás te obligaré a hacer nada que no quieras hacer, Daimhin. Jamás te mentiré. En mí siempre podrás apoyarte. Bueno —hizo una mueca—, mientras sigamos vivos, claro está.

Daimhin exhaló y soltó una risita.

—Qué esperanzador —murmuró.

Steven se impregnó de su pequeña risita, como el tintineo de las campanillas.

Daimhin solo necesitaba sentir que él estaba ahí, con ella, acompañando sus dudas. Se apoyó en su torso y miró el amplio ventanal.

En ese momento, sus ojos naranjas se quedaron fijos en un punto de la ventana.

No se había dado cuenta de ello. Hasta ese momento.

Había algo escrito. «Revivid. Revivid. Revivid».

—¿Lo has escrito tú? —preguntó Daimhin.

—Sí. Solo jugaba… —reconoció avergonzado—. Pensé que los rezos podrían obrar milagros. Pero mi deseo, como puedes ver… —miró al gayarre muerto, boca abajo, que surcaba el interior del acuario perdido. Al subir las temperaturas del agua de los lagos de Escocia los peces murieron como en un golpe de calor, hervidos. Sin embargo, las lluvias, que no habían cesado, y las tormentas de nuevo las habían templado, aunque ya era demasiado tarde— … No se cumplió.

Daimhin resiguió las letras escritas por Steven, con sus dedos entrelazados, como si enseñara a un niño a escribir, y leyó en voz baja:

—Revivid. Revivid. Revivid.

Y como si se tratase de las palabras de Dios, el tiburón abrió los ojos, removiéndose y dando vueltas sobre sí mismo, hasta que aleteó con su cola y se quedó suspendido, mirando fijamente a Daimhin y a Steven.

Que no salían del *shock*.

—¡Joder! ¡¿Pero qué coño?! —exclamó Steven sin apartar la mirada de lo que estaba viendo tras el cristal. Los peces revivían y nadaban perdidos y desorientados, hasta que miraban a Daimhin, y entonces, uno tras otro, se quedaban inmóviles, como si agradecieran a la Barda sus palabras—. ¿Pero qué está pasando? —desvió su mirada gualda hacia ella—. Daimhin… ¿Cómo has hecho eso?

—Yo… No lo he hecho yo —contestó aún conmocionada.

—¡¿Cómo que no?! Lo digo yo y mis palabras hacen eco. Lo dices tú, ¡y se hace la luz! —señaló a

los peces, exultante—. Daimhin… —Steven la tomó por los hombros—. ¿No lo entiendes? Lo has hecho tú.

Dallas entró en la habitación y empezó a ladrar, con el rabo moviéndolo de un lado al otro, a los peces que se movían de nuevo repletos de vida.

Ella miró a Dallas y a los peces intermitentemente, y entonces sus ojos se abrieron como platos al caer en la cuenta de lo que estaba pasando.

—Dioses… Steven —no salía de su asombro—. Creo que lo he hecho yo.

—¡Claro que lo has hecho tú! ¡Te lo estoy diciendo!

—No. Espera… En Edimburgo, antes de ir a por mi hermano, encontré a Dallas muerto. Leí en voz alta un artículo de un periódico en el que habían escritas las palabras Devuelve la vida. Yo leí en voz alta: «Devuelve la vida a Dallas». Y Dallas está aquí. Vivo. Ahora ha pasado lo mismo con tus animales. He leído «Revivid», y han empezado a nadar —los señaló maravillada.

—No es la única vez que lo has hecho —señaló él observando con júbilo su ejemplar de tiburón—. Lo hiciste también en los túneles de purs y etones de Edimburgo. —Se dio la vuelta y encaró de nuevo a su *kone*—. Aseguraste que Aiko estaba muerta. Carrick también lo dijo. Pero leíste el mensaje que tu hermano escribió en la pared con su propia sangre. ¿Qué era lo que decía? Decía…

—…*Dal dy Wynt. Arbed dy dafod*… Vuelve a respirar. Mantente con vida—susurró emocionada.

—Sí —Steven enmudeció y la miró con solemnidad y admiración—. Daimhin —levantó su barbilla suavemente—. Ahí tienes tu don especial y mágico: devuelves la vida, sádica. Por eso eres la Barda de los dioses. Por eso te eligieron a ti.

—Pero yo…

—¡Oh, joder! ¡Joder! —dijo Róta tapándose los ojos y entrando sin pedir permiso—. ¡Ya es la segunda pareja que cojo *in fraganti* hoy!

Steven corrió a coger la colcha de la cama y cubrió el cuerpo de su *cáraid* y el de él.

—¡¿Es que no sabes llamar, valkyria?! —increpó Steven malhumorado.

—¡No hay tiempo para vergüenzas! —exclamó aún extasiada con la música y el ritmo de los *huldre*—. ¡Es hora de irse!

—¿Ya? —preguntó Daimhin—. ¿Los huldre ya tienen su energía?

—¡Maldita sea, todos la tenemos! Debemos salir rápido porque tenemos una nube enorme de vampiros y un ejército entero de lobeznos y purs avanzando por los cerros de las islas —señaló el techo—. Vienen a por ti, Barda. —La miró sin titubeos—. Tenéis que iros ya —Róta les lanzó las ropas que reposaban en el suelo amontonadas—. ¡Andando!

—¡Date la vuelta, joder! —le ordenó Steven.

Róta se echó a reír y puso los ojos en blanco, obedeciendo.

Steven y Daimhin se vistieron tan rápido como pudieron y salieron de detrás del edredón.

Mientras se ponía las botas, Steven la ayudaba con la *katana*, vistiéndose el uno al otro con aquellas complicadas y elaboradas ropas élficas.

—Róta —Daimhin llamó a la valkyria—. Acércame la capa.

Róta arqueó las cejas rojas, y se dio la vuelta para buscar la capa verde que había llevado Daimhin desde que llegó al lago Maree.

—¿Dónde las has dejado? —le preguntó.

—En el suelo —contestó Steven abrochándole la hebilla delantera del corsé a Daimhin.

—Justo donde… —Daimhin entrecerró los ojos, esperando encontrar la capa en el mismo lugar en el que habían dejado la montaña de ropa.

—Aquí no está —anunció Róta seria.

—¿Cómo que no está? —Steven se agachó para buscarla debajo de la cama, y cuanto más tardaba en encontrarla, más nervioso se ponía—. Daimhin…

—¡Yo también la estoy buscando! —dijo la vaniria, visiblemente asustada.

A Róta se le desencajó la cara, mirándolos a uno y a otro sin podérselo creer. Daimhin se llevó las manos a la cara con horror.

—No quiero ser aguafiestas —advirtió la valkyria de pelo rojo y ojos turquesa—, pero… ¿Tenías la piedra oculta en la capa?

—Sí —reconoció la vaniria pálida.

—Estamos jodidos —sentenció Róta.

—Acaban de quitarnos la capa —admitió Steven cogiendo aire y rompiendo de un puñetazo la estructura de la cama—. Andando —tomó a Daimhin de la mano y tiró de ella para que no se quedaran llorando y sin reaccionar—. Tenemos que dar con ella.

XXII

En algún lugar de Escocia

Si-rak estudiaba la capa verde del huldre con sus propias manos. El fetiche con el pelo de las hermanas de la barda había funcionado y le había llevado hasta la vaniria, la elegida por el hada y los dioses.

No había ni rastro del hermano bardo, parecía que lo habían borrado del mapa , o tal vez, ya había muerto. Aunque era poco probable. Pero no dejaba de ser extraño que no pudiera captarlo.

Con el hechizo de localización que habían ejecutado con el fetiche, un muñeco de palo envuelto con el pelo de las hermanas pequeñas, dieron con la joven en una casa intraterrena en el lago Maree y la encontraron en una situación muy íntima con su berserker.

Si-rak despreciaba los intercambios de fluidos, como toda su especie. Ellos no necesitaban el contacto, ni ese tipo de relaciones a las que los dioses también sucumbían. Los Svartálfar estaban por encima de ese energía tan baja y terrestre. Eran un eslabón superior al resto, y así lo demostraban.

Si-rak abrió la capa que apestaba a Midgard y a huldre, y descubrió el objeto que estaba ocultando.

Sus ojos completamente blancos titilaron dudosos al pasar las manos de largas uñas blancas por encima de aquella piedra rectangular, ni muy larga ni muy gruesa. ¿Qué demonios era?

De repente, el aire se llenó de una electricidad conocida por él, señal inequívoca de que el Trisker se iba a presentar inmediatamente.

Loki era un dios de apariencia atractiva, pelo con rastras de colores, ojos delineados azules claros y boca carnosa. Los hijos del Midgard lo verían y pensarían que era un modelo excéntrico y gótico. Pero solo los jotuns sabrían que, a pesar de su apariencia nada agresiva, se trataba del Timador más maligno y mentiroso de todos los reinos. Un semidios que era mejor tener como amigo y aliado que como enemigo.

—¿Lo tienes? —El dios jotun se asomó al altar de piedra oscura en el que Si-rak había depositado el objeto. Lo inspeccionó y achicó los ojos—. ¿Qué es esto? Te pedí que recogieras el objeto tocado por los dioses tras el que iba la Barda. ¿Esto es lo que me has traído?

—Es lo que nos pidió, señor —explicó Si-rak sin mirarlo a los ojos. A Loki no le gustaba que nadie se creyera que podía tratarlo de tú a tú—. Está hechizado con la energía de los Alfsheim, por eso no puedo seguir sus directrices y hacerlo desaparecer.

Loki se quedó pensativo acariciando una de sus trenzas de color lila. Sonrió y miró hacia arriba.

—La puta y el tuerto no descansan. Solo los elfos de la luz pueden mostrar lo que el objeto oculta. Y aunque tengo al Midgard a mis pies y he llamado a todos mis ejércitos, a pesar de que los dioses saben que van a perder, la pregunta es: ¿por qué los dioses iban a dejar un objeto hechizado por un Alf para un bardo inexperto si, en teoría, en el Midgard no hay elfos de la luz?

Si-rak lo miró atentamente, pero no osó interrumpirlo, aunque se imaginaba la respuesta.

Loki odiaba que le interrumpieran.

—Ergo: porque, al menos, aquí debe de haber un Alf —autoconcluyó el Trikster—, sino, nada de esto tendría sentido. Y la Vanir y el Aesir no dejan nada al azar. ¡Bien! —Dio una palmada y golpeó el suelo con su vara—. Dicho esto, ahí va mi lista, Si-rak. Cúmplela al pie de la letra —frotó sus dedos como si estuvieran manchados de polvo.

—Sus deseos son órdenes, Señor.

—Encuentra al Alf, oblígale a que muestre el objeto tal cual es. Después matas al Alf, destruyes el

objeto y… También matas a los bardos. No quiero a ninguno de los dos por aquí. Son inofensivos, pero su sola presencia me incomoda.

Si-rak bajó la cabeza de modo sumiso. Las marcas de su cara brillaron con color plateado.

—Así será, señor.

—Hazte cargo de esto, Svart. Eres mi comandante —sonrió con advertencia—. En ti delego esta simple y sencilla tarea —se ubicó frente a él y sonrió como un ángel para admitir como un demonio —: Pero si fallas, me encargaré de que tú y los tuyos os convirtáis en las putas de los troles, y estéis recogiendo mierdas de orcos durante toda la eternidad. ¿Entendido? Todos tus hermanos están al llegar, preparándose para hundir esta tierra definitivamente. Siempre puedo encontrar a otro mejor, *svart*. Recuérdalo. Nadie es imprescindible.

—Sí —contestó Si-rak temeroso de su destino.

—Perfecto —dejó ir una carcajada enloquecida y le dio una palmada en el hombre—. ¡Relájate, jotun! ¡Disfruta!

—Sí, señor —dijo con la cabeza agachada.

—No me molestes a no ser que sea para decirme que has cumplido mis órdenes. —Se dio la vuelta y sacudió su pelo largo y coloreado—. Tengo un Reino Medio que destruir, y muchos hijos que alimentar —sonrió con convicción—. Ser el Padre de Todos es muy agotador, ¿no crees?

Loki desapareció ante sus ojos.

Y Si-rak se quedó solo, en silencio, acompañado del goteo constante del agua que filtraba en charcos en el interior de esa gruta, mirando la misteriosa piedra con gesto ansioso.

Debía cumplir su cometido a la perfección y no perder más el tiempo.

No quería ser la puta de nadie, porque para bien o para mal, Loki siempre cumplía sus amenazas.

XXIII

Inglaterra

Aiko volaba en silencio a través de los cielos encapotados, mirando de vez en cuando a Carrick que, con gesto taciturno y la frente arrugada por la preocupación, viajaba al frente, controlando cada suceso que acontecía en la tierra, bajo sus pies.

La kofun sentía su dolor en carne propia; dolor por su hogar destrozado y desolado como estaba, hundiéndose bajo la grieta que, sin prisa pero sin pausa, recorría el orbe en todas direcciones desde Escocia, para seguir avanzando por tierras inglesas y dividirlas en dos de un modo en el que jamás volvería a unirse.

Habían comprobado de un modo amargo que nada escapaba a la fuerza de la Naturaleza, ni tampoco al ejército de purs y etones que, aprovechando el corte que se abría, salían a la superficie en tromba, para acabar con los humanos que intentaban huir inútilmente a través de las angostas carreteras.

Los gritos mortales ascendían hasta el cielo. Hombres y mujeres perecían bajo las garras y los mordiscos de los hijos de Loki. Los niños eran llevados de nuevo a la grieta, para alimentar a los ponedores de huevos y ayudar a hacer su ejército mayor a través de sus jóvenes y puras vidas.

Carrick, en un arrebato de furia e impotencia, desvió el vuelo para descender sobre el Támesis y luchar contra todos ellos.

Pero su padre Gwyn, que protegía a Lisbeth ocultando su rostro en su pecho, lo detuvo por el pecho.

—No —fue lo único que le dijo.

—Pero no tienen oportunidad de vivir —señaló él horrorizado—. ¡Hay que hacer algo!

Gwyn vio por primera vez, después de que Carrick fuera rescatado de Chapel Battery, el brillo de la misericordia y la empatía en sus ojos pardos. Su hijo era todo un hombre.

Durante unos días creyó que lo vivido lo había convertido en alguien frío, falto de vida e ilusión, y a punto de entregarse a Loki.

Pero su gesto había salido de las sombras y ahora tenía un nuevo candor. El especial cariz que solo podía dar el amor y el aceptación de una pareja de vida.

La japonesa parecía ser su particular rayo de luz, y eso convertía a Aiko a sus ojos en otro miembro más de su familia, querido y respetado eternamente. Le estarían por siempre agradecidos de que salvara a su hijo del Infierno.

—No puedes hacer nada por ellos. Ya están muertos —aseguró inclemente—. Lo único que tú y yo podemos hacer es obedecer a Nerthus, y ayudar a tu hermana Daimhin, sea como sea, a cumplir su cometido.

—Pero… No está bien no hacer nada por ellos —replicó él.

—Hijo —su tono se aseveró–, cada uno de los momentos de tu vida, los que te hayan hecho desgraciado o dichoso, te han llevado a este momento. Al igual que a los humanos. Cada movimiento en falso y cada decisión tomada les ha llevado del mismo modo a este instante de muerte y destrucción. Era su sino. Por alguna razón, los dioses han querido que mis dos hijos tengan algo que decir en el Ragnarök, y quiero ayudarles a conseguir su propósito. Quiero ayudaros: a ti y a tu hermana. Y os necesito vivos. Si desciendes ahora, morirás. Somos cuatro y dos niñas pequeñas —miró a sus diminutas hijas—. Ellos son miles. —El enjambre de jotuns a sus pies se hacía cada vez mayor—. Moriremos si bajamos. ¿Quieres eso?

Carrick rechinó los dientes y miró a Aiko con frustración. Por supuesto que no quería eso, pero

odiaba los abusos de poder, y era así como sometían a la humanidad: jugando con ellos, menguándoles sin darles ninguna posibilidad de sobrevivir. Estaban en desventaja.

—No, *allaidh*. El viaje ha sido muy largo hasta aquí. Daimhin nos necesitará vivos.

—Así me gusta. Prosigamos el vuelo hasta Jubilee Park y dialoguemos entre todos qué debemos hacer y cómo ayudar a tu hermana barda. Es el único objetivo que tenemos. Vamos a cumplirlo. ¿Sabéis tú y Aiko cuales son ya vuestros dones otorgados? Si Nerthus dice que los necesitaréis, es porque deben ser importantes.

Carrick contestó que no por los dos.

Aunque la japonesa calló y se mantuvo en el silencio que otorgaba y que decía que ella sí creía saberlo.

Cuando descendieron a Jubilee Park, justo en el pequeño parque resguardado y custodiado por una cabina roja típica inglesa, ninguno de ellos esperó encontrarse con ese panorama.

Los jotuns de Loki rodeaban al Noaiti del clan berserker; y la Cazadora estaba sobre la cabina, lanzando sus flechas iridiscentes al grito de Silfingyr, contra todo aquel que les atacara.

Ruth miró al cielo y cuando los localizó dijo:

—¡Entrad! ¡Rápido! —ordenó liberando a Adam de un par de lobeznos con sus flechazos.

—¡Entrad con mis hermanas! ¡Ahora entraremos nosotros! —espoleó Carrick a sus padres abriendo la puerta de la cabina para ellos.

Cuando su padre y su madre entraron y la cabina descendió como un ascensor, él y Aiko se quedaron a apoyar a Ruth y a Adam.

Desenfundaron sus espadas y se colocaron frente a Adam, que había mutado: su pelo negro había crecido, al igual que los músculos de su cuerpo, más desarrollado y musculoso que en estado normal.

La pareja esperó a que los jotuns fueran a por ellos, y como vieron que no llamaban la atención y que eran Adam y Ruth sus objetivos, decidieron dar un paso al frente e ir en su busca.

Ruth vestía una túnica con capucha roja y holgada que le cubría la cabellera caoba. En el brazo, que sostenía al hermoso y élfico Silfingyr, tenía un protector que mantenía la articulación recta y tensa que la rodeaba para no perder puntería. Y no la perdía. Igual que no perdía su sentido de la observación. Gracias a ello, después de un rato, se dio cuenta de algo determinante para esa reyerta repentina en el parque.

Los jotuns, lobeznos y nosferatus por igual no atacaban a Carrick y Aiko por una sencilla e increíble razón: no los veían.

—No les ven… —susurró Ruth conmocionada agazapándose sobre la cabina para disparar a un lobezno que intentaba ir a por ellos—. ¡Carrick! ¡No os ven!

—¿Cómo dices? —preguntó él sin comprender.

—¡No se defienden ni van a por vosotros porque no os ven! —contestó gritando.

Adam se encaramó de un salto tras ella, y agarró de la cabeza a un vampiro que iba a atacar a Ruth por la espalda. Le separó el cráneo del cuerpo y lo lanzó bien lejos.

—¿De qué hablas, Katt?

—Fíjate bien, *ulv* —le recomendó—. Los jotuns pasan de largo. Mira.

Adam lo hizo y segundos después observó con sus propios ojos lo que afirmaba su kone. Ruth tenía razón. Nosferatus y lobeznos se sorprendían de recibir golpes gratuitos sin poder ver a sus ejecutores. Morían uno a uno.

—Joder… ¡Eh, Peter Pan! —le alertó Adam—. ¡Matadlos a todos! ¡Sois invisibles para ellos!

Carrick y Aiko se miraron el uno al otro, durante segundos de dudas y de reflexión, pensando exactamente lo mismo.

Sí. La invisibilidad era un don, sin duda; era un don otorgado, fruto del intercambio de sus sangres. ¿Acaso tendrían los dos el mismo poder?

—A por ellos —determinó Carrick, decidido a limpiar momentáneamente esa zona de la influencia de los hijos de Loki.

Ninguno de los dos les dieron cuartel. Eran muchos, y salían de la nada, como si siempre hubieran estado ahí.

—¡Ruth! ¡Adam! —gritó Carrick—. ¡Bajad ya! ¡Nosotros nos encargamos! —La mirada que Carrick le dirigió a Adam no le hizo dudar sobre el éxito de su pelea.

Instantes después, Adam agarró a Ruth de la mano y descendieron al RAGNARÖK.

Aiko degollaba por sorpresa a uno de los veinte lobeznos que les rodeaban.

—¡Están ajustando el cerco! ¡Tarde o temprano darán con nosotros!

Los jotuns golpeaban como si jugaran a la gallinita ciega, dando palos de santo.

—Si al menos se estuvieran quietos… —murmuró Carrick desplazándose de un lado al otro para aniquilar a sus víctimas. En ese instante le vendría de perlas algo que les distrajera y les dejara inmóviles. Como un muro que naciese desde el interior de la tierra y se alzara como una muralla de protección. Con algo así que les detuviera momentáneamente, ellos podrían acabar con todos de una sola tacada.

Y entonces, sucedió.

Un impresionante muro macizo de piedra se alzó entre los jotuns y ellos, delimitando el terreno de cada uno. Unos a un lado y otros a otro. Carrick y Aiko podían ver que era un muro transparente, pero los lobeznos y nosferatus al otro lado, lo veían como una pared de piedra impenetrable.

—Carrick… —susurró Aiko mirándolo impresionada, con su espada en mano—. Carrick, ¿lo has hecho tú?

Él giró la cabeza para fijar su mirada parda en la azabache de ella.

—Creo que sí —dijo asustado.

Aiko dibujó una sonrisa enorme que calentó el enfadado corazón del vanirio.

—¿Te das cuenta?

—¿De qué?

—Ahí tienes tu don real, vanirio. Eres un bardo creador. Eres un ilusionista.

Después de eso, los dos aprovecharon para cazar in fraganti a los hijos de Loki, y matarlos uno a uno mediante cortes certeros, degüellos implacables y estocadas definitivas en sus corazones putrefactos.

Aiko levantó el rostro, victoriosa, y contempló satisfecha que los pocos nosferatus y neófitos que quedaban en pie huían volando de aquel lugar fatídico para ellos.

No tardarían en regresar con más refuerzos. Y cuando lo hicieran, tanto la *kofun* como el Bardo, esperaban estar bien lejos de allí.

En busca de Daimhin.

Cuando la pareja llegó a la inmensa sala del RAGNARÖK, la ansiedad y el desconcierto se palpaban en el ambiente. Daanna, Menw, Gwyn y Beatha hablaban con Ruth y Adam sobre los acontecimientos cercanos que habían asolado su nueva realidad.

Con creciente sorpresa e incredulidad escucharon lo que una emocionada Ruth tenía que decirles

sobre la muerte de As y María, la revelación de la identidad de Noah y Nanna, y su desaparición junto a Caleb, Aileen, Miz y Cahal en una nave anclada a otra dimensión. Una nave que esperaba salir cuando alguien les abriese la puerta a su realidad.

Por otra parte, Daanna habló sobre lo descubierto sobre Thor y el reducto de guerreros en los Balcanes.

—¿Thor? ¿Nuestro Thor? —preguntó Gwyn conmocionado.

—¿Thor MacAllister? —quiso asegurarse Beatha—. ¡Pero había muerto!

—El mismo —confirmó Menw—. Y no está muerto.

—Ay, mi madre… —murmuró Ruth—. Aileen sí se muere cuando se entere de que su padre sigue vivo. ¿Dónde está él ahora?

La Elegida no supo contestar de otro modo que con:

—Está al llegar. —Se frotó la barriga con la mano—. No puede tardar mucho más, espero. —Porque si Aodhan le había dicho que encontrase al individuo que contactaba con el Foro Vanir desde Shipka no tardaría nada en averiguar dónde se ubicaba el RAGNARÖK. Y Thor vendría. Vendría porque querría saber la verdad de todo; y porque si aún quedaba algo en él del hombre que había sido, les ayudaría. Eran su pueblo—. Había un gran número de guerreros encerrados allí. Guerreros experimentados y antiguos. Nos harán falta. Confío en que Thor los traiga.

—¿Y cuál es nuestro cometido final, Maru Daanna? —preguntaron Iain y Sheenna—. Tenemos niños pequeños, y somos miseria y compañía para enfrentarnos a millares de enemigos. ¿Se supone que debemos resistir hasta que nos aplasten? Aquí ya no tenemos nada que proteger ni que hacer. Nuestra tierra está a punto de desaparecer —observó abatida—. Al igual que nosotros. ¿Cuál es nuestra función? Los dioses nos han abandonado definitivamente.

—Yo tengo la respuesta —dijo Rix Gwyn dando un paso al frente con su eterno flequillo rubio y su pelo liso. Cualquiera que lo viese pensaría que era un elfo. Pero era un vanirio, respetado por todos y temido por muchos—. Sé que todos nos hemos hecho la misma pregunta. Hoy mismo me la he hecho yo —aseguró llevándose la mano al corazón—, cuando he creído que mis hijas habían muerto en nuestros pasillos intraterrenos sin ser defendidas. Llevamos milenios enfrentándonos a jotuns para proteger a una humanidad que tiene los días contados. Y, de golpe, he sentido que mis hijas morían sin mi protección. ¿Qué sentido tenía todo para mí? Al final, no podemos olvidar el objetivo más importante de todos, es decir: que debemos luchar por nosotros, por lo que somos y representamos —se dio la vuelta y se encontró con Carrick y Aiko escuchándole con atención—. Por eso, mi hijo está aquí como salvador de sus hermanas, y como informador. Ha venido desde la grieta de Edimburgo y el mundo de los *huldre* para darnos la última arenga. —Gwyn le ofreció la mano y Carrick la tomó, sabiendo a la perfección lo que eso significaba. Las arengas eran los discursos que se daban antes de las batallas más importantes en los clanes *keltoi*. Nunca iban a cargo del líder. Iban siempre de la mano del bardo jefe, y era un tributo que pasaba de generación en generación. Y eso era lo que hacia su padre con él: le estaba legando ese privilegio. Le estaba diciendo públicamente que se había hecho mayor y que ese era su momento.

Los ojos de ambos se empañaron con emotividad, igual que los de Beatha, que tenía a las dos niñas sentadas sobre sus piernas.

—No sé si estoy preparado –advirtió Carrick.

—Un hombre que ha sobrevivido a los peores castigos imaginables, que se internó en una grieta para salvar a quién sabía que era su pareja de vida, que ha matado a cientos de purs y etones, que ha sido contactado por Nerthus y acompañado por los huldre y que ha dado todo por sus hermanas y por aquellos más débiles que él, no solo está preparado, hijo. Es un guerrero que tiene y tendrá el respeto

de todos para la eternidad.

—Pero, papá… No pude darles sangre a mis hermanas pequeñas —reconoció valientemente, sintiéndose como una mierda. Derrotado. Sabedor de que su padre y su madre habían visto con sus propios ojos su decisión de no darles vida por tal de no infectarlas.

Gwyn hablaba con su hijo mayor de hombre a hombre. Y sentía en su fuero interno la vergüenza que aún acarreaba sobre sus hombros. Las palabras no podrían jamás curar las heridas infectadas, pero podría ayudar a limpiarlas para que empezaran a cicatrizar.

—Carrick, préstame atención. —Le agarró por la nuca con fuerza, señalándole con el índice. Al menos, ahora permitía que lo tocara—. Debes dejar atrás los dogmas que otros te grabaron en la piel. Tú eres quien decides ser, no lo que otros creen que eres. Tú eres Carrick. Un guerrero. Un Bardo. Eres luz y verdad. Y eres mi hijo, sangre de mi sangre —juró vehemente—. No dejes que los que te tuvieron preso ganen. No les creas. No estás sucio ni contaminado, hijo mío. Tuvieron envidia de tu resplandor, ¿comprendes?

—Sí.

—¿Acaso te han vencido? ¿Acaso quebraron el espíritu de mi hijo para siempre? —preguntó esperando escuchar la respuesta correcta.

Muchas veces creyó que sí. En la oscuridad, manchado de mugre y sangre, llegó a pensar que era una vergüenza para los de su raza. Pero ahora, después de beber de su *cáraid* y recibir su sangre sanadora; ahora, después de haberle hecho el amor, aunque él creyese que era un sueño, entendía que si Aiko lo veía como hombre y lo aceptaba como tal era porque no estaba corrompido ni podrido. Tal vez no había dejado de ser él. Tal vez no dejó de ser él mismo jamás.

—No, *allaidh* —contestó con convicción—. No me quebraron jamás. No lo permití.

—Sí. Eso es —Gwyn sonrió con adoración y orgullo y le dio una cachetada cariñosa en la mejilla—. Ahora te escucho. Habla a todos como solo tú sabes.

Aunque Carrick tuviera el corazón en la boca, no iba a desperdiciar su oportunidad. Se armó de valor y habló a los clanes.

—Queda poco tiempo para que un nuevo ejército de jotuns aceche sobre este lugar—informó alzando la voz para que todos le escucharan—. No esperé jamás dar la arenga en un momento tan delicado. De hecho… —Su discurso se detuvo. Por un momento, se obligó a tragar saliva y a humedecerse los labios.

«Carrick, continúa —lo animó a Aiko transmitiéndole la fuerza que necesitaba—. Este es tu momento y todos te escuchan».

El vanirio buscó el contacto visual de Aiko. Ella se lo devolvió sin máscaras ni artificialidades. Le mostró lo que él buscaba con ahínco.

Cero compasión. Total aceptación de lo que él era, con todos los claros y oscuros. Justo lo que necesitaba.

Sus padres lo miraban orgullosos y todos esperaban escuchar sus palabras.

Sí. Era el momento de hacer creer y de convencer.

—De hecho —continuó sin bajar los ojos marrones y brillantes—, nunca pensé poder estar aquí, porque estuve a punto de entregarme a la luz y de dejarme engullir por la oscuridad de Loki. Y, si alguien me salvó de mi destino, si alguien evitó que me rindiera en un principio, fue mi hermana. Ella es una druida barda, como mi padre. Como yo. Pero Daimhin no tiene nuestros dones. Los suyos son mucho más poderosos. Su voz salvadora sanaba nuestras mentes durante nuestro cautiverio. Porque ella es especial. Lo sé yo y lo saben nuestros dioses creadores, que la están utilizando en una última misión. Si ella logra su objetivo, las cosas en el Midgard podrían cambiar. Y es por eso por lo que

Aiko y yo nos encontramos aquí, frente a vosotros. —Miró a la japonesa con decisión—. Tenemos un mensaje que dar. Esta vez, hermanos y hermanas, no se trata de reunirse para salvar una casa, una ciudad, o un humano que desconocemos. Esta vez, debemos ir a luchar en nombre de uno de nosotros. Debemos ir en busca de Daimhin y ayudarla.

Su charla fue clara y concisa.

Desconocía el paradero de Daimhin; de hecho, no sabía muy bien qué era capaz de hacer su hermana para que los dioses la requirieran. Pero, fuera lo que fuese, sería algo fascinante y mágico.

La situación no era ni blanca ni oscura. No había dos caminos a elegir. Había solo uno, y era muy negro, puesto que, en el afán por ayudar a la Barda de los dioses, más de uno perdería la vida por el camino.

Era un final inevitable e irreversible. Y cada uno debía decidir cómo vivirlo. Por eso, algunos vanirios como Inis e Ione, Shenna e Iain y Maggie y Sullyvan decidieron no acompañarles.

Fue Ione, uno de los Rix del Consejo, el que dio el paso más difícil de su vida para hablar por boca de los demás.

El vanirio de largo pelo trenzado y barba pelirroja, no se ocultó ni se amilanó. Era su decisión y estaba en su derecho. Sabía que les comprenderían.

—Nosotros, los que tenemos hijos pequeños, nos quedamos, sea cual sea nuestro destino —sentenció entristecido por no acompañar a sus amigos en la batalla final—. Tú lo has dicho, Carrick. Al final, luchamos por las personas que queremos y que son importantes para nosotros. No pienso llevar a cuestas a Jared y a Reno para acelerar su muerte. Voy a quedarme aquí, y disfrutaré de ellos… —señaló al resto—. Todos disfrutaremos de ellos el tiempo que nos quede. Les protegeremos en el búnker. Y si es ahí donde debemos morir, que así sea.

—No dejaré que un purs asqueroso chupe la pureza de mi hijo para que de ella salga un huevo sarnoso como el que nos ha descrito Carrick —afirmó Sullyvan con pasión—. Si mi hijo se va, yo decidiré cómo. Y juro que no será así. De ese modo, sin niños, llamaréis menos la atención de los purs. Están por todas partes, e irán a por ellos. Si quieren llevarse a mi hijo, que vengan a buscarlo. Tendrán que pasar por encima de mi cadáver.

—Comprendo —dijo Carrick, asumiendo el riesgo de ser cada vez menos.

—¿Cuántos os quedáis aquí? —preguntó Menw cruzado de brazos y visiblemente emocionado. Todos los vanirios con criaturas alzaron la mano. Menw miró a todos y cada uno de ellos a los ojos, afirmando con la cabeza para transmitirles que entendía su elección. Habían pasado milenios juntos, compartido desgracias, batallas y alegrías. Pero el Sanador respetaba la decisión tomada por sus hermanos. ¿Qué otra cosa podía hacer? No podía obligarles. Los hijos estaban por encima de algunas responsabilidades, incluso aunque se naciera guerrero—. De acuerdo.

—¿Y los demás? —quiso saber Daanna mientras cubría de calor su vientre con las manos—. ¿Nos acompañáis a encontrarnos con Daimhin?

Los pocos berserkers que vivían en el Ragnarök asintieron con la cabeza, al igual que los vanirios que no estaban emparejados ni tenían hijos.

Bueno, pensó Carrick, al menos contaban un pequeño batallón de unos cuarenta guerreros. Miseria, como había dicho Shenna para enfrentarse a los ejércitos de Loki. Pero menos era nada.

Solo faltaba saber dónde estaba su hermana. Había dejado a Daimhin y Steven con los huldre, recorriendo un túnel hacia el destino donde se suponía que se encontraba el objeto.

Desde entonces no sabía nada más.

—Bien —intervino Adam—. Y ahora que ya sabemos quiénes vamos, ¿cómo podemos averiguar dónde está Daimhin? Si somos sus refuerzos, bien necesitamos su localización exacta —señaló Adam

con gesto concentrado, medio sentado en la mesa que presidían los miembros del Consejo—. Los vanirios tenéis un lazo mental entre hermanos, ¿me equivoco?

—Él no puede ayudaros. —Aiko, consciente de la incomodidad de Carrick, le ahorró el mal trago de conectar mentalmente con Daimhin. Estar en la mente de su hermana, verse desnudos y sin corazas, saber todo lo que les hicieron, cómo se lo hicieron y cuántas veces… Sería un golpe duro para ambos, dos seres heridos y herméticos, demasiado celosos de su intimidad. Aiko había comprendido que los traumas y las pesadillas eran de cada uno, intransferibles. Suficiente había hecho ella con él al drogarlo y beber de su sangre, violando su pasado y sus secretos. No era algo por lo que ganaría la medalla al honor, pero era su deber, una orden directa de los dioses que, todavía, no se había completado. Gracias a sus dos intercambios, había descubierto su don, y este le había abierto, involuntariamente, las puertas de la cabeza de Daimhin, la cual sobre volaba de puntillas sin llegar a ahondar ni a conectar con ella—. Ni tampoco pueden contactar con ella Gwyn y Beatha. Las sinapsis de Daimhin, como las de Carrick, están herméticamente cerradas por su propia protección, y solo se acceden a ellas si se bebe de su sangre. —La Barda era sensible y esquiva y si descubría su invasión, se sentiría atacada—. Por eso no se puede contactar completamente con ella. Pero sí podemos con su pareja.

—¿Cómo? ¿De qué hablas? —Carrick la miró con atención y curiosidad.

—Estoy en la mente de Steven. Puedo hablar con él.

«¿Qué haces tú en la cabeza de la pareja de mi hermana? ¿Por qué yo no lo he notado? Tenemos un vínculo mental».

«Es una larga historia que, luego, si me dejas y no me rehuyes, *keltoi*, te contaré».

El vanirio encajó realmente mal aquella revelación, y esperó a que tuviera una razón de peso para que hablara íntimamente con otro hombre.

Por muy amigo que fuese Steven, los vanirios eran territoriales y celosos.

Una verdad universal que se debía respetar.

—Entonces, Aiko, hazlo —inquirió Beatha—. Habla con el *cáraid* de mi hija. Que nos diga hacia dónde debemos dirigirnos para protegerla.

XXIV

Raoulz cerró los ojos mientras sujetaba una de las serpientes doradas de los *Svart* que habían recogido del ataque a los bardos en los túneles intraterrenos de Edimburgo y parte de Glasgow.

Los Svart le habían arrebatado la capa con la piedra durante un desliz de Daimhin; y, aunque aún no podía comprender cómo habían sufrido tal despiste, era prioritario dar con la capa de nuevo. Su capa, la única que él podía sentir, estuviera donde estuviese.

Todos los guerreros presentes lo miraban con atención y lo rodeaban, esperando que el *huldre* diera con el objeto sustraído.

Brunnylda, que tenía un aspecto inmejorable y, literalmente, desprendía luz como una virgen, con aquel vestido de seda roja y transparente y con su leonada melena como recién salida de la revista GQ, se colocó hombro con hombro con Daimhin y sonrió de medio lado al oler su esencia.

—La vaniria y el berserker han fornicado —susurró provocadora—. Otra vez.

—Cállate —contestó Daimhin.

—Uh, menudo humor —murmuró divertida—. ¿Steven no te ha dejado satisfecha?

La vaniria la miró de reojo, ofendida por sugerir que Steven no era demasiado hombre.

—Yo no soy como tú, perra. A mí me basta con uno. —Volvió la mirada al frente, decidida a ignorarla—. Uno que, por cierto, no tendrás jamás.

Brunnylda chasqueó sin perder de vista a Raoulz.

—Relájate, colmillitos. No me interesa el lobo. A quien quiero es a él. —Señaló al elfo, líder de los huldre, pasándose la lengua por los labios—. El elfo es mi único objetivo.

—No lo tendrás —dijo segura de sus palabras.

—Daimhin, tienes que aprender a compartir, no te los puedes quedar a todos —parecía que le iba a entrar una pataleta de niña pequeña.

—No los quiero a todos.

—¿De verdad? No lo parece. ¿Cuándo le vas a decir al elfo que no te irás con él?

La joven giró la cabeza para estudiar el perfil de Brunnylda. Era tan hermosa que parecía razonable que fuera igual de golfa.

—Eso es asunto mío. Lo que no voy a permitir es que obligues al *huldre* a hacer algo que no desea.

Esta vez fue Brunnylda quien ahogó una carcajada incrédula, para después estudiar el semblante de la Barda.

—No tienes ni idea, ¿verdad?

—A los huldre no les interesa el sexo.

—Claro… —Puso los ojos en blanco—. Daimhin, despierta. ¿Sabes por qué estoy tan radiante que parezco un faro andante?

—¿Era una rima con adivinanza?

—No, estúpida.

—Esa boca.

—Estoy así —continuó disfrutando del ácido intercambio—, porque mientras tú y el berserker arreglabais vuestras diferencias en su alcoba, Raoulz y yo hemos arreglado las nuestras.

Esas palabras pusieron en alerta a la vaniria, que no pudo creer lo que oía.

—¿A qué te refieres?

—Le robé a Steven una de esas pastillitas de Nerthus que te dio a ti cuando lo hicisteis la primera vez en nuestra cueva, y se la di a Raoulz. Y… ¡Dioses! —Se echó la melena hacia atrás y colocó una

mano en su cadera—. Si ese elfo no es un violento pervertido, entonces, yo soy virgen.

Los ojos de Daimhin se aclararon furiosos y su gesto palideció.

—¿Una pastillita? ¿De qué hablas? —susurró, ignorando la última insinuación de Brunnylda.

—Las gemas Riley, boba. Anulan el miedo y hacen que la persona que la tome se desinhiba. Como tú hiciste.

—No es verdad.

—Oh, sí lo es —asintió eufórica—. Se la di a Raoulz y… ¡Se hizo la magia! Y ahora tengo tanto poder que creo que podría hacer estallar todo un país.

—Mientes, zorra. Yo habría sabido lo de la pastilla, lo habría leído en su cabeza. Estoy en su mente. —Se encaró con ella de un modo visceral, provocado por la impotencia que amenazaba con destruirla por dentro.

—Pues tu lector está caducado, preciosa. Actualízalo —carraspeó escuchando las palabras que iba a decir Raoulz. Antes de que empezara aprovechó para añadir en voz baja—. Olvida al *huldre* o no te ayudaré. Él no lo sabe, pero me pertenece —sentenció dejándola en la estacada.

Daimhin sintió una punzada a la altura del corazón. Buscó a Steven entre la multitud y se lo encontró al lado de Ardan y Gabriel, como si fuera el líder al mando, como el jefe.

¿Habría sido capaz Steven de hacerle eso? ¿La había drogado? ¿Por qué se sentía tan decepcionada y engañada? El berserker acababa de traicionar su confianza, de una forma tan seca y dura como una bofetada.

Se le llenaron los ojos de lágrimas sin derramar y pensó en esta segunda vez que habían intimado. ¿Acaso la habría drogado de nuevo?

¿La pastilla le hacía creer cosas que no eran? Como por ejemplo el deseo, la necesidad de besarlo y tocarlo, la sensación de pertenecerle y ser pertenecido… La espeluznante y a la vez magnánima sensación de empezar a amar… ¿Todo eso era mentira?

«¿Daimhin? —preguntó Steven a través de su mente, mirándola desde el otro lado del salón—. ¿Qué sucede? ¿Estás llorando? ¿Qué te ha dicho esa bruja?».

La vaniria sorbió por la nariz y se centró en descubrir la prueba de las gemas en su cabeza. Steven achicó los ojos amarillos y empezó a caminar en su dirección, apartando a todos. Pero ella no podía ver nada. ¿Qué pasaba?

«Daimhin. Me estás asustando. ¿Por qué estás tan triste?».

«Maldito hijo de puta».

«¿Qué?».

«¿Me drogaste?».

Steven, que se había dado prisa por alcanzarla, se detuvo enfrente, cariacontecido y arrepentido.

—Daimhin…

—Contéstame —ordenó sin inflexiones—. ¿Me drogaste?

Steven la apartó del círculo de guerreros y se la llevó al pasillo colindante para que nada ni nadie les escuchara. Pero era ridículo, porque los seres inmortales como ellos tenían un sentido de la audición superdesarrollado, y Steven estaba convencido de que todos prestaban atención a su riña, al menos, hasta que Raoulz no hablase.

—Escúchame.

—No quiero escucharte. Solo dime si me drogaste sí o no.

—Sí. Te di una gema Riley que Nerthus me dio para ti.

Daimhin se abalanzó contra él dispuesta a arrancarle la cabeza con sus propias manos.

—¡Cerdo! ¡Me dijiste que no eras como ellos!

—¡Y no lo soy! ¡Me vas a escuchar! ¡Estate quieta! —rugió antes de que la situación se le fuera de las manos—. Nerthus me las dio para ti. Nuestra vinculación te otorgaría un don importante para el Ragnarök, pero tú no dejabas que nadie se te acercara, y la diosa me dijo que te las diera.

—¡Me importa una mierda mi don! ¡Steven! —Daimhin arrancó a llorar, le arañó en la cara, haciendo incontenibles pucheros de pena. El berserker la tenía levantada contra su cuerpo—. ¡¿No te das cuenta?!

—¡¿De qué?! ¡Hice lo que me pidió la diosa! ¡Pero eso no quita que esté…! ¡Que esté loco por ti, Daimhin! ¡Eres mi *kone* y no ha sido ningún crimen! Hicimos lo que teníamos que hacer, lo que era natural en nosotros. ¡Teníamos que estar juntos!

—¡No así! ¡Pensaba que lo nuestro fue diferente! ¡Y no lo fue! ¡Eres igual que ellos!

—¿Cómo puedes compararme, Daimhin? —esta vez él la miró desolado—. No tengo nada que ver con esos hombres. No soy así. ¿Por qué insistes en meterme en el mismo saco?

—¡Porque ellos nos drogaban para estar más receptivos! —gritó a pleno pulmón, devastada por los recuerdos que acudían en tropel. Nunca se había sentido tan vulnerable como en ese momento—. ¡Como has hecho tú!

Steven se quedó inmóvil y abrió los ojos impactado por la noticia. No tenía ni idea. Si la vaniria no fuera tan celosa de sus recuerdos y se hubiera abierto con él, las cosas no serían de ese modo.

—Daimhin…

—¡Has hecho lo mismo! ¡No esperaste a que yo me decidiera! ¡Me drogaste igual! ¡Por eso eres como ellos!

—No, Daimhin… Por favor, perdóname. Yo… Nerthus me dijo que…

—¡Me drogaste todas las veces!

—¡No! —se defendió él—. Nerthus solo me dio dos pastillas para que me asegurara las dos primeras vinculaciones. La tercera me la tenía que ganar yo —intentó explicarle sabiendo que caminaba sobre brasas—. Pero perdí la segunda gema…

—¡¿Cómo voy a creerte ahora?! —clamó—. ¡¿Cómo?! —Sus caras estaban tan juntas que parecían que se besaban—. ¡Bájame!

—¡No!

—¡Que me bajes! —le ordenó ella intentando soltarse de su amarre.

Steven no quería soltarla porque sentía que si lo hacía, Daimhin se le escurriría de los dedos para siempre.

—¡¿Por qué no he podido ver nada de eso en tu cabeza?!

Esta vez, el guerrero frunció el ceño sin comprender la pregunta.

—¿No lo acabas de leer?

—¡No, estúpido! ¡Ha sido Brunnylda quien me lo ha dicho!

—¿Brunnylda? ¿Pero, cómo…?

—¡Porque te robó la gema para abusar de Raoulz! Además de mentiroso eres torpe, Steven.

A él le dio igual la puya. Acababa de contarlo todo por voluntad propia, creyendo que Daimhin había leído en su mente rompiendo la resistencia de Aiko. Pero no había sido así. La Agonía se había chivado a la Barda y había robado la gema para… ¿Acostarse con Raoulz? ¿El *huldre*?

Steven se sintió totalmente desenmascarado y decidió contarle la verdad a la vaniria, desde la visita de Nerthus hasta la intervención de Aiko para que ocultara la información de la gema.

—¿Por qué Aiko te ha ayudado a ocultar algo tan horrible?

—¡Porque ella también tuvo que hacer lo mismo con Carrick, Daimhin! —Aunque Daimhin no salía del shock, él prosiguió—. Nerthus la contactó como a mí, mientras él dormía. Le dio las mismas

gemas para que él las tomara y pudieran empezar a vincularse…

—¡No me puedo creer que Aiko haya hecho eso con mi hermano! —gritó horrorizada—. ¡Con él no!

—Pues lo ha hecho, Barda. Porque tenéis que desarrollar los dones otorgados; y para eso se necesitan tres relaciones con intercambio de sangre. Hasta que no os salga el *comharradh*, vuestro verdadero poder estará oculto. Y los dioses y todos los que estamos aquí —aclaró agotado de discutir con ella— necesitamos vuestro don.

Daimhin levantó la barbilla con su orgullo herido y se limpió las lágrimas con el antebrazo.

—Y para ello… Todo vale, ¿no es así? Podéis drogarnos y engañarnos porque los dioses están de vuestra parte, porque nos necesitáis… Pero ni tú ni Aiko habéis intentado hablar con nosotros antes. No habéis contado con nuestra opinión. ¿Sabes qué me dice eso de ti, Steven?

—No quiero saberlo.

—Me dice que me has traicionado, y que nada de lo nuestro ha sido auténtico.

—No te equivoques —Steven la tomó del brazo, mirándola con desaprobación—. Las Riley anulan el miedo. Pero el deseo de hacerlo conmigo y de besarme y tocarme siempre lo has tenido. La gema de Nerthus solo te dio el empujón para aceptarlo y dar un paso al frente respecto a lo que sentías por mí. Eres mi pareja, Daimhin. Con gema o sin gema.

—Pues está claro que estaba equivocada, porque no puedo enamorarme de alguien que dice que le importo y me embauca con pastillas para acostarse conmigo. —Se liberó de su amarre con un tirón seco y se alejó de él con paso airado.

El berserker se la quedó mirando, estupefacto al ver que la tercera vez con ella empezaba a ser un imposible.

El sello aún no les había salido. Daimhin había descubierto su don parcialmente, pero faltaba el *comharradh* para que este explotara en su totalidad.

«¿Steven?».

El guerrero frunció el ceño al escuchar la voz de Aiko en su mente.

«¿Aiko? Cuando quieras puedes salirte de mi mente porque Daimhin se ha enterado de nuestro complot».

«Es imposible. He ocultado esa información y ella no ha podido…».

«No, no… No ha sido así cómo lo ha descubierto. Se lo ha dicho una Agonía».

«¿Qué es una Agonía?».

«Es una larga historia».

La japonesa se quedó callada, y Steven supo que era porque estaba procesando la información o la intentaba leer en su mente.

«¿Tiene Daimhin ya el *comharradh*?».

«No. ¿Lo tiene Carrick?».

«No. Y las cosas no es que estén bien del todo entre nosotros. Se nos acaba el tiempo, Steven…».

«Estos hermanos nos lo ponen difícil».

«Y que lo digas. Steven, estamos en Inglaterra en el RAGNARÖK, con todos los guerreros de la Black Country. Los padres de Daimhin están aquí, sus hermanas, todos… Ya les hemos dicho todo lo que ha pasado y vamos a echaros una mano y a ayudar a Daimhin. ¿Hacia dónde debemos ir?».

En ese preciso momento, en el salón, Raoulz levantó una mano para que todos le prestaran atención. Miró al frente de modo ceremonial y dijo:

—Un Svart ha robado la capa y el objeto. Se dirige hacia Gales. Y eso solo puede significar que ha identificado el tipo de objeto que es y va en busca del elfo de la luz para que lo libere del hechizo de

ocultación —razonó con gesto inquieto, mirando a Daimhin—. Princesa, el Svartálfar no puede encontrar al Alf antes que nosotros, o todo por lo que estamos luchando dejará de tener sentido. Destruirán el objeto una vez recupere su forma natural y después acabarán con el elfo de la luz.

—Entonces debemos llegar allí a la par o antes que ellos. —La Barda, que aún tenía las mejillas teñidas de las lágrimas derramadas, añadió—: Raoulz, ¿podemos utilizar los túneles de tu pueblo y escoger uno que vaya a Gales?

Raoulz negó arrepentido de decirle que no a la princesa barda.

—No. Lo siento. Lamentablemente, no podemos utilizar los túneles para dar marcha atrás. Es nuestro lema: «ni un paso atrás debe ser dado». Deberíamos desplazarnos hasta otra entrada, pero queda lejos de aquí, a muchas millas de distancia.

—Entiendo —Daimhin meditaba—. Engel, ¿cómo podemos viajar hasta allí?

Gabriel, que ya estaba preparado para la guerra que iban a librar una vez salieran del interior de la isla y se expusieran a los jotuns, contestó:

—Solo se me ocurre una. El cielo en todo el mundo está cubierto de tormentas, y mi Gúnnr puede viajar a través de ellas. Puede transportarnos.

—Y yo —intervino Bryn— poseo a Angélico, el pegaso más veloz de los Nueve reinos. Podemos lograrlo. Angélico os llevará allí para que tú y Steven seáis los primeros en llegar —aseguró la Generala—. Nosotros podríamos llegar a ese lugar instantes más tarde, pero tú y Steven estaríais antes en el país. Tenéis que dar con el elfo de la luz e impedir que el Svart le haga daño.

—¿Sabes dónde se puede ocultar ese elfo? —preguntó Daimhin a Raoulz.

—Sí —afirmó sin rodeos—. En el único lugar donde dice su leyenda que aguarda. Bajo las raíces de Llangernyw.

—Genial —Ardan sonrió y su ceja partida se elevó tan soberbia como él era—. Entonces, lo único que tenemos que hacer es aplastar cabezas mientras Gunny convoca una de sus tormentas y nos conduce hasta ese lugar. —Desenfundó sus dos espadas y las hizo chocar por encima de su cabeza morena—. ¡Me apunto!

Los *huldre*, los *kofun*, las Agonías y las valkyrias rugieron animados.

Todos los guerreros estaban pletóricos de energía después del baile huldre, y deseaban una nueva guerra para poder descargar toda la adrenalina.

Steven no tardó en anunciar la noticia a Aiko, la cual esperaba información.

«Aiko, han robado el objeto hechizado de Daimhin, y vamos a Gales a intentar recuperarlo. Nos movilizamos hasta allí».

«¿Adónde exactamente?».

«Raoulz no lo ha dicho. Pero tenemos que dar con un elfo de la luz. El único, dicen, que hay en el Midgard y que según Raoulz aguarda bajo las raíces de Llangernyw. El Svartálfar se dirige hasta allí para matarlo, y debemos impedirlo».

«Entendido. Se lo comunicaré a todos. Iremos hacia allí. Partiremos inmediatamente».

«Espero que nos encontremos pronto, Aiko. Ahora salte de mi puta cabeza…».

La japonesa rio espontáneamente.

«No he estado en tu cabeza, solo sé cómo contactar esporádicamente con ella».

«Como sea. Ya no más. Ah… Y manteneos con vida».

«Igualmente, amigo. *Sayonara*».

«*Sayonara*».

Steven no apartó la vista de encima de la vaniria, que se alejó del salón con celeridad, porque le urgía encontrar algo. A Steven no se le daba bien leer la mente; el sistema para los de su raza variaba

ostensiblemente del que usaban los vanirios. Tenían cerebros distintos. Estaba claro que los berserkers no estaban hechos para eso.

Ella aún no era suya, aunque su corazón le dijera que lo fue desde el primer momento en que la vio.

Solo tenía una oportunidad más para vincularse y para demostrarle que estaba enamorado de ella y que las *Riley* no eran unas gemas que anularan la voluntad como las drogas que le habían dado en su encierro. Las *Riley* solo eliminaban las reservas para realizar aquello que se deseaba realizar.

Y era estar con él, tanto como él había necesitado y necesitaba estar con ella.

—¿Qué estas buscando?

Daimhin rebuscaba por los cajones de todas las habitaciones. La voz de Steven no la sobresaltó, porque el berserker estaba en ella: lo oía y lo escuchaba en su cabeza y presentía lo que iba a hacer, incluso antes de que pensara hacerlo.

Y lo sentía. Y lo olía.

Y sabía que Steven estaba parcialmente arrepentido por utilizar las pastillas, aunque pensaba también que no había otra solución para ellos, al menos en la primera vez.

Y, aunque estaba furiosa y se sentía engañada, tampoco era tan testaruda ni cabezona como para no aceptar que él era importante para ella a niveles solo soñados hasta entonces. El problema era que… Estaba cabreada.

—¿Me vas a contestar? —Steven se quedó callado y esperó a leerlo en su cabeza. Y después de un increíble bombardeo de imágenes, se quedó con una—. ¿Rotuladores?

—Maldita sea… Ni te imaginas cómo odio está vinculación. No soporto que puedas adivinarlo todo. No estoy hecha para compartir —dijo apretando los dientes—. Quiero intimidad. Lárgate.

—¿Para qué quieres los rotuladores?

Daimhin se dio la vuelta y lo miró directamente a los ojos.

—¿Acaso te lo tengo que explicar? ¿No lo lees tú?

—Es extraño estar en tu cabeza… No la entiendo.

—¿Cómo funciona el lazo telepático en los berserkers? Sois menos inteligentes que los vanirios. ¿Cómo es? ¿Qué ves?

Él ni siquiera se ofendió. Sonrió como si todo le resbalara.

—Imágenes. Solo veo imágenes. Como fotografías.

Ella arqueó las cejas, sorprendida.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Y no escuchas lo que pienso ni oyes todo lo que digo? ¿No puedes hurgar en mi mente y en mis recuerdos?

—No… No va así. No tengo ni idea de cómo hacerlo. Veo imágenes, y dependiendo de lo gráficas que son, intuyo tu estado anímico.

—Qué curioso… —Se quedó más tranquila. Steven no debía saber jamás lo que ella sufrió, o no le quedaría ni orgullo ni dignidad—. ¿Y qué ves ahora?

—A mí. Ahorcado.

—Vaya… ¡Pues es verdad! Estaba pensando exactamente en eso —resopló como si su presencia la agotara y no tuviera paciencia para él—. En fin… Necesito rotuladores permanentes. ¿Tienes?

—Tengo —contestó.

—Perfecto —levantó la palma de su mano hacia arriba—. ¿Me los das?

Daimhin era una guerrera metódica y disciplinada. No cometía errores y cortaba con su espada como un cirujano. Se adelantaba a los acontecimientos y analizaba cada movimiento que hacía. Por eso, cuando decidió que ella y Steven tomarían a Angélico para llegar a Gales antes que el Svart, decidió que el berserker, que era su seguro de vida y su alimento, estuviera protegido.

Lo cierto era que, disgustada o no, no podía dejar de sentir la necesidad de estar con él y de mirarlo. Porque su presencia, increíblemente, la llenaba de dicha, incluso, en tiempos de guerra. Y, porque, aunque odiase admitírselo a sí misma, las dos veces que había hecho el amor con él, la habían llenado de fantasías y curado como si hubiera sido un antiséptico, o un antibiótico para su alma y su corazón enfermos.

Ella, la Barda, fue usada y maltratada; magullada e insultada; rota y quebrada. Pero Steven y su manera de besarla, de mirarla y de hacerle el amor, le habían demostrado que la habían intentado quebrar, pero no la habían logrado destruir, porque gracias a él, a su sangre, y a su ser, ahora volvía a sentir.

Y eso también era espeluznante, porque no estaba acostumbrada a apoyarse en los demás, ni creer en los demás. Durante años fue un crisol vacío. Su único apoyo fue su hermano, y ni siquiera con él había conseguido un vínculo tan profundo y fuerte, como el que ahora tenía con Steven.

Pero, por esa misma razón, se sentía tan herida. Porque hubo un momento en el que dejó de importarle lo que le hacían esos demonios disfrazados de humanos, porque ya no tenía ninguna fe en esas personas, nada podía esperar de ellos. Pero en Steven sí tenía fe, una fe potente y duradera como la que conllevaba el intercambio de sangre y la vinculación. Por esa misma razón, saber que él había necesitado de esas gemas para intimar con ella, le resquebrajó un poco su superviviente corazón.

Con los rotuladores negros permanentes en mano, agarró a Steven por la muñeca y lo introdujo en una de las habitaciones.

—¿Qué vas a hacer? —dijo él asombrado.

—Quítate la camiseta y siéntate sobre la cama.

—Vaya… A sus órdenes.

Steven hizo lo que Daimhin le ordenó. Cuando mostró su torso moreno y musculoso, la joven no pudo hacer otra cosa que admirarlo.

Daimhin centró su atención en su pecho. Cogió un rotulador, le quitó la caperuza y se colocó de rodillas entre sus piernas.

—No te muevas.

—Ni lo intento. Me encanta tenerte así —susurró oliendo su pelo rubio disimuladamente.

—Steven, no. —Le prohibió ella con gesto cortante, empujándolo por el pecho con una mano—. Ahora déjame tranquila. Estoy muy enfadada contigo y con Aiko. Y con Nerthus también.

—Me disculparía si lo sintiera de verdad. Pero no lo hago —reconoció él, mirándola con el rictus serio—. Es verdad, no me mires así. No me arrepiento de lo que he hecho.

—Menuda caradura…

—¿Por qué iba a hacerlo? He podido hacerte el amor, sádica. Y ha sido la mejor experiencia de mi vida. ¿Cómo voy a estar arrepentido?

—Oh, cállate ya… —Colocó la punta del rotulador sobre su pecho derecho.

—Daimhin… —La tomó de la muñeca y detuvo lo que fuera que iba a hacerle—. Quiero que me escuches con atención. Tu don no estará completamente desarrollado hasta que no nos sellen. ¿Entiendes lo que eso comporta?

—No soy estúpida —adujo ella malhumorada—. Falta un tercer intercambio.

—Sí. Tenemos que hacer el amor otra vez y ofrecernos la sangre.

Ella cerró los ojos y se armó de valor para decir lo que iba a decir:

—¿No lo entiendes, verdad?

—¿Qué tengo que entender?

—No pienso hacer el amor contigo ahora, Steven, y me da absolutamente igual que Nerthus me fría; me da absolutamente igual que el Midgard esté tan pendiente de mi don. Durante años, años —repitió enfervorizada—, me obligaron a hacer todo tipo de cosas que yo no quería hacer. ¿Sabes lo que es eso? ¿Eh? —Sus ojos naranjas se opacaron por la tristeza. Nunca había hablado tan abiertamente sobre sus emociones, y ahora lo hacía con el único que tenía la capacidad de destruirla.

—Daimhin…

—No —lo detuvo ella poniéndole los dedos sobre los labios—. Hace poco que soy libre, pero descubro que sigo siendo cautiva de las decisiones de otros. Tenía que acostarme contigo sí o sí, y me drogaste para ello.

—Solo fue la primera vez, Daimhin. Tú decidiste que ibas a acostarte conmigo ante las Agonías. Yo solo te di la pastilla para que el mal trago fuera más llevadero. Porque sabía por lo que habías pasado.

—No importa, Steven. La cuestión es que lo hiciste. Que tú también me drogaste. Y ahora… Ahora que estoy tan enfadada contigo, tan decepcionada, estoy obligada a hacerlo una tercera vez. Y no quiero hacerlo sintiéndome así… —aclaró acongojada—. No quiero. Porque vuelvo a estar en la misma situación de indefensión. Estoy obligada a hacer algo. Y por una vez en mi vida quiero sentir que soy yo quien decide, que controlo la situación. Quiero ser yo quien decida sí o no. Quiero decidir si quiero volver a hacer el amor, si quiero el *comharradh* y si de verdad quiero ser una pieza importante para salvar el Midgard.

Al oír aquella última confesión, el berserker quedó impactado.

—¿No quieres volver a estar conmigo, Daimhin? ¿No quieres salvar al Midgard?

Ella se quedó sorprendida al oír esa revelación de su propia boca en voz alta. ¿Era eso? ¿No quería salvar la Tierra?

—Los humanos, los hombres de esta raza no merecen ni respeto ni admiración por mi parte —contestó muy sincera—. Tienen el mundo que se merecen. No creo en su reino. Los que sobramos aquí somos nosotros.

—Caramba, Daimhin —murmuró Steven—. Eres una sádica de verdad.

—No lo soy. Pero ser la Barda y creer en la música y en la poesía, no me impide ver la realidad. Yo no pertenezco aquí —sentenció recordando las palabras de Raoulz.

A Steven le aterrorizaba la idea de que Daimhin al final decidiese irse con el huldre. Porque según afirmaba Raoulz, los bardos pertenecían al mundo de los elfos. Pero si quería luchar por ella, tenía que dejar atrás sus miedos y seguir peleando para conseguir su amor. No se amilanaría.

—Yo tampoco quiero salvar a los humanos, Barda —aclaró Steven acercándose a su rostro—. No lucho por ellos. Nadie aquí lo hace. Hace tiempo que dejamos de pelear por una raza ignorante y bélica, culpable de su propia autodestrucción. Pero sí lucho por la supervivencia de los míos en este reino. Y créeme —alzó su barbilla con la punta de sus dedos—, que lucho por ti. Porque creo en ti, Daimhin. Y, aunque me muero de ganas de que aceptes lo nuestro y me dejes volver a hacerte el amor, no voy a ser yo quien te obligue a hacerlo. Si tenemos que morir así, así moriremos. Tú mandas.

—Pero…

—Porque, aunque no me creas, no soy como los demás. Soy distinto… Y yo… —Steven no sabía cómo decirle lo que sentía—. Te quiero, como nadie te ha podido querer, Daimhin.

—No nos conocemos apenas… —repuso ella asustada.

—Pero te veo. Y te siento, Barda —le pasó el pulgar por el labio inferior—. Hay gente que pasa una eternidad al lado de otra y nunca llegan a conocerse por completo. Y hay otras que encajan incluso antes de verse, y solo les basta un cruce de miradas a través de una pantalla de ordenador para darse cuenta de que están hechos el uno para el otro. Y en eso te llevo ventaja. Yo me he dado cuenta antes que tú. Solo espero que tú también lo adviertas antes de que sea demasiado tarde.

Ella no supo replicarle nada más. Se quedó mirando la punta negra del rotulador, meditando sobre esas últimas palabras.

Steven se apartó ligeramente de ella y apoyó las manos sobre el colchón.

—Ahora, píntame lo que te dé la gana —musitó divertido—. Pero nada de guarradas —bromeó.

—No voy a dibujarte nada —aclaró ella—. Pero quiero hacer valer mi don, contigo. No voy a escribir en cada uno de los guerreros de ese salón. Pero tú vienes conmigo y me acompañas. —Empezó a escribir sobre su pecho unas palabras—. Si soy capaz de devolver la vida a los muertos, quiero ser capaz de hacerte revivir si te pasa algo. Abandonamos Wester Ross en unos minutos. Tenemos que estar preparados.

—Cuidado, Barda, o voy a creer que estás enamorada de mí —le dedicó una sonrisa deslumbrante.

Daimhin alzó las cejas rubias y lo miró fugazmente.

—Estoy enamorada de tu sangre. Desde que bebo de ti, estoy hambrienta. Eres mi comida.

Steven fingió que se ofendía y ahogó una exclamación.

—*Ouch*. Eres sádica por derecho propio.

—No lo dudes —contestó ella, mientras acababa de escribirle en el pecho: «Revive. Nada puede acabar contigo».

XXV

Jubilee Park
RAGNARÖK

—¿Un elfo de la luz bajo las raíces de Llangernyw? ¿Ahí hay que ir? —repitió Gwyn asombrado por las palabras de Aiko.

—Eso ha dicho —contestó la japonesa.

—Pero… No puede ser —el vanirio miró a su esposa Beatha que estaba igual de pasmada que él—. Es imposible.

—¿Por qué es imposible, *allaidh*? —Pocas veces había visto Carrick a su padre tan contrariado.

—Porque si esto es así, hay que ir al lugar en el que los druidas bardos caledonios y casivelanos, las tribus a las que pertenecíamos, recibían la información original, la que hablaba de nuestra historia y de nuestros orígenes, milenios atrás, antes de que los romanos y el cristianismo nos persiguieran. Antes de mí, mi padre era bardo, al igual que mi abuelo —explicó con serenidad—, y mi tatarabuelo. Nuestro don, Carrick, siempre se transmitió de padres a hijos, de generación en generación. ¿Sabes por qué los celtas como nosotros veneramos el símbolo del árbol de la vida?

—No lo recuerdo.

—Porque era de ahí de donde los bardos de nuestras tribus recibían parte del conocimiento. Mi padre me lo explicó. Se llamaba *Crann Beathadh:* era un inmenso tejo, el más antiguo del Midgard —narró con la mirada perdida en el pasado—. Aseguraban que sus ramas tocaban el cielo y sus raíces conectaban con el mundo de los muertos. Por eso le llaman el árbol de la vida y la muerte. Mis antepasados afirmaban que los padres de sus padres habían escuchado hablar al árbol, que había un ente viviendo en él, y le llamaban Agelystor. Incluso yo mismo lo escuché, dos mil años atrás, antes de que nos transformaran. Decían que el ente estaba loco y que pronunciaba los nombres de los aldeanos que iban a morir, y que, hasta que no llegara el último bardo puro del Midgard para que él le mostrara la única Gran Verdad, su lista nunca cesaría. Con el tiempo, los aldeanos decidieron no acercarse al tejo, pues Agelystor gritaba los nombres de aquellos a los que la muerte iba a recoger en breve. Pero mi tatarabuelo, mi abuelo, e incluso mi padre me dijeron que, aunque nadie lo vio jamás, ese ente esperaba el día en el que recibiera la visita de ese bardo elegido. Que entonces él callaría y dejaría de atemorizar a la gente que se acercaba a su árbol.

—¿Y qué tiene que ver esto con el elfo de la luz? —quiso saber Carrick.

—Porque, hijo mío —explicó Beatha con comprensiva voz—, Llangernyw es el tejo más antiguo del mundo, nuestro árbol, y se encuentra en Gales, adonde se dirige tu hermana. Hoy está rodeado de un cementerio. Acabamos de comprender que el ente que oían nuestros antepasados bajo sus raíces no era un fantasma, era un elfo de la luz. Y su nombre es Agelystor. Y nosotros sabemos donde está.

—Ahora solo tenemos que averiguar el modo de llegar allí y evitar que ese Svart dé antes con Agelystor —se propuso Gwyn.

—Podemos viajar a gran velocidad —señaló Menw, escuchando con atención las sorprendentes palabras intercambiadas. Él mismo tenía el tejo de la vida y la muerte tatuado en su hombro, y ahora resultaba que Llangernyw iba a cambiarlo todo—. Pero el principal obstáculo es que no podemos ser vistos. Y los cielos están infestados de vampiros. ¿Cómo nos iremos de aquí sin llamar la atención? Los lobeznos y los nosferatus esperar án a que volvamos a aparecer y nos atacarán. nea, sala de juntas, restaurante y hogar para bterralejnte todo, era un regalo.a que jamodemos ser vistove. Pero mi

tatarabuelo,

Carrick, que acababa de descubrir cuál sería su principal don, supo que ese y no otro, sería su momento de declinar la balanza. Él podía ayudarlos a volar sin demasiados problemas hasta Gales. Pero, para ello, necesitaba recibir nueva energía.

Aiko había asegurado que el *comharradh* acabaría de desarrollar sus dones. Y él sabía que de nada servía estar enfadado con ella por las Riley, porque, gracias a ello, Carrick había aprendido que su sangre no era putrefacta. Si tenía el poder de darle a Aiko un don tan increíble como la invisibilidad mental y física quería decir que era válida.

Que él servía. Que no era un deshecho. Y que podría tener la capacidad de hacer feliz a su pareja. Una pareja valiente y aguerrida que jamás supo que podría llegar a tener.

La japonesa era un descubrimiento y un milagro. Pero, ante todo, era un regalo. E iba a valorarlo y a olvidar su enfado.

—Yo sé cómo —exclamó sin dudas—. Dadme unos minutos. —Tomó a Aiko de la mano, ante la sorpresa de esta, y la alejó de la sala principal de aquella discoteca subterránea, sala de juntas, restaurante y hogar para todos los guerreros, perteneciesen al clan que pertenecieran.

Carrick cerró la puerta tras de sí y miró a su *cáraid*, que lo estudiaba expectante. Aiko era tan hermosa y exótica que a veces lo dejaba sin respiración, porque parecía que alguien tan especial era imposible que no tuviera alas blancas.

Ella miró a su rapado rubio de hermosos ojos almendrados y esperó una explicación que, por supuesto, ya sabía.

Carrick y ella estaban conectados, no había nada que decir.

Pero sí sabían lo que tenían que hacer.

—Tienes el don de la invisibilidad —afirmó Carrick sin tapujos.

—Lo sé. Y tú eres un ilusionista. Puedes crear escenarios e imágenes que fantasees en tu cabeza.

—También lo sé —adujo él, dando un paso hacia ella, lejos de parecer amenazante—. No estuvo bien lo que hiciste, japonesa.

Ella se encogió de hombros pero no rehuyó la regañina.

—Nerthus me dijo lo que tenía que hacer y pensé que era lo mejor, de lo contrario, nunca habrías permitido que me acercara a ti ni que bebiera de tu sangre. Estabas tan seguro de que te habían corrompido y ensuciado que no dejabas que nadie se te acercara. Pero yo no soy nadie, Carrick —recalcó ella—. Soy tu pareja.

—Lo sé.

—Y no teníamos tiempo para conocernos, ni para ir poco a poco. Era o ahora o nunca, y así tuve que actuar. Lamento haberte hecho daño.

Él pensó en ello y admitió la gran verdad que suponían sus palabras.

—¿Daño? —negó con la cabeza—. Aiko, no me has hecho daño. Mentir no está bien, pero lo que tú me has dado, la oportunidad que me has brindado, nada tiene que ver con el dolor, y sí con la resurrección.

Carrick entrelazó los dedos de las manos con ella y decidió que era momento de ser valiente. Sus padres se sentirían orgullosos; su hermana querría su felicidad… Y él se sentiría orgulloso y, ante todo, Aiko sabría que tenía un guerrero decidido y valiente a su clan; y la opinión de esa chica de ojos rasgados era la que más pesaba entre todas.

—Carrick —dijo Aiko poniéndose de puntillas y juntando frente con frente—. Quiero salir de aquí

con un sello que me una a ti. Quiero saber que, si muero, se vea el *comharradh* con la piedra parda en el centro, para que todos sepan que pertenecí a un guerrero de ojos marrones y corazón de oro. Quiero darte el don por completo.

Él se emocionó y no supo responderle, pues el nudo que atoraba su garganta estaba a punto de ahogarlo de exultación.

—Y yo quiero dártelo a ti, preciosa.

—Es bueno que los dos queramos lo mismo —asintió con el rostro envuelto en luz y amor—. ¿Puedes hacerme el amor antes de que nos vayamos?

—¿Me lo puedes hacer tú a mí? —preguntó él completamente rendido a la sinceridad y el tiento de la joven samurái.

Ella lo abrazó con todas sus fuerzas, poniéndose de puntillas, y mientras lo besaba con fervor, dispuestos a amarse y alimentarse el uno al otro, murmuró sobre sus labios.

—Amémonos el uno al otro, Bardo.

Adam y Ruth lloraban abrazados, apartados de los demás. Tenían la decisión más importante que tomar de sus vidas.

Todos los vanirios con hijos pequeños habían decidido no viajar y quedarse allí con ellos, para protegerlos, y morir juntos tal y como habían vivido.

Nadie ignoraba el hecho de que quedarse allí era no sobrevivir. De hecho, el fin del mundo no aseguraba ninguna vida, y unos morirían antes o después.

Con ese dogma bien sabido, el *Noaiti* y la Cazadora, tenían a Liam y a Nora, los dos pequeños berserkers, la brújula y la lectora astral, de pie, frente a ellos, haciendo pucheros, pero no menos que los dos adultos.

—Eh… —Adam se agachó y tiró de ellos para abrazarlos con fuerza. El amor que el increíble guerrero sentía por sus sobrinos era devastador. El moreno Liam hundió su cabecita contra su hombro, y la rubísima Nora tomó la mano de Ruth mientras abrazaba a Adam—. ¿Qué hago con vosotros? —murmuró acongojado.

—No nos dejéis aquí —dijo Nora sin ocultar su pena.

—Llévame contigo, tío —pidió Liam triste—. ¡Sé luchar! ¡Puedo ayudarte!

Adam sonrió con pena a los ruegos de los pequeños, igual que hizo Ruth que no podía aguantar las lágrimas. Aquello era muy difícil.

Echó un vistazo a Ione e Inis, y a Iain y a Shenna, que corrían con sus hijos a internarse en el búnker subterráneo que Adam construyó para momentos como ese. Todos sabían que para emergencias era un refugio seguro, pero no para el fin del mundo. Las grietas engullirían la habitación del pánico y la hundirían en la lava de la profundidad de la tierra; los purs hurgarían en ella, incluso los lobeznos y vampiros, al final, encontrarían el modo de hacerlos salir y aniquilarlos.

Pero las familias preferían morir juntas antes que luchar los unos por los otros, separados.

Los vanirios desaparecían mientras se despedían de su embarazada amiga Daanna y del sanador Menw. Era un adiós para siempre, y las lágrimas no se hicieron esperar.

Milenios juntos era mucho tiempo.

Las sacerdotisas impelían a Lorena, Emejota, Ana y Lourdes a que también siguieran a las familias de vanirios y se resguardaran todo el tiempo que pudieran.

Si había humanas que merecían aquella protección, esas eran las cuatro incansables que se habían hecho cargo del RAGNARÖK y de los foros, localizando a los guerreros, involucrándose, poniéndolos

en contacto a todos. La gente siempre pedía exigir formar parte de algo sin dar nada a cambio. Pero ellas… ellas lo habían dado todo, y por eso eran consideradas parte de los clanes, y libres de considerarse lo que quisieran: vanirias, berserkers, valkyrias, sacerdotisas… o humanas.

Cuando las humanas entraron, las tres sacerdotisas miraron a su vez a Ruth, y se dirigieron caminando con paso lento hasta los cuatro.

—Nosotros no os podemos acompañar esta vez —dijo Tea—. Os estorbaríamos y seríamos una carga, así que hemos decidido quedarnos aquí y trabajar con nuestra magia hasta que nos den las fuerzas —explicó con aquel rostro arrugado lleno de paz y calma. Su pelo blanco y largo, como el de sus hermanas sacerdotisas, seguía brillante e impoluto. Fuerte, tal y como ellas eran—. Si dejáis a Liam y a Nora y aquí, prometemos cuidar de ellos como siempre los hemos hecho. Tendrán que matarnos antes de que puedan tocarles.

—Lo sé —adujo Ruth con un susurro—. Ojalá pudieseis venir —gimió corriendo a abrazar a Tea. Las tres ancianas eran cansinas y habían sido muy exigentes con ella, pero las abuelas siempre quisieron lo mejor para su formación.

—Oh, pequeña salvaje —murmuró Tea devolviéndole el abrazo—. Serás nuestra *piuthar* allí donde estés.

—Y vosotras las mías —lloró.

—Pero tenéis que decidir qué hacer con los gemelos. Vamos a entrar y a sellar la puerta del búnker —dijo acariciándole el pelo—, y, una vez lo hagamos, ya no se podrá abrir.

Ruth miró a Adam, que lloraba en silencio, pensativo, valorando cuál era el mejor destino para ellos.

Si Sonja estuviera ahí, ¿qué consejo le daría? Su hermana siempre quiso que todo lo hicieran juntos. Contaba con él en cada una de las decisiones que tomaban y en cada una de las aventuras que emprendían. ¿Qué querría ella para sus hijos? ¿Y para él?

Entonces, pensó en As y María, que se habían ido para siempre, y en su mejor amigo y hermano, Noah, que era Balder y estaba desaparecido.

Odiaba no tenerlos, y odiaba luchar sin Noah al lado.

Las familias morían juntas en vez de vivir separados los unos por los otros, ¿no era ese el lema de su familia?

Y lo vio claro.

—Ruth —Miró a su mujer mientras se levantaba con los gemelos en brazos. No hizo falta que le dijera nada más, porque ellos se entendían sin palabras. Sus ojos negros se comunicaron con los gatunos ambarinos de la Cazadora y todo quedó claro.

Ruth asintió de acuerdo con su decisión, dio un paso y se fundió con ellos, en un abrazo familiar y único.

—Se vienen con nosotros —fue lo único que dijo Adam. Porque no soportaba la idea de que los gemelos murieran en un búnker sin poder abrazarse a ellos. Eran suyos, sus niños, joder. Si tenían que morir, morirían juntos. Pero lucharían, no esperarían a la muerte.

—Te quiero, Adam—dijo Ruth besando las cabecitas de Liam y Nora—. Voy a preparar los fulares.

Las tres sacerdotisas no pudieron poner ninguna pega a su decisión, aunque se despidieron cariñosamente de los cuatro.

Las ancianas bajaron las escaleras que daban al búnker. Serían las últimas en descender y las encargadas de sellar la habitación subterránea.

Pero, antes de desaparecer, Tea dio un último vistazo al RAGNARÖK, a los escudos de vanirios y berserkers que había en cada una de las paredes; observó la sala, las plantas superiores y a los

guerreros que sí viajarían para intentar ayudar a la Barda. Y, entonces, pensó que todo había valido la pena.

Pero que el telar decidía el desenlace, las nornas cosían, Nerthus mandaba y el resto… Al resto solo le quedaba obedecer los designios del Destino, fueran los que fuesen.

Porque, para bien o para mal, todo estaba escrito.

Daanna y Menw esperaban en la salida, listos para tomar el ascensor de cristal que funcionaba con una batería suplementaria que Adam guardaba en el cuarto de repuestos. El Ragnarök estaba preparado para todo tipo de caos energéticos. Aunque, cuando acabaran las baterías, cuando se agotaran, ya no tendrían nada con lo que subsitir.

Abandonarían Inglaterra para luchar por la última oportunidad que les quedaba para sobrevivir.

Con Aileen y Caleb desaparecidos, ellos eran los líderes más natos del Consejo, junto a Beatha y Gwyn.

Comprendían la decisión de sus compañeros. Sin embargo, Menw, que abrazaba a Daanna por la espalda y cubría el vientre donde reposaba su hijo, pensaba que la más valiente de todas era su mujer.

Ella estaba embarazada. Su hijo formaba parte de una profecía en la que lo señalaban como «alguien determinante en el día de la puerta», y la Elegida, en vez de comportarse como una mujer conservadora, había decidido mirar hacia delante y salir a luchar.

Y era tan admirable… Por ese motivo, no pudo hacer otra cosa que besarla en la mejilla y mirarla con adoración. Por eso era su pantera.

Pero Daanna no era la única valiente. Beatha también había decidido que Lisbeth y Nayoba se venían con ellos, porque preferían tenerlas a su lado que mantenerlas alejadas sabiendo que, tarde o temprano, alguien les podría arrebatar la vida, y ni ella ni Gwyn podían hacer nada por impedirlo. Y aquella era la peor cruz para unos padres. Saber a sus hijos asesinados sin haber sido defendidos por ellos.

Ruth y Adam se habían colocado unos pareos de estilo canguro sobre las espaldas. Uno llevaba a Nora y el otro cargaba con Liam. Ellos habían tomado la misma decisión que Gwyn y Beatha con sus hijos.

Ni los abandonaban. Ni se ocultaban. Iban a Inglaterra con ellos.

Los pocos vanirios que también harían la travesía ya estaban preparados, vestidos para la guerra: Gwyn y Beatha completamente vestidos de negro, con ropas elásticas y ajustadas, como dos seguidores de un grupo gótico. De hecho, Daanna y Menw vestían parecidos. Ella con una *katana* a la espalda, regalo de Kenshin Miyamoto. Menw con su pelo rubio suelto, recogido con su inseparable y fina cinta negra que hacía la función de diadema. Sin armas a la espalda, solo su puñal *keltoi* atado con un pequeño cinturón muslero a la pierna.

Ruth vestía una túnica roja con capucha, y debajo unos *leggings* con botas y una camiseta de manga larga de color negra y ajustada. Llevaba a Sylfingir colgado a la espalda y a Nora agarrada de la mano.

Adam era un berserker y, como tal, vestía sus ropas de capoeira, preparadas para soportar el momento de su transformación.

Y la vestimenta de los demás vanirios era exactamente la de un grupo de militares: con ropa negra, botas, pantalones y chaquetas, todo al estilo de la milicia.

Los únicos que desentonaban un poco eran Carrick y Aiko con esas ropas ajustadas, parcialmente cubiertas de hiedra, hechas de un material parecido a la piel, pero igual de elástico que el nylon. Realmente parecían seres feéricos de los bosques.

«*Mammaidh*».

Daanna y Menw prestaron atención a Aodhan, que había despertado levemente de su descanso. Ambos dirigieron sendas miradas a su vientre abultado.

«Dime, Aodhan».

«Él se acerca».

—¿Quién se acerca? —preguntó Menw preparado para pelear, clavando la mirada en el ascensor de cristal. Este se puso en funcionamiento, y subió a la planta de arriba.

Estaba claro que, fuese quien fuese sabía el código secreto de entrada que tendría que introducir en los botones del teléfono.

«Él, *allaidh*. No viene a hacernos daño».

Menw cubrió a Daanna con su cuerpo, dispuesto a avisar con un grito a todos los guerreros por si tuvieran que atacar.

Cuando el ascensor descendió de nuevo, el hombre que estaba en la cabina de cristal hizo que el corazón le diera un vuelco.

Menw parpadeó como si estuviera soñando.

Los ojos lilas del guerrero miraron al frente y se detuvieron en la imagen del Sanador. Poco a poco dibujó una sonrisa en los labios, un gesto que indicaba que lo reconocía, y que sería incapaz de olvidar su rostro, aunque pasaran casi veinte años más de encierro sin verse.

El Sanador nunca olvidaría el momento en el que las puertas de cristal se abrieron, y ese guerrero, vestido con tejanos, botas negras con pequeñas hojas afiladas de acero en la punta y preparadas para pisar cabezas y cortar gargantas, un jersey negro muy ajustado de tela parecida al Gore-Tex, y una gabardina de piel gris oscura, salió de la cabina y se dirigió hacia él. Su pelo negro y largo, cortado por debajo de la oreja, estaba húmedo, igual que su ropa. Señal de que empezaba a llover con fuerza ahí arriba.

—Que me caiga un rayo ahora mismo… —susurró Menw dando un paso y otro hasta detener al individuo. Ambos se fundieron en un largo abrazo—. ¿Thor?

—¿Cómo estás, *brathair*? —preguntó el que todavía seguía siendo el líder del clan *keltoi*—. Llego a las puertas del fin del mundo, ¿eh?

—¿Qué como estoy yo? Joder, Daanna me lo explicó todo, pero necesitaba verte con mis propios ojos para creerlo. ¿Cómo estás tú? Te creímos muerto.

—Sigo vivo —contestó llanamente, estudiando aquella moderna cueva bajo tierra—. Elegida —saludó a Daanna y le hizo una reverencia—. Estás tan hermosa como siempre. Pero te veo mucho más fuerte. ¿Menw te trata bien?

—De maravilla —contestó Daanna—. Dioses, Thor, ¡ven aquí!

Daanna McKenna, que estaba sensible y hormonada, y también nerviosa por lo que podría suceder a partir de ese momento en delante, sonrió a Thor y lo abrazó dándole una cálida bienvenida. Su líder no había muerto. Estaba de vuelta.

—Después de tanta muerte, es agradable ver que uno de nosotros regresa de entre los caídos, Thor —aseguró ella.

—No lo habría logrado sin la ayuda de vuestro hijo Aodhan. Tienes un verdadero y poderoso guerrero ahí adentro, *velge*.

—Soy consciente de ello.

Menw, que aún se intentaba recuperar del impacto de volverlo a ver, estudió su expresión, su

postura, y se dio cuenta de que estaba mucho más afilado y definido que antes, aunque, su rostro tuviera una mirada lila más oscura y mortífera que nunca.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

La fría mirada de Thor se centró en Menw.

—Hice lo que me pidió tu hijo. Salí de Shipka, rastreé las mentes de las personas que se ubicaban entre Gabrovo y Kazanlak, hasta que, sondeando a los vecinos, di con el hogar del individuo que se registró en vuestro foro. Al parecer, no era nativo de Bulgaria. Se había registrado en el foro de mitología nórdica como Shipka75.

—Shipka75 —repitió Daanna haciendo memoria—. Sí, ese es su *nick*. ¿Lo conociste, Thor?

—No. Cuando llegué al piso de Kazanlak en el que se hospedaba allí ya no había nadie. Pero tenía informes de Newscientists y un montón de información sobre vanirios y berserkers y demás… Es un investigador de unos treinta años de edad. Su padre había trabajado para Newscientists. El tipo, llamado Daniel Estiart, había investigado el caso de su padre, Francesc, un importante biólogo de la organización. Fue ese mismo Francesc el que me sacó de los laboratorios de Oxford y me llevó a Shipka en secreto para que me mantuvieran con vida, pues los trabajadores de allí estaban a su cargo. Pero Mikhail y Samael extendieron los tentáculos hasta Shipka, y en vez de un lugar de recuperación, lo convirtieron en un campo de concentración. Ahora intento seguir el rastro de Daniel, pero no lo consigo. Solo sé que había un nombre que se repetía en sus informes: Urbasa.

A Daanna y a Menw les sonó la historia del doctor Francesc. ¿Acaso no había hablado Caleb de ello? El doctor Francesc fue el individuo que planificó lo del brazo de Thor en Oxford Street, el cual era, además, el doctor personal de Aileen. Después de eso, Samael y Mikhail lo mataron, y Aileen tuvo a Victor como doctor. Pero el señuelo que dejó sirvió para que Caleb diera con Aileen y se destapara toda la verdad.

—¿Urbasa?

—Sí —confirmó él—. Es un bosque del norte de España. Y hacia allí me dirijo.

—¿Cómo que hacia allí te diriges? Un momento, Thor… ¿No vienes a quedarte y a ayudarnos? —preguntó Daanna, completamente perdida—. Ni siquiera sabes en qué situación estamos.

Él movió la cabeza como un robot, como si le sorprendiera que sus amigos le pidieran ayuda.

—Sí lo sé, Elegida. Leo las mentes de todos, sean de la raza que sean —explicó sin inflexiones—. Los escucho a todas horas. A todas. Desde que sobrevolé la destruida Londres, escuché el miedo de Iain y Sheenna a morir definitivamente; el pavor de Inis e Ione a perecer sin ser auténticas parejas de vida; oí los rezos de las tres sacerdotisas que os ayudan para que todos los seres que se ocultan en ese búnker puedan llegar a contarlo, y si no, si mueren, que sea sin dolor. Te escuché a ti, Menw —le dijo mirándolo a la cara—, rezando por que Cahal estuviera bien donde fuera que se encontrara, junto a esa científica que llamáis Miz y que abrió un portal dimensional. Sé por ti, Daanna, que temes por Caleb y su mujer, que has llorado por la muerte del líder As Landin y de María, y que darías tu vida para que Aodhan sobreviviera y tuviera la oportunidad de nacer. Entiendo que vanirios y berserkers habéis acercado posturas, y eso me alegra —asintió—. También sé que junto a Caleb y a Cahal se encuentra el hijo de Odín, Balder, y su mujer Nanna que, parece ser, era una valkyria que descendió de los cielos cuando mataron a Gabriel, el mejor amigo de la Cazadora que luego se convirtió en el Engel de Odín… ¿Sigo?

El don de Thor podía ser una maldición o una bendición. Y en este caso, para bien o para mal, les ahorraba muchas explicaciones.

—Vaya, estás muy informado…

—Lo que no comprendo es el papel que juega la tal Aileen en esto. ¿Por qué todos la veis como si

fuera hija mía? ¿Y por qué decís que Jade está muerta?

Ni siquiera Menw fue capaz de reaccionar después de escuchar esa confirmación tan falta de sentimientos.

Daanna, por su parte, abrió sus ojos verdes, quedándose tan de piedra como las paredes que recubrían el RAGNARÖK. A Thor MacAllister siempre le encantó bromear. Pero ese Thor que tenía enfrente, no tenía un solo pelo en el cuerpo de bromista. Es más, parecía un enterrador mortalmente sexy, pero de los que cavaban tumbas para sus propias víctimas.

—¿Qué dices, Thor?

El vanirio moreno hizo una mueca de amargura y se frotó las sienes, reflejando una creciente ansiedad. Menw, que era sanador, estudió sus gestos y su conducta, y se dio cuenta de que pasaba por una fuerte shock nervioso. Los humanos lo llamaban trastorno de ansiedad generalizada. Thor tenía las pupilas dilatadas en sus cercos lilas, la mandíbula tensa, el rostro sin expresión, y la boca seca… Señal de que necesitaba beber sangre y de que estaba agotado por el viaje desde Bulgaria.

—No recuerdo a Aileen —dijo con una sinceridad apabullante—. No la recuerdo en mi pasado. La veo en vuestros recuerdos, y sé que tiene cierto parecido a Jade. Es una chica hermosa y decís que es una híbrida. Pero yo… No sé… Las terapias que utilizaron conmigo eran muy agresivas, la electricidad me freía el cerebro y lo tengo hecho polvo. No soy el mismo —aseveró— que era antes de que Samael y Mikhail nos tendieran la trampa a Jade y a mí y nos secuestraran. He recogido mis pedazos y los he unido como he podido. Pero ni me asomo a lo que era antes.

—Pero, Thor —lo interrumpió Menw—, en ese secuestro también estaba tu hija Aileen, que entonces era una niña pequeña, ¿no lo recuerdas?

—No. Solo veo a Jade. No veo a la niña.

—Jade dejó un diario en el que lo contaba todo —anunció Daanna intentando animarlo.

—Jade dejó un diario…

—Sí. *El libro de Jade* —certificó Daanna—. Eso puede servirte para que empieces a recordar…

—¿Dónde está ese libro?

—Lo guardaba Aileen en tu casa de Covent Garden. ¿Recuerdas tu casa? Allí vivía junto a Caleb…

Thor se apretó el puente de la nariz y pidió que guardaran silencio. La información sobre sus supuesta hija le llegaba en tropel, y no podía detenerla. Vio a Aileen secuestrada por Caleb, la vio frente al Consejo Wicca, cómo Caleb se la llevaba para convertirla en su puta y cómo después cambió todo, y Aileen se erigió como la princesa híbrida del clan berserker, Maru del Consejo Wicca junto a Caleb.

Y él no sentía nada frente a esas imágenes. Los de Newscientists le habían jodido a base de bien. Y sin embargo, jamás, pudieron borrarle el recuerdo de Jade.

—Me cuesta mantener la concentración: las voces me vuelven loco, y solo se calman con la sangre de Jade. Ella era mi medicina. Quiero encontrarla.

—Oh, Dios mío… —Daanna se llevó las manos a la carnosa boca, conmocionada y triste por su amigo.

—No te preocupes, Elegida —la tranquilizó Thor—, he visto en tu cabeza un video en el que Jade era asesinada por mi hermano Samael. Pero, así como os digo que para mí es una noticia saber que tengo una hija, os aseguro que mi *cáraid* no está muerta. En realidad, he venido hasta aquí en busca de una consulta contigo, Menw.

—Lo que necesites.

—Aodhan me habló de ello. Sé que has creado unas pastillas que calman la ansiedad de la sed vaniria, y sería capaz de beberme ahora mismo un desierto entero de sangre —miró a Daanna de reojo esperando que ella diera un respingo de angustia, pero la *velge* no lo hizo—. Ayúdame y dame un bote de esas hasta que pueda encontrar a mi mujer.

—Pero, Thor… Jade está muerta…

—Sí, claro. Y también encontrasteis un brazo mío en Oxford Street —la aplacó él—. Y puede que esté tarado, pero todavía tengo los dos brazos.

—Entonces, ¿no vienes aquí a echarnos una mano?

Thor arqueó sus cejas negras y negó con la cabeza.

—Tú vas a luchar junto a tu mujer, ¿verdad? El *Noaiti* va a luchar junto a su Cazadora. Gwyn y Beatha pelearán juntos con sus hijos. Caleb y mi supuesta hija están juntos en un barco, junto al druida y a la científica, y a Balder y a Nanna… Todos lucháis con las personas que amáis al lado, con vuestras parejas de vida. Yo no voy a enfrentar la batalla final sin mi esposa al lado. Ella es quien ha dado sentido a mi vida y quien me ha mantenido vivo en Shipka. Jade no murió. Todavía no sé donde está, pero cuando mi mente recupere la calma con esas cápsulas que has creado, Menw, espero poder seguir su rastro y recordar sus vibraciones mentales. Daré con ella.

—¿Por qué estás tan convencido de que sigue viva, Thor? —Daanna se abrazó el vientre.

—Porque sigo vivo —sentenció—. Jade y yo hicimos una promesa. Moriríamos juntos. Y como véis, yo sigo vivo. Y ella también, porque jamás rompió su palabra.

Instantes después, Thor había recibido uno de los frascos de Menw, y nada más se lo dio, lo abrió y se tomó dos pastillas de golpe.

—Recuerdo que dijiste que Jade tenía un olor parecido al de la granada —objetó Menw—. Las pastillas deben provocar un reflejo en tu olfato y en tu paladar. Como el sabor que nos deja beber sangre de nuestra pareja en nuestra boca. Estas son las más conseguidas. Tienen esencia de esa fruta.

Los ojos lilas de Thor refulgieron como si le hubieran dado un chute de adrenalina.

—Tardará cinco minutos en hacer efecto. Saboréalas.

Pero a Thor le pudo la ansiedad y en cuanto percibió ese sabor tan especial, que no igual, la masticó hambriento.

—¿Vas a ir a Covent Garden? —preguntó Menw pasando por alto su desesperación.

—Sí. Ahora mismo. Y vosotros deberíais salir ya de aquí. Una espectacular grieta del tamaño de la anchura de Londres avanza desde el norte. En poco tiempo arrasará todo el país.

—Nos vamos ahora mismo —sentenció Daanna, yendo a buscar a Carrick y a Aiko.

—Los que están ahí abajo —señaló Thor con el pulgar—, no van a sobrevivir, ¿lo sabes, no?

Menw asintió deprimido. Todos lo sabían. Pero al final los guerreros eran libres de morir cómo quisieran. Y ellos debían respetarlo.

—Lo sé —cambió de tema ipso facto—. El hijo de Gwyn y Beatha, junto con su pareja, necesitan llegar lo antes posible a Gales, al tejo Llangernyw, para proteger al elfo de la luz y recuperar el objeto de manos del Svart. Thor, ¿sigues teniendo el don de la velocidad?

—Salí de Shipka hace cuatro horas —con esa respuesta lo dijo todo.

—Entonces…¿Te importaría desviarte de tu objetivo de Covent Garden y ayudarles a llegar antes? De ellos dependen muchas cosas…

—Los dioses han dejado la responsabilidad a quien han creído conveniente.

—Todos hemos cumplido con nuestra función —replicó Menw—. Y el hecho de que tú estés aquí

ahora, implica que puedes poner tu granito de arena. Las torturas vuelven a la gente egoísta y poco empática —Menw sabía cómo se sentía—. Sé que tú ahora solo piensas en Jade, y en tu bienestar… Pero las pastillas te ayudarán a poner tu mente en orden. No sé cuánto queda del Thor líder del clan y amigo de sus amigos que yo conocía, y tal vez no tenga derecho a pedírtelo, pero lo voy a hacer: ayúdanos, Thor. Lleva a Carrick y Aiko ante el tejo Llangernyw.

XXVI

Gales
Llangernyw

Steven sobrevolaba Gales a la velocidad que les daba montar al pegaso Angélico. Tras él, Daimhin lo abrazaba fuertemente y disfrutaba momentáneamente de no ser ni perseguidos ni acechados, ya que Angélico corría demasiado rápido como para ser detectado por ojos humanos o no humanos.

La Barda olía el cuello de Steven y meditaba sobre lo que tenía o no tenía que hacer y sobre las palabras que se había intercambiado con Raoulz antes de subir a lomos del mágico caballo.

Mientras Gúnnr convocaba la tormenta con su increíble fuerza eléctrica y todos se formaban y colocaban para viajar a través de las nubes con las valkyrias, Bryn y ellos dos estaban preparados para montar sobre Angélico.

La Generala besó al caballo blanco en el hocico y le susurró:

—Cuídalos mucho, tal y como harías conmigo, y llévalos hasta donde te piden.

Angélico relinchó y dio una coz con fuerza en el suelo con su pata delantera.

Bryn y Ardan se pusieron frente a ellos. El enorme dalriadano dirigió unas sentidas palabras a Steven, que provocaron que el berserker se emocionara.

—No importa que seas joven, Steven. Ni importa si estás preparado o no. Solo importan el esfuerzo y la voluntad que tengas de conseguir tu propósito. Solo importan la ambición y las ganas que vuelques en cada cosa que hagas. Sé que siempre creíste que Scarlett, tu padre, o incluso yo, éramos espejos en los que fijarte. Pero, aunque la experiencia es un grado, te aseguro que hemos sido líderes con errores sobre nuestros hombros, porque nadie es perfecto. Pero lo que diferencia a un líder bueno de aquel que no lo es, es reconocer las equivocaciones y solventarlas. Steven, tú siempre has hecho eso, y has reculado cuando no te has comportado de la mejor de las maneras —puso una mano sobre su hombro—. Llega el momento de no recular y de ir directo a tu objetivo. Ve al puto tejo, aguarda al Svart y, cuando sea el momento, sácatelo de encima. Cumplid ambos vuestro cometido —lo abrazó sinceramente y con mucha emotividad.

Steven asintió y tragó compungido. Apreciaba a Ardan, y sabía cuánto lo apreciaba a él. Deseaba que ni a Bryn, ni a Johnson ni a él… Que no les sucediera nada malo.

Pero desear aquello no iba a hacer que se cumpliera, porque el fin del mundo ya había empezado, y en una guerra, nadie tenía compasión. Nadie alzaría una bandera blanca y haría retornar a los soldados cabizbajos a sus respectivos países. En el Ragnarök, regresabas sin cabeza y directo al Reino de Hela.

Bryn abrazó a Daimhin y le pidió que fuera valiente y fuerte, que no dudara ni de Steven ni de ella misma. La Barda sabía que las valkyrias lo escuchaban todo y que conocían de primera mano (de la mano que podía darles un oído finísimo) todas sus dificultades. Pero seguiría sus consejos.

Después, vino el pequeño Johnson corriendo para apoyar a Steven y despedirse de él.

—Te quiero, compañero —le dijo Steven chocando su puño con él—. No cierres nunca los ojitos, eh. Mantente despierto y vivo.

—Tú también, Steven —rogó Johnson llorando.

Ese niño siempre tendría una parte de su corazón.

La tormenta se encontraba en el punto más álgido, las fuertes precipitaciones caían sobre Wester Ross. El cielo se llenaba de vampiros que se acercaban por el este, dispuestos a detenerles y matarlos. Y en la tierra, nuevos purs y etones emergían de las costas de las islas, con una idea en mente: acabar

con cualquier rastro de vida que quedase en pie en aquella parte del Midgard.

—¡Vámonos! —ordenó Steven subiendo a lomos del caballo, ofreciéndole la mano a Daimhin para alzar el vuelo.

Pero, entonces, Raoulz, todo cabizbajo, se acercó a ella antes de que aceptara la mano de Steven.

El huldre moreno tenía la apariencia de alguien que sabía que había cometido un error y que, posiblemente, lo cometería una y otra vez, a no ser que alguien como Daimhin lo detuviera y lo salvara. Tras él, planeaba la imagen de Brunnylda, mirándolo de reojo, controlando la situación.

—Barda.

—¿Sí, Raoulz? —Daimhin lo miró directamente a los ojos, pero él buscaba algo en las partes de su cuerpo destapadas.

—Solo quiero que sepas que aún puedes tomar la decisión correcta. En mi reino aún hay un trono vacío. Y debe de ser para ti.

Daimhin buscó a Brunnylda. Pero la joven ya se había dado la vuelta y estaba hablando con sus dos hermanas, de brazos cruzados y visiblemente enfadada.

—Ahora no voy a pensar en tronos, Raoulz —sonrió con tristeza—. Tengo otras cosas mejores que hacer.

Al elfo le afectaron esas palabras, pero se recuperó y miró al frente.

—Todavía no tienes el sello de los dioses en tu piel. No estás vinculada al berserker.

—Es verdad. No lo estoy —confirmó ella.

—Entonces, todavía estás a tiempo…

—¿Y Brunnylda?

El huldre echó la mirada hacia atrás y se centró en la Agonía.

gico tejo. sillos intraterrenos del interior de aquel mplacer verte de nuevo, Svart —cerrsa, de aspecto tcuanto m sus extremidad

—Ella no puede sentarse en mi trono, Barda. Rompería el equilibrio del reino huldre.

Daimhin sintió el dolor de la mujer cuando escuchó las palabras de Raoulz.

«Vaya… Así que las Agonías también tenéis corazón», pensó Daimhin.

—Lo que trato de decirte, Daimhin, es que tú y yo somos un binomio creado para la magia. Nuestro mundo juntos será único y excepcional.

—Y lo que trato de decirte yo, —Steven intervino malhumorado, usando un tono cortante como una navaja— es que, como no desaparezcas ahora mismo, me voy a comer tu puto corazón.

Daimhin se quedó estupefacta ante la reacción visceral y llena de testosterona del berserker. Por una parte le gustó mucho, pero por la otra no le pareció bien que le hablara así a Raoulz.

—Vámonos de aquí, sádica —ordenó Steven con la barbilla a punto de partírsele por la fuerza que estaba haciendo—. Están muy cerca. —Sobre el cerro más alto del lago Maree podía ver las pequeñas islas que les rodeaban, y cómo los purs y etones ganaban terreno.

Daimhin se disculpó con Raoulz, pero antes de que la joven se fuera con un hombre que no era él, Raoulz le dijo:

—El elfo de Llangernyw se llama Agelystor. Llamadlo por su nombre y él saldrá en vuestra busca.

Daimhin le dio un beso fugaz en la mejilla a Raoulz y le susurró:

—Gracias por todo, Raoulz.

De un salto, se encaramó sobre el lomo del pegaso. Este abrió las alas, y los dos guerreros miraron a sus amigos alzando la mano en señal de despedida.

Los huldre se transformaron en viento, absorbiendo la energía del elemento, dejando que los mecieran como hojas caídas y rodeando a las tres Agonías para que volaran con ellos.

Las valkyrias se colocaron de tal manera que todos los guerreros sobrantes se mantuvieran en contacto los unos con los otros, y varios de anclaje, para que ninguno fuera electrocutado por no estar en contacto con ellas.

Las tres abrieron los brazos en cruz y dejaron que por grupos se dividieran y se agarraran a ellas, a lo largo de sus extremidades.

—¡No os soltéis! —gritó Róta, con Miya pegado a su espalda, tal y como hacían Gaby y Ardan con sus valkyrias.

Y de repente gritó Gúnnr:

—¡Asynjur! —con todas las fuerzas de sus cuerdas vocales.

Un increíble rayo les alcanzó, y Daimhin ya no las volvió a ver.

Solo los dioses sabían si se encontrarían de nuevo, cómo y dónde lo harían.

Desde entonces, Steven no había cruzado ni una palabra con ella, y parecía que estaba intentando controlar su mente de todo tipo de pensamientos que rebelaran cómo se sentía, como si no quisiera que ella lo viera.

La vaniria lo aceptó, porque él no tenía derecho a reprocharle nada, y ella, después de todo, tampoco. Ya se habían dicho todo lo que tenían que decirse. Ahora solo hacía falta cumplir con su misión.

—Daimhin —dijo Steven.

—¿Qué?

—Mira —señaló abajo.

Justo a sus pies, un tejo enorme todavía se mantenía en pie, custodiado por una iglesia blanca y un cementerio, alrededor de una tierra que poco a poco se hundía por las sacudidas de las placas. O tal vez el custodio de ese lugar era el mismo tejo.

Y cerca del tejo, a unos doscientos metros de él, un increíble agujero negro empezaba a absorber la naturaleza a su alrededor. Señal de que los Svart estaban a punto de salir de esa dimensión y dar con el mágico árbol.

Las expectativas eran tan aciagas como la maldita noche cerrada que caía sobre el Midgard.

Thor cargaba con Carrick y Aiko y volaba con ellos cruzando cielos ingleses hasta llegar a territorio galo.

El vanirio serio tenía un don impresionante. Su velocidad era espectacular.

Pero no menos espectacular era el don de Carrick.

—Hiciste un trabajo increíble —dijo Thor a Carrick—. Te felicito.

—Muchas gracias, Thor.

Thor se había quedado maravillado al comprobar cómo Carrick, nada más salir del ascensor del Ragnarök y de tocar la superficie del Jubilee Park, mandó a todos a que alcanzaran las nubes y se quedaran allí muy quietos. Daanna y Menw cargaron con Ruth y Adam y los niños.

Carrick, de un modo sublime, se reunió con ellos sin soltar a su pareja de la mano, y entonces cerró los ojos.

—Todos vosotros sois nube. Una nube negra y oscura como las que surcan los cielos y amenazan tormenta.

De repente, a todos los guerreros les rodeó una tela transparente e ilusionista que creaba una nube perfecta y real.

—Los jotuns no os podrán ver. Mi don —explicó Carrick— es crear escenarios imaginarios,

ilusiones. Vosotros podréis ver la tela transparente que crea la ilusión, y veréis pasar de largo a los vampiros que intenten atacaros. Pero ellos no os podrán ver. Solo ven lo que yo quiero que vean.

Daría lo que fuera por volver a ver la expresión orgullosa de Gwyn y Beatha hacia su hijo. Él también gustaría de sentirse orgulloso por su hija, si la recordara. Pero su cabeza se negaba a ello. Le habían aniquilado los recuerdos sistemáticamente.

La Cazadora, que resultaba ser la mejor amiga de Aileen, le había asegurado que se parecía a él. Tenía sus mismos ojos y la misma actitud aguerrida de él.

—Si no la recuerdas —le dijo Ruth—, mira en mi cabeza, y la verás de pequeña… Ella y yo crecimos juntas, y te aseguro, Thor, que es la mejor persona que he conocido jamás. Es como mi hermana. Deberías estar orgulloso de ella.

Y sí. Seguramente debería estarlo. ¿Pero cómo lograrlo si no sentía nada por esa desconocida?

¿Y si encontrara a Jade y bebiera de su sangre, volverían todos los recuerdos?

Lo que le quedaba por hacer en ese instante era dejar a la pareja en Llangernyw. Una vez cumpliera su misión, se dirigiría a Covent Garden.

Necesitaba encontrar *El libro de Jade*.

Steven y Daimhin saltaron del pegaso y cayeron cerca del tejo, a cuatro patas, intentando recuperar la posición y adelantarse a los elfos de la oscuridad.

Justo en ese preciso momento, un grupo de Svarts salía del agujero negro. Sus ojos blancos y tenebrosos localizaron inmediatamente a Daimhin y Steven que, para su estupefacción, habían llegado a su destino instantes antes que ellos.

La tierra a su alrededor se derrumbaba; el cerco abismal sobre el tejo se hacía cada vez más pequeño, las grietas lo envolvían y el calor emergente del fondo de la tierra subía a la superficie en forma de gas y fuego.

Si-Rak sonrió. Salieron del portal oscuro y corrieron a perseguir a la pareja, lanzando sus serpientes doradas contra ellos.

El berserker miró hacia atrás y espoleó a Daimhin para que alcanzara al tejo antes que él.

—¡Llega antes y encuentra a Agelystor! —le ordenó él deteniéndose y sacando su *oks* retráctil de su espalda—. ¡Date prisa, maldita sea! —gritó enfurecido, transformándose frente a ella.

—¡¿Y tú?! —le dijo ella cogiéndolo del brazo—. ¡Ven conmigo!

—¡El *Svart* tiene tu objeto, Daimhin! —La iglesia de San Dygain fue engullida por la tierra. Había costado meses construirla, y, en un unos segundos, la habían destruido—. ¡Los voy a entretener y voy a intentar recuperarlo! ¡Ve al tejo, Barda!

—Pero, Steven —Daimhin veía a los elfos más cerca y se asustó. Steven no podría contra ellos. Le matarían. Pensar en Steven muerto la dejó destrozada…

—¡Daimhin, haz tu puto trabajo! —le dijo, con los ojos más amarillos que nunca y los incisivos expuestos en su boca—. ¡Si muero, búscame! Y léeme… —Cogió una de sus manos y se la colocó en su corazón—. Revíveme, ¿Recuerdas? —Agarró a Daimhin por la nuca, la miró con desesperación y le estampó un beso corto y apasionado—. ¡Ve! —La empujó para que se moviera.

Segundos después, Steven corrió hacia los Svarts. Daría la vida por recuperar el objeto de Daimhin y por que ella ganara tiempo para dar con Agelystor y protegerle.

Daimhin se dio la vuelta y voló hacia el tejo. Se plantó ante el robusto e increíble tronco; vio sus ancianas raíces y admiró sus enormes ramas, que formaban una cúpula natural, verde y marrón. El tejo, símbolo de los celtas, de la vida y la muerte, dictaminaría el futuro de todos.

—¡Agelystor! ¡Agelystor! —gritó Daimhin llorando como una magdalena—. ¡Soy Daimhin! ¡Hija de Gwyn!

El viento tormentoso meció su pelo dorado y lo arremolinó sobre su cabeza. Las ramas bailaron de un lado al otro, y se oyó un crujido de maderas romperse, como si las raíces se revolvieran en el interior de la tierra, incómodas después de tanta pasividad.

—¿Hija de Gwyn? ¿Gwyn el casivelano? ¿Gwyn el Bardo? —contestó una voz marcada por la falta de uso.

—¡Sí! —le estaba gritando a un árbol.

La voz tardó un buen rato en contestar, como si pensara en dejarla entrar o no.

—Es el momento. Puedes entrar.

Daimhin parpadeó conmocionada. ¿Entrar por dónde?

El tejo tenía una abertura en su tronco. La gente con imaginación diría que simulaba una puerta. Sin meditarlo demasiado, se coló a través de la grieta y se internó en el tejo milenario más antiguo de la Tierra.

Steven alzó su *oks* y golpeó las serpientes doradas con el filo de su hacha, librándose de ellas, al tiempo que se lanzaba contra el Svart líder de pelo blanco, que sujetaba la capa de Raoulz en las manos.

Pero dos Svart salieron a su paso.

Steven se defendió como pudo. Los elfos de la oscuridad eran rápidos, dominaban sus espadas afiladas parecidas a las arábicas, y atacaban con insultante precisión.

Un Svart le cortó con una espada en el hombro, y él respondió dando una vuelta sobre sí mismo, agachándose y cortándole la pierna por debajo de la rodilla de cuajo.

El otro Svart, le atacó por la espalda y le atravesó con la espada por el pecho.

Steven cayó de rodillas por la impresión. La espada acababa de alcanzarle el corazón.

Si-Rak se agachó para mirarlo directamente a los ojos e inclinó la cabeza a un lado.

—No puedes detenernos, perro —fue lo único que dijo.

Después, levantó su mano, cerró el puño y Steven se quedó con los ojos vueltos.

Acababa, literalmente, de explotarle el corazón.

Su cuerpo sin vida se desplomó hacia delante y golpeó con fuerza sobre el suelo.

La tierra se despedazaba alrededor de la iglesia.

Tarde o temprano, Steven también caería por las grietas y desaparecería para siempre.

Thor soltó a Carrick y a Aiko como granadas sobre la iglesia de San Dygain. Acababan de llegar. El vanirio esperó a que los guerreros tocaran suelo.

Él no se podía quedar. Aquella batalla ya no iba con él ni con los suyos. Su batalla, su flagelación y su infierno iban por dentro. Solo vencería si volvía a ver a Jade con vida y si podía encontrarla antes de que el mundo se fuera literalmente a la mierda.

Por eso, con su firme decisión, se dio media vuelta y se fue de allí.

Los dos vanirios sabían perfectamente qué era lo que tenían que hacer… Lo tenían más que hablado y planeado desde que hicieron el amor.

Aquel era su sino y su misión personal. No iban a dar la espalda a sus obligaciones.

El calor era infernal, los gases escocían en los ojos.

—Aiko… El *Svart* está entrando en el tejo. ¡Vamos!

Carrick desvió la mirada y vio el cuerpo muerto de Steven, sobre el césped.

Un grupo de cinco *Svart* precedían a su jefe, y lo seguían de cerca, cubriéndole las espaldas. Por eso rodearon el cerco del tejo, vigilando que nadie más entrara, como centinelas.

Carrick miró a Aiko, y ella asintió, sonriéndole con todo el amor que sentía por él.

—Ve, japonesa. Haz lo que sabes hacer. Sigue al *Svart* y róbale la piedra.

—Tú también —le dijo ella volviéndose invisible a ojos de los jotuns—. Vuélvelos locos.

La sangre de Aiko le daba invisibilidad a él también. Su *cáraid* solo le había dado poder y felicidad, además de increíbles dones que pensaba poner en funcionamiento en ese momento. Y Carrick, aunque estaba en mitad del día del juicio final, se sentía feliz y pletórico, lleno de dicha y alegría.

Aquel era su papel. Todo lo sufrido, todo lo pasado, tenía una razón de ser y una recompensa: unirse a Aiko y desarrollar su don.

Cerró los ojos y se imaginó que un grupo de elfos oscuros como los que protegían el tejo, con sus mismas ropas, el mismo pelo blanco, la misma piel oscura con sus cenefas tatuadas, se colocaban frente a los reales, con sendas espadas en sus manos y los desafiaban para luchar contra ellos.

Cuando abrió los ojos y miró al frente, esa misma imagen era real. Tanto que los Svartálfar empezaron a luchar con ellos. Carrick controlaba los movimientos de sus ilusiones, y cuanto más los controlaba, más se aproximaba al tejo y a sus malignos guardianes.

Aprovecharía que ellos estaban luchando contra entes que no existían para atacarlos por la espalda y matarlos uno a uno.

Daimhin resbaló por un túnel interminable de musgo, fango y raíces verdes y húmedas, hasta caer en un pequeña y diminuta cueva.

Algo malo había pasado en el exterior, lo sentía en el centro del pecho y en sus irreprimibles ganas de llorar. La desesperación, la desgracias, la tristeza, la falta de aire… Todo la golpeó y arrancó a llorar al darse cuenta de que Steven, su Steven, ya no se encontraba en su cabeza. Ya no lo sentía como una caricia inofensiva y nada invasiva. Él siempre había estado ahí de algún modo, sin violentarla, respetándola… Y ahora que su presencia había desaparecido, Daimhin se sentía más sola que nunca, y más asustada que cuando estuvo en Chapel Battery, porque el dolor que atenazaba su cabeza y su estómago nada tenía que ver con el dolor físico sufrido.

Le dolía el alma, y ni siquiera era capaz de levantarse o de moverse. Se abrazó y se encogió como un ovillo, llorando sin consuelo.

—Daimhin… la Barda —dijo la voz de Agelystor.

Ella sorbió las lágrimas por la nariz y levantó el rostro hacia delante.

Allí, sentado sobre un trono de raíces, troncos y paja dorada, con una pierna cruzada sobre la otra, mirándola con curiosidad, se hallaba un elfo de la luz. Uno visiblemente envejecido. En el rostro le habían crecido diminutas hojas de tejo, y esa paja que parecía rodear aquel trono natural de madera era, en realidad, su larguísimo pelo rubio, que nunca había dejado de crecer, hasta el punto de que le rodeaba las delgadas piernas y llegaba hasta las rodillas, envolviéndolo como a un gusano.

—¿Qué me has traído? —preguntó apoyándose en los reposabrazos para inclinarse hacia delante.

Daimhin intentó levantarse, pero la pena pesaba sobre sus hombros como una losa. Tenía que sobreponerse. Tenía que hacerlo. Steven volvería. Ella lo ayudaría a revivir. Cogería su cuerpo y lo salvaría…

—¡¿Me has traído algo o no?! —gritó Agelystor despabilando a la vaniria de golpe.

Daimhin se limpió las lágrimas de los ojos y le dijo:

—Un *Svart* viene hacia aquí. Tiene en su poder el objeto que te quería traer…

—¿Lo tiene él? —Sus ojos eternos y oscuros brillaron con inteligencia—. ¿Un Svartálfar?

—Sí. Está ahí arriba, Agelystor. Yo vengo a intentar protegerte —desenfundó la espada samurái.

—Tú no vienes a nada, niña —dijo Agelystor queriendo levantarse de su trono—. Llevo milenios aquí sentado, viéndolo todo, escuchándolo todo, sabiéndolo todo —los huesos de sus rodillas crujieron con fuerza—. No puedes hacer nada sin tu objeto. Lo primero es recuperarlo.

—¿Pero cómo?

—Eso, Agelystor… ¿Cómo?

Si-rak cayó con los pies por delante y la elegancia innata de su raza, a través del túnel del tejo. Cuando se incorporó, se retiró la melena blanca de la cara.

El elfo de la oscuridad miró a su alrededor y sonrió por la suerte del elfo de la luz.

—Si-Rak —lo saludó Agelystor.

El elfo negro se echó a reír y alzó el objeto envuelto en la capa del huldre.

—Ha tenido que ser un auténtico suplicio que Odín te mantuviera en este maldito reino durante tantísimo tiempo.

—Prefiero este árbol al Svartálfheim —concedió Agelystor.

Daimhin los miraba al uno y al otro. ¿Se conocían? Alzó la *katana* y mostró los colmillos al elfo.

—Dame mi piedra —ordenó yendo a por él.

Si-Rak dejó la capa en el suelo, tras él. Era muy veloz y esquivaba cada golpe de Daimhin. La guerrera intentó reducirlo, pero se dio cuenta de que Si-rak no se cansaba. Cuando al elfo le pareció, cuando él decidió que era el momento y que ya había jugado suficiente con ella, le rodeó el cuello con una de sus serpientes doradas. La cabeza del reptil metálico de profundos ojos rojos abrió la boca y mordió en el cuello a la vaniria, que se retorcía de dolor en el suelo.

—¿No crees que es muy triste llegar al final del Mundo medio con unos héroes tan penosos y poco capaces, Agelystor? —Caminó hacia él, dispuesto a obligarle a que quitara el hechizo de la piedra y mostrara el verdadero objeto que escondía—. Hazlo, elfo. Haz lo que tanto tiempo has estado esperando, pero hazlo para mí.

—Dame la piedra —pidió Agelystor.

Si-rak se soprendió de que el viejo *Alf* no mostrara ninguna resistencia, pero supuso que era por su avanzada vejez. Se dirigió de nuevo a la entrada, donde había dejado la capa. Pero allí ya no había nada.

El Svartálfar dio una vuelta sobre sí mismo buscando el tesoro perdido y no lo halló por ningún lado. Si la Barda seguía en el suelo, soportando el veneno de su serpiente, y allí solo estaba Agelystor, ¿quién demonios se lo había quitado?

—Los elfos de la Oscuridad tenéis el mismo problema que los jotuns —anunció Agelystor—. Os creéis superiores por ser los alfiles de Loki. Pero no lo sois.

Si-Rak lo encaró, amenazándolo con la punta de su espada, queriendo arrancarle la cabeza.

—No voy a tener ningún problema para matarte a ti y a la Barda. Si no hay Barda, no hay…

La punta de una *katana* se asomó a la altura del pecho, atravesando su carne y su ropa.

Si-Rak frunció el ceño intentando coger aire, sin comprender qué había sucedido y de donde salía ese arma.

Pero Agelystor sí lo podía ver.

Era un chico rubio de pelo rapado, y ojos marrones. De parecida complexión a la Barda. Era su

hermano. Y en un rincón de la cueva, agazapada, con el objeto contra su pecho, se encontraba una vaniria japonesa, de aspecto tímido pero mirada negra y decidida.

—El don de la invisibilidad —susurró Agelystor arrancando a reír. Levantó la mano derecha, abrió los dedos de sus manos y miró fijamente a Si-Rak, al que se le acababa la vida—. Un placer verte de nuevo, *Svart* —cerró los dedos formando un puño, y Si-Rak cayó hacia delante fulminado.

Muerto.

XXVII

—Rápido. Rápido. —El anciano Agelystor, que casi parecía un fauno, caminó renqueante por los pasillos intraterrenos del interior de aquel mágico tejo—. Dejadlos aquí —ordenó a Carrick y Aiko.

Carrick dejó el cuerpo sin vida de Steven sobre un lecho de musgo, y Aiko dejó a su lado el de Daimhin, inconsciente.

El elfo se preocupó por cubrirle la herida que rodeaba el níveo cuello de la joven con una mezcla de plantas que había recogido en su trayecto hasta la *hule*.

Porque estaban en una *hule*, una cueva protegida por Nerthus e invisible para los jotuns.

—Nos encontrarán —anunció el vanirio, visiblemente preocupado por su hermana. La cueva era parecida a la de los huldre.

—Aquí solo pueden encontrarnos los Svartálfar. Aiko y tú habéis matado a los cinco lugartenientes que había enviado Loki para encontrar a la Barda y el objeto. Cuando el Trikster vea que los habéis matado a todos, enviará a su ejército al completo. Cuando lleguen, lo primero que harán será destruir todos las *hule* —explicó Agelystor—. Y no tendremos nada que hacer. Nadie. Porque ellos son miles… Y nosotros estamos muy solos —lamentó—. Por eso debemos esperar a que tu hermana obtenga el don por completo y así revelar el secreto que oculta la piedra. Para ello necesita el *comharradh*, y aún no lo tiene.

—Pero Steven está muerto —observó Aiko—. ¿Cómo piensan culminar su… acto?

—Tú también moriste —le explicó Agelystor—. Y ella te revivió.

—¿Ella? —repitieron Carrick y Aiko a la vez.

—Sí. Es una larga historia —movió la mano como si no le diera demasiada importancia—. Ahora esperemos a que ellos abran los ojos y Daimhin decida qué reino elegir. Mientras tanto, solo os puedo mostrar cómo el Midgard va sucumbiendo.

Daimhin abrió los ojos visiblemente mareada y con un dolor de garganta atroz. Aún sentía los ojos hinchados de las lágrimas derramadas. El recuerdo de sentirse muerta por dentro y devastada por la profunda depresión de saber que Steven ya no estaba la dejaban totalmente indefensa.

No obstante, estaba estirada en un lecho de musgo y margaritas, y olía a naranjas… ¡Naranjas!. Como el berserker.

Daimhin se dio la vuelta de golpe y se encontró con el cuerpo sin vida de Steven.

—¡Steven! —Arrancó a llorar, presa de los nervios y la histeria. Le tocó el pecho, lo abrazó. El miedo no le permitía pensar con claridad—. Por favor… No quiero que te mueras. Por favor… ¡No me puedes dejar sola! —La rubia le abrió el chaleco y las hebillas para ver la herida del pecho… ¿Dónde estaba su corazón? Parecía que lo habían hecho estallar. ¿Cómo iba a resucitar sin corazón? De repente, sobre el aparatoso agujero en la carne, como si le hubieran dado un cañonazo, encontró las palabras escritas que ella misma le había pintado en el pecho.

«Revive. Nada puede acabar contigo».

—Sí, eso es… —Pasó la punta de los dedos por las letras y repitió—. Revive, Steven. Nada puede acabar contigo. Revive, Steven. Nada puede acabar contigo. Por favor… —suplicó, uniendo sus frentes—. Steven… Necesito que abras los ojos. Revive. Nada puede acabar contigo.

Su herida se cerró gradualmente, a su ritmo, ante la incredulidad de la vaniria, que sumida en su

desgracia, sentía la muerte de Steven como definitiva, aunque no fuera tal.

Y, entonces, él revivió.

Steven abrió sus ojos, sus pupilas se dilataron al centrarse en Daimhin y cogió aire abruptamente por la boca, asustado de su propia resurrección.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Daimhin arrancando a llorar—. ¡Esto ha sido horrible! —le golpeó el pecho—. ¡Horrible!

—¿Daimhin?

—!¿Qué?!

—¿Sigo vivo?

—¡Sí! —afirmó entre hipidos.

—Puedes dejar de golpearme cuando quieras… —La detuvo por las muñecas y se incorporó hasta quedar sentado en el lecho. Analizó la cueva y todo le pareció familiar—. ¿Estamos con los huldre otra vez?

—No… No lo sé. El Svart me lanzó una serpiente dorada ante la presencia de Agelystor. Pero llegó Aiko para robarle el objeto, y después mi hermano lo atacó por la espalda —Aunque el dolor había sido espeluznante, vio y escuchó a sus salvadores, hasta que se desmayó.

—Así que llegaron a tiempo —sonrió agradecido.

—Sí —Daimhin, voluntariamente, alzó una mano y sé la pasó por el pelo y la cresta, que como ya le había dicho, no le crecía.

—Espera… —Steven se apartó repentinamente, encogiéndose contra la pared, huyendo de la joven, como si se asustara de ella—. No hagas eso.

—¿Qué?

—¿Tienes manera de salir de aquí?

—¿Yo? —Daimhin dejó caer la mano que se había quedado suspendida en el aire—. ¿Salir de aquí? ¿Cómo dices?

—Por tu bien, Daimhin, deberías irte.

A ella, el rechazo de Steven la dejó hecha polvo como nada. Maldito amor.

—¿Tienes idea del caos que ha reinado en mi cabeza creyéndote muerto? —le espetó rabiosa—. No voy a irme.

—Daimhin, no quiero ser maleducado…

—¡No lo seas, entonces! ¡Te he salvado la vida!

—Daimhin, te lo ruego… —su cuerpo empezaba a convulsionar y sus ojos se volvían completamente rojos—. No me puedo controlar.

—Me da igual. No pienso irme.

—¡Daimhin! —La aferró por los hombros y se lanzó a por ella hasta aplastarla contra la pared rocosa—. ¡La luna llena está en lo alto! ¡Aunque el cielo cenizo no deje verla, los berserkers la sentimos igual! ¡¿Sabes lo que eso significa?! ¿Sabes lo que es el frenesí?

Ella osciló las pestañas, y entendió a la perfección lo que le quería decir. Quería poseerla.

—Sí —contestó débilmente.

—¿Sí? Entonces, sal o no voy a ser clemente y voy a echar por tierra cualquier decisión que hayas tomado respecto a Raoulz, porque yo no soy un elfo. ¡No soy como él! —la zarandeó.

—Lo sé.

—Necesito tocarte, necesito quererte, necesito poseerte. ¡No me vale solo la música y la poesía! Mi amor por ti es también físico y carnal. ¡Y siento mucho que no te guste! Pero soy un berserker y marcamos a nuestras mujeres honrándolas y venerándolas con nuestros cuerpos y nuestras almas.

—Steven… Está bien.

—Tú eres una barda y él un elfo, tenéis un futuro juntos brillante en otro reino. Por eso te pido que te vayas —apretó los dientes y sus blancos colmillos se expandieron en toda su gloria—. No quiero asustarte. No quiero que te lleves un recuerdo mío que te aterrorice. Te doy una salida. Elige a Raoulz y vive.

—¿A Raoulz?

—Sí, sádica. Porque, si no te vas, no voy a poder detenerme y te voy a echar a perder para él. —El fino bello que cubría a los de su raza en la mutación cubrió a Steven—. Te saldrá el *comharradh* y no te dejaré marchar jamás, porque serás mía —decretó rugiendo levemente como un animal—. No te dejaré ir. Pero yo no te puedo ofrecer otro mundo por el que desaparecer. Este, el Midgard, es donde vivo, y está a punto de ser destruido. No tengo magia, no hablo con Nerthus ni con los elementos… Ni siquiera sé cantar. Soy solo un hombre inmortal, medio guerrero y medio animal. Y es posible que muera aquí, antes de que llegue un nuevo amanecer. No tengo nada que ofrecerte, solo lo que ves. Y aún así, sabiendo todo esto, si te quedas, seré un jodido egoísta y te marcaré para siempre. Porque estoy enamorado de ti, Barda. Y prefiero vivir lo que me queda de vida contigo, a sufrir una eternidad sin mirarte a los ojos.

Daimhin sintió que florecía en su interior, que algo marchito le abría a la vida, cuando antes no le llegaba ni un rayo de luz. Steven le estaba diciendo que la quería. Y ella lo creía a ciegas.

—Steven… Yo ya estoy marcada, incluso sin tener todavía el sello. Cuando te creí muerto, medio enloquecí, y me di cuenta de que era a ti a quien echaría de menos. Tus besos, tus manos, tus bromas… —Lo tomó del rostro—. Tu poca consideración… No quería quedarme sin eso. Y entonces me di cuenta de que prefiero mil veces el tipo de amor que tú me puedas dar al respeto eterno que Raoulz me pueda mostrar. Porque el respeto no me mantiene caliente por las noches, ni me derretirá la sangre de deseo, ni me dará un abrazo cuando lo necesite, ni me besará cuando me hormigueen los labios como ahora. Eso solo me lo puedes provocar tú. Te elijo a ti, Steven, porque no puede ser de otra manera para mí. Porque… Estoy enamorada de ti. Tú has hecho que me enfrente a mis miedos. Eres mi *cáraid. Mo duine*.

Steven la besó sin respeto, sin consideración y con todo el deseo que ardía en sus venas. Cogió aire y dijo:

—Mala elección —sonrió como el lobo que era—. Ahora eres mía.

Daimhin le devolvió el beso y contestó:

—Dudo de que alguna vez no lo haya sido.

Aquella vez, Steven no se reservó nada. Ya no le importaba asustar a la Barda. El frenesí explotaba sus virtudes y su pasión, y no podía echarlo atrás. Era lo que era. Y quería como quería. No pensó en si le hacía o no le hacía daño, ni siquiera se le ocurrió que ella pudiera asustarse de nuevo.

Daimhin le había dicho que lo amaba, y eso conllevaba una serie de consecuencias y responsabilidades.

Sin dejar de besarla le quitó la falda y la dejó desnuda por completo, excepto por las botas que cubrían sus largas piernas.

Ella se agarró a sus hombros. No podía soltarse. No quería soltarlo jamás.

Pero él se escapó. Cayó de rodillas ante ella y, sin avisarla, posó su boca sobre su vagina, para empezar a lamerla y a hacerle el amor con la lengua.

Daimhin no se lo podía creer. Steven hacía sonidos gustosos, como si le encantara su sabor. ¿Por

qué? ¿Le gustaba hacer eso? Tampoco lo pensó demasiado. Cerró los ojos, se mordió el labio inferior y disfrutó de aquella experiencia casi religiosa que era ser comida por él de aquel modo. Se agarró a su pelo para no caerse y luchó por no olvidar cómo se respiraba.

El orgasmo empezaba a iniciarse desde el clítoris al interior del útero. Y cuando estaba a punto de correrse, él se apartó y la cogió por la cintura para darle la vuelta.

Daimhin se apoyó en la pared.

—Sujétate —dijo la voz animal de Steven.

Él le abrió las piernas con las suyas. Se bajó el pantalón y tomó su erección con la mano. Entonces, poco a poco la penetró.

Su ansia animal lo estaba volviendo loco. Necesitaba someter. Anhelaba marcar. Poseer.

Ella gemía a cada movimiento de su miembro en su interior. Se estaba hinchando y la estaba bañando con su esencia afrodisíaca, para que ella se ensanchara para él y no le doliera.

Pero igualmente no fue fácil. Steven la empezó a acariciar por delante mientras se mecía y bamboleaba las caderas, hasta que por fin, estuvo completamente empalado hasta el fondo de su cuerpo y de su alma.

Aquel era su lugar.

—Oh, por favor… ¡Steven!

Él le retiró el pelo de la nuca y le susurró con los ojos rojos de deseo y los colmillos desarrollados.

—Soy así. Yo… —movió las caderas para que viera lo grande que era—. Soy así. ¿Puedes soportarlo?

Ella apoyó la cabeza en su hombro y levantó el brazo para posar su mano en su nuca.

—Si tú puedes soportarme, yo también. —Fijó su naranja mirada en la de él y ambos se fundieron en uno solo.

El *chi* de ella, su energía vital, lo bañó. Y Steven se emocionó cautivado por su confianza. ¡Por fin!

Steven la besó al tiempo que empezó a poseerla con dureza. Hasta el punto de que Daimhin casi acababa a cuatro patas en la pared.

Fue inclemente. Apasionado. Y único.

El frenesí era increíble.

Steven la mojaba con su esencia para excitarla cada vez más. El líquido se deslizaba desde su vagina hasta sus piernas…

Aceleró el ritmo y gruñó sobre su boca. Después se apartó, la tomó por debajo de las piernas para abrirla todavía más, y entonces la mordió en su marca, penetrándola hasta los testículos, dejando que estos golpearan sobre su clítoris.

En ese preciso momento de álgidas sensaciones, el sello se empezó a grabar en sus pieles. El de ella, un nudo perenne negro y espectacular con la gema amarilla de los ojos de Steven. El de él, igual, pero con la gema naranja. Y se grababa en la parte del cuerpo que representaba la confianza: sobre sus corazones.

—¡Ah, maldita sea! —se quejó ella. El sello quemaba.

—Sí… —susurró Steven pletórico. Su mujer marcada. Y su *chi*, el de ella y el de él, entrelazándose, aceptándose el uno al otro.

Era el día más maravilloso de su vida.

Daimhin luchó por agarrarse a algún saliente de la pared, cuando de repente el orgasmo explotó en su interior hasta freír parte de su cerebro y fundir para siempre su corazón.

Steven se corría en su interior, sintiendo cómo sus paredes se estrechaban y lo succionaban, apretándolo en demasía.

El berserker alzó el rostro, y con los colmillos manchados de la sangre de su *kone*, dijo:
—¡Mía!

XXVIII

Ya vestidos, prodigándose besos y caricias, sin dejar de mirarse a los ojos, vistiéndose el uno al otro, Agelystor, el elfo fauno, entró en la cueva.

Ni Daimhin ni él se sorprendieron al verlo, ni tampoco olvidaban qué era lo que tenían que hacer.

—El tiempo es llegado —dijo el *Alf*.

Steven entrelazó los dedos con Daimhin y asintieron decididos.

—Ya no hay capacidad de error —explicó Agelystor, caminando cojo, por un pasillo cuyas paredes tenían hojas de enredadera y mimosas. Llegaron a la cueva en la que lo encontraron y allí vieron a Aiko y a Carrick.

Cuando Daimhin vio a su hermano, su rostro se iluminó por completo y corrió hacia él para dar un salto y abrazarlo.

Carrick dio una vuelta sobre sí mismo con su hermana en brazos.

Los dos se miraron, y no hizo falta intercambiar palabras. Nunca habían contactado telepáticamente a niveles profundos porque el uno sabía cuales eran las torturas sufridas por el otro, e intentaban mantenerlas escondidas, en una zona del olvido. No soportarían ver cómo el otro sufría.

Pero Daimhin sabía que su hermoso hermano ya no tenía ojos desoladores. Su parda mirada reflejaba paz y liberación. Ya no tenía arrugas alrededor de los ojos, su pelo rubio había crecido ligeramente en ese viaje emprendido. Y ahora sus labios sonreían de verdad.

Su hermano sonreía con el hígado.

—¿Cómo estás, hermana? —Él alzó la cabeza y clavó los ojos en Steven. Lo saludó amigablemente, sin cruzar tampoco ni una palabra, entendiéndose entre hombres.

—Hice lo que te prometí —señaló el berserker—. Cuidé de ella.

—Lo sé. Te doy las gracias por ello.

Mientras tanto, Agelystor tomó la piedra entre sus manos, recogió su largo pelo en su brazo, como si fuera un rodillo, y se sentó en su trono de raíces.

—Tú también has hecho un buen trabajo, Aiko —bromeó Daimhin.

La japonesa asintió y le guiñó un ojo.

—Le ha costado —aseveró.

—Sabes que eso no es verdad —refutó Carrick mirándola de reojo.

—Barda —Agelystor alargó su mano hacia ella y le dijo—: Acércate.

Daimhin se apartó de su hermano y caminó hacia el elfo, cuyos ojos negros parecían saber todas las verdades del Midgard.

—¿Ya tienes el sello? —preguntó el elfo—. Nuestra diosa Freyja es muy exigente con eso… Sin el *comharradh* el don no se entrega por completo. Entonces, no podrás cumplir tu objetivo.

Ella asintió y mostró parte del nudo perenne que asomaba por debajo del corsé, a la altura del pecho.

—Lo tengo. Steven es mi pareja —dijo con orgullo—. Él me da el don.

Steven sonrió y sacó pecho.

Agelystor asintió. El elfo de la luz pasó la palma abierta de su mano de largas uñas por la piedra y dijo:

—Que lo que oculta el hechizo sea mostrado.

Una especie de polvo dorado rodeó la piedra rectangular. Poco a poco, la imagen se desdobló hasta que mostró un libro de tapas doradas.

Daimhin lo estudió y lo tomó de manos de Agelystor.

Agelystor se echó a reír, como si el libro le hubiese dado una grata sorpresa.

—¿Sabes qué es? —preguntó Agelystor.

—Un libro.

—¡Ah! Pero no es un libro cualquiera, niña —movió el dedo índice de un lado al otro, en señal de negación—. Este diario dorado —explicó Agelystor—, fue entregado a la valkyria más poderosa de todos los tiempos, de manos de Freyja. Se creó en el Asgard. Sus hojas de lino irrompible fueron extraídas del telar de las nornas Verdandi, Urd y Skuld.

Daimhin lo hojeó y dio con una página que no tardó en leer.

—Dicen que me llamo Bryn. Bryn «la Salvaje»… —cerró el libro y dijo—. No puede ser. Pero este libro pertenece a la Generala.

Agelystor negó con la cabeza.

—También te pertenece a ti. En este diario que Ardan de las Highlands encontró bajo los escombros de Arran; en este diario que viajó a través de ríos y mares hasta llegar a manos de las Agonías de Lochranza; en este diario que los elfos de la Oscuridad han querido destruir, se esconde una historia. Una historia —señaló el comharradh de Daimhin— que solo tú puedes leer con el corazón. Solo tú, Barda. Salid de aquí. Volved a la superficie del Midgard y lee. Daimhin, lee.

—¿Por qué no lo puede leer aquí? —preguntó Steven aturdido—. Aquí estamos a salvo.

—Esto no deja de ser una *hule*. Las cuevas de Nerthus son atemporales, no tienen que ver con el tiempo real del Midgard. Lo que aquí se lea no influye en la Tierra. Tienes que salir afuera y leerlo. Y tenéis que daros mucha prisa —les recomendó lamentando la situación—. Tenéis que salir ya —Agelystor se levantó del trono y les empezó a empujar y a meter prisa para que salieran de allí.

—Pero… —Daimhin lo miraba por encima del hombro—. ¿Solo tengo que leer?

—Tienes que leer, Daimhin, frente a *Crann bethadh*, el tejo de la vida y la muerte, el símbolo de tu clan. Allí lee la primera página de este libro. Allí donde todo empezó y todo puede acabar. Allí donde todo acabó, todo puede volver a empezar. —Su rostro lleno de arrugas sonrió con misterio.

—Pero ya he leído la primera página… habla de Bryn.

—No. No habla de Bryn —contestó él de forma enigmática—. Abre el corazón, Barda, y lee. La verdad te será revelada. Y vosotros —señaló a los otro tres—, encargaos de que nadie le haga daño mientras lo hace. Protegedla. Es nuestra última oportunidad.

Con esas palabras, Agelystor se quedó en su *hule*, asomándose a través del largo túnel que daría a la superficie del Midgard para comprobar que los cuatro guerreros ascendían el largo camino al Infierno.

Y el infierno real había llegado a la Tierra mientras ellos se habían mantenido resguardados en la hule.

Cuando los cuatro salieron a la superficie no estaban frente al tejo. Parte de la superficie se había derrumbado y ahora, el tejo, asomaba solo, en lo alto de todo, como en un acantilado.

A sus pies, hordas de purs, etones, vampiros, lobeznos y elfos escalaban la árida roca que antes había sido montaña llana y verde.

Las Agonías atraían a los vampiros como podían. Eran muchas. Por fin habían llegado los refuerzos y Brunnylda encabezaba la ofensiva. Pero nunca serían suficientes.

Raoulz, el líder de los huldre, se encargaba de matar a todo aquel jotun que quedaba noqueado por la energía de las dodskamps. Hacían un buen equipo.

Abajo, intentando defender el tejo, Daimhin podía localizar a sus padres, Gwyn y Beatha, que habían llegado para apoyarles. Como Ruth, Adam, Daanna y Menw… Incluso los einherjars y sus

valkyrias habían llegado a tiempo y lanzaban rayos intentando detener el avance de los ejércitos de elfos oscuros que amenazaban por el oeste.

Era el Ragnarök.

El Ragnarök en todo su esplendor.

Carrick la tomó del brazo y le dijo:

—Daimhin. Ve.

—¡Vamos todos!

—No —la censuró él—. Daimhin, vuela hasta al tejo y empieza a leer el libro. Es lo que tienes que hacer. Es tu misión, la razón por la que eres tan especial. Nosotros te protegeremos.

—Carrick… —Daimhin le abrazó con tanta fuerza que parecía que iba a romperlo. No sabía lo que tenía que decirle, no le salían las palabras—. Carrick…

—Sí, lo sé —lamentó él sabiendo que aquella era, posiblemente, la última vez que se verían en ese mundo.

—*Is caoumh lium the, mo bratháir*. Te quiero, hermano mío. Siempre. *Mae*.

—Y yo a ti, hermana. La más valiente guerrera de todos los tiempos. La mejor de las hermanas que uno puede tener. *Mae*. —La besó en la frente y se despidió de ella con una sonrisa auténtica, una de verdad, llena de luz, para intentar borrar todas las veces que ambos habían llorado en silencio, en su propia oscuridad.

Carrick se unió a Aiko, que gracias a su don de invisibilidad podían defender el avance de la Barda.

Steven empezó a ascender la roca caliente al tacto. Daimhin lo agarró del chaleco y voló con él durante los siguientes metros hasta su destino, esquivando rocas que caían, los gases de las grietas que se abrían y quemaban, incluso, las serpientes doradas de los elfos oscuros que ya los habían localizado e intentaban detenerlos como fuera.

Daimhin y Steven lo intentaron esquivar todo, con más ganas que acierto. Y justo cuando llegaban al tejo, Steven fue alcanzado por una serpiente que rodeó su rodilla.

—¡Daimhin! —gritó él—. Sigue adelante.

—¡No! —ella intentó socorrerlo pero en ese instante, otra serpiente más le rodeó el cuello, ahogándolo—. ¡Por favor, no! ¡Steven!

—Barda, mírame —dijo Steven cogiendo aire, intentando permanecer sereno. Sus ojos amarillos se volvieron rojos. Completamente rojos de amor, pasión y cariño por su pareja—. Sigue adelante y lee el libro por mí y por todos… Te quiero, *hjertet min*. Corazón mío… —Una nueva serpiente rodeó su brazo. Steven perdió el equilibrio. La roca sobre la que se aguantaba con sus pies, se derrumbó y arrasó con parte de la parcela que sostenía el tejo. Steven caía por el precipicio. Daimhin quiso ir a por él antes de que desapareciera de su vista—. ¡No lo hagas, vaniria! ¡Haz lo que tienes que hacer, Barda! —El berserker cayó a través de aquel peñasco, hundiéndose entre la multitud de purs y etones a las faldas de aquel acantilado repentino.

Si no obedecía a Steven, si perdía la oportunidad de leer, el tejo ardería y se hundiría en el abismo de las grietas, y nunca más sería recuperado. Tenía que cumplir con su promesa. Porque una barda nunca rompía una promesa.

Con el rostro bañado en lágrimas, Daimhin se ubicó bajo el tejo, sobre sus raíces.

Steven no había muerto. No podía. No moriría. Ella lo reviviría siempre. Haría lo imposible por recuperarlo. Él era su verdadero inmortal y el guardián de su corazón. Así que no. No pensaría en que había muerto.

Tampoco miraría lo que sucedía con sus padres.

Ni tampoco pensaría en el Destino que correrían Carrick y Aiko. No estaría pendiente de la caza que

sufrían las valkyrias, ni de los ataques inclementes de los Svartálfar contra los *elverhuldre* y las Agonías.

No vería cómo la Cazadora era acechada por cientos de espíritus malignos de Hela, ni cómo el *Noaiti* entregaba la vida por proteger a los gemelos… Ni pensaría en que Daanna y Menw estaban a las puertas de un triste final, el uno luchando por el otro, y ambos protegiendo a su hijo nonato.

No recordaría que había un dios dorado perdido en una realidad ajena y que no estaba ahí para ayudarlos. Ni que un druida, una científica, una híbrida y el líder del clan *keltoi* esperaban en una nave para hacer su aparición.

No se fijaría en la increíble ola de fuego que a varios kilómetros de distancia avanzaba desde el frente, amenazando con quemarlo todo a su paso.

Todo rastro de vida se apagaría. Tan fácil como quien apagaba una luz.

Antes de abrir el libro no pensaría en que ya no había salvación, solo muerte; ni tampoco que el Ragnarök se había cumplido y los buenos habían perdido.

Si tenía que leer, leería con el corazón abierto y puro, como le había pedido Agelystor, creyendo que lo último que se perdía era la esperanza.

Daimhin abrió el libro; y en las primera páginas el vocabulario de las runas apareció ante sí. Un vocabulario que antes había permanecido oculto. Donde antes estaba escrita la leyenda de Bryn, ahora otra historia aparecía. Una historia de dioses, leyenda para muchos, ficción para otros.

Para hacerla realidad, ella solo tenía que creer.

Por eso, con lágrimas en los ojos y la valentía de su espíritu, sabiendo que todos los demás morían para permitirle leer el libro en voz alta, empezó:

—Cuando la noche más oscura llegó al Midgard, cuando Loki y sus hijos extendieron sus tentáculos, cuando solo le quedaba un suspiro de vida al Mundo medio, el puente arcoiris Bifröst ardió de rabia y se reflejó en el cielo. Y allí, todos, vivos y muertos, vieron cómo se abría una puerta estelar. La puerta por la que los dioses viajan para regresar a casa… La puerta que cruzarán para proteger a todos sus hijos.

FIN

Glosario y expresiones
Saga Vanir

GLOSARIO Y FRASES SAGA VANIR I

Aileen: La que está llena de luz
Ál: Joven y adorable
Álainn: Chica hermosa
Atalayas: Los 4 guardianes de los elementales. Uno por cada punto cardinal.
Beat: Mordisco
Beatha: La que da vida
Bratháir: Hermano
Cahal: El poderoso en la batalla
Caleb: El guerrero valiente
Cáraid: Pareja
Carbaidh: Caramelo
Chailin: Dama
Cianoil choin: Perro asqueroso
Comharradh: la señal (nudo perenne)
Daanna: La elegida y venerada
Doch: Trueno
Duine: Hombre
Gall: Intruso
Gwyn:
Keltoi: Celta
Leannán: Dulce corazón
Mada-ruadh: Zorra
Madadh-allaidh: Bestia-lobo
Mamaidh: Madre
Maru: Grande
Menw: El que puede sanar
Peanás Follaiseach: Castigo público.
Piuthar: Hermana
Rix: Rey
Wicca: tradición neopagana de magia y brujería.

Frases gaélicas

Cha b· éid mi, athair/ Ellos no son como yo, padre
Mo bréagha donn/ Mi chica hermosa
Carson/ ¿Por qué?
Liuthad, mo álainn/ Todo, bella mía

Gobha/ Más profundo
Beat is beat/ Mordisco a mordisco
Tha mi gu tinn á t· áonais/ Porque me pongo enfermo sin ti
Mas fheàrr leat Noah, gabh e, leannán/ Si prefieres a Noah, tómalo, mi dulce corazón
Guir fuathach leam do thu/ Te odio
Thagh mi thu/ Te elijo a ti
Cha dèan/ Déjame en paz
Tha thu mo leannán/ Tú eres mi dulce corazón
¿' N deíd thu lium, mo chailin?/ ¿Vendrás conmigo, mi dama?
Ó furrain/ ¿Puedes?
Mo ghraidh/ Mi amor

GLOSARIO Y EXPRESIONES SAGA VANIR II

Asgard: residencia de los dioses, en particular de los Aesir.
Barnepike: ama
Bastón del concilio: bastón que legó Odín al líder del clan berserker para que lo llevara con él como símbolo de paz entre clanes.
Bráthair: hermano en gaélico.
Bror: hermano en noruego.
Canto joik: el canto del noaiti que evoca a los espíritus.
Cáraid: pareja en gaélico.
Comitatus: un grupo de personas que se reconocen como familia entre ellos aunque no haya vínculo sanguíneo que les una. El comitatus se da entre los berserkers.
Constantes: sacerdotisas que reciben la imortalidad para combatir el mal eternamente.
Druht: don de profecía y adivinación.
Hallsbänd: el collar que se usa en el pacto slavery y que somete al que se lo pone.
Jotunheim: residencia de los gigantes, considerado el origen de todo mal.
Juramento piuthar: juramento que se pronuncia entre las hermanas sacerdotisas.
Katt: gata.
Kompis: compañero.
Kone: así es como llaman los berserkers a sus compañeras, significa «mujer esposa».
Leder: líder.
Matronae: nombre que se les da a las sacerdotisas que apoyan a las constantes.
Midgard: el nombre que los dioses nórdicos dan a la Tierra.
Noaiti: el chamás del clan berserker, también conocido como «el Señor de los animales».
Nonne: apelativo cariñoso que se le da a las hermanas, viene a ser como «hermanita».
Nornas: las tres parcas nórdicas que tejen el destino.
Od: Uno de los dondes que otorga Odín a los berserkers. Se trata de la furia animal.
Pacto slavery: pacto de esclavitud que se da en el clan berserker cuando un hombre ha injuriado a una mujer.
Ragnarök: Batalla final en la que perecen dioses, jotuns y humanos.
Reflekt: apelativo cariñoso de los berserkers a sus compañeras. Significa «reflejo».
Seidr: magia hechizante muy poderosa.
Seidrman: brujo de la magia negra seidr.
Slave: esclavo en noruego.
Soster: hermana.
Spädom y Drom: libros de profecías y sueños del noaiti.
Valhalla: residencia de las valkyrias.
Vanenheim: residencia de los Vanir.
Velge: la ungida.
Voluspä: la profecía de la vidente. Habla del ragnarök.
Völva: vidente.

GLOSARIO Y EXPRESIONES SAGA VANIR III

Allaidh: Significa «Padre» en gaélico.
Asgard: Residencia de los dioses, en especial, de los Aesir.
Asynjur: Grito de guerra de las valkyrias.
Brathair: Significa «Hermano» en gaélico.
Cäraid: Significa «Pareja» en gaélico.
Chakra: Casas circulares de los celtas.
Comharradh: Es la señal, en forma de nudo perenne, que les sale a las parejas vanirias que han sido vinculadas y selladas por los dioses Vanir. Significa «Señal» en gaélico.
Comitatus: Un grupo de personas que se reconocen como familia entre ellos aunque no tengan lazos de sangre que les una. El comitatus se da entre los berserkers.
Cruithni: Significa «Picto» en gaélico.
Guddine: Significa «De los dioses» en noruego.
Katt: Significa «Gatita» en noruego.
Keltoi: Significa «Celta» en gaélico.
Kone: Significa «Mujer, compañera, esposa» en noruego.
Leder: Líder, en noruego.
Mamaidh: Significa «Madre» en gaélico.
Midgard: Nombre que les dan los dioses a la Tierra.
Noaiti: El chamán del clan berserker.
Piuthar: Significa «Hermana» en gaélico.
Priumsa: Significa «Príncipe» en gaélico.
Sitíchean: Nombre por el que son conocidas las hadas entre los celtas.
Valhalla: Residencia de las valkyrias, donde también vive Freyja.
Vanenheim: Residencia de los dioses Vanir.
Velge: Significa «Elegida» en noruego.
Víngolf: Es la casa en la que residen las valquyrias en el Valhalla.
Zan Mey: Significa «Bendición» en japonés.

FRASES EN GAÉLICO

A ghiall, no toir no shollas rhuam: Por favor, no me dejes sin luz.
An de ana tu sin air moshon: ¿Lo harías por mí?
Byth eto: Nunca más.
Cac: Mierda
Dé’ n gonadh a th’ ann: Eso duele un montón.
Faoin: Tonto.
Ghon e mi gu dona: Me duele mucho.
Is caoumh lium glu the mor: Te quiero mucho.
Is caoumh lium the: Te quiero.
Mae: Para siempre.
Mae, mo ghràidh: Para siempre, mi amor.

Mo duine: Mi hombre.
Mo ghràidh: Mi amor.
Mo leanabh: Mi niña.
Omhailt: Idiota
Sin a tha’ gam gonadh: Eso es lo que más daño me hace.
Tha mi’ gona h-iarradh: Voy en tu busca.

GLOSARIO Y EXPRESIONES SAGA VANIR IV

Alfather: El Padre de todos.
Álfheim: Reino de los elfos.
Asgard: Reino que compone Vanenheim, Alfheim y Nidavellir.
Asynjur: Grito de guerra de las valkyrias cuando quieren convocar a los rayos.
Bue: Muñequeras anchas de metal que llevan las valkyrias. De ellas salen los arcos y las flechas.
Cáraid: «Pareja» en gaélico.
Dísir: Diosas menores.
Druht: Don que otorga Odín a los einherjars.
Dvelgar: Enano.
Guddine: De los dioses.
Folkvang: Las tierras de Freyja.
Furie: Furia de las valkyrias.
Hanbun: «Mitad» en japonés.
Hildskalf: Trono de Odín a través del cual se asoma a todos los reinos.
Hjelp: Remedio de los enanos que suple a la cura de las valkyrias.
Helbredelse: La cura de las valkyrias. Funciona con sus einherjars.
Hrmithur: Raza de gigantes.
Jotunheim: Reino de los jotuns y los gigantes.
Katt: Significa «gatita» en noruego.
Kompromiss: Es el vínculo que se crea entre la valkyria y su einherjar.
Kompis: Significa «Compañero» en noruego.
Kone: Significa «Mujer o esposa» en noruego.
Leder: Significa «Líder» en noruego.
Muspellheim: Reino de los gigantes de fuego.
Nidavellir: reino de los enanos.
Niflheim: Reino de los infiernos.
Noaiti: Significa «chamán» en noruego.
Seirdrman: Es el brujo que utiliza la magia seirdr para oscuros objetivos.
Sessrúmnir: Palacio de Freyja.
Svartalfheim: Reino de los elfos oscuros.
Valhall: Tierra de las valkyrias y de Freyja.
Vanenheim: Reino de los Vanir.
Víngolf: Palacio de quinientas cuarenta puertas en el que residen las valkyrias y sus einherjars.

GLOSARIO Y EXPRESIONES DEL SAGA VANIR V

Alfather: El Padre de todos.
Álfheim: Reino de los elfos.
Asgard: Reino que compone Vanenheim, Alfheim y Nidavellir.
Asynjur: Grito de guerra de las valkyrias cuando quieren convocar a los rayos.
Bue: Muñequeras anchas de metal que llevan las valkyrias. De ellas salen los arcos y las flechas.
Cáraid: «Pareja» en gaélico.
Dísir: Diosas menores.
Druht: Don que otorga Odín a los einherjars.
Dvelgar: Enano.
Gjallarhorn: Cuerno que anuncia el Ragnarök.
Guddine: De los dioses.
Folkvang: Las tierras de Freyja.
Furie: Furia de las valkyrias.
Hanbun: «Mitad» en japonés.
Heimdal: Guardián del Asgard.
Hildskalf: Trono de Odín a través del cual se asoma a todos los reinos.
Hjelp: Remedio de los enanos que suple a la cura de las valkyrias.
Helbredelse: La cura de las valkyrias. Funciona con sus einherjars.
Hrmithur: Raza de gigantes.
Jotunheim: Reino de los jotuns y los gigantes.
Katt: Significa «gatita» en noruego.
Kompromiss: Es el vínculo que se crea entre la valkyria y su einherjar.
Kompis: Significa «Compañero» en noruego.
Kone: Significa «Mujer o esposa» en noruego.
Konfrontasjon: duelo entre valkyrias. Enfrentamiento.
Leder: Significa «Líder» en noruego.
Muspellheim: Reino de los gigantes de fuego.
Nidavellir: Reino de los enanos.
Niflheim: Reino de los infiernos.
Nig: Magia nigromante oscura.
Noaiti: Significa «chamán» en noruego.
Nonne: nombre cariñoso que se da entre mujeres. Significa «hermanita».
Saechrimner: cerdo inmortal del Asgard.
Seirdr: Magia negra.
Seirdrman: Es el brujo que utiliza la magia seirdr para oscuros objetivos.
Sessrúmnir: Palacio de Freyja.
Soster: Hermana
Svartalfheim: Reino de los elfos oscuros.
Valhall: Tierra de las valkyrias y de Freyja.
Vanenheim: Reino de los Vanir.
Víngolf: Palacio de quinientas cuarenta puertas en el que residen las valkyrias y sus einherjars.

PALABRAS Y DICTERIOS EN JAPONÉS

Achike: Jódete.
Ama: Perra.
Arigatô gozaimasu: Muchas gracias.
Baka: Tonto.
Baka yaro: Bastardo estúpido.
Bebï: Bebé.
Chijo: Ninfómana.
Futago: Gemelos.
Gomenasai: Lo siento.
Hai: Sí.
Hanbun: Mitad.
Hanii: Cariño.
Heiban: Mala.
Hoseki: Joya.
Iie: No.
Kusu a taberu na!: ¡Come mierda!
Okama: Puto.
Onara atama: Cabeza de pedo.
Onegai: Por favor.
Oni: Demonio.
Suteki: Precioso.
Yogen: Profecía.

GLOSARIO Y EXPRESIONES DE LAS PARTES RESTANTES

Kone: Pareja
Bratháir: Hermano
Reflekt: Reflejo; término utilizado por los berserkers para referirse a su pareja
Mann: Hombre
Chi: Energía vital, esencia de una persona
Druidh: Druida.
Keltoi: Celta, referido al clan originario
Oks: Hacha utilizada por los berserkers para la lucha
Laird: Líder en los clanes escoceses
Filidh: Bardo, figura dentro del clan que se encargaba de recitar poemas
Geasa: Magia
Dalt dy wynt: Vuelve a respirar
Arbed dy dafod: Mantente con vida
Bakka: Tonto, en japonés
Odd: Furia berserker entregada por Odín, la furia animal
Caithfidh siad duit: Te necesitan
Cúrsa, mammaidh: Claro, mamá
Comharradh: Nudo perenne que surge entre las parejas vanirias en forma de sello, con una piedra interior del color de los ojos de cada uno de los integrantes
Bom priumsa: Princesa
Bom priumsa huldre: Princesa elfa
Huldre elver: Elfos de la Luz
Svartálfar: Elfos de la Oscuridad
Beannachd leat: Adiós.
Riley: Valiente
Rix: Rey
Maru: Grande
Crann Brethadh: Tejo de la Vida y la Muerte
Matronae: Nombre de las sacerdotisas que apoyan a las Constantes
Thoir pàg dha: Dar un beso
Pàg: Beso
Piuthar: Hermana.
Handbök: Cofre del tesoro
Alfather: Padre de todos
Mo ál: Mi bella
Velge: La Ungida
Allaidh: Padre
Priumsa: Príncipe
Joik: Canto realizado por el noaiti para inspirarse y leer los mensajes ocultos.
Daeg: Runa cuyo significado se relaciona con el día
Piccola: Pequeña, en italiano
Leder: Líder

Kompiss: Compañero
Grazie. Per sempre: Gracias. Para siempre
Dette er min: Es mío. Frase que señala la complicidad y camadería entre guerreros
Dodskamp: Ninfas que reciben poder al presenciar o consumar actos sexuales
Riley: Gemas preciosas en forma de pastilla y de color ambarino o caramelo con efectos inhibidores que Nerthus ofrece a Steven y Aiko
Oni: Demonio, en japonés
Hjelp: Unción que los enanos utilizan para curar a los guerreros heridos
Ál: Bella
Chakra: Casas circulares de los celtas. En el hinduismo, es el término que se utiliza para nombrar los puntos de energía no mesurables situados en el cuerpo humano
Am olwg: Qué desastre
Ble diawl: ¿Qué demonios?
Mo ghraidh:
Ulv:
Hule: Cueva subterránea protegida por la diosa Nerthus
Mo duine:
Mae: Siempre
Is caoumh lium the: Te quiero
Hjertet min: Corazón mío
Katt: Gata
Piuthar: Hermana

LA SAGA VANIR EMPIEZA CON:

EL LIBRO DE JADE
EL LIBRO DEL LEDER
EL LIBRO DE LA SACERDOTISA
EL LIBRO DE LA ELEGIDA
EL LIBRO DE GABRIEL
EL LIBRO DE MIYA
EL LIBRO DE LA ALQUIMISTA
EL LIBRO DE ARDAN
EL LIBRO DE NOAH
EL LIBRO DE LOS BARDOS